

Project Gutenberg's Tristán o el pesimismo, by Armando Palacio Valdés

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Tristán o el pesimismo

Author: Armando Palacio Valdés

Release Date: September 19, 2008 [EBook #26655]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK TRISTÁN O
EL PESIMISMO ***

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

TOMO XV

TRISTÁN

O EL PESIMISMO

NOVELA DE COSTUMBRES

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, número 48.

1922

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

ÍNDICE

I.--El dueño de la finca

II.--Felices esposos

III.--¡Quieto, Fidel!

IV.--Una Visita y otras visitas

V.--Lo que dicen las abejas

VI.--La familia de Tristán

VII.--Sus amigos

VIII.--Un buen día que concluye mal

IX.--Un tropezón de Gustavo Núñez y otro de su amigo
o Tristán

X.--Una noche de novios

XI.--El estreno de una obra de carácter

XII.--La novena sinfonía

XIII.--Vida literaria

XIV.--Un descubrimiento del paisano Barragán

XV.--El paisano Barragán comercia con los espíritus
y luego con los cuerpos

XVI.--¡Corazón, arriba!

XVII.--La boda de Araceli

XVIII.--La flecha del desterrado

XIX.--Fieros desengaños de Tristán

XX.--Consecuencias de unos celos

XXI.--La maldición

XXII.--Hacia otro mundo

I

EL DUEÑO DE LA FINCA

Un bando prodigiosamente grande de palomas vino a p
osarse sobre el
tejado de la casa. Este quedó blanco como si una co

píosa nevada hubiese
caído sobre él. Las palomas todas, sin fallar una,
eran blancas. En la
pared enjalbegada de la casa, encima del amplio cor
redor con rejas de
madera se abría un ventanillo que daba acceso al pa
lomar. Las palomas ni
por un instante soñaron con acercarse a él; ninguna
intentó siquiera
ponerse sobre la tabla que, a guisa de recibimiento
, tenía delante. El
día era demasiado espléndido para meterse en casa;
un día tibio y claro
de primavera en Castilla.

Por el ventanillo del palomar, con toda precaución
y cuidado, asomó el
rostro un hombre; un rostro atezado, varonil, de bi
gote gris. Giró sus
ojos recelosos, inspeccionó minuciosamente los cont
ornos y se retiró en
seguida; volvió a asomarse y otra vez se retiró, co
mo si espiase la
llegada de un ladrón.

El ladrón llegó, en efecto. Dio un brinco y se plan
tó sobre la baranda
del corredor; ascendió luego fácilmente por el grue
so sarmiento de la
parra que se enlazaba retorciéndose a las columnas
de madera que
sostenían el tejadillo, encaramose sobre éste y ech
ando una mirada
recelosa en torno y otra de ávido anhelo a la venta
na del palomar, sacó
la lengua y se relamió repetidas veces con repugnan
te ausencia de
sentido moral. Luego, no sin cierto estremecimiento
nervioso que corrió
por todo su cuerpo, se preparó a dar el gran salto.
Grande era, en
efecto; enorme. Sólo un bandido avezado a correrías

peligrosas tuviera
la audacia de intentarlo. Después de algunas vacila-
ciones lanzose al
espacio, logró tocar con las uñas la tabla, y prest-
o se encaramó sobre
ella. Y sin pérdida de tiempo se introdujo en el pa-
lomar. ¡Desdichado!
La traición le acechaba. Apenas puso allí la planta
, un pesado garrote
con furia manejado le hizo pagar cara su osadía. El
criminal comenzó a
arrastrarse por el suelo dando mayidos bien lastime-
ros. Su feroz agresor
le contempló estupefacto con ojos extraviados, los
brazos caídos y
respirando anhelante. Quiso acercarse a su víctima,
pero ésta huía
arrastrándose por el sucio aposento donde estaban c-
olocados, como en
anaquelaría de tienda, los nidos de los pichones.

--¡Válgate Dios! Le he roto una pata--exclamó con v-
oz temblorosa el
hombre.

Era un caballero alto, fornido, de unos cuarenta añ-
os de edad, la tez
morena, los ojos negros, los cabellos crespos y com-
enzando a blanquear;
fisonomía abierta y simpática. Vestía traje de casa
, chaqueta oscura y
gorra de cazador.

--¡Bis, bis...! ¡menino...! ¡pobrecito, pobrecito!

El gato permitió al fin que se le acercase y le dir-
igió una mirada
triste y medrosa.

--¡Vaya por Dios! ¡vaya por Dios!--murmuró el cabal-
lero con acento que
distaba mucho de sonar como el grito de triunfo del

vencedor satisfecho.

Le pasó la mano suavemente por el lomo y quiso reconocerle la herida; pero el pobre animal lanzaba mayidos cada vez más dolorosos.

--¡Qué diablo! ¡qué diablo!--profirió en el colmo del disgusto.

De pronto, como si le hubiese ocurrido una idea feliz, se irguió de nuevo y abandonando al estropeado gato en el suelo salió del aposento, bajando un poco la cabeza para no chocar con el dintel de la puertecilla que le daba acceso. No tardó muchos minutos en presentarse otra vez con un canasto en las manos guarnecido en el fondo por un cojín de lana. Tomó al gato con infinitas precauciones y lo depositó sobre él. Luego, sacando del bolsillo un paquete de vendas, se puso a liarle la pierna rota con la delicadeza de un cirujano. El gato le dejaba hacer como si entendiese que de aquello dependía su salud. Cuando estuvo hecha la operación cogió de nuevo el cesto, transformado ya en camilla de hospital, y a paso lento y prevenido lo sacó de allí, bajó la escalera y lo depositó en una de las estancias del único piso alto que tenía la casa.

Era ésta una mansión de hidalgo o labrador acomodado. Los pisos de ladrillo rojo, las paredes enjalbegadas, los techos con las vigas al descubierto. Los muebles eran viejos, macizos, lustrosos; en las alcobas

camas enormes de madera sin pabellón; en las paredes colgados grandes cuadros al óleo renegridos y confusos.

Reynoso, que así se nombraba el inventor de la emboscada descrita, contempló largo rato a su víctima que a su vez le miraba con expresión indefinible de temor, reconvención y tristeza dejando escapar débiles mayidos. El agresor respondía a estos mayidos con otros oscuros sonidos guturales que expresaban remordimiento. Al fin, no pudiendo resistir más tiempo la vista de aquella tragedia dolorosa, giró sobre los talones y salió de la estancia. Recorrió algunas otras desiertas en busca de su bastón de boj hasta que, recordando que lo había dejado en el palomar, hizo un gesto de pesar y no atreviéndose a empuñar otra vez el fatal instrumento descendió a la planta baja, también desierta, y salió a la calle.

Delante se abría un anchuroso patio recientemente empedrado, cercado por elevada verja de hierro. Nadie pensaría que aquel magnífico patio pertenecía a la hidalga pero humilde morada de donde salía nuestro caballero. Y en realidad no era así. Aquella casita de paredes blancas y balcones de madera estaba allí solamente como un recuerdo de familia. A su lado, apartado treinta o cuarenta pasos, se alzaba un moderno y suntuoso hotel que bien pudiera denominarse palacio. Gran escalinata de mármol, montera de pizarra a lo Luis XIV, lunas enormes de cristal en

los balcones, todo el arreo, en fin, de que ahora hacen gala los hombres opulentos cuando fabrican una mansión para su regalo. Las cuadras y las cocheras, también suntuosas, cerraban el patio por la izquierda.

Así que las palomas del tejado le divisaron en medio del patio abrieron las alas repentinamente y vinieron a posarse sobre él transformándole en informe estatua de nieve. Reynoso no recibió aquella acostumbrada caricia con la benevolencia de otras veces. El peso de su culpa le hacía atrabiliario.

--¡Quitad, quitad! ¡Fuera!

Y abriendo los brazos como aspas de molino y sacudiendo puntapiés a un lado y a otro las rechazó groseramente.

Herida la susceptibilidad de las cándidas palomas por aquel insólito recibimiento, se escaparon nuevamente al tejado. Algunas más zalameras que persistieron en querer picotearle la cabeza, fueron llamadas a la dignidad por sus compañeras y no tardaron también en remontar el vuelo.

Reynoso se acercó a las cocheras y dirigiéndose a un mozo que limpiaba un carruaje:

--Dile a Pedro que enganche antes de las diez para ir a buscar a la estación al señorito Tristán.

Sacó luego su cronómetro. Eran las ocho. Dejó las cocheras y abriendo la

gran puerta enrejada se introdujo en el parque. Bello, esmeradamente cuidado, pero no de grandes dimensiones. En el centro había una plazoleta rodeada de cañas de la India y dentro una glorieta con enredadera de madreselva y pasionaria. En el fondo y en uno de los ángulos, adosada al alto muro que lo cercaba, estaba la casita del jardinero. Reynoso, sin pasar delante de ella como tenía por costumbre, quiso abrir la puerta de madera que comunicaba con el bosque, pero antes de hacerlo lo divisaron los chicos del jardinero que volaron hacia él dando chillidos penetrantes. Quedó un instante inmóvil y una sonrisa de alegría iluminó su semblante enfoscado. Las palomas habían tenido menos suerte.

--¿Qué queréis?--preguntó fingiéndose serio.

--Un beso... un beso--respondieron los chicos, una niña y un niño de seis y cinco años respectivamente.

--¿Nada más?

La niña, avergonzada, hizo signos negativos con la cabeza. Reynoso se inclinó para besarla. Mas he aquí que cuando lo estaba haciendo, el niño le introdujo suavemente la mano en el bolsillo.

--¿Qué haces, pícaro?--exclamó el caballero alzando se bruscamente y mirándole con afectada severidad.

El chico, aterrado, se dio a la fuga. La niña reía: sus carcajadas

sonaban frescas y cristalinas como el gorjeo de los pájaros.

--¡A ése! ¡a ése...! ¡Al ladrón!--gritaba Reynoso.

Luego, sacando del bolsillo un caramelo, se lo dio a la niña diciendo:

--Tú, que eres buena, toma. A ese tunante nada.

Pero el chico, advertido, comenzó a volver sobre sus pasos gimoteando:

--¡A mí! ¡a mí también!

--Tú ya lo has robado.

--¡No! ¡no!

Y movía la cabeza a un lado y a otro hasta querer descoyuntársela, y enseñaba las palmas de sus manecitas untadas de tierra.

--Bien. ¡Pero lávate esa cara y esas manos, gorrino!

El chico, sin vacilar, se fue corriendo al pequeño estanque de una fuente de mármol y comenzó a echarse agua a la cara. En vez de quitarse la tierra, la esparció de tal modo por sus rosadas mejillas que daba horror. Reynoso no pudo menos de soltar la carcajada. El niño comenzó a llorar perdidamente. Entonces su hermanita se brindó con maternal solicitud a lavarle. Le llevó al estanque, le restringió la cara haciéndole pasar sucesivamente del negro al gris, luego al blanco, después al rojo subido, tan rojo que el niño chillaba

ba como un condenado
y estuvo a punto de renunciar de una vez y para siempre a aquel caramelo
tan dolorosamente comprado.

Reynoso estaba enajenado. Su faz resplandecía como la de un justo,
aunque distaba mucho de serlo, como acabamos de ver. Después que se
hartó de besar a los chicos salió del parque en una felicísima
disposición de ánimo, prueba irrecusable de que un fútil suceso basta
no pocas veces para acallar los más atroces remordimientos de nuestra
alma.

El bosque contiguo al parque era delicioso: una espesura casi
impenetrable formada de robles, olmos y fresnos que había dado nombre a
la finca. Esta era conocida con el nombre de _El Sotillo_ y estaba
situada en las inmediaciones de Escorial de Abajo: toda ella, desde la
casa, en suave declive hasta la cañada, por donde corría un arroyo.
Después ascendía de nuevo el terreno. Reynoso atravesó el bosque por un
lindo y retorcido camino enarenado que él mismo había hecho construir.
Al cabo de algún tiempo de marcha el bosque dejaba de ser espesura
sombria, impenetrable, y se transformaba en monte ralo de olmos y
encinas por cuyos grandes claros pastaban algunas vacas negras y bravas
con sus chotillos al lado. El pastor le salió al encuentro. Llevose la
mano a su sombrero de fieltro y le informó con rostro alegre de que
aquella misma madrugada una de las vacas había parido

do. El propietario se
acercó con satisfacción también a la vaca que lamía
al tierno chotillo,
echado debajo de ella, dejando escapar débiles mugi
dos de amor y de
orgullo. Después emprendió de nuevo su paseo. Según
caminaba, el monte
se hacía cada vez más ralo y más bajo: las robustas
encinas se
transformaban en chaparros. La naturaleza rocosa de
l terreno, oculta en
el parque y en el bosque, se mostraba ya al descubi
erto. Las piedras
asomaban por todas partes. Algunas veces veíaselas
desprendidas y
yacentes en enormes bloques unas sobre otras en per
enne equilibrio. En
la tierra que había entre ellas, ardiente y feraz,
crecían innumerables
especies de flores silvestres de formas caprichosas
, de aroma
penetrante.

Reynoso arrancó a puñados el tomillo, lo aspiró con
voluptuosidad y se
lo guardó en los bolsillos.

--Rico olor el de la mejorana, ¿verdad, mi señor?--
dijo una voz a su
espalda.

--No es mejorana, Leandro, es salsero. ¿No ves sus
florecitas?

--Verdad es. Muy rico también, muy majo; pero me gu
sta más la mejorana.

Leandro se había acercado. Era el anciano pastor en
cargado de los
grandes rebaños de ovejas que Reynoso poseía, el pe
rsonaje más
considerable de aquellos campos, grave, prudente, s

entencioso. En pos de
él otros tres zagalones que le ayudaban, y más tarde
el pastor de las
vacas que acudía como siempre al señuelo del cigarrillo. Porque Reynoso
gustaba de pararse en compañía de sus servidores y
fumar con ellos un
cigarro.

--Hasta ahora no hemos disfrutado de una mañana tan
templada como esta.
Mirad los trigos qué verdes aún. El cierzo y la escarcha no les ha
dejado crecer; pero unos cuantos días como este bastarán para hacerles
ganar lo perdido. No sé por qué sospecho que este año vamos a tener una
abundante trilla.

Así dijo el propietario pasando su petaca en torno. Los pastores, con
sus grandes sombreros de fieltro y sus medios calzones de cuero,
formaban círculo. Tomaron gravemente un cigarrillo, lo pusieron en el
rincón de la boca y cada cual sacó sus avíos: yesca de trapo quemado,
eslabón y pedernal. Bastaría con que uno encendiese; pero se hubiesen
juzgado desairados si no se mostrase claramente que eran poseedores de
todos los medios conducentes a producir el fuego. Clocaron los eslabones
contra los pedernales, saltaron las chispas, ardió la yesca y más tarde
los cigarros, todo en medio de un silencio solemne como el caso
requería. Se dieron algunos ansiosos chupetones, y uno de los zagalones
con inclinaciones más señaladas a la retórica dejó al cabo escapar esta
declaración inesperada:

--Me parece a mí, me parece a mí que si el tiempo no tuerce el hocico, en cosa de ocho días levantarán los trigos un par de p almos más... Es un decir, mayormente.

El auditorio guardó silencio, dando tiempo para que estas notables palabras penetrasen lenta y profundamente en su espíritu. El tío Leandro las rebatió al fin severamente.

--Cuando se habla una cosa, Celipe, es porque se sabe. ¿Sabes tú, por un si acaso, que han de levantar los trigos dos palmos ?

--Es un decir, tío Leandro.

--Bien, pero ¿se sabe o no se sabe?

Nadie chistó. La lógica inflexible del tío Leandro pesaba como una losa sobre todos los cerebros, particularmente sobre el del zagalón que tanto se había aventurado en su discurso. Pero haciendo a l cabo terribles esfuerzos para levantar el enorme peso que le agobiaba, logró al fin proferir, dando a su fisonomía una impresión de increíble astucia:

--Me parece a mí, tío Leandro... Yo he visto...

--Tú no has visto na--replicó el viejo pastor con un gesto de supremo desdén.

Nuevo y profundo silencio. Aquel osado Ícaro que había querido elevarse con alas de cera, vino al suelo para no levantarse

ya. La sabiduría del
tío Leandro cayó sobre él y le dejó sepultado por s
iempre. La paz y el
silencio debidos a los que han desaparecido le acom
pañaron piadosamente.
Se dieron algunos chupetones funerarios para honrar
su memoria.

Mas he aquí que al pastor de las vacas se le ocurre
resucitarlo de entre
los muertos.

--Tío Leandro, yo no diré mayormente dos palmos...
pero que han de
crecer ¡eh! ¡eh...! que han de crecer ¡eh! ¡eh!

Y se puso a reír bárbaramente, abriendo una boca de
oreja a oreja sin
que nadie le secundase.

El tío Leandro dio un profundo y amenazador chupetó
n al cigarro, y se
disponía a disparar una de sus granadas formidables
para reducir al
silencio a aquel zángano, cuando no muy lejos de al
lí sonaron dos tiros.

--¿Cómo?--exclamó Reynoso levantando súbito la cabe
za--. ¿Un cazador
furtivo?

--¡Quiá!--replicó un zagal--. Es la señorita Clara.
Bien tempranito pasó
por aquí con los perros.

El rostro del amo se serenó, dilatándose con una so
nrisa de
complacencia.

--¡Qué chica! ¡Qué chica!

Todos los rostros se volvieron hacia el sitio en qu

e habían sonado los
disparos, expresando cordial alegría.

--¿Y para cuándo es la boda, mi amo?--se atrevió a
preguntar uno.

--Allá para octubre--respondió amablemente el cabal
lero.

El tío Leandro extendió la mano solemnemente y habl
ó de esta manera:

--Que Dios, nuestro Señor, esparza a puñados la fel
icidad sobre esa
buena señorita. La hemos visto nacer, la hemos vist
o crecer y volverse
más hermosa que una azucena. Más de uno y más de do
s entre nosotros la
han llevado en los brazos. No levantaba una vara de
l suelo y ya le
gustaba montar a caballo como ahora. Una tarde la b
estia se le espantó y
se metió ala adentro por una charca. La madre (que
en gloria esté)
gritaba. Sólo yo, que estaba cerca, la oí; me plant
o en dos saltos a la
orilla, me echo al agua, y cuando ya andaba cerca d
e llegarme al cuello,
pude alcanzar el caballo y sujetarlo. Salimos chorr
eando y la niña me
abrazó y me besó. Podéis creerme--añadió volviéndo
s a sus compañeros--,
más estimé yo aquel beso que si me hubieran puesto
una onza de oro en la
palma de la mano.

--¡Está visto, hombre!--¡Pues bueno fuera!--¡Ni que
decir tiene!

Así aplauden todos las nobles palabras del viejo pa
stor.

--Lo único que siento--prosiguió éste--es que nuestro amo se nos vaya de esta finca donde tanto dinero tiene enterrado cuando se concluya el palacio que está fabricando, según creo, allá en el camino de la Fuente Castellana de Madrid.

--Me parece a mí, tío Leandro--dijo el imprudente Felipe--, que nuestro amo no se va de buena gana, porque aquí bien se regala... Pero como la señora es tan amiga del lujo...

--¿Qué dices?--exclamó Reynoso levantando vivamente la cabeza y encarándose con el zagalón.

Este se puso pálido y balbució miserablemente:

--Es lo que tengo oído por ahí...

--¿A quién se lo has oído?--preguntó el caballero afectando calma, pero con el rostro contraído.

--¡Calla, zángano, calla! ¡Si eres más cerrado que un cerrojo! ¿No te da vergüenza, grandísimo zote?

Todos le recriminan duramente. Reynoso un poco dulcificado le dijo:

--Ni a ti ni a nadie puedo consentir que pronuncie una palabra que redunde en desprestigio de la señora. Hasta ahora no ha hecho más que vivir con arreglo a su clase; pero aunque gastase todo el lujo que puede ostentarse en Madrid, todo sería poco para lo que ella merece... Entiéndelo tú y los que te lo hayan dicho.

--¡Bien puede usted perdonarlo, mi amo--manifestó el tío Leandro--,
porque este mozo no es más que una caballería salvo el alma que es de Dios y no de él...! Es que cavilo que si tarda un cuarto de hora más en nacer, nace ya con la albarda puesta... En fin, señor, que es una grandísima bestia... No hay más que verlo.

Como nadie, ni el mismo interesado, tuvieron por conveniente oponer el menor reparo a los extremos de este sensato discurso, todo él quedó aprobado por unanimidad. Nuestro caballero se serenó por completo. Despidiose afectuosamente y caminó de nuevo la vuelta de su casa sin volver la cabeza atrás. Si la hubiese vuelto habría visto con cuánta solicitud los pastores seguían inculcando en el ánimo de su compañero Felipe la idea enteramente panteística de su identidad esencial con la familia de los équidos.

II

FELICES ESPOSOS

Reynoso hizo una visita a su víctima y le mandó proveer de agua y alimento. Luego subió lentamente la gran escalinata de mármol y se introdujo en el hotel. Pasó a las habitaciones de su esposa que se hallaban en el piso principal.

--¿Quién es la que está durmiendo todavía? ¿Quién es...? ¿quién?

--¡Nadie... nadie... nadie!--respondió una voz femenina de timbre claro y armonioso.

--¿No es Elena?

--¡No, no es Elena!

Y al mismo tiempo hizo irrupción en el gabinete una hermosa joven y le echó los brazos al cuello.

Era la esposa del propietario, rubia, con ojos negros; poseía un cutis nacarado. Su talle esbelto lo ocultaba un espléndido _salto de cama_.

--¿Para qué necesito yo salir al campo de madrugada, si el campo viene a mi cuarto...? Hueles a mejorana... hueles a romero... hueles a malva rosa--decía colgada a su cuello como una niña mimosa.

Era una niña por la frescura de su rostro y por la viveza de sus movimientos, aunque ya tenía cumplidos veintidós años.

--Te equivocas; hoy no puedo oler más que a tomillo--respondió Reynoso sacando el puñado que traía en el bolsillo.

--¡Milagro sería!--exclamó la joven soltando a reír y apoderándose de aquella yerba y restregando con ella la cara de su marido--. ¿Para qué has atravesado la mar? ¿Para qué has estado tantos

años trabajando y
metiendo en la hucha dinero? Hubieras sido tan feliz aquí comiendo
ensaladas de pimientos, corriendo tras las ovejitas
, plantando
árboles... y metiendo puñados de tomillo en los bolsillos.

--¡Bien puedes decirlo!--repuso Reynoso con franca
sonrisa--. El cielo
me destinaba para pobre. No me agradan los alimentos de los ricos, no me
agradan los colchones de pluma, no me agradan los muebles suntuosos. Una
camita blanca sin cortinas, unas sillas de rejilla,
una mesa de pino, y
leche y judías a pasto... ¡he aquí mi felicidad!

--Pero entonces, gran perverso--replicó la joven esposa con voz de mimo
y atusándole el bigote con la punta de los dedos--,
no podrías regalar a
tu Elena un aderezo tan hermoso como le has regalado el día de su santo,
no podrías llevarla en coche, no podrías vestirla con trajes elegantes,
no podrías traerle pastelitos de casa de Lhardy, ni bombones de la
Mahonesa.

--Ni sobreasada de Mallorca.

--¡Oh, Dios mío, cómo me gusta a mí la sobreasada..
..! Hoy mismo la como,
aunque me haga daño... Tú te tienes la culpa por haberla mentado... ¡Y
por fin, y por fin! ¿quién le hubiera dado a Elena un hotelito en la
Castellana, con un _budoir_ tan lindo que no hay otro en todo Madrid,
con su _serre_, con su cuarto de baño...? Mira, vamos a hablar un poco

de la casa de Madrid. Voy a desayunarme aquí mismo.

Puso el dedo en el timbre, acudió un criado y no tardaron en servirle café con leche y picatostes en un primoroso juego de plata. Se sentó delante de una mesilla volante mientras su marido se dejó caer en un diván de raso azul bordado en blanco.

Y hablaron largamente de la casa de Madrid aún no terminada. Reynoso daba pormenores del decorado, consultaba el asunto del mobiliario. Su mujer le pedía una cosa, y después otra y después otra para su saloncito, para su cuarto de baño mientras engullía lindamente.

--¡Elena, Elena! Que no vas a tener apetito a la hora de almorzar.

--Ya verás que sí. Déjame ser feliz.

--¿Eres feliz de verdad?

--Muchísimo... No puedo serlo más.--Y al decir esto extendió la mano a su esposo que la besó repetidas veces.

--¿Y tú lo eres también?--dijo levantándose de la silla y viniendo a sentarse a su lado.

--¿Yo?--exclamó Reynoso pasándole el brazo por detrás de la cintura--.

¡Yo estoy gozando de un cielo anticipado! Dios no tiene ya nada que darme cuando me muera.

--Pues yo te digo... te digo... que eres un grandís

imo embustero (y le tiraba de las guías del bigote, que era al parecer su ocupación más apremiante). Porque me han dicho... me han dicho... que no te vas de buena gana a vivir a Madrid.

--Pues te han engañado.

--¿No serás tú el que me engañas...? Mira, Germán, voy a pedirte un favor y es que me hables con toda franqueza. Sé que por condescendencia, por lo bueno que eres y por lo mucho que me quieres, serías capaz de fingir que vas contento a Madrid aunque te disguste. Me parece gran locura ese disimulo. Ya sabes que me hallo bien, que soy feliz en todas partes estando a tu lado, y que si me agrada ir a Madrid, he vivido hasta ahora bien contenta en el Sotillo. En realidad, más que por mí voy a Madrid por proporcionarte a ti una sociedad más escogida. Yo estoy acostumbrada a la vida de pueblo... ¡como que no he salido de él...! Pero tú, aunque goces en el campo, has viajado mucho y no puedes menos de sentir el aburrimiento de esta soledad... Háblame, pues, francamente. ¿Vas con gusto a Madrid? Pues Elena va con gusto a Madrid. ¿Prefieres quedarte en el Sotillo? Pues Elena se queda tan ricamente en el Sotillo.

Reynoso la miró prolongadamente con ojos escrutadores.

--Está bien, hija mía; ya que quieres a todo trance que te hable con franqueza, y ya que veo que no tienes ese empeño en

vivir en Madrid que
yo imaginaba, te lo confesaré... No dejo el Sotillo
con placer. Aquí he
nacido y me he criado y aquí y en todas partes dond
e he vivido la
soledad ha sido mi fiel compañera. Aunque tengo un
carácter sociable,
según dicen, la Providencia ha querido tenerme alej
ado de los hombres
acaso porque no sea capaz de hacerles mucho bien...
¿Pero quién habla de
soledad estando cerca de ti, Elena mía? ¿Qué socied
ad en este mundo
podrá proporcionarme goce alguno no estando tú pres
ente? ¿Y si tú estás
presente qué falta me hacen los demás? Ninguna conv
ersación vale lo que
tu silencio, ninguna música lo que tu voz, ningún r
umor más suave ni más
grato que el de tus menudos pies sobre la alfombra,
ningún espectáculo
más delicioso que el de tu cabellera rubia cuando l
a dejas caer sobre la
espalda... ¡No busco, no quiero, no necesito más en
este mundo!

Y al pronunciar estas palabras la estrechaba contra
su pecho.

Estaba en verdad bien enamorado aquel caballero. ¡F
eliz el hombre que,
como él, no ha tenido más amor que el de su esposa!

Don Germán Reynoso era hijo de un agente de Bolsa.
Cuando sólo contaba
seis o siete años, su padre, por virtud de algunas
operaciones
desgraciadas, quedó arruinado. El matrimonio se vio
necesitado a
abandonar la casa lujosa de Madrid y a refugiarse e
n el Sotillo, finca

que pertenecía a la esposa por herencia de sus padres. Donde antes solían pasar solamente algunos días de primavera, en uno de los cuales había nacido Germán, tuvieron que residir forzosamente todo el año. Con los escasos productos de ella, pues no era entonces lo que ahora es, y con un cortísimo caudal que habían salvado, vivió a quel matrimonio algunos años en la soledad bastante más feliz que lo había sido entre los negocios y los esplendores de la corte. Germán seguía sus cursos del bachillerato en el colegio del Monasterio; su padre le destinaba a los negocios, pero el chico no mostraba afición a la carrera de comercio: todo su amor y entusiasmo era por la música. Con las nociones que había adquirido en Escorial tocaba ya medianamente el piano. Tantas disposiciones mostraba, tanto le instaron los amigos y su misma esposa, que tenía sobrados motivos para odiar los negocios, que al fin consintió el viejo Reynoso en enviar a su hijo a Madrid para estudiar en el Conservatorio. Residía en casa de unos amigos y venía al Sotillo los sábados por la tarde para marchar el lunes por la mañana. Tenía ya catorce años y llevaba dos de carrera con brillantes notas cuando falleció su padre. Su pobre madre tuvo la debilidad de casarse antes de cumplir los dos años de viudez con un sujeto de carácter bondadoso, pero dominado por el vicio del juego, y después de casado también por la embriaguez. Aquello fue un desastre. Germán, desesperado, viendo a su

madre desgraciada y previendo una ruina inminente, pues su padrastro estaba ya terminando con su caudal y no tardaría en comenzar con el de su esposa, decidió emigrar a América, abandonando sus esperanzas de ser un artista de fama.

En Guatemala un hermano de su padre beneficiaba algunas fincas, dedicándose principalmente al cultivo del café. Allí se fue Germán cuando no contaba aún diez y ocho años. ¡Cuántas horas transcurridas en la soledad y en el silencio! Nadie con quien hablar y reír a la edad precisamente en que más lo exige el hombre si Dios le ha dotado de un temperamento abierto y sociable. Su tío era de carácter adusto y los trabajadores tan rudos que no era posible conversar con ellos de nada placentero. La vida se deslizaba igual, monótona, soñolienta. Pero al fin se acostumbró a ella. El campo, donde permaneció casi todo el día, vigorizó su cuerpo y comunicó a su espíritu un equilibrio que le preservó para siempre del tedio. Al principio no disponía de más instrumento musical que un violín, y con él se entretenía por las noches; mas andando el tiempo logró traer hasta aquí el desierto un piano, y fue feliz. Horas dulces, horas dichosas aquellas en que, después de una jornada laboriosa, regresaba a su casa y se ponía delante del piano para interpretar una sonata de Beethoven o un concierto de Chopin.

Su tío regresó a España poco después, retirándose d

e los negocios y dejándole en arriendo dos fincas. La suerte favoreció al joven Reynoso. Las cosechas de café, que últimamente habían sido bien limitadas, principiaron a ser abundantes, copiosísimas. En pocos años Germán logró hacerse dueño de las dos fincas comprándoselas a su tío; tomó en arrendamiento otra magnífica y al cabo se hizo también dueño de ella. Viajó por la América del Sur y por los Estados Unidos. A los treinta y cinco años Germán era un hombre rico, mucho más rico de lo que se le suponía en Escorial, aunque se le suponía bastante.

En el transcurso de este tiempo su padrastro había muerto: el niño que el matrimonio había tenido y que Germán conocía, también: sólo vivía una niña, nacida después que él se marchara a América. La finca del Sotillo estaba hipotecada y corría riesgo de pasar a manos de acreedores. Germán envió bastante dinero para rescatarla y mantuvo a su madre y a su hermana con holgura. Cuando, atendiendo a las reiteradas súplicas de aquélla, pensaba en realizar su hacienda, recibió la triste noticia de su fallecimiento. Inmediatamente se puso en camino para España, a fin de encargarse de aquella hermanita de trece años que quedaba abandonada.

Al llegar la sacó de casa de unos parientes donde provisionalmente se albergaba y la trajo de nuevo al Sotillo, tomó una criada francesa para ella, tomó criados, compró coche y caballos, hizo a

Algunos reparos en la casa y la montó con boato. No pasaba, sin embargo, mucho tiempo en Escorial. Tan pronto hacía una excursión a París, tan pronto a Londres, tan pronto a Berlín y Roma; todas rápidas, porque no quería dejar a su hermanita sola mucho tiempo. En los días que pasaba en el Sotillo solía subir alguna que otra tarde al Escorial y allí conoció a Elena.

Elena era huérfana de un farmacéutico. Su madre, que sabía de farmacia casi tanto como él, regentó la botica algún tiempo después de viuda con anuencia del vecindario. Pero vino una denuncia del subdelegado; se vio obligada a traer un regente con título; y como el producto de la botica no era bastante para pagar este sueldo y mantenerse, la enajenó al fin a uno de sus cuñados que tenía un hijo en Madrid estudiando la carrera de farmacia. Con el dinero que le dieron puso una tienda decilla heterogénea, bisutería, mercería, cacharrería, debajo de los arcos. Las ganancias fueron muy exiguas. Elena y su madre vivían bien estrechamente a la llegada de Reynoso al Escorial.

Cuando aquél entró por casualidad un día en la tienda fue reconocido por doña Dámasa. Se habían conocido de niños. Saludaronse afectuosamente, y el indiano comenzó a tutear a la madre y por de contado a la hija, que contaba entonces diez y siete años. Siempre que subía al Escorial daba su vueltecita por la tienda de doña Dámasa y allí se estaba charlando un

rato. Estas visitas, al principio raras, se fueron haciendo más frecuentes y prolongadas. La hermosura espléndida de Elena comenzó a impresionarle. Y a medida que le impresionaba le hacía más tímido. Cuando la niña estaba sola en la tienda mostrábase embarazado, silencioso. Y, sin embargo, era evidente que buscaba las ocasiones en que estuviese sola. A ninguna mujer se le hubiera escapado esta táctica, pero mucho menos a Elena que era traviesa y picaresca y se gozaba en verle apurado. La timidez de un hombre tan maduro halagó mucho su vanidad y la riqueza que se le suponía también. Principió a coquetear con él de lo lindo. Pero cuanto más segura y aun atrevida se mostraba ella, más tímido aparecía él. Esta timidez y el sufrimiento que le acarreaba llegaron a tal punto que le retuvieron de subir al pueblo y visitarla. Sus visitas comenzaron a ser más raras y cuando las hacía se ingeniaba para quitarles el objetivo que tenían. O pasaba al Escorial para un negocio en el Ayuntamiento, o venía acompañando a un amigo para enseñarle el Monasterio, o había subido para buscar un operario... Estos pretextos, aunque bien sabía que eran falsos, irritaban, sin embargo, a Elena y la iban interesando en la aventura. Había juzgado al principio que era cosa de pocos días que aquel hombre se le declarase, y cuanto más tiempo transcurría más lejos veía esta declaración. Por otra parte, sus conocidos la embromaban y ya se hablaba en el pueblo no poco de

aquellas supuestas relaciones amorosas.

La noticia de que Reynoso se iba otra vez a América
cayó como una bomba
en la pequeña tienda de doña Dámasa. El mismo la co-
municó con afectada
indiferencia; tenía muchos negocios pendientes; nec-
esitaba liquidar; no
sabía el tiempo que permanecería por allá. Elena re-
cibió la nueva sin
pestañear, pero el corazón le dio un vuelco. No sab-
ía si amaba a Reynoso
aunque estaba segura de que pensaba en él todo el d-
ía. Aquel golpe le
reveló su amor. Sí, sí, estaba enamorada de él, no
porque fuese rico
como se decía en el pueblo, sino por su figura arro-
gante, por su
caballerosidad, por su bondad, por su esplendidez,
por todo, por todo,
hasta por aquellas hebras de plata que asomaban en
sus cabellos y en su
bigote.

Después que él partió estuvo algunos días enferma y
aunque mucho trabajó
sobre sí misma para vencer la tristeza, no pudo con-
seguir que dejase de
ser observada y comentada. Pero transcurrieron los
meses y se fue
olvidando su abortada aventura. Ella misma vivía ya
tranquila sin pensar
más en el indiano cuando una tarde le entregó el ca-
rtero una carta de
Guatemala. Era de Reynoso; se informaba de su salud
, de la de su madre y
amigos de la casa, le hablaba en tono jocoso de su
viaje, de su vida en
aquellas soledades; por último, antes de despedirse
le decía que había
llegado a sus oídos por medio de un paisano recién
desembarcado que se

casaba. Le daba la enhorabuena y lo mismo a su mamá y le deseaba toda suerte de felicidades.

Elena tuvo una inspiración. Tomó la pluma para contestarle; adoptó el mismo tono amical y jocoso; le dio cuenta de su vida y de las noticias más culminantes en el pueblo. Pero al concluir esta empezó con increíble audacia las siguientes palabras: «En cuanto a la noticia de mi boda es absolutamente falsa. Yo no me caso ni me casaré jamás con nadie si no es con usted.»

La contestación a esta carta fue un cablegrama que decía: «Salgo en el primer correo. Prepara todo para nuestro matrimonio.»

He aquí cómo aquella linda y picaresca niña logró, invirtiendo los papeles, alcanzar la meta de sus afanes. Con el amor vino la opulencia que no suele ser su compañera. Los recién casados se instalaron en el Sotillo. Elena y Clara, que ya eran amigas, lo fueron en seguida muchísimo más y aunque la una tenía catorce años y la otra diez y ocho se trataron como si no mediase tal diferencia, a lo cual ayudó la disparidad de sus caracteres; la una era más niña, la otra más mujer de lo que reclamaban sus respectivas edades.

Los dioses no se fatigaron en cuatro años de verter sobre aquella casa toda suerte de mercedes. Sólo se reservaron una. El matrimonio no tuvo hijos. Elena se mostraba por esta privación inquiet

a y dolorida algunas veces; otras lo echaba a broma y abrazaba y besaba con entusiasmo una perrita que su marido le había regalado, diciendo que aquella era su hija y que muy pronto la casaría para darse el gusto de tener nietos a los veinte años. Don Germán aún lo sentía más que ella, pero lo disimulaba mejor. Entregose con afán a la mejora de su finca: logró comprar otra contigua de enorme extensión y la añadió a la suya. Esta nueva finca, que había sido residencia antiguamente de una comunidad de frailes, se componía de monte y tierras laborables, y contenía además dos grandes charcas donde se criaban sabrosas tenca s y se cazaban las aves emigrantes que allí se reposaban. Aunque no necesitaba más que su antigua casa, porque estaba acostumbrado a una vida sencilla, Elena le excitó a construir el magnífico hotel que se ha visto. Con tristeza dejó el pequeño pero dulce hogar que albergó su niñez, para habitar la nueva y suntuosa morada. Pero conservó aquél con el mismo esmero con que se guarda una joya de sus padres; y nunca dejó de ir a dormir la siesta a la cama en que nació y en que sus padres durmieron la primera noche de novios.

Elena recibió la confesión de su esposo con sorpresa y secreto despecho que se esforzó en disimular.

--Me alegro, me alegro en el alma de que hayas sido franco--exclamó con afectación--. ¡Qué dolor sería para mí si al cabo h

ubiera descubierto
que te ibas a Madrid sólo por complacerme! Te vería
de mal humor, te
vería huraño y silencioso, y la pobre Elena tan ino-
cente, sin saber que
ella era la causa.

--¡Huraño, Elena! ¡Silencioso!

--Sí, huraño, incivil... inaguantable.

--¿Pero cuándo me has visto...?

--Si no te he visto te vería... Ea, hablemos de otr-
a cosa pues que ésta
ya está resuelta.

Hablaron de otra cosa, pero la joven no podía disim-
ular su decepción.
Saltaba de un asunto a otro con nerviosa volubilidad,
se placía en
llevar la contraria; por último, cayó en un silencio
obstinado,
fingiendo hallarse absorta en la franja de la tapice-
ría que estaba
bordando. Su marido la observaba con disimulo y en
sus ojos brillaba una
chispa maliciosa.

--Vaya, vaya--dijo frotándose las manos--. ¡Cuánto
me alegro de que nos
hayamos entendido! Yo sin atreverme a decirte que no
tenía ninguna gana
de ir a Madrid, y tú sacrificándote por proporcionarme
una sociedad más
escogida.

Elena levantó los ojos y dirigió una rápida mirada
recelosa a su marido.
Este miraba fijamente al reloj de estilo Imperio que
había sobre la
chimenea.

--No sé cuándo me he de convencer--prosiguió--de que tu temperamento se acomoda admirablemente a todas las circunstancias y que tu felicidad no se cifra en vivir en un sitio o en otro, sino en el sosiego y la comodidad de tu casa.

Nueva mirada y más recelosa por parte de Elena. Reynoso seguía en contemplación extática del reloj.

--Y no era yo solo: había mucha gente (sin sentido común, por supuesto) que suponía que estabas encaprichada con vivir en Madrid. Yo les diría ahora: ¡no conocen ustedes a mi mujer...! ¡no la conocen!

Elena, cada vez más desconfiada, volvió a levantar los ojos. Esta vez chocaron con los de su marido. Este no pudo aguantar más y soltó una estrepitosa carcajada. Elena se levantó airada, y presa de un furor infantil se arrojó sobre él y comenzó a apretarle el cuello con sus preciosas, delicadas manos, a tirarle de las orejas y del bigote.

--¡Toma! ¡por cazurro...! ¡por malo! ¡por gañán!

Reynoso no podía defenderse; se lo impedía la risa.

--¡Pues sí, quiero ir a Madrid! ¡quiero ir a Madrid! ¿Qué hay...? Y tú te darás por muy satisfecho con que te admita en mi hotelito y no te deje aquí para siempre entre las vacas y las ovejas ...

Al fin, cansada de golpearle, se dejó caer a su lado en el diván.

Reynoso, acometido de un acceso de tos, estuvo algún tiempo sin hablar.

--¿Pero es de veras que quieres ir a Madrid?

--Mira, Germán, no empecemos, o...

Y se levantó otra vez para echarle las manos al cuello.

Reynoso cogió al vuelo aquellas lindas manecitas y trató de llevarlas a los labios.

--¡No! ¡no!

--¿Qué quiere decir no?

--No quiero que me beses... no quiero... Eres un gañán... Te pasas la vida haciendo burla de mí...

Y se defendía furiosamente. Al cabo se dejó caer de nuevo en el diván, se llevó las manos al rostro y se puso a llorar.

--¡Hija mía, no llores!--exclamó Reynoso conmovido.

--¡Sí, lloro! ¡lloro...!, y lloraré hasta que se me pongan los ojos malos--decía sollozando con dolor cómico--. Porque eres muy malo... Porque te complaces en hacerme rabiar... Si no quieres ir a Madrid, ¿por qué no lo dices de una vez...? Y no que te pasas la vida atormentándome...

--¡Atormentándote, Elena!

--Sí, sí, atormentándome.

--Mira, prefiero que me arranques el bigote a que me digas eso.

--¡Oh, no por Dios! ¡Qué feo estarías sin bigote!-- exclamó separando sus manos de los ojos, donde brilló una sonrisa maliciosa detrás de las lágrimas.

Reynoso aprovechó aquel furtivo rayo de sol para consolarla. Pero no fue obra de un instante. Elena estaba muy ofendida, ¡mucho! Era preciso que el detractor cantase la palinodia, hiciese una completa retractación de sus errores.

--Confiesa que tienes más ganas que yo de ir a Madrid.

--Lo confieso a la faz del mundo.

--Porque te aburres aquí.

--Porque me aburro soberanamente.

--Y porque necesitas un poco de expansión con tus amigos.

--Y porque necesito mucha expansión.

--¿Bromitas todavía, socarrón?--exclamó la mujercita tirándole de la nariz.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche en el patio.

--Ya está ahí Tristán... Sal tú a recibirlo... Voy a peinarme y vestirme en un periquete. Adiós, gañán... ¡Toma, por malo! (Y le dio una bofetada.) ¡Toma, por bueno! (Y le dio un sonoro beso en la mejilla...) ¡Rosario! ¡Rosario! Venga usted a peinarme.

III

¡QUIETO, FIDEL!

El joven que descendía del carruaje en el momento en que don Germán ponía el pie en la escalinata era alto, delgado, de agradable rostro ornado por unos ojos de suave mirar inteligente y por un pequeño y sedoso bigote negro. Se saludaron alegremente con un cordial apretón de manos.

--No entremos en casa--dijo Reynoso--. Clara anda por ahí cazando y Elena se está vistiendo. Vamos a la glorieta a descansar y tomaremos una copa de vermut o de cerveza, lo que tú quieras.

Se introdujeron en el parque, penetraron en la glorieta de pasionaria y madreselva y se acomodaron en dos butacas rústicas de paja delante de una gran mesa de mármol. No tardaron en servirles los aperitivos pedidos por el amo.

--¿Cómo has dejado a tus tíos?

--Sin novedad: mi tía casi loca y mi tío demasiado cuerdo--respondió el joven riendo.

--¡Oh, es un matrimonio que me encanta!--replicó don Germán también riendo--. Son dos elementos químicos que se neutralizan y forman un compuesto admirablemente sólido.

--¡Y tan sólido! Como que mi tío es de mampostería.

--No, hombre, no; tu tío es un hombre de una razón muy clara. No sabrá escribir, como tú, libros y comedias ni tendrá gran ilustración, pero discurre con acierto, juzga con justicia y sabe lo necesario para conducirse en la esfera en que Dios le ha colocado. Desgraciadamente los que como él y yo hemos pasado nuestra vida dedicados al comercio no pudimos disponer de mucho tiempo para ilustrarnos..

--¡Oh, no se compare usted con él!

--¿Por qué no? Que yo he conservado alguna mayor relación con el mundo espiritual gracias a la música eso significa poco. Ambos, como vosotros decís, somos mercachifles.

--Usted ha leído mucho.

--Algunos libros que llegaban a mis manos allá en las soledades del campo. Lectura dispersa, heterogénea que entretiene el hambre intelectual sin nutrir el cerebro... Por lo demás, si tu tío carece de

las cualidades de hombre de estudio, las de hombre de acción las posee largamente. Yo le he visto no hace mucho tiempo en circunstancias bien críticas dar pruebas relevantes de ello. Acababa de estallar la guerra con los Estados Unidos. El pánico se había apoderado de los hombres de negocios: por la Bolsa, por todos los círculos financieros soplaban un viento helado de muerte; los más audaces huían; los más valientes se apresuraban a poner en salvo su dinero; a las puertas del Banco de España se acumulaba la muchedumbre para cambiar por plata los billetes. En aquel día memorable he visto a tu tío en la Bolsa hecho un héroe, la actitud tranquila, los ojos brillantes, la voz sonora, lanzando con arrojo todo su capital a la especulación. «¡Compro! ¡compro! ¡compro!» gritaba. Y su voz sonaba alegre, confiada, en medio del terror y la desesperación. No sabes el aliento que infundió y cuánto levantó el ánimo de todos en aquellos instantes aciagos. No contento con esto hizo poner en los balcones de su casa un cartel que decía: _Se cambian los billetes del Banco de España con prima._ Y esto lo llevó a cabo sin ser consejero del Banco ni tener sino una parte pequeña de su capital en acciones.

--Sí, ya sé que hizo esa locura.

--¡Locura sublime! Locura de un mercachifle que acaso no realizara un poeta... Si tú lo eres, Tristán, si tú puedes tranquilamente entregarte

a la contemplación de la belleza y verter en las cuartillas tus ideas y tus sueños, lo debes a que tu padre hizo el sacrificio de sus ideas y de sus sueños para labrarte un capital... Él también era un poeta, él también tenía talento... Pero naciste tú y comprendiendo que su lira no podía darte de comer la arrojó lejos de sí y se puso a trabajar...

Agradece al _diario_, al _mayor_, al _copiador_, a esos prosaicos libros en blanco que tú desprecias el que puedas recrearte ahora con otros más amenos. ¡Feliz el que en su juventud no necesita luchar por la existencia y puede gozar libremente de su propio corazón y de los tesoros de poesía que la Providencia ha depositado en él!

--Vamos, no me sermonee usted más, don Germán. Lo que he dicho de mi tío es una broma. Ya sabe usted demasiado que le estimo.

--Serías un ingrato si otra cosa hicieras. Tu padre no dejó mucho más de cincuenta mil duros y tu tío acaba de entregarte ochenta mil.

Tristán Aldama era hijo de un periodista que abandonó muy joven su profesión para dedicarse a asuntos comerciales. Cuando sólo contaba cinco años falleció su madre y aún no tenía doce cuando quedó también huérfano de padre. Este tenía una hermana casada con don Ramón Escudero y a este encomendó por testamento la tutela de su hijo. Escudero había sido cuando joven, primero criado, luego cobrador y

más tarde
dependiente y hombre de confianza del padre de Reynoso. Cuando éste hizo quiebra, gracias a la reputación de honrado, activo e inteligente que había adquirido entre los hombres de negocios se abrió pronto camino en la Bolsa, montó una casa de banca y logró adquirir un capital considerable. Claro está que así que don Germán regresó a España, la primera persona que visitó en Madrid fue al antiguo y fiel dependiente que tantas veces le había llevado de niño al colegio. En su casa fue donde Tristán y Clara se conocieron y entablaron las relaciones amorosas que estaban a punto de consolidarse tan felizmente con la bendición nupcial.

--¿Cómo van las obras del cuarto?--preguntó Reynoso .

--Así, así... Madrid no es una capital; es un lugar ón. En cuanto tratamos de introducir en la vida algo elegante o cómodo, algo parecido a lo que en otras naciones es ya de uso corriente, tropezamos con nuestros operarios desmañados, rutinarios, zafios.. .

Los futuros esposos habían elegido para vivir un piso en la calle del Arenal y lo estaban arreglando. Tanto Escudero como Reynoso poseían magníficas casas en Madrid y ambos les habían ofrecido habitación en cualquiera de ellas; pero Tristán había rehusado la oferta de su tío y Clara la de su hermano. Este, resarciéndola de la p

arte que la correspondía en el Sotillo, la había dotado generosamente con medio millón de pesetas.

Hablaron del piso alquilado y de los preparativos matrimoniales. Tristán se mostraba sobrio de palabras y ensimismado.

--¿Qué es eso...? Parece que estás de mal humor.

--Nada tengo distinto de otros días. En general no encuentro en la vida grandes motivos para estar muy contento.

--Así hablan solamente los que son demasiado felices en este mundo.

--¿Lo cree usted?--preguntó distraidamente el joven.

--Sin duda; y tu ejemplo me lo confirma. Eres un hombre mimado por la fortuna. Naciste rico, inteligente, dotado de buena figura, y aunque perdiste temprano a tus padres hallaste en tus tíos un afecto parecido y una vigilancia igual. Los éxitos universitarios comenzaron a halagar desde niño tu amor propio, siguieron después los de l Ateneo, escribiste un libro y lograste llamar sobre ti la atención pública; presentas un drama en el teatro y te lo aceptan.

--Me lo aceptan... pero no lo representan... Mire usted, don Germán, como todo el mundo, usted juzga por las apariencias. Se adivina que ha habido un esfuerzo cuando se ve un resultado; pero aquellos otros que no han logrado cuajarse en el espacio, tomar cuerpo y

gozar de la luz,
aquellos que viven y mueren en la sombra miserables
y desgraciados,
aquellos el mundo los ignora y no se le echan en cu
enta al hombre
feliz.

--Porque no deben echársele. Las aspiraciones del h
ombre son infinitas y
quisiera beber la eternidad de un trago. ¿Pero son
todas ellas
legítimas? ¿Todas deben realizarse? Mete la mano en
tu seno y verás que
muchos de tus deseos no podrían satisfacerse sino a
expensas de la
satisfacción de tus semejantes... ¡Y todos tenemos
que vivir, qué
diablo!

--Es que si tenemos que partir la felicidad con tod
os tocamos a muy
poco.

--Sería mucho si la felicidad de los demás fuera la
nuestra; si
supiésemos salir de nosotros mismos.

Tristán soltó una carcajada. Don Germán se puso un
poco colorado.

--Comprendo bien que en estos asuntos no estoy en d
isposición de medirme
con los que como tú los estudian y los discuten a d
iario...

--No es eso, don Germán... Me río porque toda la vi
da estoy oyendo esa
misma frase sin haber logrado saber lo que signific
a. No sé por qué
puerta o balcón podemos salir fuera de nosotros mis
mos... Es decir, he
averiguado que haciendo un agujero en la sien con l

a bala de un revólver
se sale inmediatamente fuera de sí..., pero es para
no volver a entrar.

--Repito que carezco de conocimientos y de medios d
e expresión para
explicarte esa frase ni ninguna otra por ese estilo
. Pero si no puedo
explicarla siento su verdad en el fondo del alma y
me basta... Pero
volvamos a ti. Por un don gracioso de Dios tú eres
de los pocos que aun
encerrados en sí mismos encuentran la dicha. Despué
s de todos los
elementos de felicidad de que hemos hablado te enam
oras; la mujer que es
objeto de tu amor te corresponde; vas a casarte y a
l satisfacer los
ardientes deseos de tu corazón, te encuentras con q
ue el ángel de tus
sueños no viene a ti con las manos vacías...

Esta frase causó una mordedura en el amor propio de
Tristán. Disimuló,
sin embargo, lo echó a risa y siguió la plática en
tono jocoso.

Pocos minutos después saltaban ladrando en la glori
eta dos perros de
caza y detrás de ellos una gallarda joven de tez mo
rena, cabellos negros
ensortijados que apretaba una gorrilla rusa de piel
, pecho exuberante,
amplias caderas ceñidas por una falda corta de colo
r gris, calzada con
botas altas y llevando colgada del hombro una primo
rosa carabina.
Recordaba por su arrogancia la estatua de Diana caz
adora que se admira
en el Museo del Louvre; pero esta arrogancia estaba
templada por unos
grandes ojos negros de suave y afectuosa expresión.

Era a la vez Diana y
Clorinda la heroína del poema del Tasso.

Los ojos de los futuros esposos se encontraron y brillaron con alegría.
A Tristán se le disipó repentinamente su mal humor.

--Tus perros, linda cazadora, han descubierto este par de piezas...
¡Tira, tira sobre ellas!--exclamó don Germán riendo.

--¡Fuego!--respondió la joven acercándose a él y dándole un beso en la mejilla.

--Dispara el segundo. Mira que la otra pieza se escape.

Clara se ruborizó.

--Aunque se escape volverá de nuevo al tiro como las palomas torcaces.

Y alargó al mismo tiempo su mano a Tristán que la estrechó tiernamente.

--Ya estoy encañonado, y por lejos que me vaya el tiro de Clara me alcanzará.

--¡Oh, si supieseis qué lejos he disparado a uno de estos ánades!--y mostraba los dos que traía colgados al cinto--. Una verdadera casualidad que haya caído... Del lado de allá de la charca grande Fidel levantó los dos. ¡Pan! Tiro al primero y cae a la orilla. ¡Pero el otro...! El otro estaba ya en lo alto en medio de la charca. Disparo sin esperanza alguna

y con gran sorpresa le veo caer al agua. ¡Allí vierais a Fidel echarse al agua y nadar como un pez mientras este otro animalito, la Dora, a quien tenía sujeta por el cuello, aullaba y se estremecía de afán por seguirle!

La joven se animaba narrando los incidentes de la cacería. Tristán la miraba embelesado, admirando en lo íntimo de su ser la juventud, el vigor y la hermosura de su prometida.

--¿Pero estás segura de que has alcanzado con los perdigones a ese ánade?

--¿Cómo no, puesto que ha caído?

--Es que yo no creo una palabra de la eficacia de tu puntería. Ese ánade como el otro y como todos los demás que has cazado mueren de orgullo de verse tiroteados por ti.

--¡Sería mucha galantería!--replicó la joven ruborizándose de nuevo.

Don Germán quiso dejarlos solos algunos momentos y salió de la glorieta con el pretexto de dar orden para que pintasen las canoas de las charcas. Llamó a los perros para que le acompañasen. Los animales salieron gozosos en su compañía, pero viendo que Clara se quedaba vacilaron unos instantes, ladraron a Reynoso como recriminándole por ponerles en aquella disyuntiva y al fin se decidieron a volverse a la glorieta, echándose a los pies de su ama.

--Te lo digo con todas las veras de mi alma, Clarita; yo quisiera morir de un tiro de tu mano como han muerto esos patos.

--No te acerques tanto. A mí me gusta tirar de largo
o--dijo la joven riendo.

Tristán se sentó frente a ella delante de la mesa de mármol.

--Lo que me sorprende es que tengas tanta afición a la caza: ¡porque cuidado que es aburrido eso de cazar! Yo no salí más que tres o cuatro veces en mi vida y pensé que moría de tedio.

--¡Aburrido!--exclamó Clara en el colmo de la sorpresa.

--¡Aburridísimo! Levantarse de madrugada cuando más a gusto se encuentra uno entre sábanas, echarse al monte, sufrir los rigores del sol y a veces los de las nubes, caminar todo el día con la lengua fuera, caerse, pincharse, ensuciarse, y de vez en cuando tropezar con uno de esos animalitos que se encuentran en todas las pollerías y restaurantes de Madrid.

--Calla, calla, Tristán; estás diciendo disparates. Tú no sabes lo que es sentir la brisa matinal en las mejillas porque te has acostumbrado al aire viciado de la cervecería y del círculo; no gozas con el sol porque vives la mayor parte de la vida con luz artificial; te repugna el caminar porque has estado demasiado tiempo tendido

en las butacas...

Pero yo soy otra cosa... yo he nacido en el campo;
el sol me conoce y
las nubes también y las piedras y los abrojos... Pa
ra mí es un gran
disgusto que tú no seas cazador.

--¿De veras...? Pues no tengas cuidado, hermosa mía
, que por tu amor soy
capaz, no diré de cazar patos y conejos, sino hasta
tigres y leones...
Aún más: soy capaz, si tú lo exiges, hasta de pesca
r con caña.

--¡No tanto!--exclamó la joven riendo--. Bastará co
n que alguna vez me
acompañes. Te prometo no llevarte lejos.

--¡Qué hermosa eres, Clara! Si no fueses el emblema
de la belleza serías
el de la salud y de la fuerza. Dice Gustavo Núñez q
ue si me dices una
bofetada me harías polvo... y voy creyendo que tien
e razón.

--¿Pues cuándo me ha visto tu amigo Gustavo Núñez?

--Días pasados cuando íbamos de compras con Elena.

--Debe de ser muy burlón ese amigo.

--Es el hombre más gracioso que conozco.

Y acto continuo se puso a hacer el elogio caluroso
de aquel su amigo
Gustavo, un pintor eminente que hacía ya algunos añ
os había obtenido
primera medalla en la Exposición, un hombre de mund
o, elegante, fino,
culto ¡y con unas salidas! Todo el mundo las celebr
aba en Madrid.
Sofocado por la risa nuestro joven narró algunas de

ellas.

Clara escuchaba con fingida atención. En realidad estaba distraída. Aquellos chistes de café, aquella maledicencia que se revelaba en ellos no podía producir efecto en una naturaleza sencilla y recta como la suya. Así que cuando Tristán dio tregua a su panegírico desvió la conversación a otro sitio. Le preguntó por las obras del cuarto, por una joya que había encargado a Holanda, por los muebles que les estaban construyendo.

La conversación languideció al cabo. Tristán comenzó a mostrarse preocupado, a emplear un estilo más conciso, que poco a poco se convirtió en displicente. Clara lo observó, pero como ya estaba acostumbrada a estos cambios repentinos de humor, que rara vez persistían largo tiempo, no hizo en ello mucho alto. Sin embargo, se trataba de asuntos que atañían a su próximo enlace y el acento de su novio sonaba por momentos más displicente.

--¿Qué te pasa?--preguntó al fin desazonada--. Hace un momento eras más suave y más blando que una piel de liebre y ahora pinchas por todas partes como los cardos del monte.

Tristán hizo un gesto de indiferencia y permaneció silencioso.

--¿He dicho algo que pudiera molestarte?

El mismo silencio.

--O hablas o me marchó--dijo con energía haciendo ademán de levantarse.

Tristán clavó en ella sus ojos con expresión colérica.

--Me estás probando de esa forma--dijo con acritud--que mis recelos no son infundados. Desde hace algún tiempo parece que todo el mundo pone empeño en hacerme comprender que debo estar no sólo satisfecho sino muy agradecido a que se me conceda tu mano. Es decir, que uieren a toda costa persuadirme de que soy un quídam que ha buscado su negocio y lo ha hallado al fin...

--¿Qué palabras son esas, Tristán, tan feas... tan indignas de ti?

--Sí, que soy por lo visto un buscavidas--insistió el joven con más violencia--y que si me caso contigo no lo hago tanto por amor como por tu dote... Hace un momento tu mismo hermano me decía a que debo estar satisfecho porque tú no vienes a mí con las manos vacías... ¿Qué quiere decir eso? O no quiere decir nada o es una grosería...

--Eso no es cierto--profirió la joven con acento vibrante de indignación--, no puede ser más que un mal sueño de los muchos que tú tienes... Y si Germán hubiera pronunciado esas palabras lo habría hecho burlando y sin intención de causarte la más pequeña ofensa, porque mi hermano es el hombre más bueno y más delicado de la

tierra.

--No soy un náufrago, hija mía--siguió diciendo con
sonrisa amarga y
como si no hubiese oído la interrupción de su prome-
tida--, no soy un
náufrago que corriendo un temporal deshecho viene a
refugiarse en tu
puerto para abrigarse dentro de él. Yo he navegado
siempre con las velas
desplegadas en un mar de aceite, iluminado por el s-
ol radiante, empujado
por la brisa y acompañado de las musas y las gracia-
s. Estoy acostumbrado
a vencer; he hallado en la vida todas las puertas a-
biertas y todos los
corazones también. Cuando me acerqué a ti y te ofre-
cí el mío no reparé
si estabas dorada o plateada: te vi buena, inocente
, hermosa y me bastó
para quererte y me sigue bastando.

--¿Tiene eso algo que ver con la ofensa que has inf-
erido a mi hermano?

--Primero me la ha inferido él a mí. Estoy fatigado
... estoy harto de
recoger alusiones más o menos embozadas a tu fortun-
a presente y futura.
Esto hiere mi amor propio y no estoy dispuesto a sa-
crificarlo por ningún
matrimonio, ni contigo ni con nadie.

--¿Quieres decir que no me estimas lo bastante para
sufrir por mí
ninguna molestia?

--Esa clase de molestias no.

--Entonces tu amor es más ligero que esa niebla que
cae sobre las
charcas y que barre un pequeño soplo de viento.

--Ligero o pesado, mi amor es como yo, y yo soy como la naturaleza me ha hecho. El gozo de unirme a ti no es bastante poderoso para cambiar mi condición...

--No necesitas hablar más... ¡Basta...! Leo en tu corazón bien claramente que buscas un pretexto para romper nuestra unión. No te esfuerces tanto, porque si no estás satisfecho y no esperas ser feliz, yo te devuelvo tu palabra.

--En tu actitud altiva advierto que estás infiltrado de la misma idea de que están llenos al parecer tus parientes y tus amigos. ¿Me devuelves mi palabra? Pues yo la recojo. Mi dignidad se subleva ante esa idea.

Tristán profirió estas palabras exasperado como si realmente acabaran de dar a su dignidad un golpe de pronóstico reservado. La joven se puso pálida y llevándose la mano al corazón se alzó del asiento para salir de la glorieta.

Tristán había sido su primero y su único amor. Cuando se conocieron ella tenía trece años y él veintiuno. La impresión que en su naturaleza infantil produjo aquel joven guapo, elegante y de cuya inteligencia toda la familia se hacía lenguas no se borró jamás. Paró él muy poco la atención en ella, embriagado por sus triunfos en la cátedra y en la sociedad; la trató con la protección amable que concede un grande hombre

a un niño. Pero don Germán hizo su segundo viaje a América, transcurrió más de un año sin verla y cuando al cabo se encontraron Clara se había transformado en mujer. Nuestro joven la miró entonces con más atención y bajando de su pedestal académico la trató con menos condescendencia. Se vieron a menudo, unas veces en casa de Escudero, otras en el Sotillo, adonde éste solía ir con su familia algunos días. En cada una de estas entrevistas el sabio ateneísta perdía un poco de su majestad. Esta ruina llegó a tal punto que hay quien asegura haberle visto pegando calcografías en los cristales en compañía de aquella niña grande y, lo que es más absurdo, ella dando a la cuerda sujeta a un árbol por el otro cabo y él con las mejillas inflamadas y los cabellos pegados a la frente saltando y gritando «¡tocino! ¡tocino!» Realmente hay cosas que la imaginación no puede representarse. Preferimos creer que ésta es una de tantas calumnias a las que han estado siempre expuestos los hombres serios y científicos. De todos modos cierto es, por que hay personas que lo certifican, entre ellas mademoiselle Amelie, el aya de Clara, que un día porque le ganó dos partidas de _tennis_ ella le llamó antipático, le dijo que no le quería y se fue muy desabrida y que él entonces desahogó su pecho en el de la citada _mademoiselle_ y lloró a hilo como un buey. Pero aun aquí la historia llega a nosotros tan envuelta y obscurecida por la leyenda que es casi imposible discernir lo que hay en ella de

verdad y de error. ¿La misma _mademoiselle_ no pudo equivocarse? ¿Quién sabe si Tristán sacó el pañuelo para sonarse y a ella se le antojó que era para secarse las lágrimas?

Reynoso vio con buenos ojos aquellos amores. Era hombre a quien el talento y los libros inspiraban un respeto idolátrico. La familia de Tristán apetecía unión tan ventajosa por todos conceptos. Todo marchó viento en popa, aunque durante más tiempo de lo que los novios hubieran deseado. Reynoso se opuso resueltamente a que su hermana se casase antes de tener diez y ocho años. Iba a cumplirlos y su dicha a colmarse. Porque realmente amaba profundamente a aquel hombre a pesar de su humor sombrío y fantástico, o tal vez por esto mismo. La armonía de los contrarios no pudo jamás mostrarse de un modo más cabal que en aquella gentil pareja.

Clara iba a salir de la glorieta con el corazón mortalmente herido, pues en las muchas reyertas que habían tenido nunca habían llegado a palabras tan agrias, cuando entraba Elena en su busca. Al verla de aquella forma, descompuesta y pálida y observar la actitud airada de Tristán, hizo alto sorprendida.

--¿Qué es eso, habéis reñido...? ¡Qué feo, qué feo en vísperas de boda!

Pero Clara en aquel momento se abrazó a ella y estalló en sollozos. La estupefacción de su cuñada llegó a los últimos lími

tes.

--¡Cómo! ¿Qué significa esto...? ¿Qué le ha hecho usted a mi hermana, caballero...? ¡Dígalo usted ahora mismo! ¡Ahora mismo o me pierdo y le tiro a usted del bigote!

Esta feroz decisión que expresaba muy bien la nativa incompatibilidad de sus preciosas manos con los bigotes masculinos abatió por completo el ánimo ya muy alterado de Tristán.

--Hágame usted el favor de no poner esos ojos de besugo a medio asfixiar. ¿Lo oye usted? A mí no me gustan los besugos ni crudos ni guisados... ¡Hable usted...! ¡Hable usted en seguida...!

--Acaso...--profirió el joven balbuciendo.

Elena llevó a su cuñada hasta la butaca de paja, la hizo sentarse en ella y cubrió su rostro de besos. Después vino a plantarse delante de Tristán que continuaba sentado.

--¿Acaso qué...? vamos a ver.

--Acaso haya dicho a Clara algunas palabras mortificantes...

--¿Y con qué derecho dice usted a Clara palabras mortificantes?

--Con ninguno.

--¡Ah, con ninguno! ¿Entonces conviene usted en que es un hombre atrevido, intratable, digno de que le vierta toda la

a cerveza de esta
botella por el cuello abajo?

--Convengo.

--¿Confiesa usted, además, que es un novio fastidioso, antipático, pesado, insufrible?

--Lo confieso.

--¿Promete usted enmendarse y no decir en adelante a Clara más que palabras suaves y cariñosas?

--Lo prometo.

--Está bien. Ahora pida usted perdón de su fechoría que no conozco ni quiero conocer.

--Clarita--dijo Tristán mirando a su prometida que continuaba tapándose los ojos con la mano--, perdóname lo que te he dicho. Te juro que te adoro, que te quiero con toda mi alma...

--¿Cómo? ¿Cómo...? ¿Qué modo de pedir perdón es ese...? Hágame usted el favor de hacerlo como se debe.

Y la esposa de Reynoso señalaba enérgicamente el suelo con su índice.
Las mejillas de Tristán se tiñeron de carmín.

--Bueno: ¿se pone usted colorado? Mejor, así se demuestra que le queda todavía un poco de vergüenza... Saque usted el pañuelo y póngalo debajo que se va a manchar los pantalones en la arena.

Tristán se arrodilló delante de su novia sonriente

y ruborizado.

--Bésele usted la mano... Digo no... No se la des, Clara, no la merece.

El perro que estaba echado a los pies de la joven al verse molestado gruñó.

--¡Muérdele, Fidel...! ¡Muerde a ese antipático, muérdelo a ese soso...!
¡a ese! ¡a ese!

El animal, así azuzado, comenzó a gruñir de un modo amenazador y estaba a punto de arrojarse sobre el soso. Clara levantó la cabeza riendo a través de sus lágrimas.

--¡Quieto, Fidel!

IV

UNA VISITA Y OTRAS VISITAS

Apenas se había llevado a feliz término la reconciliación de los novios oyéronse en el parque altas y alegres voces y carcajadas.

--¿Cómo? ¿Están ahí Visita y Cirilo?--exclamó Elena con el semblante iluminado de alegría.

Y acto continuo salió corriendo de la glorieta. Clara y Tristán la siguieron. Los dos huéspedes venían acompañados de don Germán

conversando y riendo. El marido, que arrastraba mucho el pie izquierdo y parecía también imposibilitado del brazo correspondiente, se apoyaba en el de su esposa. Esta era alta, rubia, corpulenta y sus ojos abiertos, inmóviles, mostraban que estaba ciega. Ninguno de los dos pasaría de treinta años.

--¡Pero qué sorpresa!--dijo Elena besando con efusión a la ciega y estrechando la mano sana del paralítico.

--¡Sorpresa la nuestra, querida...! Llegamos a la estación, nos apeamos del tren y ni un alma que nos dé los buenos días. Pues señor, ¿qué hacemos...? La carta sin duda no ha llegado a sus manos, nos dijimos. ¡Ni un coche siquiera por allí! Era necesario pasaros un recado y esperar más de una hora. En esto ve Cirilo un carro de bueyes que había venido a traer madera. «¡Eh, buen hombre! ¿Quiere usted llevarnos al Sotillo?»--«Por allí tengo que pasar; _amóntense_ ustedes.»

--¡En un carro de bueyes!--exclamó Elena.

Tristán se excusó de no haberles visto aunque había venido en el mismo tren. Saltó del coche precipitadamente, salió con la misma velocidad de la estación y montó en el landau que le aguardaba fuera.

--En nada nos ha perjudicado usted. Hemos hecho el viaje más divertido que os podéis imaginar. El carretero tendió una manta y yo me acosté

sobre ella. Este iba en pie mirando el paisaje y contando todo lo que miraba. Los bueyes resoplando, el buen hombre cantando todo el camino y nosotros riendo. ¡Qué sacudidas! ¡Qué traqueteo! Una de las veces éste no pudo sujetarse y cayó sobre mí y sin querer me dio un beso...

--Sería muy bien queriendo; Cirilo es pícaro--dijo Elena.

--¡No, no; sin querer! ¡Qué risa, hija mía, qué risa...! El carretero pensó que nos había pasado algo y vino asustado, pero al vernos reír de tan buena gana soltó también la carcajada como un tonto... Allá le levantamos como pudimos. El buen hombre dijo que si quería podía amarrarle para que no se cayese. Este aceptó en seguida y se dejó amarrar como un santo. Yo me desternillaba de risa. ..

--Ha sido un viaje delicioso--corroboró Cirilo con toda su alma.

Tristán disimuladamente sacudía la cabeza mirando a Clara con expresión de burla y sorpresa; pero aquélla, gozando con la risa de Visita, no le hacía caso. Era en efecto la risa de la ciega tan fresca, tan comunicativa que no se la podía oír sin sentirse tentado de ella.

Aquel matrimonio tenía un parentesco lejano con don Germán. Cirilo era hijo de un primo en tercero o cuarto grado de su padre; ella de un modesto empleado en Hacienda. Cuando Reynoso llegó

de América, Cirilo
trabajaba con corto sueldo en una casa de banca y e
staba ya en
relaciones amorosas con su actual esposa; ambos per
fectamente sanos. Era
un joven activo, inteligente, de una honradez a pru
eba. Don Germán, que
advirtió en seguida estas cualidades, le protegió c
on toda decisión; le
nombró su administrador y su agente, y logró que Es
cudero hiciese lo
mismo. Viéndose ya en posición desahogada pensó en
casarse; pero en
aquella misma sazón su prometida comenzó a padecer
de la vista y en
poco tiempo quedó ciega por atrofia del nervio ópti
co, enfermedad
incurable. ¡Cuánto lloró aquella buena y hermosa jo
ven! Desesperada por
tan terrible desgracia, y todavía más pensando en q
ue Cirilo suspendería
definitivamente el matrimonio, estuvo a punto de su
icidarse. Pero aquél
se condujo en tal ocasión como un hombre de alma gr
ande y generosa; no
sólo no suspendió la boda, sino que la precipitó cu
anto pudo. Tal
proceder impresionó fuertemente el corazón de la po
bre ciega; si antes
amaba entrañablemente a su novio, desde entonces su
amor se convirtió en
adoración. Efectuóse el matrimonio, casi por la mis
ma época que el de
don Germán con Elena. No se pasaron muchos días sin
que una nueva
desgracia cayese sobre ellos y les pusiese a prueba
. En el mismo salón
de la Bolsa sufrió Cirilo un ataque de hemiplejia,
le trajeron a casa
accidentado y aunque recobró prontamente el conocim
iento, se notó que
había quedado herido del brazo y pierna izquierdos.

Mejóro bastante
luego gracias a ciertos baños, pero en el brazo apenas tenía movimiento
y la pierna la arrastraba penosamente. Visita fue para él entonces su
providencia como él lo había sido antes para ella. No sólo le ayudaba en
los menesteres de la vida, sino que apoyado en su brazo podía ir a todas
partes. Siguió desempeñando a conciencia sus tareas habituales sin que
desapareciera tampoco toda su dicha, como se ha visto.

Don Germán reía también hasta sofocarse. Cuando se hubo sosegado un poco
puso la mano en el hombro de Tristán.

--Tú has venido con más comodidad, pero ellos se han divertido más que
tú.

--No es muy seguro que hubiera gozado fuertemente cayendo, aunque fuese
sobre tan grato lecho, y amarrado después a un poste--repuso aquél con
sonrisa irónica.

--Porque tú no sabes lo que es divertirse, ni acaso lo sepas en tu
vida--replicó el caballero.

Y sin aguardar respuesta echó a andar en dirección de la casa.

--¡Ea!, a almorzar, que ya me parece que va llegando la hora.

En alegre charla se dirigieron todos hacia la escalinata y entraron en
el suntuoso comedor, situado en la planta baja del edificio. Contigua a

él había una _serre_ donde crecían plantas tropical
es y en medio de
ellas una fuente rústica formando cascada. Colgadas
con disimulo entre
el follaje había algunas jaulas con ruiseñores, can
arios y un sinsonte
que Reynoso había logrado aclimatar después de habe
r fracasado con otros
dos.

Clara subió a cambiar de traje y mientras tanto los
invitados bebieron
aperitivos, escuchando a la ciega que no cesaba de
charlar y reír
contando como si lo hubiese visto todo lo que pasab
a en Madrid, las
obras dramáticas que habían tenido éxito, las bodas
aristocráticas, las
óperas, los conciertos, hasta las sesiones borrasco
sas del Congreso.

--¿No sabéis? El jueves estuve a oír a Pérez en el
Congreso y ayer a
Marconi en _Hugonotes_. ¡Qué discurso, queridos, qu
é discurso! Se metió
a todos los diputados en el bolsillo. ¡Y el decir q
ue había a mi lado
una señora que sostenía que López habla mejor! No s
é cómo me contuve.
Pero éste me tocó con el codo y me dijo al oído que
era prima de una
cuñada de López y me reprimí. Al parentesco hay que
perdonárselo todo...
El otro, ¡qué dulzura!, ¡qué brío al mismo tiempo!,
¡qué modo de filar
las notas!

--¿Pero filan también las notas en el Congreso?--pr
eguntó Elena con
asombro.

--¿Qué estás diciendo ahí, criatura? Hablo de Marco

ni.

--Perdona, hija: pensé que te referías a Pérez, de quien estabas hablando.

--¡Y el sainete de Ruiz que se estrenó en Lara! Delicioso, delicioso.

Tiene unos chistes que es para morir de risa. Hay uno sobre todo, el que hizo más efecto... ¿Está por ahí Clarita? ¿No ha venido todavía...?

Pues entonces os lo diré...

Y bajó un poco la voz y lo contó. Elena soltó la carcajada. Reynoso se contentó con sonreír. Pero Tristán dejó escapar un bufido despreciativo y acto continuo se puso a disertar sobre la decadencia del arte

dramático: los autores unos ganapanes que miraban sólo a las ganancias

repitiendo hasta la saciedad los mismos chistes y las mismas

situaciones, los músicos unos plagiarios que sin pudor fusilaban a los

maestros franceses y alemanes, los cómicos unos payasos amanerados

insufribles...

Cirilo le atajó suavemente haciéndole observar que del arte sublime son

pocos en la tierra los que pueden gozar, que es necesario otro más

asequible a los pequeños. Pero Tristán, que no sufría la contradicción,

se lanzó aún con más violencia contra el teatro moderno. La discusión

iniciada con prudencia fue adquiriendo un temple sobrado caluroso. Elena

la cortó resueltamente.

--¡Ea!, dejemos las disputas. Hasta ahora no he oído o ninguna en que se convenciese nadie... ¿Qué me cuentas, Visita, qué me cuentas de Rosarito Abella?

--Muchas, muchísimas cosas te voy a contar. En primer lugar te diré que se ha pintado de rubia... Está, según dicen, para darle un tiro. Pero su marido cree que tiene en casa a la Venus de Milo, a la de Médicis y a la bella Otero, todo en una pieza, y cuando sale de casa sella los balcones con papel de goma para saber si se ha asomado...

En aquel momento entraba Clara con traje distinto. Don Germán dijo por lo bajo sonriendo:

--Veréis a Clarita. En cuanto se entere de que se está haciendo burla de una persona se escapará sin decir palabra.

Y así sucedió en efecto. La joven se sentó al lado de Tristán, puso el oído a lo que se hablaba. Visita y Elena, siguiendo la broma, forzaron la nota alegre a costa de aquel infeliz matrimonio. Clara se movió en la silla con visible inquietud y al cabo de un momento se levantó para salir. Los circunstantes estallaron en una carcajada. La joven volvió la cabeza con asombro y viendo todos los ojos posados sobre ella con expresión maliciosa se ruborizó.

Poco tiempo después se sentaban a la mesa. Era ésta suntuosa, refinada, provista de todas las adquisiciones gastronómicas. Pero don Germán era

enemigo de ellas; las dejaba a su esposa y a los convidados; él se mantenía de verduras, judías, huevos y tal cual trozo de carne asada. Aquella alimentación primitiva servía para embromar le y armar algazara. Sobre todo lo que despertaba siempre más risa era verle comer a puñados el maíz cocido, costumbre adquirida en América.

--Yo no necesito viajar por las tierras vírgenes--decía Elena--. Teniendo al lado a mi marido que huele a todas las yerbas del campo y viéndole comer patatas asadas y forraje me creo transportada a las pampas.

--¡Allí te quisiera ver yo!--exclamaba Reynoso con su clara risa de hombre feliz--. Entonces sabrías lo que es comer.

--¿Pues qué es lo que estoy haciendo?

--Pillando una indigestión. Sois unos locos de remate. Pasáis la vida envenenándoos con la química de los cocineros.

--Para ti fuera del maíz todo es química.

--Sí; me hartó de maíz, me hartó de judías, pero mañana no imploro como tú los auxilios de la magnesia. Los granos de maíz se van solitos al estómago sin temor de que les den escolta las pastillas de Vichy.

Los comensales reían. Elena concluyó por impacientarse y dar puntapiés a su marido por debajo de la mesa.

Pero otra desazón más grave la aguardaba. Fue a beb

er el burdeos y
estaba frío. La consternación se pintó en su rostro
.

--¿Cómo no ha templado usted el vino, Inocencio?

--Dispense la señora, pero se lo he encargado a la Dolores y había
quedado en hacerlo--respondió confuso el criado.

--A ver, llamar a la Dolores.

Se presentó la Dolores.

--¿Por qué no ha templado usted el vino como se lo
ha encargado
Inocencio?

--Dispense la señora, pero en aquel momento estaba
poniendo las flores
en la mesa y se lo encargué a Manuel que pasaba por
aquí. Pensé que lo
había hecho.

--Llamen a Manuel.

--No llames ya a nadie--manifestó Reynoso--. Nada s
acarás en limpio.

--¡Pero es bien triste...!--exclamó su esposa en el
colmo de la
contrariedad.

--¡Tristísimo!--respondió él haciendo esfuerzos par
a no reír--. Pero es
mejor resignarse, porque no conseguirás más que dis
gustarte y que te
haga daño la comida.

Elena siguió a medias el consejo. No propuso la com
parencia de nuevos
delincuentes, pero hizo repetidas veces la grave de

claración de que eran
todos, ¡todos! unos necios y unos antipáticos.

Pasada aquella nube sombría, volvió el regocijo a la mesa. Visita comía con apetito, pero no le imposibilitaba de charlar y reír prodigiosamente. Su marido la ayudaba lindamente en todo ello. Tristán, después de la reconciliación con su novia, había llegado hasta ponerse de buen humor; charlaba y narraba anécdotas y aun se autorizaba algunos donaires, aunque esto último siempre por cuenta de su amigo Núñez, el hombre más gracioso de España, ya se sabe.

--No charles tanto, Tristán--le decía Reynoso--, no estás acostumbrado a ello y te va a hacer daño.

--Verdad. El hablar demasiado nos perjudica. Pero también el tabaco es perjudicial. Sin embargo, afirma Núñez que el que no fuma y dice alguna vez tonterías, se priva de dos grandes placeres en la vida.

Había también sus entremeses de murmuración, aunque suave y piadosa. Así y todo, esto molestaba a Clara que, no pudiendo levantarse, se permitía algunas tímidas observaciones en favor del ausente.

--Que hable el abogado de pobres. ¡Dejadle que hable!--decía su hermano riendo.

Y ella entonces enrojecía y callaba.

--Ese señor de la Peña no es malo, porque no puede

serlo--manifestaba
Tristán con asombro de todos.

--¿Cómo que no puede? Todos los seres en la tierra
pueden hacer el mal.
Hasta una pulga te muerde si le da la gana--respond
ía don Germán.

--Créanme ustedes, muchos de los hombres que en el
mundo pasan por
buenos, si no hacen daño es porque les falta tiempo
. Y eso le pasa a
Peña. Está tan ocupado en su importantísima persona
que no le queda un
momento libre para hacer algo malo.

--¡Qué atrocidad!--exclamaron riendo algunos.

--¡Vamos, vamos, Tristán!--expresó por lo bajo Clar
a pellizcándole
suavemente el brazo.

--Además Peña es muy gordo--proseguía él sin hacer
caso de la cariñosa
advertencia--y dice con razón Gustavo Núñez que los
hombres gordos no
son capaces de bondad ni de maldad. Sólo los delgad
os son realmente
buenos o malos.

Reynoso principió cómicamente a palparse y a palpar
a Cirilo.

--¿Tú y yo somos delgados o gordos, querido?

--¡Pero qué chistosísimo es ese amigo de usted!--ex
clamó Elena con una
entonación irónica que hirió a Tristán.

--No hay nadie que deje de reconocerlo--respondió f
riamente.

--Tampoco yo lo dudo, pero es lástima que ese talento no lo emplee en la pintura, de la cual hace ya tiempo al parecer que anda divorciado.

--Núñez ha obtenido la primera medalla y su cuadro está colgado en el Museo.

--Lo sé, pero desde entonces dicen los inteligentes que no ha producido nada que valga la pena, que se limita a pintar cuadros de budoir, donde vive mucho más tiempo que en el estudio.

--Ese es el rumor de la envidia. Hay muchos en Madrid a quienes duelen sus triunfos: los hay también a quienes escuecen los latigazos que sabe propinarles.

--¿Es envidia también el decir que ya no vive de los pinceles, sino a costa de las mujeres?

--¡Sí; lo es...! ¡Y además una calumnia!--repuso el joven próximo a enfurecerse.

--Me sorprende, Elena, que tú te hagas eco de rumores tan feos--saltó Clara con una viveza bastante rara en su naturaleza--. Pienso que ningún daño te ha hecho Núñez para que le trates de ese modo.

Elena soltó una carcajada.

--¡Anda! ¿No aguardas a que el cura te eche la bendición para defender a los amigos de tu futuro?

Don Germán intervino con palabras conciliadoras. Aunque los hombres que gozan de notoriedad viven sometidos a la crítica y por lo mismo lo que contra ellos se dice tiene escaso valor, en este caso había que tener presente que se trataba de un amigo íntimo de Tristán. ¿Por qué molestarle haciéndole oír murmuraciones y críticas de las cuales jamás se ven libres los hombres de gran valer?

Tristán se calmó, y Elena, con su natural ligereza, pasó inmediatamente a otra conversación.

--¡Pero qué lindísimo _budoir_ el tuyo, Elena, qué coquetón, qué elegante!--le decía Visita aludiendo al del hotel que estaba terminando en Madrid.

--¿Te gusta?

--Muchísimo. ¡Qué guirnaldas talladas! ¡qué rico mosaico el del pavimento! ¡qué pinturas tan finas las del techo!

La ciega hablaba como si no lo fuera y así hacía si empre. Los comensales se miraban unos a otros sonriendo con una mezcla de alegría y de compasión. Elena, entusiasmada con el elogio, no parecía fijarse y le hacía preguntas y consultaba detalles.--«¿Qué te parece, pondré sobre la chimenea un reloj imperio o una estatua? ¿Pondré la luz en el techo o en los rincones? Pocos muebles, ¿verdad? Es ya cursi eso de amontonar trastos...»

--Supongo que encargará usted para su _budoir_ algún
cuadrito a
Núñez--dijo Tristán con sonrisa maliciosa.

--¡Vamos, no sea usted rencoroso ni impertinente!--
replicó Elena dándole
con la servilleta suavemente en la cara.

Y la charla prosiguió viva y alegre. La bella esposa
del anfitrión no se
cansaba de decir y hacer travesuras, de tal modo que
el regocijo no
decaía un instante. Mas ¡ay! aquella nube sombría,
temerosa, que había
cruzado sobre la mesa no mucho antes, el viento de
la fatalidad la
empujó de nuevo hacia ella. El helado que sirvieron
al terminar la
comida era de avellana. A Elena no le gustaba el he
lado de avellana.
Repetidas veces lo había dicho en alta voz. El coci
nero estaba harto de
saberlo. ¿Por qué, pues, lo mandaba a la mesa? Indu
dablemente por
molestarla, por inferirle una ofensa.

Esta patética consideración la enterneció de tal mo
do que estuvieron a
punto de saltársele las lágrimas. Pero Reynoso, sec
undado noblemente por
todos los demás, declaró con voz conmovida (aunque
haciéndoles guiños
disimuladamente) que no era posible achacar al coci
nero tamaña perfidia
indigna de la naturaleza humana, y que solamente po
r haber bebido
demasiado o por un trastorno inconcebible de sus fa
cultades mentales
pudo haber olvidado hasta aquel punto sus deberes.
De todos modos él
cuidaría severamente de recordárselos.

Con estas graves palabras y con ciertos ¡bah! y ¡oh!
! muy expresivos y
cariñosos de los comensales la joven señora se dio
por satisfecha y para
demostrarlo se desquitó de aquella inesperada priva
ción atacando de un
modo alarmante a las yemas de coco. Pasaron a la _s
erre_ a tomar el
café, donde les sorprendió poco después la llegada
del marquesito del
Lago.

V

LO QUE DICEN LAS ABEJAS

Sólo por su juventud, pues no contaría más de veint
e años, merecía el
marquesito este diminutivo que todo el mundo le apl
icaba. Por lo demás
era un muchacho corpulento, rubio como el oro y con
una expresión
infantil en el rostro que contrastaba con la aparie
ncia atlética de su
musculatura. Los modales correspondían a aquella ex
presión: parecía un
niño grande. Entró diciendo en alta voz que a él no
le engañaba nadie,
que allí había habido una huelguita y que él dese
aba beber una copa de
champagne a la salud de la reunión. Todas las manos
quisieron llamar
para que se le sirviese y en todos los rostros bril
ló una sonrisa
benévola. Aquel chico inspiraba general simpatía po
r su franqueza y
bondad tanto como por el sello de inocencia que se
leía en su rostro. Al

único a quien no había caído en gracia era a Tristán, quien solía decir, alzando los hombros con desdén, que era un imbécil.

En efecto, la inteligencia del joven marqués no era muy despierta y sólo poseía los escasísimos conocimientos que le había introducido casi a la fuerza un abate francés que le sirviera de ayo hasta hacía poco tiempo. Pero se le perdonaba de buen grado esta limitación en gracia de su sencillez y natural afectuoso.

Así que bebió la copa de champagne se puso a narrar incidentes de caza.

Era su recreo y su ocupación sempiterna. O cazando o hablando de caza.

Por este lado simpatizaba mucho con Clara y en esta simpatía acaso se

halle la oculta razón de la antipatía de Tristán. Estaba bien persuadido

éste del amor apasionado que le profesaba su prometida; comprendía que

ni por su edad ni por las circunstancias de su carácter e inteligencia

era capaz de despertar una violenta pasión en ninguna mujer, pero así y

todo estaba celoso de él. En cuanto se le ofrecía ocasión ya estaba

dedicándole alguna palabrita amarga.

Pertenecía el joven marqués a la colonia veraniega del Escorial. Su

madre, la marquesa viuda, poseía un bonito hotel en la parte alta del

pueblo y solía venir con su hijo temprano y marchar tarde porque a éste,

supuestas sus aficiones, le placía extremadamente la estancia allí. Y su

madre le seguiría no sólo a este real sitio, sino a otro infernal si

fuera preciso. Pocas veces se había visto una pasión más viva, más frenética que la que esta señora sentía por su hijo. Para ella seguía siendo el mismo niño que arrullaba en la cuna, consolándose de la muerte repentina de su esposo. Decíase burlando entre los veraneantes que seguía acostándole calentándole previamente la cama y haciéndole repetir su oración al santo ángel de la guarda. No sería cierto, pero poco le faltaba. La noble marquesa se consolaba con este hijo no sólo de la pérdida de su esposo, sino también de los sinsabores que le proporcionaba una hija que también tenía. Era ésta mucho mayor que Fernando, casi le doblaba la edad pues no andaba ya muy lejana de los cuarenta: se había casado con el conde de Peñarrubia y estaba hacía algunos años separada de su marido por motivos poco honrosos para ella. Vivía sola en Madrid. Sus aficiones a la sociedad y aun a la galantería, según murmuraban, no encajaban en la austera y piadosa mansión de su madre. Alguna vez venía al Escorial, pero sólo por pocos días, y casi siempre para recabar de la marquesa algún dinero con que hacer sus correrías por San Sebastián y Biarritz. La grave señora no la mentaba nunca y lloraba en secreto la posición equívoca en que se había colocado para mal de su alma y menoscabo de la familia.

Desde la _serre_ pasaron al salón. Se trató de que don Germán les hiciese oír al piano alguna sonata o concierto, pero no lo consiguieron.

Aunque dominaba este instrumento como un maestro era muy difícil, por no decir imposible, hacerle tocar delante de gente. Se a modestia o temor de profanar el misterioso encanto que las obras musicales le producían, es lo cierto que sólo le placía tocar a solas. Elena lo sabía bien y por eso hizo señas de que no le molestasen más con sus instancias.

Fue Visita quien se sentó delante del piano. Ella no sabía nada de Chopin ni de Haendel, pero conocía todos los valeses y polcas que corrían por Madrid.

--A ver, niños, a bailar. Voy a tocaros el vals de los _Pajeles_.
Marqués, dé usted una vuelta con Clara porque ya sé que Tristán no baila.

El marquesito sin aguardar más tomó de la mano a la joven, la sacó al medio y comenzaron a girar acompasadamente por el amplio salón. Tristán sintió de pronto vivo despecho. La invitación de la ciega le irritó sobremanera porque llovía sobre mojado. Había creído observar desde hacía algún tiempo que el matrimonio de los inválidos guardaba grandes deferencias y una simpatía por extremo afectuosa hacia el marquesito. Y de ello dedujo que no verían con malos ojos que se rompiesen sus relaciones con Clara y que ésta las anudase con aquél. De esto a pensar que trabajaban secretamente para ello no había más que un paso y con su habitual impetuosidad Tristán lo dio inmediatamente

. ¡Claro! Los títulos nobiliarios ejercen siempre fascinación sobre los plebeyos. Era necesario vivir prevenido. Lo estaría.

Cuando se hubieron cansado de valeses y mazurcas, salieron al patio. Reynoso les mostró de nuevo con orgullo no sólo su maravillosa colección de palomas blancas, sino otra porción de aves y bichos que tenía enjaulados, un águila, una ardilla, un jabalí, etcétera. Admiraron la paciencia y la maestría con que había sabido domesticar a algunos de ellos.

--Este es un prodigio para entenderse con toda clase de bichos--manifestó Elena--. Figuraos que ha llegado a domesticar un bando de gorriones... ¿Os sorprende...? Pues es como lo oís. Un día entraron en nuestra habitación por casualidad. Germán cierra los balcones y no sé qué hace con ellos. Al día siguiente vuelven, y lo mismo. En fin, llegaron a dormir en nuestro gabinete encima de las lámparas. Por la mañana al despertarnos, Germán les gritaba: ¡Chiquitines! Y los pájaros venían volando hasta nuestra cama y se comían el alpiste y los cañamones que tenían preparados en la mesa de noche.

Celebrose con risa esta aptitud singular del amo de la casa. Tristán, pensativo y con acento concentrado, dio la explicación metafísica del fenómeno.

--Hay hombres cuya alma se halla tan próxima a la d

e la madre naturaleza
que apenas parece desprendida de ella. Por eso hablan y entienden el
lenguaje de todos los seres vivientes, penetran fácilmente en los limbos
oscuros de la animalidad y viven allá adentro como en su propia morada.

--¡Gracias, querido!--exclamó Reynoso poniéndole una mano sobre el
hombro--. En pocas y filosóficas palabras me has llamado un animalito de
Dios.

--¡Oh, don Germán, no lo tome usted así!--respondió Tristán turbado.

--Tampoco tú debes tomar así mis palabras y ponerte colorado--replicó
riendo el indiano--. De todos modos convendrás en que soy un animal
inofensivo... ¡Vaya por los que son dañinos!

Entraron en el parque y se diseminaron por él. Tristán y Clara se
apartaron del grupo; Reynoso se fue a dar algunas órdenes al jardinero.
Elena con Visita, Cirilo y el marquesito entraron en el cenador. Pero al
poco rato Elena vino a buscar a Clara para hablarle de un gran lavadero
cubierto que su marido proyectaba hacer fuera del jardín; invitaron a
Tristán a venir con ellas para ver el sitio, pero se excusó pretextando
que tenía más deseos de sentarse que de andar. En realidad estaba
preocupado, no podía vencer sus recelos y quería cerciorarse, saber si
sus sospechas eran fundadas, qué significaba aquella amistad súbita,
aquella ternura que la ciega y el manco mostraban h

acia el marquesito
del Lago.

Clara y Elena salieron por la puerta de madera del
jardín y, sin
internarse en el bosque, siguiendo el muro llegaron
hasta uno de los
ángulos, examinaron el paraje en que se iba a erigi
r el lavadero y
dieron su opinión acerca de él. Pero Elena pronto s
e distrajo echando
miradas codiciosas a una mata de nísperos que crecí
a un poco más lejos.

--Mira, Clarita, aguárdame un instante...

--¡Elena! ¡Elena! Te van a hacer daño. Hace poco qu
e has comido--repuso
la joven riendo.

--¡Dios nada más...! Nada más... No se lo dirás a Ge
rmán, ¿verdad...? Me
muero por los nísperos...

Y a paso menudo y ligero, un poco temblorosa como q
uien va a cometer un
hurto corrió hacia la mata. Mas al llegar a ella y
cuando ya se disponía
a comer del fruto prohibido surgió de entre los árb
oles un hombre, ¿qué
diremos un hombre? ¡Un monstruo!

Gastaba zamarra negra, sombrero ancho de fieltro. L
as barbas le llegaban
hasta el vientre. El color de su rostro era moreno
aceitunado, la nariz
ancha, los ojos atravesados y todo el conjunto espa
ntable.

Elena al ver al bandido dio un grito penetrante y e
xtendiendo las manos
exclamó:

--¡Oh por Dios! ¡Por Dios no me secuestre usted...!
Ya le daremos todo
el dinero que quiera... Déjeme ir a casa... Le traere
ré todas mis joyas...
Déjeme usted por Dios.

Clara al oír el grito de su cuñada había corrido hacia el sitio y al encontrarse con el bandido se encaró intrépidamente con él.

--¿Cómo...? ¿Qué es eso...? ¿Qué hace usted aquí?

El secuestrador trató de acercarse sonriendo de un modo horrible.

--¡No se acerque usted o le tiro una piedra a la cabeza!--dijo la heroica joven haciendo ademán de bajarse a cogerla.

Elena viéndose libre se dio a correr hacia casa, dejando a su infeliz cuñada en las garras del monstruo.

--¡Germán! ¡Germán!--iba gritando--. ¡Germán, un secuestrador!

Y Reynoso, que por encima del muro había oído el grito, salía ya por la puerta del jardín y venía corriendo hacia ella.

--¡Un secuestrador! ¡Un secuestrador!--seguía gritando cada vez más sofocada Elena.

Don Germán dirigió la vista al sitio que su esposa había dejado y vio a su hermana hablando tranquilamente con el bandido, aunque a respetable distancia uno de otro. Acercose velozmente a ellos

y cuando ya estuvo
próximo exclamó con sorpresa:

--¡Si es el paisano Barragán...! Pero Barragán ¿tú
por aquí...?

Y sin vacilar se acercó a él y ambos quedaron abrazados.

Elena en el colmo de la desesperación le gritaba:

--¡Germán, no le abrases! ¡por la Virgen no le abrases...! ¡Mira que va
a echarte un lazo al cuello...!

--¡Pero, mujer, si es el paisano Barragán! ¿No ves que es el paisano
Barragán...? Ven acá, Barragán, ven a saludar a mi mujer.

--¡No, no!--gritó Elena dando un salto atrás y disponiéndose a correr.

Costó trabajo convencerla de que el paisano Barragán no era un
secuestrador y aún no pudo llegar a convencerse por completo. La verdad
es que jamás bandido ni criminal alguno tuvo un aspecto más aterrador.

--Pero hombre, ¿sigues todavía con la manía de dejarte esas barbas
disparatadas?--manifestó Reynoso, un poco amostazado por el susto que
había recibido su esposa. Sin duda creía que la traza terrorífica de su
amigo dependía exclusivamente de la barba. Era un error. No dependía de
la barba, ni de la nariz, ni de los ojos, ni de los cabellos, sino de la
aciaga combinación que la naturaleza pérfidamente se propuso hacer con

todos estos elementos. ¡Cuántos disgustos le había costado!

Los ojos de Barragán quisieron sonreír y sonrieron en efecto, como si un bulldog se hallase dotado de esta facultad.

--¿Crees tú que la barba...?

--Sí, hombre, sí. Quítatela.

--¡Pero si me la quité hace dos años y al día siguiente me llevaron a la cárcel en Veracruz!

Don Germán soltó a reír y le abrazó de nuevo. Elena le tiró de la manga diciéndole por lo bajo:

--¡Basta, Germán, basta!

En efecto, el paisano Barragán, según explicaba más tarde Reynoso a sus amigos, nunca había logrado quitarse de encima aquella gran traza de ladrón, aunque lo intentó repetidas veces. Por consejo de sus amigos empezó en cierta ocasión a vestirse de levita y sombrero de copa; pero con esta indumentaria estaba tan horrible, tan patibulario que los mismos amigos le aconsejaron que se volviese a la chaqueta y al sombrero de fieltro. Había nacido en Escorial (por eso le llamaba siempre paisano), pero le había conocido en Guatemala, donde también se empleaba en el comercio del café, con el cual logró juntar un pequeño capital. Poco antes de regresar Reynoso a España se había trasladado de Guatemala a México, y no supo ya más de él sino que allí se h

abía casado.

A los gritos habían acudido también el jardinero y su mujer y un peón de los que trabajaban por allí cerca. Todos emprendieron juntos el camino de la casa satisfechos de que no hubiera acaecido nada malo. Pero Barragán tocó en el hombro a Reynoso y le dijo:

--Dispénsame un instante que vaya a recoger el caballo.

--¡El caballo!--exclamó su amigo en el colmo de la sorpresa--. ¿Pero has venido a caballo?

--Sí, he venido desde Madrid... Ya te explicaré... Seguid andando, que yo os alcanzo en seguida, porque está amarrado ahí cerca.

Siguieron, en efecto, a paso lento el camino que ceñía el muro. Reynoso aprovechó la ocasión para darles brevemente noticias de su amigo.

--Por lo demás--terminó diciendo--Barragán es de los hombres más honrados que he conocido. Un poco agarrado en cuanto al dinero, pero decente, pacífico, conciliador, incapaz de hacer daño a nadie... En fin, un cordero.

--¡Un lobo!--murmuró Elena al oído de Clara volviendo al mismo tiempo la cabeza atrás con susto.

Barragán llegaba ya con el caballo del diestro. Reynoso ordenó al peón que allí venía que lo llevase a la cuadra, y empare

jándose después con
su amigo marcharon un poco delante. Este le informó
, mientras llegaban a
la puerta del parque y lo atravesaban, de los últimos
sucesos de su
vida. Se había casado, en efecto, en México con una
viuda que ya tenía
dos hijos bien crecidos, casi hombres. («¡Claro--de
cía para sus adentros
Reynoso--una joven no se atrevería contigo!») Al po
co tiempo empezaron
las disensiones en el seno de la familia. La madre
tenía muy mimados a
sus chicos y les dejaba gastar cuanto querían. Como
no tenía mucho
dinero que darles, se empeñaba en que él subvencion
ase a sus vicios.

--Naturalmente, yo...

--Ya, ya; no me digas más.

Pues bien, el asunto se había ido poniendo tan seri
o, las pretensiones
de los mocitos crecieron a tal punto, que ya le inj
uriaban y le
amenazaban cuando no soltaba los cuartos. Por fin,
uno de ellos le
disparó un tiro...

--¿Qué dices?--exclamó don Germán.

--¡Ni más ni menos...! Es posible que fuera por asu
starme nada más,
porque la bala quedó incrustada en el techo... pero
de todos modos...

--¡Ya lo creo que de todos modos!

--En fin, decidí escaparme. Realicé a la callandita
casi todo mi dinero
y lo envié en letras a Europa. Después una mañana l

es dejé plantados,
tomé el vapor y anduve viajando algunos meses por Inglaterra y Alemania
para despistarlos, porque sospecho que me seguirán los pasos. Por fin,
vine a Madrid, y allí estoy desde hace quince días.
Tenía grandes deseos
de verte, pero, francamente, el Escorial es un sitio peligroso para mí
porque han de suponer que he venido a recalar a esta tierra.

--¡Pero hombre, parece mentira que con ese aspecto tremendón y esas
barbas tengas miedo de tus hijastros!

--Es que no los conoces, Germán. ¡Mis hijastros son dos gauchos, dos leopardos!

--¡Pero tú pareces un tigre!--repuso riendo Reynoso.
.

Mientras esto sucedía en las afueras del parque, dentro de él Tristán
llevaba a cabo un gravísimo descubrimiento. Hostigado por los celos
que Cirilo y Visita le infundían y ardiendo en deseos de cerciorarse de
la intriga que contra él se tramaba, no dudó en faltar a la delicadeza
espiándolos. Sabía que el matrimonio se hallaba en el cenador con el
marquesito, y hacia allá se dirigió sin hacer ruido. Metiéndose en el
macizo de las cañas que lo circundaban, observó en qué situación se
hallaban colocados y se aproximó buscándoles la espalda. Las primeras
palabras que oyó le dejaron yerto.

--¡Pero si ya está arreglado!--exclamaba el marques

ito.

--Lo que está arreglado se desarregla y lo que está hecho se deshace--respondía Visita.

Una ola de sangre subió al rostro de Tristán. Estuvo a punto de caer. Quiso avanzar más para escuchar la conversación que se le escapaba por haber bajado la voz los interlocutores, pero uno de los perros que allí estaban lo olfateó y se puso a ladrar. Entonces no tuvo más remedio que descubrirse, fingir que llegaba en aquel momento haciéndose de tripas corazón, sonreír y dirigir palabras amables a aquellos traidores. Ellos le recibieron con la más perfecta tranquilidad fingiendo pasmosamente que tenían gusto en verle por allí y preguntándole por Clara. Imposible llevar a grado más alto la hipocresía. ¡Qué abismo de maldad es el corazón humano!

No hacía mucho rato que estaban allí sentados cuando llegó la caravana que conducía en triunfo al paisano Barragán. El marquésito y Cirilo, al verle, se pusieron en pie y sus ojos no pudieron menos de expresar la sorpresa y la inquietud. El mismo Tristán, a pesar de hallarse bajo el peso de un desengaño doloroso, miró con estupor a aquel extraño personaje. Reynoso lo presentó con palabras afectuosas y cordiales, desvaneciendo la primera desagradable impresión. Se narró en medio de algazara la terrible aventura de Elena y el valor desplegado por Clara

en aquellas críticas circunstancias. Tristán, cuyo corazón estaba henchido de amargura, tomó la palabra para dejar caer una gota de hiel.

--Nada tiene de extraño el susto de Elena. Los peligros de toda clase hormigean en el mundo y nos vemos acechados constantemente por un enjambre de enemigos que espían nuestros pasos para caer de improviso sobre nosotros al menor descuido. No sólo la naturaleza es nuestra enemiga y se halla dispuesta siempre a triturarnos sin compasión, sino que los riesgos más tristes, por ser los más insidiosos, nos llegan de nuestros semejantes, de aquellos que juzgamos nuestros amigos, nuestros hermanos. De tal suerte que el mísero ser humano vive en el mundo como el pájaro en el bosque, afinando la vista y el oído para huir ante la sombra más fugaz y al menor ruido. El egoísmo es la esencia del mundo, es su mismo sostén y jamás podremos guardarnos bastante ante los hombres los unos de los otros. «El hombre es el lobo del hombre», ha dicho con razón Hobbes.

Elena se inclinó al oído de Clara para decirle muy bajo:

--¿No te he dicho yo que era un lobo? ¡Mira qué pronto le ha conocido Tristán!

Clara llevó el pañuelo a la boca para no soltar la carcajada.

--No tanto, Tristán, no tanto--replicó Reynoso--. E

xiste mucho egoísmo
en el mundo, pero existe también mucho amor. Los ho
mbres amamos más de
lo que pensamos. Tú mismo, que acabas de afirmar qu
e el egoísmo es la
esencia del mundo, no hace mucho tiempo que viendo
salir de un portal a
una pobre mujer con los vestidos ardiendo, envuelta
por las llamas, te
quitaste el abrigo, te arrojaste sobre ella, la env
olviste y, quemándote
las manos, con peligro de tu vida, lograste salvarl
a de una muerte
horrorosa... Lo que hay es que el amor no levanta t
anto estrépito como
el egoísmo. En nuestras almas suele entrar cubierto
de harapos como un
mendigo, se sienta en el rincón más oscuro y allí
espera silencioso a
que le arrojemos algunos mendrugos de nuestra mesa.
¡Ay del mortal que
le niegue esos mendrugos! Más le valiera no haber n
acido, dice Jesús en
su Evangelio.

--Más nos valiera a todos no haber nacido. La raíz
inconsciente de
nuestro ser proclama la identidad, es cierto, y yo,
por un movimiento
irreflexivo, me lancé en socorro de aquella mujer;
pero ¡ay! en cuanto
reflexionamos se desvanece la ilusión y los hombres
quedamos unos
enfrente de los otros como seres radicalmente disti
ntos, como
adversarios que se disputan encarnizadamente el tie
mpo y el espacio.
Nuestras más caras ilusiones, el amor conyugal, el
amor filial son
«imágenes de oro bullidoras», como dice Espronceda,
que brillan mientras
la luz del sol las hiere, pero así que ésta empieza

a faltarles se
vuelven fantasmas repugnantes, hijos legítimos del
pérfido destino, como
aquella hermosa doncella que el moro Ferragut, en e
l poema del obispo
Valbuena, tenía entre sus brazos y al caerse la vel
a vio transformada a
la luz de la luna en una flaca vieja con el rostro
lleno de verrugas...

Quedó un momento pensativo con los ojos melancólica
mente puestos en el
vacío y luego añadió bajando más la voz:

--Hace algún tiempo fui a visitar a un amigo cuyo p
adre se había muerto.
Estaba sumido en la desesperación: el llanto bañaba
sus mejillas. Y no
le faltaba motivo. Era un padre bondadoso, justo, u
n perfecto caballero,
de rara modestia a pesar de ser título de Castilla
y poseer cuantiosas
riquezas... A los ocho días volví por allá. Encontr
é a mi amigo tan
afanoso y preocupado dictando órdenes, conferencian
do con sus
administradores, escuchando las peticiones de una n
ube de parásitos, que
no tuvimos tiempo a dedicar un recuerdo a aquel nob
le varón que desde
hacía pocos días descansaba en la cripta. Viéndole
tan activo, tan
solicito, tan poseído de su papel de amo, me acomet
ió un deseo punzante,
que con dificultad logré reprimir, de preguntarle:
«Vamos a cuentas,
amigo mío: yo no dudo que amases entrañablemente a
tu padre; pero si por
un movimiento libérrimo y absolutamente secreto de
tu voluntad pudieses
resucitarle para entregarle de nuevo ese título y e
sa gran fortuna que

ahora posees, ¿lo harías? ¡No mientas! ¿lo harías..
.?» Después de esto
le he tropezado muchas veces en sociedad, saludado,
acatado por todo el
mundo. Y siempre la misma pregunta indiscretísima r
etozó en mis labios,
la misma curiosidad oprimió mi corazón.

--¡Pero eso que estás diciendo es horrible!--profir
ió Clara con ímpetu.

--¡Horrible!--repitieron a un tiempo Elena y Visita
.

Tristán se dio cuenta instantáneamente de su indisc
reción al hablar en
tal forma delante de su prometida y de Elena (en cu
anto a Visita se
alegraba) y dijo echándolo a broma:

--No tomen ustedes en serio estas metafísicas. Son
curiosidades malsanas
que nos acuden cuando no tenemos otra cosa más seri
a en que pensar.

Pero Reynoso no se dejó engañar por la rectificació
n.

--Nadie ha dudado jamás, y la misma religión cristi
ana nos lo repite a
cada momento, que en el fondo de nuestra alma viven
instintos
depravados, se agitan apetitos bestiales, dormita,
en una palabra, la
fiera. Pero la experiencia me ha enseñado que es má
s fácil adormecerla
con el humo de la lisonja que con los gritos del mi
edo. Mostrando
confianza a nuestros hermanos solemos hacerlos mejo
res: recelando de
ellos, jamás... Recuerdo que hace bastantes años tu
ve necesidad en

Guatemala de ir desde mi finca a la capital para cobrar unas letras. Me acompañaba un criado de confianza que lo había sido también de mi tío. Cuando regresábamos observé en aquel hombre extrañas señales que me infundieron sospechas: se mostraba taciturno, preocupado; examinaba con atención mis armas; dirigía miradas penetrantes en torno suyo; apenas comía. Recelé, en suma, que aquel hombre proyectaba robarme, tal vez asesinarme. Llegamos al anochecer a una miserable estancia, donde nos albergamos. Antes de acostarnos le llamé aparte y le dije confidencialmente: «Pepe, el estanciero y la gente que aquí tiene no me inspiran confianza. Toma mi revólver y mi estoque y hazme el favor de vigilarlos mientras yo duermo tres o cuatro horas. Luego despiértame y yo te velaré a ti otras tres o cuatro.» No pueden ustedes figurarse cómo cambió la fisonomía de aquel hombre en un instante. En sus ojos volvió a brillar de repente la alegría y la serenidad. «Pierda usted cuidado, mi amo--respondió con voz clara y gozosa--; antes que le tocasen a usted el pelo de la ropa ya había yo despachado tres o cuatro al otro barrio.» Me acosté en la íntima persuasión de que decía verdad. Y, en efecto, me dejó dormir toda la noche, velando mi sueño con la solitud de un padre... Siempre he imaginado que todos los hombres tienen en el fondo de su alma un gato, Tristán, un gato de bondad y de nobleza. ¡Hay que buscárselo, hay que buscárselo!

--Se busca el gato y se halla el ratón--respondió a
quél alzando los
hombros.

Mientras Tristán y Reynoso departían de esta suerte
, el paisano
Barragán, sorprendido y asustado de aquellas filoso
fías, miraba a uno y
otro interlocutor, haciendo rodar sus ojos feroces,
encarnizados, de un
modo tan odioso que Elena, al tropezar con ellos, s
intió un escalofrío
correr por todo su cuerpo.

--Vaya, vamos a dar una vuelta por el jardín--dijo
levantándose para
huir aquella visión siniestra.

Pasearon un rato por el parque. Reynoso les dijo de
pronto:

--Os he mostrado casi todos mis bichos, pero aún no
s falta algo digno de
verse, aunque sea bien modesto. Venid conmigo.

Les hizo salir por la puerta del jardín y, dando la
vuelta por él, los
llevó hasta un paraje donde adosadas a la pared sob
re tableros había
hasta veinte o más colmenas de corcho.

--Ni un paso más--les dijo--porque es peligroso. De
jadme a mí solo.

Se adelantó él efectivamente y cuando hubo llegado
salieron de pronto
los enjambres y le cubrieron todo, cabeza, rostro,
manos, como si de
repente hubiera quedado negro. Un grito de susto sa
lió de todas las
bocas.

--¡No hay cuidado!--exclamó don Germán en voz alta--. No se muevan ustedes.

Dio algunas vueltas en esta forma y luego, pasando por delante de las colmenas y deteniéndose en cada una, las abejas fueron levantando el vuelo y metiéndose cada cual en su casa.

--Ya lo ven ustedes como no había miedo--dijo viniendo hacia ellos completamente limpio--. Ni una sola me ha picado; no han hecho las pobrecitas más que darme la bienvenida.

--Pero ¿cómo ha logrado usted...?--dijo el marquesito.

--De un modo muy sencillo. Empecé aproximándome con cautela, cada día un poco más.

--¿Sin careta?

--Sin careta ni guantes. Me fui acercando poco a poco. Dos o tres veces me picó alguna, pero lo sufrí con resignación. No les hacía ningún daño y al cabo logré convencerlas de que nada debían temer de mí. Desde entonces me dejan acercarme todos los días, y no sólo eso, sino que me saludan del modo afectuoso que acaban ustedes de ver... ¿No piensas, querido Tristán--añadió dirigiéndose alegremente a éste-- que el mismo procedimiento es el que debemos emplear con los hombres? Persuadámosles de que no queremos perjudicarles, de que no deseamos siquiera utilizarlos en nuestro provecho, y entonces nuestra

s relaciones con
ellos serán dulces y cordiales.

--Todo eso está muy bien--repuso Tristán en el mismo tono jocoso--, pero usted las utiliza seguramente en su provecho quitándoles la miel y la cera.

--¡Tienes mucha razón, amigo mío!--exclamó Reynoso riendo--. En este caso soy un traidor... Pero ellas me perdonan porque las dejo lo bastante para alimentarse y las estimulo a trabajar. De otro modo se aburrirían...

--No se apure usted, don Germán. Los traidores saltan en todas partes--replicó Tristán dirigiendo una mirada penetrante a Cirilo y Visita.

VI

LA FAMILIA DE TRISTÁN

Por no regresar con ellos a Madrid prefirió quedarse a comer en la casa y partir en el tren que debía pasar a las nueve de la noche. En cuanto a Barragán, fue instado para que pernoctara allí, pero no aceptó. A la hora de obscurer montó de nuevo a caballo y la emprendió hacia Villalba, donde pensaba dormir. Reynoso quedó haciendo comentarios alegres.

--Es un hombre original mi amigo Barragán, ¿no es cierto? Añadan ustedes a esa traza de salteador, que Dios o el diablo le han dado, la manía que siempre ha tenido de caminar de noche y por veredas apartadas, de hacer los viajes a caballo, de pernoctar en las ventas y comer en las tabernas, y comprenderán la serie de aventuras cómicas unas y desagradables otras que le han sucedido. En más de una ocasión le llamaron aparte para proponerle _un negocio_, esto es, desvalijar o asesinar a alguno.

--¿Y estás seguro de que no ha mojado nunca en alguno de esos negocios?--preguntó Elena con acento dubitativo.

--¡Mujer, qué estás diciendo!--exclamó su marido soltando a reír.

Elena sacudió la cabeza reservándose su opinión.

Ya bien cerrada la noche se enganchó el coche y Tristán fue transportado a la estación.

Al entrar en uno de los departamentos de primera no había allí más que dos señoras, una joven y otra vieja, que parecían madre e hija. Tristán se arrellanó cómodamente en un rincón frente a ellas. Cuando sonó la campana y el tren iba a ponerse en marcha subió al coche un señor de rostro apoplético y aspecto rural.

--Caballero, ése es mi sitio--dijo encarándose un poco rudamente con

Tristán.

Este, cuya susceptibilidad siempre viva se hallaba ahora exacerbada, respondió con calma afectada e impertinente:

--En este momento es el mío.

--Es cierto que no he dejado en él señal ninguna porque creí que no subiría nadie, pero estas señoras son testigos de que he venido ocupándolo desde Valladolid.

Las señoras corroboraron el aserto con un murmullo y una inclinación de cabeza.

--La opinión de estas señoras es muy respetable, pero no me parece suficiente para darle a usted el derecho de reclamar el sitio del modo perentorio que lo ha hecho.

--¡Qué modo perentorio ni qué calabazas!--exclamó el buen señor perdiendo la paciencia.

Tristán, que ya la tenía perdida de antemano, replicó en el mismo tono. La disputa se fue haciendo cada vez más agria. Por último Tristán poniéndose un poco pálido y mirándole fijamente a los ojos profirió resueltamente:

--¡Hágame usted el favor de sentarse y no molestar más!

El caballero también se puso pálido y le dirigió una larga mirada centellante. Hubo un instante en que pareció que iba

a a arrojarse sobre
él; pero haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mism
o alzó los hombros
con desdén, dejó escapar un bufido expresando el mi
smo sentimiento y fue
a sentarse en el rincón opuesto. Tristán permaneció
en el suyo y
afectando indiferencia cerró los ojos como si se di
spusiera a dormir.
Bien comprendía que las señoras le estaban mirando
y no con gran
benevolencia.

Al cabo de un rato, como en realidad no podía ni te
nía deseo de
conciliar el sueño, se alzó del asiento y se asomó
a la ventanilla. La
noche era clara y tibia; la vasta llanura erizada d
e lomas se extendía
debajo de un cielo tachonado de estrellas. Aspiró a
lgunos minutos con
placer el fresco y cuando se disponía nuevamente a
sentarse una ráfaga
de viento le llevó el sombrero.

Las dos señoras levantaron la cabeza al oír la inte
rjección que soltó,
pero no dieron muestras de pesar ninguno por el acc
idente. Tristán se
puso a maldecir en voz baja y con rabiosa cólera de
su mala suerte, pues
no traía gorra y le era preciso llegar hasta su cas
a con la cabeza
desnuda. El caballero de la reyerta le miró con exp
resión de
indiferencia y luego, levantándose y tomando de la
red una sombrerera,
se la presentó abierta diciéndole:

--Vea usted si ese sombrero le sirve.

--Muchas gracias--respondió avergonzado--. En cuant

o llegue me meto en
un coche...

--Los coches están fuera del edificio. Pruebe usted
a ver si le
sirve--insistió con acento rudo y franco el caballe
ro.

Tristán sacó el sombrero y en efecto le estaba bast
ante bien.

--Pero yo no puedo... No tengo el honor de conocer
a usted.

--Lo envía usted mañana al hotel de París. Aquí tie
ne usted mi tarjeta.

Tristán dio las gracias repetidas veces sin poder d
isimular su embarazo.

Estaba realmente abochornado por su intemperancia p
asada. El caballero
se volvió a su rincón y de nuevo reinó el silencio.

Tristán creía notar
que las dos señoras le miraban con desprecio y acas
o no le faltaba
razón.

Poco después el generoso caballero se asomó también
a la ventanilla. Al
cabo de algún tiempo dio un grito y Tristán le vio
sin sombrero.

--¡Qué! ¿también a usted?--dijo sin poder disimular
su satisfacción.

Pero el caballero presentó su sombrero diciendo con
sorna:

--No; yo he sido más listo que usted y he podido at
raparlo en el aire.

Las señoras, que se hicieron cargo de la broma, sol

taron la carcajada y
aun exageraron un poco su risa. Tristán también hizo un esfuerzo
desesperado para reír, pero estaba irritadísimo y no volvió a pronunciar
palabra hasta llegar a Madrid. En la estación el caballero se despidió
muy atento: las señoras ni le miraron siquiera.

La casa de su tío Escudero, con quien vivía, estaba situada en la calle
de Alcalá y era grande y lujosa. Ocupaba aquél todo el piso principal,
tenía destinado el bajo a oficinas y los demás alquilados. El criado les
dijo que los señores se hallaban en el teatro y Tristán se retiró a su
habitación sin esperarlos.

Pasó la noche intranquilo, agitado por tristes presentimientos. Ninguna
cosa en el mundo puede tener solución feliz y aquel matrimonio que él
había acariciado durante algunos años, aquel sueño de amor acompañado de
los ricos presentes de la fortuna estaba a punto de disiparse también
como todo. La perversa voluntad que rige el universo nos hace ver la
felicidad a algunos pasos de distancia sin permitirnos jamás llegar a
ella. Ya le parecía haber entrado en una de las ratoneras que el genio
de la especie tiene armadas siempre para los mortales. Sin embargo, no
era todavía bastante filósofo para dejarse estrangular como un mísero
ratón sin tratar de romper la malla. Estaba resuelto a luchar aunque
persuadido ¡ay! de que en la lucha sería vencido.

Apenas pudo trabajar aquella mañana. Los libros que

sucesivamente iba
poniendo delante de los ojos no le interesaban: las
cuartillas
permanecían en blanco a pesar de sus esfuerzos dese
sperados para
llenarlas. Cuando se aproximaba la hora del almuerz
o se encaminó a las
habitaciones de sus tíos con ánimo de hablar con el
los acerca del asunto
que le preocupaba. Don Ramón Escudero estaba ya en
el comedor sentado en
una butaca y echando frecuentes ojeadas al reloj, q
ue no se daba tanta
prisa a caminar como él quisiera. Era un hombre gru
eso con el pelo
blanco, las mejillas rasuradas, la fisonomía plácida.
Su esposa, que
entraba también en el comedor cuando Tristán, forma
ba con él raro
contraste; delgada, ojos inquietos, rostro afilado,
movimientos
espasmódicos.

--¿Han llegado los niños, Eugenia?--preguntó Escude
ro--. Buenos días,
Tristán. ¿Qué tal de excursión? ¿Han quedado todos
buenos?

La señora respondió que los niños acababan de llega
r. Tristán dio cuenta
sumaria también de la salud de sus amigos del Escor
ial. Después, sin
preámbulo alguno, antes que llegaran los niños y su
prima Araceli,
delante de la cual por nada hubiera entrado en tale
s confidencias,
abordó el asunto que le preocupaba y celebró consul
ta con sus tíos.
Narró todo lo que había sucedido en el Sotillo en t
ono dramático y con
reticencias adecuadas para infundir las sospechas q
ue atormentaban su

espíritu. Escudero escuchó el relato sin pestañear.
Doña Eugenia
bastante distraída.

--Todo eso--manifestó aquél con acento perfectament
e tranquilo, como si
se tratase de un asunto insignificante y baladí--no
es prueba suficiente
para acusar a Cirilo de que trabaje para deshacer t
u matrimonio... Pero
aunque trabajase, ¿qué? Yo estoy seguro completamen
te de Germán. ¿No lo
estás tú de Clara...? ¡Pues entonces...! Ella tiene
cien mil pesos. Tú
tienes ochenta mil... Pero tú eres licenciado en Fi
losofía... Total
iguales... Vaya, vamos a almorzar.

Don Ramón Escudero poseía el triste privilegio de d
escomponer el sistema
nervioso de su sobrino Tristán por sosegado que est
uviese (que no solía
estarlo). Este don natural no falló tampoco en la o
casión presente.
Nuestro joven se encrespó terriblemente y como no s
e atrevía con su tío,
a quien de buena gana hubiera llamado imbécil, la e
mprendió contra
Cirilo y su esposa a quienes cubrió de dicterios. D
on Ramón estaba ya
acostumbrado a estas cóleras insensatas y no hacía
caso alguno de ellas
por haberle persuadido, no se sabe quién, de que er
a achaque común de
todos los jóvenes que estudiaban filosofía y letras
. Las presenciaba
impasible y hasta con cierto respeto como señal de
su alta vocación,
pues inclinaba su cabeza delante de las ciencias fi
losóficas y nada en
el mundo le causaba tanta admiración como oír a un
hombre hablar una

hora seguida sin lograr comprender una palabra. Sin embargo, como era la hora del almuerzo y podía hacer daño a su sobrino, trató de calmarle. Se alzó de la butaca y acercándose a él le dijo al oído:

--Pierde cuidado, querido, que como resulte cierto eso que sospechas, yo me encargaré de poner un buen castigo a Cirilo... Le reduzco el tanto por ciento de la administración al cuatro... ¡Ya ves, le doy el cinco...! Me parece que no le quedarán más ganas de meterse donde no le llaman...

Y miraba a su sobrino con tal semblante triunfal y satisfecho, que éste temió perder la razón y darle un golpe con el puño cerrado sobre las narices. Para evitar semejante catástrofe, determinó sentarse a la mesa. Don Ramón quiso hacer lo mismo, pero su esposa le detuvo con un grito:

--¡No, Ramón...! Hazme el favor de desinfectarte las manos.

--¡Pero, mujer, si no he tocado nada infectado!

--Sí; has estado en la oficina y todos esos empleados suelen tener microbios.

--¡Mis empleados no tienen microbios!--replicó Escudero saliendo por el honor de su dependencia.

--Todo el mundo los tiene. En esa botella hay una solución de sublimado.

Doña Eugenia hablaba con tal autoridad y firmeza que parecía no admitir la posibilidad de una réplica. Su esposo, sin intentarla siquiera, se dirigió al pequeño gabinete de _toilette_ que estaba contiguo al comedor y de buen o mal grado llevó a cabo la operación higiénica.

En aquel instante llegaba su hija Araceli. Era ésta una joven de veinte años de tipo distinguido, o lo que es igual, un manojito de huesos con ojos interesantes. Ninguna otra cosa de interés ofrecía su persona, pero resultaba agradable si no bella. Tristán la había encontrado tal en otro tiempo cuando la niña comenzó a hacerse mujer, y esto ayudado de la fortuna cuantiosa que su tío poseía acaso le hubiera decidido a fijar en ella sus miras matrimoniales. Por su próximo parentesco, por habitar bajo el mismo techo, y por la alta estimación que mereced a su aplicación y talento había logrado Tristán inspirar a sus tíos, parecían destinados el uno para el otro. Pero la niña había mostrado desde su más tierna edad una vocación decidida y fervorosa por el estado de marquesa, y sus padres, como es natural, no quisieron echar sobre su conciencia el peso de contrariársela. Apenas sabía coger la aguja y ya se entretenía, con inocencia angelical, en bordar una corona más o menos torcida en el peto de sus delantales o sobre su almohadilla de costura. En el colegio no admitía conversación sino con las hijas o por lo menos sobrinas de algún título del reino, y cuando los jóvenes comenz

aron a seguirla, su primera mirada no era al bigote, sino a los gemelos de la camisa por ver si descubriría grabada en ellos la corona de sus ensueños. Se puede asegurar que sin este precioso símbolo de nobleza y poderío, aunque fuese bordado en cañamazo, la vida le parecía un árido desierto de horror y tristeza. Así, pues, ni los triunfos universitarios ni la simpática figura de su primo lograron hacer la más pequeña mella en aquel tierno corazón, inflamado de amor por la aristocracia. Tristán, despechado, la guardó toda su vida oculta ojeriza. Ella, por su parte le correspondía con un desdén tan efectivo, tan manifiesto, que era capaz de encender la ira del hombre más paciente.

Antes de sentarse a la mesa llegaron los niños, un chico de nueve años y otra niña de seis. Como era domingo, después de misa la doncella los había llevado en coche al Retiro: allí se habían apeado, habían corrido por prescripción facultativa media hora (ni un minuto más ni un minuto menos) y los habían restituido a casa en perfecto estado de conservación. El criado comenzó a servir el almuerzo y la doncella se colocó detrás de los niños para su cuidado. Araceli no había podido lograr de sus padres que comiesen en mesa aparte según las pragmáticas de la buena sociedad.

La distinguida joven estaba de humor jovial aquella mañana. Había ido a misa de once a San José con mademoiselle (la cual t

ambién se sentaba a la mesa) y le había ocurrido una aventura... verán ustedes qué aventura.

--Pues señor, oí misa cerca del altar de la Virgen del Carmen, y al salir de la iglesia siento que me tocan en el hombro. ¿Quién me toca? me pregunto. Vuelvo la cabeza y me veo a la vizcondesa de Mazorca. ¡Pero vizcondesa! ¿es usted? Me informo de la salud del vizconde y de los niños y de buenas a primeras me dice con mucha gracia: «Araceli, por ser día señalado le regalo este bolsillito.» Miro el bolsillo y veo que es el mío, que había dejado olvidado sobre la silla. La vizcondesa había estado arrodillada cerca de mí sin que la viese y advirtiéndome cuando me levanté que dejaba el bolsillo se apresuró a recogerlo. ¡Lo que pudimos reír...! Al salir, en las escaleras de la iglesia troppezamos al marqués de Cabezón de la Sal, íntimo amigo del vizconde, y nos propuso dar una vuelta por la calle de Alcalá. Después quiso que entrásemos en el reservado del Suizo, pero yo tenía mucha prisa porque papá no retrase por nada un minuto la hora del almuerzo y allá los dejé a la puerta.

Realmente aquella tierna escena era a propósito para regocijar a todo el mundo, pero si se ha de confesar lisamente la verdad a nadie regocijó más que a la gentil narradora. Su papá rumiaba tranquila y filosóficamente como un buey; su mamá, como siempre, se hallaba distraída, inquieta, en espera a cada instante de u

na desgracia; y en cuanto a Tristán es imposible que nadie pudiese mostrar en su rostro un gesto de displicencia y de tedio más señalado.

La doncella aprovechó una pausa para dar a su señor a noticia de un encuentro agradable que habían tenido en el Retiro.

--¿No sabe la señora a quién vimos en el paseo? Pues estábamos ya para venirnos cuando veo cruzar una mujer de mantón... A aquella mujer parece Aurora, digo para mí... Y así fue como lo pensé: la misma Aurora que había venido a Madrid a comprar zapatitos para los niños y se marchaba a su casa.

Aurora era una joven que había sido segunda doncella durante algunos años en casa de Escudero, se había casado con un tipógrafo y vivía en el Puente de Vallecas.

--¡Ay, señora, qué cambiada está! No la conocería si la viese. ¡Qué delgada, qué descuidada, qué sucia! Vergüenza me dio siquiera que hubiera besado a los niños...

Doña Eugenia dejó escapar un grito doloroso y se puso en pie de repente. Escudero, asustado del susto de su esposa, soltó el tenedor que cayó en el plato con estrépito; los niños chillaron, la doncella se puso pálida.

--¡Cómo!--profirió la señora con voz alterada--. ¿No sabe usted que le tengo prohibido que nadie bese a los niños...? ¡Y l

es besa una mujer que
vive en uno de esos barrios sucios, llenos de miseria, y habita en una casa que será seguramente un foco de infección...! ¡Ahora mismo a desinfectar a estos niños! ¡Ahora mismo, sin pérdida de tiempo!

--Pero, mujer--se atrevió a apuntar Escudero, recogiendo el tenedor y volviendo a engullir tranquilamente--, no es tan seguro que la casa de Aurora sea un foco de infección, porque ella también tiene niños y es de suponer que los besarán...

Doña Eugenia no escuchaba nada.

--¡Que los contagie ella si quiere...! ¡Yo no quiero contagio...! ¡yo no quiero que se mate a mis niños!

Y diciendo y haciendo los agarró con mano crispada del brazo, y bajándolos de la silla los arrastró hasta el lavabo del gabinete contiguo, y quieras que no les metió la cabeza en una disolución de sublimado y les restregó los labios y las mejillas casi hasta hacerles brotar la sangre. Los niños protestaban con altos gritos de aquel lavatorio intempestivo y cruel. La consternación se pintaba en el rostro de los espectadores, exceptuando el de Escudero que reaccionaba admirablemente ante los continuos sobresaltos que su espasmódica esposa le proporcionaba.

Todo quedó en calma al fin, pero la doncella delincuente se marchó

llorando y vino otra a sustituirla. Sin embargo, al cabo de pocos minutos se presentó de nuevo con una carta urgente para el señor. Se puso éste con calma los anteojos, la leyó atentamente y luego sacudió la cabeza con tristeza.

--¡Pobre Manuel!

Un antiguo agente de negocios, compañero suyo, había quedado arruinado tiempo hacía; venía viviendo en la mayor miseria y por fin le notificaba que el casero le había puesto los muebles en la calle y le pedía por el amor de Dios que le diese veinte duros.

--¡No faltaba más...! ¡Ya lo creo que se los daré!--exclamó don Ramón, que era hombre caritativo, echando mano a la cartera.

Pero de pronto se detuvo, quedó un instante suspendido y por fin, levantándose, fue a su despacho. Miró su libro de gastos y vio que el día anterior había quedado agotada la consignación mensual de limosnas. Así que volvió diciéndolo con cara compungida:

--Dile que no puede ser... Lo siento mucho... pero no puede ser.

--¡Pero, papá!--exclamó Araceli.

--No puede ser, hija... no puede ser...--repuso con impaciencia.

Escudero hacía cuantiosas limosnas, tenía destinada para ello una

partida crecida de su presupuesto mensual, pero era un hombre tan formal y tan exacto que, una vez agotada ésta, por nada ni por nadie haría un adelanto sobre el presupuesto del mes siguiente. Fue necesario conformarse. Sin embargo, Tristán sacó disimuladamente del bolsillo un billete y haciendo seña a la doncella, se lo dio por debajo de la mesa.

Araceli seguía de humor placentero. La poética aventura con la vizcondesa había exaltado sus sentimientos de grandeza. Mecida con deleite sobre las nubes irisadas del cielo aristocrático, no daba paz a la lengua. Las costumbres excéntricas pero respetables de la marquesa de C.***, tía de su amigueta Enriqueta, la belleza de la condesa de B.***, los trajes de la duquesa H.***, los escándalos del barón de S.***, un verdadero loco, pero ¡tan fino! ¡tan distinguido! Siempre se acordaría de aquella tarde en que se sintió indispuesta en las carreras y el mismo barón fue por una taza de té y se la sirvió por su propia mano.

La misma sobreexcitación heráldica le impulsó a dirigirse a su primo en tono jovial.

--¿Y qué tal, qué tal el marquesito del Lago? Dicen que es un cazador de primera fuerza.

Tristán se encogió de hombros con desdén.

--No sé si es de primera o de última, pero no le oí hablar nunca de otra

cosa.

--Me ha dicho Visita que es un chico muy simpático.

Una pedrada en la cara no le hubiera hecho peor efecto a nuestro joven que aquella frase. Obscurecióse su rostro y dijo con acento de concentrado desprecio:

--¡El marquesito del Lago es un imbécil!

--Para ti todos son imbéciles--repuso picada la prima--. No asistiendo al Ateneo y no citando a los filósofos alemanes... ya se sabe, un imbécil.

--Lo digo y puedo probarlo. Ni aun sabiendo de antemano lo que iban a preguntarle en el examen y preparándole su ayo toda una noche, fue posible que aprobase el derecho romano.

--¿Y para qué necesita saber derecho romano si es marqués?--replicó con audacia irritante la joven.

La disputa prosiguió con acritud por ambas partes, sobre todo por la de Tristán. Sin embargo, Escudero hizo callar a su hija, porque después de lo que Tristán había revelado era disculpable su cólera.

VII

SUS AMIGOS

Al entrar de nuevo Tristán en su cuarto después del almuerzo, encontró allí a su amigo García.

--¡Hola! ¿estás tú aquí? No me han dicho nada--dijo en un tono entre cariñoso y displicente.

Claro que no le habían dicho nada, ni había para qué. García, en opinión de los criados de la casa, no representaba nada por que traía el chaquet raído, los pantalones deshilachados, el sombrero con grasa y las barbas terriblemente aborascadas. Y sin embargo, García era el amigo más íntimo que tenía el señorito Tristán, su condiscípulo y un catedrático en ciernes.

Su amistad databa de la Universidad. Un día en que a Tristán le tocó la conferencia, la pronunció con tal galanura que el profesor, sorprendido agradablemente, manifestó que se felicitaba de haber hallado al fin un discípulo de tan claro entendimiento y de palabra tan fácil. Al salir de clase un muchacho feo, peludo y desaseado, con quien nunca había cruzado la palabra, le abrazó y le felicitó con entusiasmo. Era García. Desde entonces no tuvo Tristán otro amigo más leal, más cariñoso, más abnegado. Al compás de los progresos que nuestro joven hacía tanto en la Universidad como en el Ateneo y la prensa, crecía en proporción geométrica la admiración de García. Cuando Tristán publicó sus primeros

artículos y poesías en una revista, juzgole de golpe un gran hombre, y de esta opinión ya no le apeó nadie en toda la vida. Al ponerse a la venta el año anterior su volumen de poesías titulado _Engaños y Desengaños_, García le creyó en el pináculo de la gloria y él a su lado para compartirla. Recorría las calles con el tomo en la mano, entraba en las librerías y se enteraba de cuántos ejemplares se habían vendido, iba a los cafés y leía en alta voz algunos versos dejando estupefactos a los parroquianos, y en todas partes voceando y gesticulando dilataba la fama del poeta. Tristán agradecía aquella devoción; pero no lo bastante; hay que decirlo sin ambages. Así es nuestra pecadora naturaleza.

Como venía de la mesa malhumorado no hizo más que saludarle, encerrándose después en un silencio sombrío y poco cortés. Pero García estaba habituado a estos silencios y respetaba el carácter caprichoso y a ratos poco comunicativo de su amigo. Encendió éste un cigarro, le ofreció otro y se puso a pasear de una esquina a otra del despacho exactamente como si estuviera solo. García tenía un libro en la mano, aparentaba leerlo, pero cuando Tristán volvía la espalda levantaba los ojos hacia él y le miraba con mezcla de inquietud y respeto. Al fin, sonriendo con humildad, se atrevió a decir:

--¿No sabes, Tristán? Hoy he tenido una agarrada en el _Colegio Platónico_.

Tristán sin interrumpir su paseo dejó escapar por la nariz un sonido que indicaba que le había oído.

--Sí, una agarrada con el director y por tu causa.

--¿Por mi causa?--expresó de mala gana el joven dándose apenas volver la cabeza.

--Sí; no sé quién le fue con el soplo de que yo en la clase de Retórica citaba tus composiciones y se las hacía aprender de memoria a los niños y me llamó y me dijo muy hosco:--«Amigo García, tengo entendido que se permite usted en clase hablar de los versos de un miguito de usted y ponerlos nada menos que al lado de los grandes modelos literarios. Sepa usted que eso no es tolerable y debiera usted considerar que el afecto y la amistad por apasionada que sea no dan derecho a mixtificar (es una palabreja que emplea a troche y moche), a mixtificar la tierna inteligencia de sus discípulos.»--«Señor director--le contesté-- cuando yo me autorizo el citar con elogio una composición cualquiera es porque estoy persuadido de que lo merece sin que la amistad ni otro motivo cualquiera tenga parte en ello.»--«¿Acaso se figura usted que su amigo (que no pasa de ser un principiante) puede colocarse a la altura de los grandes poetas que hemos tenido y que tenemos en España?»--me pregunta cada vez más encrespado.--«No señor, no me lo figuro, sino que estoy convencido de ello»--le replico.--«¡Vamos, Ga

rcía, déjese usted de
badajadas y no sea ganso!» Sí; creo que me llamó ga
nso. Yo debiera
responderle: El ganso y el avestruz y el cernícalo
es usted que dirige
un colegio en España sin saber castellano... Pero y
a ves, amigo Tristán,
necesito los quince duros mensuales que me da...

En efecto, García vivía sosteniendo también a su an
ciana madre con los
quince duros que le daban en el Colegio Platónico,
veinte del colegio
Greco-latino y algunas lecciones particulares. En
total cincuenta o
sesenta duros al mes. Había hecho ya tres oposicion
es a cátedras de
Retórica y Poética ocupando segundo y tercer lugar
en las ternas y
estaba resuelto a oponerse a todas las que vacaran
hasta apoderarse de
una.

--¡Tú siempre haciendo tonterías, García!--exclamó
Tristán con acento
donde se transparentaba la complacencia con que las
observaba.

Y como se pusiera repentinamente de mejor humor pro
puso a su amigo el
salir a tomar café. Lo tomaron en la _Cervecería In
glesa_ y desde allí
bajaron a _Recoletos_ dando un paseo y siguiendo po
r la _Castellana_
hasta el final. Allí Tristán quiso entrar un moment
o en el tiro de
pistola. Era un aficionado ardoroso de este ejercic
io, en parte porque
conociendo su carácter temía a cada instante verse
obligado a acudir al
terreno del honor; en parte también porque había mo
strado desde el

principio excepcionales disposiciones para él. Frecuentaba asimismo las salas de armas, pero aquí sus éxitos habían sido muy inferiores.

Penetraron, pues, en el recinto del tiro y fue recibido por los tres o cuatro parroquianos que allí había con muestras de respeto como una lumbrera del arte. Tristán dio claras pruebas de que merecía este honor metiendo ocho balas seguidas a voz de mando en un pequeño círculo del tamaño de un duro. Es imposible imaginarse el rendimiento, la veneración con que el mozo que cargaba las pistolas se las iba presentando después de cada tiro. Un sacerdote ofreciendo la mirra y el incienso en el altar no adoptaría una actitud más humilde y contemplativa. En cuanto a García, aunque era un hombre enteramente retórico de los pies a la cabeza, miraba a su amigo desde el diván donde se había sentado con ojos alegres y triunfantes y los volvía a los parroquianos con ganas de decirles: «¿Ven ustedes qué ojo tiene para meter la bala en el blanco? Pues es tan certero para medir los _sáficos adónicos_.»

Salieron por fin de allí y regresaron al centro por el mismo paseo.

Estaba éste, como domingo, muy concurrido, pero aunque García iba bastante mal trajeado y contrastaba con la elegancia perfilada que ostentaba siempre su amigo, éste no se avergonzaba poco ni mucho de llevarle a su lado: una buena cualidad que hay que reconocerle. García la agradecía con todo el calor de su alma. No había

n andado mucho cuando
tropezaron con el gran poeta don Luis de Rojas, el
amigo cariñoso y el
maestro venerado de Tristán. Era un viejecito pulcr
o, de facciones
correctas y ojos vivos que gastaba perilla y bigote
enteramente blancos
ya y el cabello cortado en media melena como tribut
o pagado a su
gloriosa juventud romántica. Traía un nietecito de
la mano que Tristán
besó y agasajó mientras García se apartó respetuosa
mente algunos pasos.
Maestro y discípulo departieron con afecto unos mom
entos, y en la forma
cordial con que Rojas le abordó podía observarse qu
e Tristán era su
predilecto. Así lo había declarado en efecto el mae
stro francamente en
el prólogo que puso al volumen de poesías titulado
_Engaños y
Desengaños_, publicado por nuestro joven el año ant
erior. Merced a este
prólogo, el libro había logrado una resonancia que
no alcanzan de
ordinario las producciones de los poetas noveles.

--Adiós, Aldama--concluyó diciéndole y apretándole
al mismo tiempo la
mano--; que no falte usted el viernes. Hace dos o t
res semanas que no
le vemos.

Rojas recibía a sus amigos los viernes por la noche
en su casa. Era una
tertulia casi exclusivamente de literatos donde pre
dominaban los
jóvenes.

Tristán, que le admiraba de corazón y estaba muy pa
gado de su
predilección afectuosa, comenzó luego que se hubo e

mparejado con García
a cantar sus alabanzas.

--¡Qué poeta, amigo mío! ¡Qué fantasía! ¡Qué vena fácil, armoniosa, fresca! Jamás se han escrito en español ni imagino que en idioma alguno unos versos más melodiosos. Hasta en sus últimas composiciones, cuando ya no es más que un pobre viejo caduco, asoma en todas partes la garra del león. ¡Mira que _La barca a pique_ es hermosa de veras...! ¡Hermosa, hermosa!

Y al paso que caminaban se puso a recitar con un poco de énfasis las octavas de aquella famosa composición del más famoso poeta español. García aprobaba con el gesto y con algunas palabras sueltas la belleza de la canción. «¡Grandioso en verdad! ¡Muy patético! ¡Qué pompa! ¡Qué ornato...!»

Cuando Tristán terminó, caminaron algún tiempo en silencio. De pronto García se detiene y exclama en tono resuelto:

--¿Sabes lo que te digo, Tristán...? _La barca a pique_ es una pieza de relevante mérito. La pompa es magnífica, muy patética y de mucho artificio... pero yo no cambiaría por ella tu _Golpe de viento_...

Tristán se puso rojo, no sabemos si de vergüenza o de placer; acaso de ambas cosas a un tiempo.

--¡Hombre, por Dios, no desbarres!

--Yo no te diré que tenga tanto estro y tanto número. Rojas es único para el número en España... Pero prefiero la tuya porque tiene más variedad de tropos...

--¡Por Dios, García!

--Lo dicho... Tiene más riqueza de tropos. De eso no hay quien me apee... Además, te lo diré francamente--añadió parándose y ahuecando la voz--, no transijo, no puedo transigir con la metonimia que Rojas emplea en el quinto verso de la segunda octava. Es más que atrevida, disparatada. Eso de «las estrellas sus rayos esgrimiendo» podrá haber críticos que lo aprueben, no te lo niego, pero mi conciencia literaria me impide en este punto emitir un dictamen favorable.

Tristán siguió protestando. García manifestó con creciente energía:

--Te lo digo y te lo repito. Me juzgaría indigno de l título de licenciado en Filosofía y Letras y de inculcar en la inteligencia de mis discípulos las primeras nociones de la Poética si no sostuviese que tu composición ostenta mayor variedad de tropos que la de Rojas.

¿Qué iba a hacer Tristán en vista de esta decisión inquebrantable? Se resignó como es natural.

Y paso entre paso llegaron hasta el salón del Prado y subieron por la calle del mismo nombre hasta el Ateneo. Allí se des

pidieron. García no
era socio, no ciertamente por falta de ganas, sino
de recursos
pecuniarios.

Columpiándose en una mecedora con un periódico en l
as manos halló
Tristán a su amigo Núñez en una de las salitas de c
onversación de aquel
centro docente. Era hombre de treinta y cuatro a tr
einta y seis años: de
más edad por lo tanto que nuestro joven; rubio, con
ojos de color
indefinible tirando a verde, penetrantes y malicios
os; la barba rala y
partida por el medio. Vestía con la elegancia un po
co fantástica y
afectada que alguna vez usan los artistas para apar
tarse de la
vulgaridad burguesa. Saludáronse con frialdad de bu
en tono que mostraba
al mismo tiempo confianza y Núñez siguió leyendo.

--¡Cuidado que se pone cursi el paseo de la Castell
ana los domingos...!
Es decir, se pone más porque lo está siempre. Esas
niñas que van
rezumándose con los papás detrás de ellas; esos jóv
enes que marchan
ciñendo la orilla de los coches vuelta hacia ellos
la cabeza y
quitándose el sombrero cada cuatro pasos, sin conoc
er a nadie, sólo para
que las damas pedestres los admiren y veneren; esos
aristócratas que
pasean en carruaje y se miran y se remiran sin cesa
r como si no se
conociesen, aunque se están mirando desde que nacie
ron y se seguirán
mirando hasta la hora de la muerte... Dime, ¿no cau
sa grima a
cualquiera?

Núñez dejó escapar un murmullo de aprobación sin levantar la cabeza,
pero miró con el rabillo del ojo a su amigo y una chispa de malicia
atravesó por sus ojos.

--Dudo que exista en el mundo--prosiguió Tristán--una ciudad más
aburrida, más prosaica y cominera que la capital de España. Aquí la
gente se vuelve para mirarse por la espalda como si todos fuesen seres
raros o admirables; delante de cada ciego que toca la guitarra hay una
muchedumbre apiñada; las señoras pasan la vida averiguando lo que comen
sus vecinas y los caballeros cuánto ganan sus amigos; la juventud se
ocupa en descifrar las charadas o en contestar a las preguntas que
proponen los periodiquitos ilustrados: «¿cuál es el mejor literato?
¿cuál es el torero más bruto?», etc. Y contestan siempre los que no han
leído un libro ni han asistido a una corrida. Los viejos piropean a las
jóvenes y las siguen y hablan de política y no saben una palabra de la
profesión que han ejercido toda la vida. Los generales discuten la
separación de la Iglesia y del Estado y los obispos se preguntan si
estamos preparados para una guerra con el extranjero. Y en las calles y
en los paseos, en los teatros y en las iglesias, se observa en las
fisonomías la misma vulgaridad, el signo indeleble de cursilería y de
ignorancia que caracteriza a nuestros amables convencinos...

Al tiempo de pronunciar estas palabras, como estuvi
ese jugando con el
bastón, se le cayó al suelo con estrépito.

Dejó escapar una interjección de impaciencia, lo re
cogió y se quedó unos
instantes pensativo.

--¿Por qué se habrán de caer las cosas, vamos a ver
?--exclamó al cabo
como si hablase consigo mismo--.¿Por qué no habían
de quedarse donde se
las colocase? Esta ley de la gravedad que nos encad
ena al suelo, que nos
pone grillos al nacer como si fuéramos presidiarios
, ¿no es una ley
estúpida? ¡Y luego nos hablan de inteligencia en la
naturaleza!
¡Menguada inteligencia que corre parejas con su bon
dad!

Núñez soltó una carcajada.

--Amigo Páramo, hoy vienes más páramo que nunca te
he visto. ¡Me río yo
de las estepas de la Siberia y de los ventisqueros
del monte de San
Bernardo!

Era una de las bromitas que se autorizaba con Trist
án el ponerle este
sobrenombre a causa de sus ideas sombrías. A menudo
, cuando tenía que
enviarle una carta por el correo interior o por med
io de mensajero,
escribía en el sobre: «Señor don Tristán Aldama del
Páramo», o bien
añadía al apellido «y Fernández Yermo» o «Desierto
Arenoso». Tristán
toleraba estas bromas porque respetaba y admiraba a
su amigo. Núñez,
como ya se ha dicho, le llevaba ocho o diez años de

edad, gozaba de un nombre ilustre como pintor, frecuentaba la alta sociedad y era temido y agasajado por su mordacidad. Estas circunstancias hacían que Tristán se sintiese halagado por aquella amistad que, aunque nacida hacía dos años nada más, había adquirido gran intimidad, hasta llegar a tutearse. Por su parte Núñez hizo de Tristán su amigo porque le halló inteligente y figurando entre los jóvenes de más porvenir en la literatura, porque vestía con elegancia y pertenecía a una familia opulenta. La vida de ambos no era igual, sin embargo. La de Núñez, más disipada; frecuentaba más el Casino que el Ateneo, tenía queridas y gastaba mucho dinero, sin que se supiese de dónde procedía, pues hacía años que pintaba poco.

Tristán sonrió, avergonzado de aquellas extemporáneas lamentaciones.

--¿Y qué tal lo has pasado ayer en el Escorial? Apenas hay necesidad de preguntarlo, porque en medio de ese páramo, el Sotillo viene a ser un jardincito abrigado y delicioso... Y a propósito, ¿cuándo me llevas al Sotillo?

Hacía ya algún tiempo que Núñez le venía instando para que le llevase a ver la posesión de su futuro cuñado, de la cual se hacían lenguas en Madrid. Tristán, prometiendo hacerlo, dilataba la presentación por cierto vago recelo que en momento ni ocasión alguna podía desechar de sí. Por esto y aún más porque el nombre del _Sotillo

o_ le trajo de nuevo
a la imaginación la intriga indigna tramada contra
él, su semblante
volvió a obscurecerse. Núñez no reparó o no quiso r
eparar en ello y le
apretó con su desenfado habitual para que le señala
se día. Tristán al
cabo se vio obligado a fijar uno de la próxima sema
na en que por
celebrarse el aniversario del matrimonio de sus fut
uros cuñados había
allí otros invitados.

--¿Y qué tal? Esa linda joven del Escorial ¿está co
nforme con tu cuñado?

--¿Qué quieres decir?--repuso con gravedad Tristán.

--Si está conforme con él en las cosas temporales y
en las espirituales.

El joven se sintió herido por aquella desvergonzada
pregunta y replicó
secamente:

--No hay otro matrimonio más feliz sobre la tierra.

--Me alegro... me alegro que no discutan... Ella es
una hermosa mujer,
un ejemplar admirable de nereida... Quisiera hacer
su retrato desnuda,
saliendo del agua...

Pero viendo que Tristán se ponía cada vez más hosco
cambió de
conversación.

--¿Sabes tú? Hace poco, cuando venía hacia aquí, tr
opecé en la carrera
de San Jerónimo a tu amigo Morel. Me para y me preg

unta, mientras se
dibuja en sus labios una sonrisa de lástima: «¿Ha l
eído usted el libro
de Sánchez Abellán...? ¡Qué extravagancia! ¡Qué maj
adería! Imposible
llegar más allá en el arte de disparatar. Es la obr
a de un idiota o de
un loco.» Y las carcajadas fluían de su boca y tení
a que apoyarse en la
pared para no caer de risa. Sigo caminando y unos c
uantos pasos más
allá, al dar vuelta a la calle del Príncipe, encuen
tro al mismo Sánchez
Abellán. Nos saludamos, cambiamos algunas palabras,
y de buenas a
primeras, sonriendo mefistofélicamente, me pregunta
: «¿Ha leído usted
los últimos artículos de Morel en _El Noticiero_...
? ¡Prodigioso...!
¡Enorme...! Léalos usted si quiere pasar un buen ra
to... Indudablemente
ese hombre es un loco o un idiota.» Los dos habían
empleado iguales
calificativos. ¿No tiene gracia?

--Para mí no tiene ninguna--dijo Tristán malhumorad
o.

Núñez le miró un momento con curiosidad burlona y r
epuso tranquilamente:

--Consiste en que ese molino que tienes en el cereb
ro no tritura más que
cosas negras. Pero el mío muele rico trigo candeal
y produce harina
blanca superior... Vamos a ver, ¿no es una satisfac
ción observar cómo
esos dos hombres se han conocido perfectamente? ¿No
es puro y legítimo
el deseo de que la luz penetre en los espíritus?

En el curso de la conversación había cruzado por de

lante de ellos un
chico imberbe a quien Núñez saludó inclinándose muy
reverente y
quitándose el sombrero. A Tristán le sorprendió un
poco aquel saludo
aunque no dijo nada. Pero ahora, como cruzara otro
jovenzuelo de diez y
ocho a veinte años y Núñez volviese a inclinarse y
saludar con la misma
reverencia, no pudo ocultar su sorpresa.

--Dime, Gustavo, ¿por qué saludas tan respetuosamen
te a esos chiquillos?

--Te lo explicaré en pocas palabras--repuso Núñez t
ranquilamente--. El
primero que ha cruzado por aquí hace un rato es sec
retario tercero de la
sección de Ciencias morales y políticas y ha presen
tado una Memoria
acerca de la _Cuestión social_, que se discutirá el
año próximo. Este de
ahora ha publicado ya tres artículos en _El Defenso
r de los
Ayuntamientos_ sobre _El individuo y el Estado_. Ah
ora bien, estos
jóvenes que discuten la cuestión social y escriben
sobre las relaciones
del individuo y el Estado son indudablemente los fu
tueros gobernadores,
los consejeros de Estado, los directores generales,
los ministros. Estos
jóvenes, no te quepa duda, serán nuestros amos por
aquello de que «joven
sociólogo en puerta, cacique a la vuelta». Hay que
tenerlos satisfechos,
hay que ganarse su amistad.

--Pero, hombre, ¿a ti, que eres un artista, qué te
importa la amistad de
los políticos?

--¡Anda! ¿Imaginas que se puede ser en España un mediano colorista sin tener algún amigo ministro?

Tristán sonrió levemente, quedó unos instantes pensativo y al cabo le preguntó:

--¿Y nosotros los poetas también necesitamos la amistad de los ministros?

--No, vosotros necesitáis pertenecer a uno de los dos Cuerpos colegisladores--respondió gravemente el pintor.

--¡Vamos, Gustavo, hoy traes la guasa verde!

--No es broma, querido, es la pura verdad. Tú escribes un tomo de versos y pones en la cubierta: «Poesías, por Tristán Aldama». Eso no dice nada; el público no sabe a qué atenerse, porque lo ignora todo de ti. Pero estampa debajo del título, verbi y gratia: «por Tristán Aldama, _diputado por Puertocarnero_ o _senador vitalicio_», y ya el público tiene motivos para conocerte y la crítica para guardarte consideraciones. Tus versos no son advenedizos; demuestran que tienen algún arraigo en el país.

--¡Vaya, vaya, Gustavo!--exclamó riendo Aldama.

--¡Que sí, querido, que sí! El público necesita siempre una garantía...

Un joven de agradable rostro y correctamente vestido iba a pasar por la salita, pero viendo a nuestros amigos se volvió rec

elosamente para no
cruzar por delante de ellos.

--¡Eh! ¡eh...! amigo Valleumbroso, no se nos escape
usted.

El joven dio la vuelta y quedó en pie frente a ellos.

--Atraque usted, querido--dijo Núñez--. Bien se conoce que quiere usted
sustraerse a las felicitaciones de los amigos. Los
grandes espíritus
desdeñan el aplauso de la muchedumbre.

--¡Yo...! ¿Qué motivo hay para felicitarme?--exclamó el joven sonriendo,
haciéndose de nuevas y rebosando de orgullo.

--¡Casi nada! Aunque por mi profesión, y aun más por mi holgazanería, no
pueda estar muy al tanto de las novedades literarias, la trompeta de la
fama ha traído a mis oídos la noticia de que ha publicado usted un
volumen de poesías muy notable, que esos _Pelillos a la mar_ son
deliciosos y que se venden como pan bendito.

Las mejillas del poeta enrojecieron súbitamente y respondió en tono
desabrido:

--Mi libro no se titula _Pelillos a la mar_.

--No, hombre, se titula _Pétalos al aire_--se apresuró a decir Tristán.

--¡Ah...! perdone usted, amigo Valleumbroso. No sé cómo se me metió en
la cabeza... Es que suena algo parecido... Bien se conoce que soy

profano en asuntos literarios. En fin, de todos modos me consta que es precioso el libro.

--Muchas gracias--dijo el poeta secamente.

--Todavía no hace muchos minutos que preguntándole al amigo Aldama acerca de las últimas publicaciones, me decía: «Lo único que puede leerse entre lo recientemente publicado son los _Pelillos_... (usted perdone)... los _Pétalos_ de Valleumbroso.» Yo le respondí: «En cuanto salgamos de aquí paso por la librería y los compro.»

--Muchas gracias: no se moleste usted: yo se los enviaré.

--No acepto el regalo. En España son tan pocos los libros que se publican dignos de comprarse, que el presupuesto del más aficionado a las letras no padece mucha alteración aunque se proponga ser despilfarrador. Lo único que me atrevo a esperar de su amabilidad es que me firme el ejemplar.

--Lo haré con mucho gusto.

El joven poeta estaba sobre brasas. El carácter de Núñez le inspiraba un vivo recelo. Así que no fue posible retenerle allí más tiempo a pesar de los esfuerzos que aquél hizo para ello. Mientras se alejaba a paso rápido todavía le gritaba:

--Mil enhorabuenas. En cuanto lea el libro ya hablaré de esos Pelis...

de esos Pétalos. Que agote usted la edición pronto.

Cuando Tristán reprochaba a su amigo que se sirviese de él para burlarse de un compañero, se presentó en la sala un hombre alto, enjuto, pálido, con los bigotes largos y caídos como los de los chinos y unos ojos saltones, resplandecientes, que sonreían al vacío. Vestía levita negra, larga, amplia, flotante y no muy limpia. Más que levita parecía una basquiña. Sobre la cabeza grande y despeinada llevaba un sombrero de copa bastante viejo y también despeinado que no la tapaba sino a medias.

--¡Viva mil años el ilustre Pareja--exclamó Núñez--
, el sabio
enciclopédico, que es honra del Ateneo y gloria de su patria!

El hombre de la basquiña se acercó a paso lento y reposado y su faz académica se dilató con una sonrisa de plácida descendencia.

--El amigo Núñez--dijo quitándose el sombrero, que sin duda le molestaba, y acomodándose en una mecedora--siempre tan galante, tan lisonjero.

Núñez, volviéndose hacía Tristán y como hablándole en tono confidencial, le dijo:

--Cuando uno de estos hombres tan profundamente observadores se acerca a mí, no puedo menos de sentirme inquieto, cohibido. Parece que está uno

delante de una máquina fotográfica y teme verse reproducido en mala postura.

--Hasta ahora me parece que no tiene usted motivo para pensar que le haya _enfocado_.

--Pero lo temo. Esa máquina que usted lleva en el cerebro no se cansa jamás de impresionar. Hace pocos días entré en el café de Levante y le vi a usted en un rincón comiéndose una ración de riñones salteados. «¿Ves aquel señor que está en la mesa de la esquina?--le dije al amigo que conmigo venía--. ¿Qué piensas que está haciendo?»--«Comiendo riñones»--me contestó--. «Pues no señor, está observando, observando siempre; para él no hay riñones que valgan.»

--No tanto, amigo Núñez, no tanto. Bien se señalan en usted a la par que los estigmas sintomáticos de la idiosincrasia artística los caracteres étnicos de la naturaleza andaluza.

--No soy andaluz, señor Pareja; soy extremeño.

--Mucho mejor. ¡Raza de conquistadores!

--Pero yo, aunque le parezca una gran inmodestia, estoy persuadido de que soy el hombre más notable de mi raza. Cuando tenía veinte años, conquisté a mi patrona que tenía cincuenta. No creo que Hernán Cortés ni Pizarro, ni Alvarado ni García de Paredes...

--¡Nada, nada, se le concede a usted la primacía!-- exclamó el sabio

soltando una carcajada vibrante y majestuosa.

--Lo que me admira principalmente en este señor--prosiguió Núñez
volviéndose de nuevo hacia Tristán--no es tanto su
talento de observador
como la profunda ironía que comunica a todo lo que
sale de su pluma y de
sus labios.

--La ironía, querido Núñez, es la flor que brota si
empre del
conocimiento adecuado de las cosas y muestra la impo
sibilidad de reducir
el conocimiento intuitivo al conocimiento abstracto
--expresó Pareja
dejando caer las palabras una a una como perlas des
tinadas a enriquecer
la tierra.

--Pero de todos los grandes irónicos que hoy florec
en en España, estoy
convencido de que es usted el que ofrece mayor soli
dez.

--¿Quiere usted decir con eso que los demás suenan
a hueco?--preguntó el
sabio con fina sonrisa maliciosa.

--Cabalmente y que el hombre verdaderamente macizo
que conozco es usted.
Una cosa para mí incomprensible, señor Pareja, es c
ómo ha llegado usted
a profundizar materias tan diversas, la filosofía,
las ciencias
naturales, la historia, la política, la música...

--Cuestión de método, querido Núñez; adecuada distr
ibución del tiempo;
ése es el secreto. Horas destinadas a la observació
n; horas destinadas a
la especulación; horas destinadas a la práctica, si

n que jamás ni por
ningún motivo se compenetren. Si en las horas desti-
nadas a la
especulación hacemos una observación, todo está per-
dido.

Hablaba Pareja con tal acento de suficiencia, recal-
caba de tal modo las
sílabas, sonreía, dirigía a Núñez y Tristán miradas
tan amables y
condescendientes que resisten a toda descripción. Im-
posible manifestar
con más claridad la íntima satisfacción de sí mismo
de que se hallaba
poseído.

--Ayer tarde--prosiguió--estuve en Alcalá a visitar
el penal. ¡Curioso!
¡curiooooooso! ¡curio-sí-sí-mo! No pueden ustedes for-
marse idea del
número de notas que he tomado. Hablé con muchos pen-
ados, me enteré de
infinidad de historias, verdaderos casos clínicos,
y por último,
distribuí entre ellos, con permiso del director, al-
gunos ejemplares de
mi folleto _El delincuente ante la ciencia_.

--Nada me parece más a propósito para infundirles a
algún consuelo--dijo
Núñez--. Realmente en los momentos de tristeza y de
desesperación, si algo
puede llevar el sosiego al alma ulcerada del delinc-
uente, es la
consideración de que se encuentra delante de la cie-
ncia y de que ésta le
contempla.

--Así es, amigo Núñez, así es. Usted sabe poner los
puntos sobre las
íes.

--Alguna vez se me olvidan.

--¡Nada, nada, pone usted los puntos sobre las íes!

Y al decir esto se balanceaba sobre la mecedora y echaba sus piernas didácticas al alto con tal alegría que ningún emperador la sintió mayor al poner una placa sobre el pecho de alguno de sus generales victoriosos.

--Creo que se alegrará usted de saber--expresó después en tono más placentero si cabe--que desde hace algunos días vengo haciendo estudios también en los barrios bajos de Madrid. ¡Qué cosas he visto! ¡Qué cosas he oído! ¡Curioso! ¡Curioooooo! ¡Curio-sí-si-mo!

--Supongo que allí no habrá usted repartido el folleto de _El delincuente ante la ciencia_.

--¡No, hombre, no!--exclamó riendo y añadió luego con ático humorismo--. Porque si bien me figuro que se encontrarán allí igualmente bastantes delincuentes, éstos no son _in actu_, sino _in potencia_. Dejando, pues, aquellos folletos para mejor ocasión, he distribuido algunos otros sobre _El sentimiento religioso como un desequilibrio en la nutrición_.

--Bien hecho. Me parece lo más urgente para las clases trabajadoras restablecer el equilibrio en la nutrición. La creencia en Dios y en la inmortalidad del alma en resumidas cuentas no sirve más que para turbar

la digestión.

--Es así, querido Núñez, es así. Usted sabe poner los puntos sobre las íes.

Tristán se llevó la mano a la boca para reprimir un bostezo. Así que se presentaba este síntoma de aburrimiento, la enfermedad se declaraba en él con tal violencia que no se pasaron tres minutos sin que se alzase bruscamente de la mecedora y les dijese adiós.

Cuando Gustavo montaba sobre uno de estos asnos no se hartaba nunca de hacerle correr. Pero entre todos los asnos antiguos y modernos ninguno estuvo más satisfecho de su naturaleza asnal que el ilustre Pareja.

VIII

UN BUEN DÍA QUE CONCLUYE MAL

Cirilo quedó sorprendido cuando oyó tocar suavemente en la puerta de su despacho. Conocía perfectamente la mano que daba aquellos golpecitos.

--¡Pero ya!--exclamó--. ¡Adelante, adelante!

Visita se presentó peinada y vestida como para salir. La sorpresa de su esposo fue mucho mayor. Ordinariamente él se levantaba muy temprano como hombre de negocios que era, y apoyándose en su bastón iba hasta su

despacho y allí trabajaba hasta las nueve, hora en que venía a desayunar al dormitorio con su mujer, que aún permanecía en la cama. Luego la ayudaba a vestirse sin llamar a la doncella y tornaba al escritorio.

Visita reía a carcajadas adivinando, sin verlo, el rostro asustado de su marido. Avanzó lentamente llevando extendidas las manos y acercándose le tomó la cabeza y le besó repetidas veces.

--¡Pero, hija mía, si no son más que las ocho!--dijo él, que como hombre de vida metódica y escrupulosamente regularizada aún no volvía de su asombro--. ¿Cómo estás ya peinada y vestida?

--Porque hoy nos desayunamos antes, iremos a misa antes... y después..., después Dios dirá.

--Pero necesito concluir de extender estos recibos.

--Pues no se concluyen.

--Entonces no es que Dios dirá; es que dices tú--repuso él en tono jocoso.

--Eso es, digo yo... y mando que te vengas conmigo ahora mismo a desayunar.

Así se hizo. Arreglose después prontamente y salió de casa poco antes de las nueve para oír misa en la Encarnación. Había nuestro matrimonio un cuartito bajo en la plaza de Oriente, amueblado con

elegancia y provisto de todas las comodidades compatibles con su fortuna, que desde hacía algún tiempo iba prosperando lindamente. Cirilo trabajaba firme. Además de la administración de Reynoso y Escudero tenía alguna otra y se ocupaba en negocios como agente privado. Menos a la Bolsa, a todas partes se hacía acompañar por su esposa que estaba ya enterada de bonos, pagarés, cheques, talones y resguardos como un consumado zurupeto. Visita le ayudaba a subir y bajar las escaleras del Banco y los coches de punto, le llevaba los rollos de valores, le tenía por el bastón mientras firmaba documentos o contaba billetes y le echaba la goma a la cartera. ¡Y que no hacía ella estas cosas con poco gozo! La cuitada se juzgaba tan inútil que cuando podía prestar algún servicio su corazón se inundaba de alegría.

Al salir de la iglesia le dijo resueltamente:

--Hoy, quieras que no, tienes que dejarte guiar por una ciega. Hazme el favor de buscar un coche.

Se fueron al primer puesto y en el trayecto Cirilo no dejó de preguntarle adónde pensaba conducirlo.

--Ya lo sabrás.

Hasta que subieron al vehículo y Visita dijo triunfalmente «a la Bombilla» no logró averiguarlo.

Ya están en la Bombilla. Allí se apean un momento, entran en un

café-restaurant y encargan el almuerzo para las doce: vuelven a montar y siguen paseando por la Moncloa, dejan el coche cerca de la fuente de las Damas y suben lentamente por un montecillo cubierto de pinos hasta colocarse en un alto y deleitoso paraje tapizado de césped desde donde se divisa el único paisaje digno que tiene la capital de España. A la izquierda el río oculto entre el follaje de la Casa de Campo; delante el Guadarrama con su crestería recortada que se destaca puramente con el azul del cielo; a la derecha la Dehesa de la Villa, el camino de Amaniel, los campos verdes de la Moncloa.

Cirilo dejó escapar un suspiro de satisfacción y contempló arrobado el espléndido panorama que tenía delante murmurando «¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!» A su lado Visita también parecía aspirar su belleza grave y solemne, si no por los ojos por la boca y por la nariz que se abrían para dejar paso a la fresca brisa de la sierra.

--¿Verdad que es muy hermoso?--dijo apretándose contra su marido--. Tú apenas has visto esto, pero yo lo conozco perfectamente porque de soltera venía con mi padre a merendar a este sitio todos los domingos. Algunas veces venía la criada con nosotros, traíamos el almuerzo y pasábamos aquí todo el día. Puedo decirte cómo es el paisaje lo mismo que si lo estuviera viendo... ¡Es decir, lo estoy viendo, lo estoy viendo de veras! Mira aquí debajo la Puerta de Hierro, las encinas del

Pardo que se extiende hasta las faldas del Guadarrama. ¡El Guadarrama!
¡Qué hermosas montañas de color violeta...! Y el cielo, el cielo azul
encima, profundo, inmenso, convidando a volar por él.

A Cirilo se le apretó el corazón. Aquella alegría de su pobre esposa,
ciega en lo mejor de la vida, le removía las entrañas como si quisieran
arrancárselas. No pudo contestar; hubo una larga pausa. De repente
Visita aproximó su rostro al suyo y le besó en los ojos.

--¡Ya sabía que estabas llorando...! No llores, tonto... ¡Si soy feliz,
enteramente feliz! ¿Qué importa que no pueda ver esas montañas? Ya las
he visto y acaso en mi imaginación las finja ahora más hermosas aún de
lo que son. Además, Dios me permite estar al lado de ellas, sentir su
aliento embalsamado y fresco... y tenerte a ti al mismo tiempo. Peor,
mil veces peor sería que las viese y no pudiera tener tu mano en la mía
como la tengo ahora.

Cirilo le pasó el brazo por detrás de la cintura y la apretó tiernamente
contra sí.

--¡Ea!--dijo ella dejándose caer en el césped--. Basta de paisajes y de
entermecimientos. Yo soy la ciega más dichosa que existe a la hora
presente en Madrid, y tú el cojito más guapo, más simpático, más bueno y
más feliz... ¿Verdad que sí...? ¡Di que sí!

Cirilo se sentó con algún trabajo a su lado. Ella sacó de su ridículo un libro y se lo dio diciendo:

--Ahora tendrás la amabilidad de leerme un poquito, estoy segura de ello. He traído esta novela porque es de tu autor favorito y quiero que el día de hoy te diviertas mucho, mucho... porque si tú no te diviertes mucho, mucho, yo estoy decidida a aburrirme.

Cirilo cogió el libro riendo y se puso a leer. La lectura siempre tenía atractivo para ellos porque eran aficionados a la buena literatura y devotísimos de los mejores autores; pero ahora al aire libre, en tan poético paraje y con la excitación placentera que el paseo dado y la perspectiva que el succulento almuerzo les producía, era sin duda doblemente grata. A menudo Visita le interrumpía para hacer comentarios, unas veces deplorando la maldad de algún personaje o alegrándose de que la heroína fuese tan simpática, otras veces vaticinando alguno de los sucesos o peripecias de que la narración les iba a dar cuenta. Reían a carcajadas en alguna página y a la siguiente sin saber cómo se enternecían y hacían pucheritos, porque aquel autor gozaba el privilegio de subyugarlos y arrastrarlos al sentimiento que bien quería. Cuando Visita notó que su marido comenzaba a fatigarse le hizo cerrar el libro y lo guardó de nuevo en su bolsita. Se aproximaba ya a la hora del almuerzo y se disponían a levantar el vuelo de aquel delicioso sitio

cuando Visita percibió un leve ruido a su espalda.

--¿Quién anda ahí?--preguntó a Cirilo.

--Una pobre mujer--respondió éste.

--¿Qué hace?

--Me parece que anda recogiendo plantas.

En efecto, con una raída navajita aquella mujer iba cortando cardillos y guardándolos en una falda. Cuando se aproximó a ellos les dio los buenos días. Visita inmediatamente trabó conversación con ella y se enteró de su tarea. Los guardas le dejaban cortar cardillos: los que en algunas horas podía recoger los llevaba a la mañana siguiente a la plaza. Visita le preguntó cuánto solían valerle.

--Un día con otro treinta céntimos.

--¡Treinta céntimos!--exclamó asombrada.

--¡Ay, señorita! y esos días me doy por satisfecha porque al fin podemos comer pan en casa... Pero la señorita... (dijo un poco acortada fijándose en los ojos inmóviles de Visita).

--Sí, la señora tiene la desgracia de estar ciega--respondió Cirilo tristemente.

Hubo una pausa y al cabo la mujer profirió con acento desesperado:

--¡Ciega quisiera estar yo para no ver lo que veo en mi casa!--Y al mismo tiempo prorrumpió en amargo llanto--. Hace po

cos meses que salí
del hospital, donde me han cortado un pecho... Con
el otro solamente
alimento a mi niño..., es decir, pudiera alimentarl
o si tuviese qué
comer... ¡Pero no lo tengo! Mi marido es cochero, p
ero está enfermo de
reumatismo sin poderse apenas mover y le han desped
ido de la casa...
Ahora que está un poco mejor, no encuentra trabajo.
.. Sin la caridad de
los vecinos, que son casi tan pobres como nosotros,
ya hubiéramos muerto
de hambre hace tiempo... Algunas veces me dan pan y
otras veces un poco
de sopa... Pero la casa ¡ay la casa! Ya debemos cin
co meses y de un día
a otro nos pondrán los pocos trastos que tenemos en
la calle... ¡Dios
mío, Dios mío, qué va a ser de nosotros!

--¡Vaya por Dios! ¡Infeliz mujer!--exclamó Visita p
or lo bajo.

Cirilo sacó una moneda del bolsillo y se la entregó
.

--¿Qué le has dado?--le preguntó su esposa al oído.

--Una peseta.

--Dale más.

Sacó un duro y se lo dio.

--¿Qué le has dado?

--Un duro.

--Dale más. Nosotros no tenemos hijos. Dios nos ha
protegido hasta ahora

y nos seguirá protegiendo.

Cirilo echó mano a la cartera y le entregó un billete de cincuenta pesetas. La mujer, sorprendida y roja de emoción y de alegría, no encontraba palabras para dar las gracias. Se deshacía en fervorosas bendiciones.

--¡Dios se lo pague, señorita, Dios se lo pague! ¡Bendita sea la hora en que su madre la ha parido! ¡Bendita la leche que ha mamado...!

--Pase mañana por nuestra casa. Ahora le dará una tarjeta mi marido--dijo Visita--. Tenemos amigos que están en mejor posición que nosotros y acaso puedan colocar a su esposo.

Iban ya lejos y todavía les seguía la voz de la pobre mujer que gritaba sin cesar:

--¡Dios les bendiga, señoritos! ¡Que nunca pase la desgracia por su casa...! ¡Que Dios la proteja, señorita, que Dios la proteja y ya que no ve la tierra le haga ver el cielo!

--Ya lo estoy viendo--murmuró Visita mientras dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

El coche les esperaba abajo. Montaron de nuevo en él y se trasladaron a la Bombilla. Antes de entrar en el gabinete que les tenían reservado dieron orden para que sirviesen también de almorzar al cochero. Pasaron después, y en un comedorcito agradable con vistas a

l río hicieron los
honores al almuerzo, cuyos platos habían de anteman
o elegido. El paseo,
el aire puro les había despertado el apetito. Visit
a bebió un poco más
de lo ordinario y se quedó traspuesta algunos insta
ntes en un sofá,
mientras su marido leía el periódico que había envi
ado a comprar.

--¡Ea, ahora con la música a otra parte!--exclamó a
l cabo la ciega
levantándose y sacudiendo la pereza.

--¿A qué parte?--preguntó Cirilo riendo.

--Adonde la proporcionan mejor en Madrid; al circo
del Príncipe Alfonso.

Y así se verificó rápidamente. Oyeron el concierto
que en las tardes
dominicales de primavera allí se celebraba y ya de
noche se restituyeron
a su casa, no sin haber dado antes una vuelta por l
a confitería para
comprar los postres de la comida.

--¡Buen día...! ¡Superior, hija, superior!--exclama
ba Cirilo después de
comer, reclinado cómodamente en una butaca y sabore
ando una taza de café
al par que chupaba un fragante tabaco de la caja qu
e el día antes le
había regalado Reynoso.

--¿Te has divertido? ¿Has estado a gusto con tu muj
ercita?--le respondía
Visita, que también tomaba café sentada a su lado e
n una sillita baja.

--Con mi mujercita estaría yo a gusto aunque vivies
e en una zahurda

comiendo berzas y pan negro.

Y al mismo tiempo se inclinó para besar sus cabellos. Hubo una larga pausa en que ambos parecían paladear su dicha enternecidos.

--¿Sabes lo que estoy pensando?--profirió ella al cabo buscando a tientas su mano y apretándola tiernamente--. Pues pienso que si yo no fuese ciega no te querría tanto como te quiero... y me parece que tú tampoco me querrías a mí de este modo. Por tanto que no seríamos tan felices.

--Quizá sea como piensas--repuso él inclinándose otra vez para besarla--. Pero daría la vida por que recobrases la vista.

--Y estoy pensando también que el invierno próximo lo vamos a pasar aún mejor que este, porque tendremos en Madrid a don Germán y a Elena, y más cerca aún de nosotros a Clara y Tristán... Ya ves, vienen a vivir a cuatro pasos de aquí, en la calle del Arenal. Todas las noches al teatro es monótono y además costoso: algunas iremos a su casa, o vendrán ellos a la nuestra. ¿Qué gusto, verdad? ¡Qué tertulitas íntimas, agradables, vamos a tener aquí los cuatro!

En aquel instante sonó el timbre de la puerta y la doncella se presentó anunciando al señorito Tristán. Este apareció detrás de ella. La faz de Cirilo y la de Visita se iluminaron con una sonrisa de alegría. La de

aquél se apagó, sin embargo, al observar el rostro serio y contraído del joven.

--Buenas noches.

Al oír el saludo, la sonrisa de Visita también se apagó: su fino oído de ciega había notado algo extraño en el timbre de la voz.

Después de preguntarse por la salud y de unas cuantas frases superficiales, Tristán abordó con premura, pero en tono afectadamente sosegado, la magna cuestión que allí le conducía.

--El objeto que me trae a estas horas (aparte del placer que siempre tengo en verles y en departir con ustedes) es un poco raro, un poco molesto... acaso también un poco ridículo... Pero en fin, en este mundo no es todo corriente y agradable por desgracia: alguna vez hay que tocar también en lo molesto y en lo ridículo, y a mí me llega el turno a la hora presente. Desearía obtener de su amabilidad me dijese si en el tiempo que llevamos de relación amistosa he incurrido en su desagrado por alguna acción o por alguna omisión que les haya molestado, si han observado ustedes en mí algo que no estuviese de acuerdo con una franca y leal amistad, o bien si inadvertidamente creen ustedes que les ocasioné algún perjuicio.

Cirilo y Visita permanecieron mudos, estupefactos ante aquel extraño discurso.

--Deseo saber--repitió al cabo de un instante, recalando más las palabras--, si en el curso que hasta ahora ha seguido nuestra amistad tienen ustedes algún motivo de queja contra mí.

--Me parece ociosa la pregunta, Tristán--manifestó Cirilo recobrándose--. Demasiado sabe usted que nunca nos ha dado motivos para otra cosa que para estimarle en lo mucho que vale y considerarle como uno de nuestros buenos y cariñosos amigos.

--¿Tampoco les he ocasionado perjuicio alguno de un modo indirecto, esto es, sin darme cuenta de ello?

--Absolutamente ninguno que yo sepa.

--Está bien... ¿Entonces por qué conspiran ustedes contra mí y me hacen la guerra?

--¿Conspirar contra usted...? ¿Hacerle la guerra?

--Sí. ¿Por qué me hieren en la sombra y trabajan cautelosamente a fin de desbaratar mi próximo matrimonio?

--¿Qué está usted diciendo?

--Comprendo perfectamente--profirió Tristán sin querer hacerse cargo del asombro de Cirilo--que el afecto que les liga a sus parientes los señores de Reynoso (por más que el parentesco sea lejano) les haga ver el matrimonio de Clara poco ventajoso y apetecer para ella otro de más relieve. Comprendo igualmente que mi persona les in

spire una secreta
antipatía... que les hastíe, que les cargue. Eso pa
sa no pocas veces con
aquellas personas que las circunstancias nos impone
n la obligación de
tratar... Lo que no puedo comprender es que hayan a
guardado a última
hora para hacer a Clara el favor de proporcionarle
un enlace más ilustre
o para mostrarme a mí su hostilidad... Bien es cier
to--añadió con amarga
ironía--que _lo que está arreglado se desarregla y
lo que está hecho se
deshace_.

--Permítame usted que le diga, amigo Tristán, que n
o entiendo lo que
usted quiere decir ni aun el paso que usted acaba d
e dar visitándonos en
esta forma brusca y desusada... es decir, sí veo qu
e está usted irritado
y que juzga que nosotros le hemos hecho algún agrav
io en lo que se
refiere a su próximo matrimonio, pero por más que d
iscurro no sé dónde
está ese agravio. Lo mismo Visita que yo nos hallam
os tan contentos y
nos parece tan bien esa boda que precisamente en es
te momento hablábamos
de ella con alegría y nos felicitábamos de que...

--¡Bien, bien, dejemos eso!--exclamó Tristán con as
pereza. Aquellas
palabras le parecían el colmo de la hipocresía y de
la impudencia.--No
necesito decir a usted que la alegría o la tristeza
de ustedes en lo que
a mi boda se refiere, aunque en sí mismas tengan mu
cha importancia, para
mí la tienen secundaria. Puedo casarme o permanecer
soltero y vivir bien
o mal y ser feliz o desgraciado sin que en ninguna

de estas cosas
influya de un modo decisivo la alegría o la tristeza
a de ustedes... Pero
si no influyen sus sentimientos pueden influir las
acciones. Todos
estamos expuestos en la vida a tristes desengaños,
a las asechanzas de
nuestros enemigos... y a la traición de nuestros amigos.

--¡Vea usted lo que está diciendo, señor Aldama!--
profirió Cirilo
perdiendo la paciencia e incorporándose en la butaca--. Considere usted
que con esas reticencias me está usted ofendiendo y
que yo no le he
dado motivo alguno para ello.

--«Lo que está arreglado se desarregla y lo que está
hecho se
deshace»--repitió Tristán sonriendo sarcásticamente
--. Hasta ahora nada
le he dicho ofensivo... No ha sido más que la queja
de quien se siente
herido. Pero no respondo de que más tarde no pueda
decirle algo que le
moleste de veras.

--¡Pues entonces cortemos inmediatamente esta conversación!--exclamó
Cirilo apoyándose con mano crispada sobre la mesa para
levantarse--.
Considero a usted un hombre de honor y sé que se arrepentiría de haber
ofendido a quien carece de medios para pedirle la reparación de la ofensa.

Visita se había puesto en pie también vivamente y Tristán hizo lo mismo.

--Tampoco es noble ampararse de su debilidad para dar rienda suelta a

rencores injustificados y hacer daño a quien nunca se lo ha hecho a usted.

--Repito que no se me ha pasado por la imaginación jamás ocasionar a usted daño alguno y que sólo un chisme de algún mal intencionado pudo hacérselo creer y ponerle tan obcecado.

--¡Obcecado! ¡obcecado!--exclamó Tristán con voz enronquecida ya por la ira--. No hay chismes, no hay malintencionados. Yo no puedo creer que tengan mala intención ni pretendan engañarme mis propios oídos. A la postre todo se descubre. Para quien no procede con lealtad el mundo es transparente. A hacérselo ver es a lo único a que he venido a aquí, o lo que es igual a decirles a ustedes que ya no me engañan y que desprecio como merecen sus falsos testimonios de amistad... Ahora queden ustedes con Dios. Me han declarado la guerra... Está bien, lucharemos. Lucharemos sí; ustedes en la sombra; yo cara a cara y a la luz del día. Buenas noches.

Y tomando el sombrero que tenía sobre una silla se lo encasquetó violentamente y salió como un huracán de la estancia.

Visita, cuyo estupor le había impedido pronunciar una palabra en esta breve escena, se dejó caer de nuevo en la silla y rompió a llorar.

--¡Dios mío, un día tan feliz como habíamos pasado!

Cirilo se pasó la mano por la frente y respondió con amargura:

--Ya ves, querida, que ningún día puede llamarse feliz hasta que suenan las doce de la noche.

IX

UN TROPEZÓN DE GUSTAVO NÚÑEZ Y OTRO DE SU AMIGO TRISTÁN

Al día siguiente recibió Tristán una carta de Cirilo. En términos dignos le hacía presente que si su enojo procedía de ciertas palabras que con insistencia había repetido en la conversación habida la noche anterior, _lo que está arreglado se desarregla y lo que está hecho se deshace_, Visita recordaba en efecto haberlas pronunciado hablando con el marqués del Lago. Estas palabras se referían al proyecto que tenía la marquesa de abandonar a Madrid para irse a vivir con su hijo a sus posesiones de Extremadura. El citado marqués del Lago podía dar testimonio de ello si fuese interrogado.

Tristán ya estaba arrepentido de su violencia. Aunque la carta no disipase enteramente sus dudas, le hizo pensar que pudiera haber incurrido en un error. Por otra parte comprendía el daño que tal precipitación podía ocasionarle en el ánimo de la f

amilia Reynoso.

Respondió a Cirilo dándole excusas y rogándole guardase reserva de lo ocurrido.

Llegó el día del aniversario del matrimonio de los Reynoso, que siempre se celebraba con alegría. Sólo el segundo año dejó de hacerse por estar reciente el fallecimiento de doña Dámasa, madre de Elena. Tristán cumplió su compromiso llevando al Sotillo a su amigo o Núñez, previamente anunciado hacía tiempo. Clara lo recibió con toda la expansión de que era capaz su carácter circunspecto. Se trataba de un amigo íntimo del elegido de su corazón y se esforzó en mostrarse locuaz y afectuosa. Elena, en cambio, prevenida contra él, lo acogió con toda la gravedad de que era susceptible su temperamento infantil y bullicioso. De suerte que equilibrándose por el esfuerzo ambas naturalezas vinieron a producir resultados análogos. Mas no se pasó mucho tiempo sin que la distinta condición de ambas recobrase sus derechos. La charla viva, irónica, chispeante de Núñez empezó a causar secreta alegría a la gentil señora de Reynoso; su rostro serio comenzó a iluminarse y no tardó su linda boca en estallar en carcajadas ruidosas celebrando los donaires casi siempre maliciosos del pintor. En cambio en el dulce y grave semblante de Clara no tardó en señalarse la inquietud y el tedio que tanta charla frívola, tanta frase picante le producían.

Reynoso había hecho colocar la mesa para almorzar e

n una isleta que
había en el centro de una de las dos charcas que en
la gran finca
adquirida por él y agregada al Sotillo existían. Er
a la más pequeña y
estaba casi siempre vacía, y crecían en ella bosque
tes de juncos y
cantaban las ranas. Los frailes, a quienes la mansi
ón perteneciera en la
antigüedad, habían hecho construir para su recreo s
obre esta isleta un
gran cenador formado de columnas de granito a modo
de templo griego.
Estaban las columnas en pie, pero el techo había de
saparecido. Don
Germán, que tenía instinto artístico, no quiso rest
aurar ninguna de las
ruinas que la pesadumbre del tiempo había causado e
n las construcciones
de los frailes y todos los hombres de gusto se lo a
plaudían. Los restos
de la abadía, de la iglesia, de los cenadores y los
muros estaban
cubiertos de maleza y exhalaban la dulce melancolía
de las cosas
pasadas. Para llegar a la isleta del cenador había
un puente de piedra
de fábrica suntuosa como todas las demás antiguas c
onstrucciones, pero
igualmente deteriorado; el piso, formado por grande
s bloques de granito,
alguno de los cuales se había desprendido. En torno
de la derruida
columnata crecían algunas acacias y todo lo demás i
nvadido por la yerba
y la maleza.

Formaba extraño contraste la gran mesa adornada al
gusto moderno, la
vajilla resplandeciente, los criados de frac, con l
a tristeza y
desolación de aquellas ruinas. Núñez lo encontró or

iginal en alto grado
y felicitó calurosamente a Elena por más que no hab
ía partido de ésta la
idea. Sentáronse a la mesa a más de la familia, de
Tristán y Núñez,
Cirilo y Visita, el marquesito del Lago, su hermana
la condesa de
Peñarrubia que se hallaba pasando unos días en el E
scorial con su madre,
Escudero y su hija Araceli, Narciso Luna, muy popul
ar en el mundo
elegante y disipado de Madrid, amigo íntimo de la c
ondesa de Peñarrubia,
Gonzalito Ruiz Díaz, primogénito de los duques del
Real-Saludo que
pertenecían también a la colonia veraniega del Esco
rial y habitaban en
un suntuoso hotel de su propiedad, dos hermanas de
éste amigas de Clara
y de la edad de ella aproximadamente, el farmacéuti
co Vilches, primo
hermano de Elena, con su señora, el paisano Barragá
n y otros pocos
invitados más hasta el número de treinta.

El gasto de la conversación hiciéronlo Tristán, Gus
tavo Núñez, la
condesa de Peñarrubia y Narciso Luna. Los tres últi
mos se conocían y se
trataban íntimamente, y Gustavo y Narciso se tuteab
an como socios
asiduos de la Peña. Aquél era ingenioso y culto com
o ya sabemos; éste un
hombre vulgar que suplía a menudo el ingenio con la
desvergüenza.
Imposible saber los años que tenía: lo mismo podía
ser un joven de
treinta años envejecido que un anciano de sesenta r
emozado: el rostro
bastante arrugado, pero ninguna cana en la barba ni
en los cabellos, de
suerte que a primera vista hacía el efecto de lleva

los teñidos; la voz
tomada y el aspecto crapuloso.

--Hace un sin fin de tiempo que no veo ningún cuadro de usted,
Núñez--dijo la condesa de Peñarrubia dirigiéndose al laureado pintor.

--¡Oh cielos! ¿También usted, condesa?--exclamó aquel con espaviento
cómico de susto.

--¿Qué quiere usted decir?--replicó sonriente la dama.

--Quiero decir que me pareció usted una persona segura tratándose de
ese género de terribles inquisiciones... Pero veo que no lo es usted...
La pregunta que acaba de hacerme es mi sombra negra, es mi castigo. No
voy a ninguna parte que no resuene en mis oídos... Salgo de casa por la
mañana, doy unos cuantos pasos y me encuentro con un señor mi conocido
que me estrecha la mano efusivamente. Al cabo de un instante se echa un
poco hacia atrás y exclama con acento rudo y campechano:--¡Hombre, hace
muchísimo tiempo que no veo ningún cuadro de usted! --El año pasado pinté
uno para la Exposición de Bellas Artes--contesto.-- ¿Y desde el año
pasado no ha pintado usted ningún otro?--No, señor. --Pero lo estará
usted pintando.--Tampoco... La fisonomía de aquel señor, mi conocido, se
contrae; sus ojos adquieren una expresión severa que me infunde tristeza
y pavor.--¿Y entonces qué se hace usted?--No sé qué responder, vacilo y
tiemblo.

La condesa soltó una carcajada, dejando ver el oro de algunos de sus dientes empastados.

--Me arrepiento y pido perdón humildemente. Tiene usted razón; no hay nada más estúpido que fiscalizar el trabajo de los artistas. Alegrémonos del resultado de sus esfuerzos cuando nos lo ofrecen y no les persigamos con nuestras prisas.

La de Peñarrubia frisaba ya, como sabemos, en los cuarenta. Fisonomía bastante ajada, aunque no desprovista de belleza; pintado el rostro y teñidos de rubio los cabellos.

--El predominio de las ideas utilitarias en nuestra sociedad--dijo Tristán--, la fiebre de progreso, el interés social sustituido a la felicidad individual tiende a convertir el hombre en máquina. Una vez determinada su función en virtud de la división del trabajo se le exige un esfuerzo sin tregua. El industrial debe ocuparse noche y día en la fabricación de sus productos, el militar no debe perder de vista jamás la espada, el abogado no debe pasar un día sin pronunciar su discurso, el minero allá en su pozo arrancará noche y día el metal del seno de la tierra y el poeta en su gabinete compondrá desde que Dios amanezca odas, elegías y epitalamios.

--Pero amigo Tristán--repuso la condesa--, he oído decir que el que trabaja es el único hombre feliz.

--Ciertos; eso es lo que se dice. En la imposibilidad de emanciparse del trabajo los hombres han convenido de algùn tiempo a esta parte en que no es una pena, como se dice en la Biblia, sino un goce. Y razonan del modo siguiente: «Si no trabajásemos nos aburriríamos. Luego el trabajo no es una maldición, sino una bendición.» La conclusión no es legítima, como a primera vista se observa. Lo único que se puede afirmar es que el aburrimiento significa para nosotros una pena mayor que la del trabajo.

--Pues yo no me aburro jamás sino cuando estoy acatarrado y el médico me obliga a sudar en la cama--dijo Narciso Luna: y la frase fue celebrada por su amiga la de Peñarrubia.

--Llámele usted un hombre excepcional--dijo Tristán dirigiéndole una mirada de desdén--, porque la vida, para la casi totalidad de los humanos, oscila siempre entre la pena y el aburrimiento. Cuando no nos domina el tedio nos hallamos en plena catástrofe.

--Con tu permiso, querido Tristán--manifestó Núñez--, para mí el mundo es una comedia muy interesante. El único defecto que le encuentro es que decae un poco al final... del espectador.

--Para entonces también hay ciertos recursos--apuntó Narciso Luna dirigiendo una mirada amorosa a la condesa.--Mientras uno es joven una mujer de veinticinco años le hace feliz. Cuando lleguemos a viejos acaso

una botella de Jerez de igual edad nos haga el mismo efecto.

--Pero oye tú--dijo una de las chicas del Real-Saludo al oído de su hermana--, ¿Narciso Luna es joven?

--Naturalmente--respondió la otra--. ¿No has oído que Marcela Peñarrubia tiene veinticinco años?

A las dos les acometió una risa tan loca que los ojos de todos se volvieron hacia ellas. La de Peñarrubia, que sospechó que ella era la causa, les clavó una larga y fría mirada. Pero las chicas no podían reprimirse... ¡no podían...! ¡vamos, que no podían!

--Pues yo, con tu permiso también, querido Gustavo--manifestó Tristán adoptando el mismo tono jocoso--, no pienso que la vida sea una comedia interesante. Me parece que es o una tragedia espeluznante o un sainete no siempre gracioso. En el primer caso debemos retirarnos temprano del teatro. Las emociones fuertes turban la digestión. En el segundo debemos esforzarnos por reír... siquiera para no perder el dinero de la localidad.

--¿Y nuestro anfitrión, el hombre cuya unión feliz celebramos hoy, qué piensa de la vida?--dijo la de Peñarrubia dirigiéndose a Reynoso.

--Como he tenido que luchar con ella casi desde niño o la respeto y la honro como hacen los viejos combatientes. En genera

l sólo hablan mal de
la vida aquellos a quienes se les muestra amiga des
de los comienzos de
su carrera. ¿Será que los hombres nacemos todos con
un hueco destinado a
los disgustos y que cuando se vacía no sosegamos ha
sta que logramos otra
vez llenarlo? No lo sé, pero estoy persuadido de qu
e apenas hay ningún
hombre a quien Dios no haya proporcionado en algún
momento de su vida
los medios necesarios para una existencia segura y
tranquila, pero son
muy pocos los que saben aprovecharlos. Nos entregan
los vientos
encerrados en un odre como el rey Eolo a Ulises: pu
diéramos caminar por
la vida sin fuertes tropiezos y llegar a la muerte
sin graves desazones;
pero nuestro egoísmo, nuestra imprudencia o nuestra
curiosidad nos
excita a desatar el odre. Entonces los vientos se p
recipitan fuera y nos
arrastran al través de mil desgracias y conflictos.

Tristán se creyó aludido por estas palabras, y poni
éndose serio, dijo
con seguridad impertinente:

--Todos los hombres de espíritu elevado llevan dent
ro de sí un gran
fondo de melancolía. Las circunstancias hacen que e
ste fondo se
manifieste de un modo o de otro. Cuando el hombre t
ropieza con serios
obstáculos, la envidia, la calumnia, la hipocresía
o la miseria, se
ostenta de un modo violento y trágico unas veces, o
tras de suave
resignación o de amarga ironía. Cuando por un conju
nto de circunstancias

felices no tropieza en su vida con obstáculos serios este fondo no se produce y de ahí que se crea que no existe. Es un error. Existe siempre, porque esta melancolía es la medula misma de la existencia.

--En buen hora que sean melancólicos los hombres de espíritu elevado--dijo Reynoso--y que la alegría sea patrimonio de los que no alcanzamos ciertas alturas. Pero creo que tenemos derecho a pedirles que no turben con su hipocondría nuestra vulgar existencia, que no nos agüen la fiesta.

Aunque pronunciadas estas palabras en tono jocoso, Elena, que conocía bien a su marido, descubrió en la inflexión de la voz un poco de cólera. En efecto, don Germán estaba enterado de la escena de Tristán con su amigo y pariente Cirilo. Visita se la había contado _en secreto_ a Elena y ésta también _en secreto_ a él. Con tal motivo nuestro caballero empezó a sentirse inquieto por la suerte de su hermana. Si no fuera por el amor entrañable, frenético, que ésta profesaba a su prometido quizá hubiera pensado en desbaratar su unión. Elena se apresuró a cortar la conversación.

--¡Ea, basta de filosofías!--exclamó con acento mimoso--. Yo soy la obsequiada en este día y nadie se ocupa de mí para nada. Si no fuese por Núñez, creo que me hubiera muerto ya de hambre y de sed.

El pintor, que como nuevo huésped se sentaba en el puesto de honor a su derecha, la envolvió efectivamente en una red de atenciones delicadas. No tardó en pasar a las galanterías. Antes de terminarse el almuerzo le estaba haciendo la corte descaradamente. Pero con todo eso atendía a la plática y no perdía la ocasión de mostrarse ingenioso, incisivo y dominar a los demás por su donaire. Abandonada la filosofía, se había entrado en el terreno de las personalidades. Se trajo a cuento los defectos, las manías y ridiculeces de las personas conocidas de la alta sociedad. Núñez supo excitar la risa a su costa de tal manera unas veces, otras meter el bisturí tan adentro en las carnes de los desgraciados ausentes, que aparecían sus pobres entrañas palpitantes a la vista de los regocijados comensales.

Clara estaba horrorizada de aquella murmuración insolente, de tanta hiel y tanta injuria. Hubo un instante en que no pudo más y encarándose repentinamente con el pintor le dijo sonriendo, pero en tono resuelto:

--Señor Núñez, hace ya bastante tiempo que se está usted cebando en los defectos de los otros, de los que están ausentes. ¿Acaso los que estamos aquí no tenemos ninguno? ¿Por qué no los saca usted a relucir y los castiga con la gracia que le caracteriza? Eso estaría mejor hecho.

Núñez quedó suspenso y acortado ante aquel exabrupto, pero reponiéndose

instantáneamente replicó:

--Porque eso, señorita, sería una insolencia.

--¿Y el burlarse de los que están ausentes qué es?--
-replicó Clara.

--Lo que usted quiera. Me entrego a las severas pero bellas manos de usted y sólo le pido que no me haga demasiado daño--
-dijo Núñez con galantería un poco irónica.

Tristán, que se hallaba sentado al lado de su prometida, la reprendió por lo bajo aquella descortesía con un amigo suyo que por primera vez venía a la casa; pero ella, tan dócil generalmente a sus observaciones y hasta a sus reprensiones, esta vez se mantuvo firme. De todos modos, la píldora hizo su efecto: cortose la murmuración y se habló de asuntos más inocentes.

A los postres llegaron algunas otras personas del Escorial y de la colonia de Madrid, entre éstas los duques del Real-Saludo y la marquesa viuda del Lago. Era ésta una anciana de elevada estatura, los cabellos enteramente blancos, la faz dolorida y los ojos imponentes, que sólo adquirirían una expresión dulce cuando se posaban sobre su niño (que así llamaba siempre al joven marqués).

A este niño obeso, a este botón de oro (como también solía llamarle su mamá) le estaba moviendo terrible guerra otro niño también rubio y hermoso, el dios Cupido, por mediación de los preci

osos ojos de la hija
de Escudero. Había acudido ésta a la fiesta con su
padre. Doña Eugenia
no había podido venir por hallarse un poco indispu-
sta. No tendría nada
de extraño que esto fuese una disculpa y que el mot-
ivo real estuviera en
su invencible temor al contagio, porque nunca le ha-
bían satisfecho las
aptitudes antisépticas de los señores de Reynoso. L-
as aspiraciones
heráldicas de Araceli hallaron inmediatamente digno
objetivo en la
persona del joven marqués. Araceli le dirigía las m-
iradas más
incendiarias y explosivas de su variado repertorio,
le adulaba, le
mimaba, le aturdí-
a con el ruido de su charla insinu-
ante, hacía, en suma,
esfuerzos prodigiosos por acapararle y hacerle suyo
con exclusión del
resto de la sociedad. Pero el joven marqués no ente-
ndía lo que aquello
significaba, se aburría, y más de una vez se le esc-
apó para preguntar a
Narciso Luna si no pensaba ir este año a Álava a ca-
zar codornices y si
éstas eran tan gordas como las de Castilla, o bien
se acercaba a Clara
para decirle que dentro de algunos días esperaba de
Londres la carabina
que tenía encargada y que era una maravilla, al dec-
ir del amigo que allí
se la había comprado. Y en cada una de estas escapa-
torias se espaciaba
más de la cuenta, y Araceli no podía reprimir su im-
paciencia y daba con
el piececito en el suelo y clavaba miradas iracunda-
s en los
interlocutores, y al fin se veía necesitada a acerc-
arse ella también y,
como los toreros, echarle de nuevo el _capote_ y sa-

carle del sitio con
una _larga_ que no siempre daba resultados.

Las últimas escapatorias más que a ella molestaban
aún a Tristán. No
podía ver al marquesito hablar con su novia sin sen-
tirse acometido de un
furor ciego, irracional. Irracional, sí, porque no
existía motivo alguno
para temer ni para sospechar que aquel niño pensase
en sustituirle.
Existía en el fondo, no hay que dudarlo, un acuerdo
entre las
naturalezas de ambos. Aquellos dos cuerpos vigoroso
s, aquellas dos almas
quietas, inocentes, debían comprenderse: esto lo ad-
vertía Tristán: de
ahí sus recelos, transformados presto en negras vis-
iones por su
imaginación inquieta.

Tomado el café la sociedad juvenil se derramó por l-
a finca. Los viejos y
las personas serias permanecieron sentados en torno
de la mesa. Cerca de
la pequeña charca estaba la gran charca que se comu-
nicaba con ella.
Merecía el nombre de laguna, si no de lago, pues no
mediría menos de un
kilómetro de largo por medio de ancho. Estaba circu-
ndada por pequeñas
lomas cubiertas de jara y maleza, donde se albergab-
an las aves
acuáticas, emigradoras, que al cruzar de Norte a Su-
r o de Sur a Norte
descendían allí para reposarse y para ser tiroteada
s por la gentil
hermana de Reynoso. Había comprado éste dos esquife
s para surcarla y
pescar cuando le acomodase. A ellos se lanzaron los
jóvenes con alegría
y hubo risas y choques y sustos, y si no hubo más q

ue un remojón (el de
un señorito indígena que trató de lucirse a la salud
de una de las niñas
del Real-Saludo y cayó al agua) fue porque Dios no
quiso.

Mas al poco rato surgió entre la bulliciosa juventud
el proyecto de
trasladarse al pueblo, hacer una excursión en borri
co por los jardines
de la Herrería, salvar la pequeña sierra que los se
para de Zarzalejo y
regresar desde este punto en el tren de las siete y
media. No es posible
afirmar de un modo terminante de quién partió tan s
alvadora idea, aunque
no es aventurado el pensar que brotó en el cerebro
malicioso de algún
joven madrileño de los que gustan pescar, no en lag
una tranquila, sino
en río revuelto. Porque este género de excursiones
es venereo inagotable
de riqueza para los mocitos aprovechados. Pero es i
ndudable que fue
acogida con entusiasmo y llevada a la práctica con
energía y celeridad
pocas veces vistas. Enviose aviso al pueblo para qu
e allí les esperase
una razonable cantidad de borriquitos, y en los coc
hes de la casa y en
los que habían traído las personas que últimamente
habían acudido se
trasladó no mucho después la dorada juventud a la g
ran plaza que hay
delante del Monasterio, punto inicial de la correrí
a.

Elena quiso quedarse con las personas serias, pero
su marido, que
conocía y adoraba su naturaleza infantil, la instó
para que formase
parte de los excursionistas. Al mismo tiempo dio or

den para que los criados llevasen algunas vituallas para merendar. A todo atendía la previsión eficaz y la cortesía llana y tranquila de aquel hombre respetable. Clara, entusiasta de los ejercicios físicos y muy especialmente de la equitación, insinuó a Tristán la idea de hacer el viaje a caballo. Aceptó aquél, porque había aprendido este arte aunque no lo practicaba mucho. Se puso ella un lindo traje de amazona y montó en su caballo favorito, una jaca viva y revoltosa de miembros finos y ojo ardiente. ¡Oh, qué gozoso espectáculo ver a aquella apuesta joven brincar sobre ella, revolverla, agitarla, lanzarla, contenerla, ponerla furiosa y calmarla a su talante!

--¡Lo dicho, Tristán!--le gritó Núñez desde el _landau_ abierto en que iba--. No riñas nunca con Clara, porque preveo tu desaparición del número de los cuerpos sólidos.

La joven sonrió dirigiendo una suave mirada amorosa a su prometido. Su fisonomía, tan dulce, tan humilde, tan plácida, formaba contraste singular con la figura arrogante y poderosa que el cielo la había asignado.

Delante del Monasterio se les reunieron otros jóvenes de ambos sexos que quisieron compartir con ellos los goces del paseo. Dejaron el pueblo y entraron en los famosos y reales jardines, riendo, zumbando, chillando como un bando de pájaros grandes que puso en suspen

sión y miedo a los
otros chicos que cantaban entre la fronda de los árboles. Pero el ave
guiadora, la abeja reina de aquel bando o enjambre era la esposa de
Reynoso. ¡Cuánto rió, cuánto chilló, cuántas travesuras hizo aquella
linda criatura! Gustavo Núñez no se apartaba de ella, sirviéndola de
espolique y fiel escudero, porque caminaba a pie como la mayoría de los
hombres, mientras las damas iban sentadas sobre los clásicos
borriquitos. Con audacia creciente el pintor cambiaba con ella palabras
y bromas no siempre respetuosas; la galanteaba y la requebraba
abiertamente, aunque disfrazando su insolencia con la burlona
excentricidad de que hacía gala. Elena, como un niño en asueto, marchaba
tan alegre, tan aturdida con la algazara, con sus propios gritos y
graciosas salidas, que no se daba cuenta apenas del galanteo de que era
objeto. Considerábalo como una de tantas bromas a propósito para
aumentar el regocijo de aquel viaje.

La hija de Escudero, persuadida al cabo de que al marquesito del Lago se
le paseaba el alma por el cuerpo y que no era más que un hermoso pedazo
de carne, enderezó sus tiros al primogénito de los duques del
Real-Saludo, Gonzalito. Este no era un pedazo de carne, sino más bien de
hueso. Unos decían que se hallaba en segundo grado de tisis, otros que
en tercero, y había también quien sostenía que sólo se hallaba en
primero. De todos modos, nadie dejaba de asignarle

alguno de estos
grados confortables. Era un ser apacible y transpar
ente o por lo menos
traslúcido, como si estuviera fabricado de porcelan
a de Sevres, que
vivía, sonreía y tosía. Araceli procuró acercar su
borriquito al que él
montaba y no tardó en trabar animada conversación,
todo lo animada que
permitía la extrema languidez de tan interesante jo
ven. Como la mayor
parte de los seres débiles era Gonzalito Ruiz Díaz
muy sensible al calor
y al frío, lo mismo en lo físico que en lo moral. U
na atención afectuosa
le impresionaba y le conmovía; un pequeño desaire l
e martirizaba. Por
eso acogió con gratitud las muestras de cariñoso in
terés que Araceli
empezó a darle.

--Gonzalo, tenga usted cuidado con esa ramita que l
e va a dar en la
cara. No vaya usted tan a la orilla que ese animal
puede resbalar y caer
en la cuneta. ¿Ve usted qué aire se ha levantado? ¿
Por qué no alza usted
el cuello de la americana?

En poco tiempo la hija de Escudero ganó la confianz
a del primogénito del
Real-Saludo. No se pasó mucho más sin que hiciese s
u conquista.

Al llegar a la falda de las colinas que separan los
jardines reales de
Zarzalejo y la vía férrea hay una fuente en paraje
apacible y deleitoso.
Allí echó pie a tierra la caravana y se dispuso a d
escansar un rato y
luego a restaurarse con el contenido de las fiambre
ras. La juventud se

diseminó por los alrededores, que eran amenísimos, principalmente siguiendo el cauce del arroyo que surtía la fuente, todo sombreado de sauces y olmos.

Clara se prendió su larga falda de amazona y se internó con Tristán por los bosquetes recogiendo florecitas silvestres y charlando de su casa y de sus proyectos. No tardó en seguirles y unirse a ellos el marquesito del Lago. Este pobre chico parecía estar dotado del don de la importunidad, al menos en lo tocante a sus relaciones con los novios. A Tristán le supo malísimamente aquella reunión y apenas pudo disimular su disgusto. Clara, que se daba cuenta de ello, tampoco pudo menos de turbarse y ponerse un poco encarnada. Siguieron el paseo hablando poco y deteniéndose a cortar las florecillas más vistosas para hacer un _bouquet_. El marquesito se entusiasmó en la busca y corría de un lado a otro, saltando las zanjales y los arroyos, trepaba por las escarpas y se pinchaba en los setos, fatigándose por traer alguna florecita rara y vistosa.

--No se moleste más, Nanín, ya tengo bastantes--dijo Clara.

Nanín era el diminutivo de Fernando, con que nombraban cariñosamente al joven marqués la familia y los amigos íntimos. Este diminutivo en los labios de su prometida hacía daño a Tristán. Había estado muchas veces a punto de decírselo; pero sólo ahora a impulsos del

desabrimiento que
experimentaba se arrojó a hacerlo.

--¿Por qué le llamas Nanín?--le dijo con aspereza en voz baja.--Llámale marqués o Fernando, pues que no es tu pariente ni tu amigo íntimo.

Clara le miró con asombro unos instantes y luego se encogió de hombros.

El marquesito vino gozoso a traerle una linda flor de un azul muy vivo.

--¡Esta sí que es hermosa! Hasta ahora no he hallado otra mejor.

Clara tomó la flor, pero en cuanto el marquesito volvió la espalda para ir en busca de otras, Tristán se apoderó de ella y la dejó caer al suelo. Vino poco después Nanín con una nueva y la entregó a Clara con igual alegría, pero Tristán volvió a apoderarse de ella y, haciéndose el distraído, la arrojó otra vez al suelo. Cuando al cabo de algunos instantes llegó por tercera vez el marqués con una nueva ofrenda, no pudo menos de advertir que sus lindas flores azules no estaban en las manos de Clara. Entonces, sin darse cuenta cabal de lo que aquello significaba, pero entendiendo vagamente, quedó un instante suspenso con sus grandes ojos azules muy abiertos. Y ya no volvió a coger más flores.

Mientras tanto la condesa de Peñarrubia, sentada cerca de la fuente, hacía las delicias de los excursionistas recitando con alta declamación

La siesta, de Zorrilla. Desde niña había adquirido fama de decir muy bien los versos. En los salones suele haber señoras que cantan, y se las aplaude; las hay que tocan el arpa, y a éstas también se las aplaude, aunque no tanto; otras, por fin, bailan sevillanas, y éstas son, en realidad, las que más entusiasmo inspiran y consiguen arrastrar los corazones masculinos. Marcela Peñarrubia no pertenecía a ninguna de las tres categorías. Su esfera de dominación no salía del noble recinto de la poesía. Sus aristocráticas amigas sabían que nada lograba halagarla más que pedirle el recitado de alguna composición romántica y se lo pedían por darle gusto, aunque ellas no lo sintiesen muy vivo. Cómo arraigaran tales aficiones románticas en una mujer que arrastraba una vida prosaica con ribetes de escandalosa, entre aprietos y trampas, en relación constante con las prenderas y las casas de préstamos, es lo que cuesta trabajo explicar. Pero suelen ofrecerse en el mundo estos singulares contrastes: basta recordar que durante la revolución francesa, cuando funcionaba la guillotina sin descanso, se representaban en los teatros de París los más suaves y tiernos idilios. De todos modos, si la condesa de Peñarrubia tuviese una voz mejor timbrada y no la ahuecase, si declamase con menos énfasis y le quitasen el acento extremeño, no hay que dudar que sería una notable recitadora de versos.

Elena había comenzado a impacientarse por el galant

eo asiduo de Gustavo
Núñez. Durante la merienda y en ocasión en que el p
intor estaba sentado
a sus pies sirviéndole con rendido alarde había sor
prendido entre las
dos niñas del Real-Saludo una mirada muy maliciosa
seguida de una risa
más maliciosa aún. Quedose seria y mal impresionada
y levantándose
bruscamente se reunió a otras personas. Poco despué
s le acometieron
deseos de espaciarse por el campo y sin ser notada
se apartó de los
excursionistas y se introdujo por el bosque adelant
e. Aunque la tarde
era calurosa, entre la espesura de aquella selva um
bría se gozaba un
fresco delicioso. La naturaleza ejerció presto su i
nfluencia sedante. No
tardó en recobrar aquélla su inagotable alegría que
tanto realzaba el
brillo divino de sus ojos.

Unos cabellos más dorados, unos dientes más menudos
, unos ojos más
picarescos, un talle más esbelto, unos pies mejor t
orneados no se habían
presentado jamás en aquellos parajes solitarios. El
bosque se estremeció
de júbilo, las flores se dieron prisa a exhalar de
una vez sus aromas
más delicados, los pájaros agitados por tan celeste
aparición se
deshacían en trinos y gorjeos sin perderla de vista
, los árboles
inclinaban paternalmente su cabeza venerable en señ
al de aprobación.

Elena marchaba sonriendo a las flores, a los árbole
s, a los pájaros,
sonriéndose a sí misma que era más bella que todas
estas cosas. Ahora se

detenía un instante, recogía del suelo una florecita, la tocaba, la examinaba atentamente, la llevaba a la boca (¡oh venturosa florecita!), ahora corría sobre el césped saltando como una cervatilla, ahora se quedaba repentinamente inmóvil con el oído atento a la canción de un pájaro que allá en lo alto de una rama al columbrarla y cerciorarse de que se había parado a escucharle, convulso, enfervorizado, agotaba todo el repertorio de sus arpeggios y florituras en su honor. Pero he aquí que al salir de uno de estos éxtasis idílicos y ponerse de nuevo en marcha acierta a ver delante de sí... ¿Qué? ¿Qué es lo que había visto? ¿Por qué se pone pálida como la cera y deja escapar de su garganta un grito? Nada menos que la figura odiosa, espantable, bárbara del paisano Barragán. En cualquier paraje de la tierra el rostro de este hombre era muy apto para producir una impresión de espanto. En medio de un bosque solitario no hay para qué encarecer lo que haría. Elena no había podido acostumbrarse a mirarle y cuando necesitaba dirigirle la palabra lo hacía bajando los ojos o volviendo la cabeza. Todas las seguridades que su marido se complacía en darle acerca del carácter pacífico de aquel hombre se desvanecían en cuanto le miraba a la cara. Estaba íntimamente convencida de que un día u otro concluiría por asesinar a Germán o secuestrarla a ella.

Este hombre terrible ¡quién lo diría! se hallaba completamente abstraído

recogiendo florecitas del suelo. Al oír el grito de Elena levantó la cabeza y en sus labios sinuosos y amoratados se dibujó una sonrisa feroz.

--¿Conque también se viene usted por aquí, Elenita? ¿Y no tiene usted miedo a las fieras?

La esposa de Reynoso quedó inmóvil, petrificada, sin poder responder una palabra. Hizo esfuerzos por sonreír, pero resultó una mueca.

--¡Oh! Aquí en estos bosques no hay peligro ninguno --prosiguió Barragán--. Pero si usted caminase por algunos de América ya podría usted ir con más cuidadito. A lo mejor salta el tigre o se tropieza con los bandidos...

Barragán al proferir estas palabras dio un paso hacia Elena. Esta se puso más pálida aún y sin saber lo que decía con voz alterada exclamó:

--¡Haga usted el favor!

--¿Qué? ¿La he asustado con mis palabras, verdad?-- dijo sonriendo de nuevo más pavorosamente, sin presumir el pobre hombre que no eran sus palabras sino su rostro lo que la asustaba--. Aquí no hay peligro ninguno. Ni en estos sitios se crían fieras ni hay temor de bandidos. Está muy bien guardadito esto.

Y dio otro paso hacia ella. Elena volvió a exclamar con acento más

afligido:

--¡Haga usted el favor!

Y volviendo repentinamente la cabeza se puso a gritar desesperadamente:

--¡Tristán! ¡Clara! ¡Tristán! ¡Nanín!

El buen Barragán quedó asustado de aquel susto y acercándose más exclamó con dulzura:

--¡No tenga usted miedo, Elenita! ¡Si estoy aquí yo! Además, esto está muy bien guardado.

--¡Clara! ¡Tristán! ¡Nanín!

--¡Pero, Elenita, si estoy aquí yo!

Felizmente para Barragán, no tanto para Elena, se presentó allí Gustavo Núñez que la había seguido los pasos. Recobró aquella la calma y disimulando la causa de su turbación para no herir al amigo de su marido, contó que había visto un bicho negro y largo, así como una serpiente. Barragán y Núñez se pusieron a buscar, pero, es natural, no dieron con él.

Cuando de nuevo se unieron a los excursionistas, Elena, arrastrada por su humor alegre y travieso, hizo a Núñez la confianza de decirle la verdad. El pintor se desternillaba de risa y no dejó de hacer comentarios muy sabrosos, consiguiendo con ello ponerla de buen humor. En realidad, Barragán había logrado interesarle muc

ho desde que le
viera. Decía que si pintase su retrato y lo present
ara en la Exposición
sería el éxito más grande de la temporada.

Pero se llegaba la hora de emprender nuevamente la
marcha. Era necesario
salvar aquellas colinas cubiertas de árboles, luego
una pequeña sierra y
llegar a Zarzalejo antes de las siete y media. Todo
fue ruido, júbilo y
algazara antes que las damas se acomodasen en sus b
orriquitos. Los
jóvenes se apresuraron a ayudarlas; pero lo hiciero
n con tal ardor que
no lograban más que asustarlas y ponerlas nerviosas
. Hubo en tan
memorable ocasión un verdadero derroche de rubor, d
e gritos, de risas
maliciosas y de frases más o menos felices.

Gustavo Núñez, en su calidad de escudero de la seño
ra de Reynoso, hizo
lo posible por llenar a conciencia su cometido. Per
o cuando la bella
dama se hallaba ya sentada en su cabalgadura, tuvo
el insolente la
audacia increíble de pellizcarla una pierna. Elena,
arrebataada de
cólera, le dio un puntapié en el rostro con tal ímp
etu que el pintor
vaciló y estuvo a punto de caer. Se llevó la mano a
la cara y se le
declaró una violenta hemorragia por la nariz.

--¿Qué es eso? ¿qué es eso?--dijeron varios acudien
do en su auxilio.

--Nada, que al bajarme el borriquito de la señora a
lzó la cabeza y me
dio un golpe en la nariz--tuvo la habilidad de deci
r.

Después fue a lavarse al arroyo y mientras los demás mostraban su disgusto con frases de compasión, él las hacía jocosas.

--No dirán ustedes ahora que en esta ocasión no ha llegado la sangre al río, porque ha llegado... o por lo menos al arroyo.

Mientras tanto Elena, con la hermosa frente fruncida y un poco pálida, le miraba aún con ojos centelleantes de ira. Gracias a que los demás estaban vueltos al pintor, no se observó su actitud que hubiera hecho sospechar la verdad.

A pesar de todo, Núñez, siempre audaz, quiso de nuevo acercarse a ella, pero se vio inmediatamente defraudado, porque la dama no volvió a separarse un instante de la condesa de Peñarrubia, con quien trabó conversación animada. Esta le había propuesto tutearse: entre jóvenes no hay nada más grato ni que inspire más confianza.

Por espacio de media hora caminaron entre árboles con todas las molestias y todos los goces que esto produce. Al cabo salieron al descubierto atravesando una sierra pelada. Algunos rebaños de cabras pastaban la poca yerba que crecía en las hendiduras de las peñas. Hicieron un alto, y algunos bebieron leche que los pastores ordeñaron a su vista. Poco después llegaron a lo más encumbrado, dando vista a Zarzalejo. Desde aquel sitio elevado se divisaba la

gran llanura
ondulante que se extiende delante del Escorial. Monte bajo, mieses, rocas peladas, todo formaba un conjunto armónico de bajo del hermoso sol radiante que descendía ya majestuosamente escoltado de nubes rojas. Y en medio de aquella llanura la gran charca del Sotillo parecía una pequeña mancha de plata.

La bajada fue rápida. Llegaron a la estación de Zarzalejo poco antes de la hora señalada, pero aún el sol no se había puesto porque estábamos en los días más largos del año. Clara y Tristán sintieron deseo de proseguir el viaje a caballo y ganar el Sotillo al través de las trochas que surcan las llanuras. Estaban seguros de llegar allá antes que Elena. Consultaron con ésta el caso, y teniendo en cuenta lo próximo que se hallaba su matrimonio, la joven señora no tuvo inconveniente en darles permiso para hacerlo.

Llegó el tren. Un minuto de parada. Dejaron las cabalgaduras en poder de los mozos y se abalanzaron a los coches, produciendo disturbios y curiosidad en los viajeros que no contaban con la novedad de aquella numerosa caravana.

Gustavo Núñez, cada vez más terco e insolente, quiso sentarse al lado de Elena, pero no logró más que experimentar un claro y doloroso desaire. La joven se alzó instantáneamente de su asiento.

--A ver, Gonzalito, déjeme usted ese sitio; quiero

estar al lado de
Araceli.

El pintor se mordió los labios de coraje. Cuando pocos minutos después llegaron al Escorial estaban allí esperándolos Reynoso y casi todos los invitados que habían asistido a la fiesta. Los que habitaban en el pueblo se apearon del tren; los que vivían en Madrid se quedaron en él, uniéndose a ellos los que como Cirilo y Visita no habían participado de la excursión. Despedidas, besos, plácemes, risas, gritos y promesas. Silba la máquina. ¡Adiós, adiós!

Elena se agarró fuerte y afectadamente al brazo de su marido en cuanto se bajó del tren y no volvió a soltarlo. Gustavo Núñez asomado a la ventanilla les vio alejarse en esta forma para montar en el landau que les aguardaba. En los ojos expresivos del pintor se pintaban al mismo tiempo diversos sentimientos; la cólera, el deseo, la amenaza, la burla.

Mientras tanto Clara y Tristán caminaban en amor y compañía la vuelta del Sotillo a campo traviesa. Dejando los caballos al paso conversaban animadamente. A solas con su amada, Tristán recuperó la tranquilidad que la presencia del marquesito del Lago turbaba y se dejó arrastrar dulcemente a una alegría que muy contadas veces había disfrutado.

--¿Quieres que pongamos los caballos al trote?--dijo Clara que veía con cierta inquietud acercarse rápidamente el sol a la

tierra.

--¿Para qué? Tiempo tendremos a galopar un poco cuando el sol se ponga--dijo él.

Y paseando sus ojos con admiración y arrobo por la campiña exclamó con acento recogido:

--¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso está esto! ¡Qué deliciosa naturaleza!

Atravesaban en aquel instante por un extenso sembrado. Los trigos comenzaban a amarillear. Soplaban sobre ellos la brisa fresca del Norte que pasaba estremeciéndolos con leve, fugaz escalofrío, inclinándolos suavemente bajo la llama del sol. Parecían un mar ondulante con transparencias verdes del cual partía vago rumor de sederías que se despliegan. Y entre estas olas verdes hería los ojos el brillo sangriento de alguna amapola o la nota delicada de los azules chupamieles. Las figuras de algunos labriegos que atravesaban las trochas se destacaban con admirable pureza. Por entre los trigos corría un perro de caza del cual se divisaba solamente su cola, agitada con movimiento vertiginoso; alguna vez aparecía su cabecita de color canela. El sol moribundo, con resplandores rojizos, esparcía sus rayos oblicuos por las eras. El Guadarrama sin relieve alguno parecía una larga mancha violácea pintada con difumino sobre un fondo lechoso. Un pastor a lo lejos clavaba las estacas del redil. Se escuchaban

los golpes
amortiguados por la distancia. Allá en lo alto del
cielo un pájaro se
cernía batiendo las alas con celeridad unas veces,
otras permaneciendo
inmóvil con ellas extendidas.

--¡Cuánto me alegro de haber venido por estos sitios!
¡Me encuentro tan
bien!

Clara le miraba con ojos brillantes de satisfacción
.

Dejaron los sembrados y empezaron a caminar por las
praderas cortadas
aquí y allá por grupos de árboles, esmaltadas de fl
orecitas blancas,
amarillas, rojas. Por entre estos macizos de florec
itas silvestres
asomaba de vez en cuando el lomo turgente de una ro
ca enorme, como un
gigante que durmiese oculto entre ellas.

Se aproximaba el crepúsculo. La tierra exhalaba con
calma su aliento
perfumado preparándose a dormir. Del cielo bajaba u
n silencio grave,
solemne, que sólo interrumpía la sonoridad de sus p
asos, el leve
resoplido de los caballos. Los cascos de éstos al p
isar las yerbas
aromáticas, la mejorana, el hinojo, la yerbabuena,
el romero, alzaban
vapores penetrantes que les embriagaban produciéndo
les un vértigo feliz.

--¿No quieres que corramos un poco, Tristán?

--No, déjame gozar de esta hora dichosa. La natural
eza aquí no tiene más
que algunos momentos en ciertos días del año, pero

estos momentos son
tan dulces, son tan espléndidos, que dudo haya nada
sobre el planeta que
los supere. Mira ese cielo que aquí parece un rubí
y allí una amatista
transparentes, mira esa llanura tan caprichosamente
manchada con todos
los matices del verde y del gualdo, mira la masa in
forme de esa sierra
envuelta en neblina azulada. ¿No respiras esa oleada
de perfumes
penetrantes que oprime las sienes, que corre hacia
el corazón anegándolo
en una languidez de felicidad inefable...? Escucha.
Allá a lo lejos
suena el canto del cuco. No tardará en comenzar el
ruiseñor.

Clara sonreía viéndole feliz. Pocas veces le había
oído aplaudir con tal
entusiasmo ni aun a la misma naturaleza.

Al llegar cerca del Sotillo el terreno descendía formando una cañada por
donde saltaba el torrente que surtía de aguas las cascadas de aquella
finca. Antes de salvarlo por un puentecillo de madera, Tristán propuso
aparearse y descansar un poco. Clara se resistió débilmente; era ya tarde;
deseaba llegar a casa antes que regresasen de la estación sus hermanos.
Pero cedió al fin por complacerle.

--¿Un ratito nada más, verdad? Cinco minutos echando por largo.

El agua bajaba brincando entre rocas manchadas de musgo. El lecho rocoso
era demasiado grande para tan pequeño arroyo; pero en los meses de
invierno cuando venía rugiente, amenazador, no bastaba.

aba a encauzarlo. Sus orillas en fuerte declive estaban tapizadas de tan menudo césped que parecían una colcha de terciopelo verde. Sombreábal o por entrambos lados un macizo de mimbreras y sauces, bardagueras y chop os.

Allí se sentaron dejando los caballos amarrados. Tr istán se mostraba por momentos más tranquilo, más feliz y más tierno.

--No sé lo que me pasa, Clara mía--murmuraba reclin ado a sus pies y contemplándola con embeleso--, pero me hallo distinto de lo que hace unos momentos era, distinto de lo que he sido toda la vida. Me siento inquieto, pero es una inquietud deliciosa, muy leja na de esa otra dolorosa y amarga que tantas veces me acomete; es u na inquietud que corre por mis venas como un bálsamo, que me oprime el corazón dulcemente y me hace dichoso. Estos árboles, este césped, estas flores, este sol tienen la culpa... Pero sobre todo son tus ojos, Clara, son tus ojos tan brillantes, tan nobles, tan serenos los que me arrancan de las tristezas de la tierra para trasportarme al cielo.

--¿Estás contento de ser mío dentro de poco?--preguntó ella inclinando suavemente su cabeza.

--Tanto, que el tiempo que falta quisiera pasarlo dormido.

--Yo no; yo quiero estar despierta y sentir los pasos del tiempo. Quiero ver mi equipo, tocarlo, guardarlo, quiero ver mi bl

anco traje de novia,
quiero pensar en mis zapatos, en mis camisas, en mi
s gorros, quiero
sacar de su estuche las joyas, quiero recibir los r
egalos que me envíen
las amigas. Vosotros los hombres no sabéis lo que p
asa por nuestro
corazón en este tiempo.

--Quisiera dormirme, sí, quisiera despertar en tus
brazos y que
infundieses de una vez en mi alma ese sosiego adora
ble que se escapa de
tu rostro, que hicieses correr por mis venas esa fr
escura virginal en
que se baña tu pura naturaleza, que soplases en mi
corazón el aliento de
tu caridad inagotable. Aborrezco a los hombres y qu
isiera amarlos,
quisiera amarlos como me amo a mí mismo cuando tú m
e miras, Clara de mi
alma. Aquí dentro hay algo bueno, algo santo, pero
el sagrario en que se
encierra no está guardado por ángeles, sino por dia
blos.

--No temas, Tristán--profirió la joven sorprendida
y enternecida por
aquellas palabras--, no temas; yo no soy un ángel,
pero sabré guardar y
respetar los sentimientos nobles de tu corazón. Eso
s diablos no podrán
nada contra la fuerza de mis manos.

Tristán tomó una de ellas entre las suyas, una bell
a mano fría, tersa,
maciza, de virgen amazona y la llevó con pasión a l
os labios.

--¡Vamos, vamos!--exclamó la joven haciendo ademán
de alzarse--. Se va a
caer la noche en un instante.

--Espera, déjame sentir el beso de adiós de ese sol
que se está
hundiendo.

El astro rey ocultaba ya la mitad de su disco en la
llanura y enviaba
uno a uno sus rayos de púrpura con sonrisa melancó-
lica, colgándolos
suavemente a las ramas de los árboles.

--¿Lo ves? Ya el sol se ha ido. ¡Vámonos, vámonos!

--Espera un instante; déjame escuchar la serenata d
e ese ruiseñor que
canta encima de nosotros. Si yo tuviese su voz y su
inspiración, hermosa
mía, también pasaría la noche cantándote al oído el
himno del amor.

--No aquí--dijo ella riendo y poniéndose en pie--,
porque aquí no te
escucharía.

--¡Un instante, un instante nada más! Gocemos el en
canto de esta hora
fugitiva, retengámosla por los cabellos, dejemos qu
e nos acaricie
blandamente. ¡Quién sabe si en pos de esta tan dulc
e vendrán otras
tétricas! Permite que la retenga un minuto más por
su manto azul y
flotante...

Y al decir esto, sujetaba la falda de su prometida.

--¡Arriba, Tristán, arriba!--replicó ella riendo.

--Pues ayúdame.

La joven le entregó sus manos. Mientras se apoyaba

en ellas para
alzarse, ¿qué iba a hacer Tristán sino besarlas con
transporte? En
efecto, fue lo que hizo.

Montaron de nuevo, pusieron los caballos al galope
para salvar los tres
kilómetros que aún restaban antes de llegar a casa.

Frescas por el corto descanso y mecidas por la dulce
e ilusión de alcanzar
presto el pesebre, corrían las jacas sobre el campo
con creciente brío
sin ayuda de espuelas. Ellos, con el corazón henchido
aún por la
suavidad que aquellos instantes felices habían dejado
en él, sonreían
vagamente, aspiraban con deleite el aliento embalsamado
del crepúsculo.
Guardaban silencio, pero este silencio les decía mil
cosas tiernas y
placenteras que sus labios no serían capaces de pronunciar.

Clara dio un grito. El caballo de Tristán había metido
su casco en la
madriguera de un conejo, y cayó de cabeza arrastrando
al jinete,
envolviéndolo.

--¡Tristán, Tristán!--gritó la joven arrojándose a
tierra.

Pero Tristán no resollaba, había perdido el conocimiento
y yacía debajo
de la cabalgadura abrumado bajo el peso de ella.

Clara corrió a él y con un supremo esfuerzo logró arrancarlo
de aquella
situación. El caballo no quería moverse; debía de estar
herido.

--¡Socorro! ¡socorro!--gritó desesperadamente.

Pero nadie había entonces por los contornos y sólo el campo y los pájaros oyeron sus gritos.

--¡Dios mío!--murmuró echando una mirada en torno.

Miró después a Tristán que parecía dormido, y no advirtió en su rostro señales de sangre; palpó sus brazos y sus piernas, pero no pudo cerciorarse si se había fracturado algún hueso; puso el oído a sus labios y notó que respiraba.

Era necesario echarle agua a la cara para hacerle volver en sí, pero el agua estaba lejos. ¿Iría corriendo hacia casa hasta encontrar a alguna persona que le socorriese? Apenas brotó esta idea en su mente aturrida la desechó con horror. No, no podía dejar a su prometido solo y privado de sentido en medio del campo.

Sin embargo, al cabo de un instante, Tristán pareció volver en sí y dejó escapar un débil gemido.

--Tristán, Tristán, ¿cómo te sientes? ¿Tienes dolores?--le gritó sofocada por la emoción.

El joven se llevó la mano a un hombro.

--No te asustes... sólo aquí siento algún dolor--murmuró con aliento casi imperceptible.

--¿Quieres que nos quedemos esperando que alguien p

ase?

Tristán hizo un signo negativo con la cabeza.

--¿Voy a casa a buscar socorro? ¿Puedes quedar aquí?

Hizo un signo afirmativo.

Entonces la intrépida joven saltó con increíble energía sobre su jaca y la puso a un galope furioso. El animal, como si comprendiese lo que su ama exigía de él, devoró en cortos minutos la distancia.

Cuando llegó al Sotillo su hermano salía ya a su encuentro. El valeroso esfuerzo de la joven se disipó a su vista. Cayó en sus brazos sollozando y sólo pudo decir:

--¡Corred, corred! Tristán está herido más acá del puente de madera.

X

UNA NOCHE DE NOVIOS

Por fortuna la conmoción cerebral que Tristán padeció fue pasajera. Pero se vio que tenía el brazo derecho dislocado por la articulación del hombro. Los médicos del pueblo que fueron llamados por teléfono vinieron prontamente y le hicieron la reducción no sin agudos dolores. El enfermo quedó tranquilo, durmió y amaneció sin fiebre al día

a siguiente.

Escudero, que avisado por telégrafo llegó en el primer tren de la mañana, viéndole en estado satisfactorio quiso llevarse a Madrid.

Reynoso se opuso enérgicamente. Tristán ya pertenecía a su familia de derecho; iba a ser su hermano próximamente y no saldría de casa sino enteramente curado.

No hay para qué encarecer el esmero afectuoso con que fue atendido y mimado en los pocos días que permaneció postrado. Todos querían hacerle compañía, todos querían agasajarle envolviéndole en una atmósfera tibia de vigilancia y amor. En cuanto a Clara se puede decir que no vivía más que para él.

Una tarde en que por haberse ausentado momentáneamente Elena quedaron solos los novios, Tristán aprovechó aquellos instantes para repetir a su amada la admiración y la gratitud de que estaba poseído. Después, quedando pensativo, dijo melancólicamente:

--¡Era yo tan feliz en aquel momento, Clara! Jamás había visto el cielo tan diáfano ni el campo tan hermoso, jamás percibí tan grato el aroma de las flores ni oí más suave las notas del ruiseñor, jamás sentí mi cuerpo tan vigoroso y mi espíritu más lúcido. Pero ¡ay! el hombre es siempre un niño que persigue mariposas al borde de un abismo. La naturaleza se ríe de nuestro amor y nuestra admiración; es una madre loca que estrangula a su hijo cuando éste la besa.

--Desecha esas ideas lúgubres, Tristán. No vuelvas tanto los ojos hacia atrás. Ya que Dios ha permitido que salvaras de este peligro en que fácilmente pudiste perecer o quedar lisiado para siempre, es que consiente en hacerte feliz.

Tristán tomó la mano de su prometida, la apretó tiernamente y dijo sonriendo:

--La edad de oro, querida mía, se ha vuelto al cielo.

--Pero tu felicidad no se ha deshecho; sólo se ha interrumpido un instante... si es que me quieres como aseguras. Dentro de pocos días estarás sano... Yo te quiero mucho más que antes porque al verte caer comprendí de una vez hasta dónde habías entrado en mi corazón... Y mi hermano--añadió bajando los ojos y ruborizándose--quiere adelantar la fecha de nuestro matrimonio.

Los ojos de Tristán brillaron con alegría.

--¿Cómo...? ¿Es de veras?

--Eso me ha dicho ayer--respondió Clara dulcemente.

En efecto, Reynoso pensó que estando ya Tristán alojado en su propia casa razones de delicadeza le aconsejaban no demorar la boda hasta octubre y realizarla en cuanto fuera posible. Todos en la casa aplaudieron esta determinación, y Elena fue la prim

era en celebrarla con gritos de júbilo.

--¡A ver si se le quitan de una vez esos malditos celos!--le dijo al oído a su cuñada.

Tristán los sentía cada día más rabiosos del marquesito del Lago. Este chico, sin darse cuenta de ello, hacía lo posible por mantenerlos vivos; se juntaba a Clara en cuanto tenía ocasión y no sabía luego apartarse de ella. Era seguro que no hablaba más que de caza y lo que con ella se relacionase, pero el obcecado Tristán hallaba en estas conversaciones un sentido misterioso. Cuando el marquesito, por ejemplo, pedía noticias a Clara de las garzas, se imaginaba que el amor salía volando de sus palabras como salen estos graciosos animales de entre los juncos. No solamente, pues, por el cariño profundo que aquélla le inspiraba sino por verse libre de estos celos crueles que le mordían las entrañas experimentó viva satisfacción al saber la noticia.

Apresuráronse los preparativos de boda. En cuanto pudo levantarse se fue a Madrid, pero allí recibía todos los días la visita de Clara y Elena y las acompañaba a las tiendas para comprar lo que aún faltaba y para apremiar a las modistas, joyeros y maestras de confecciones. Él por su parte vigilaba los últimos trabajos realizados en el piso de la calle del Arenal. A última hora se les juntó un día Gustavo Núñez y entró con ellos en el Suizo a tomar un helado. La acogida que

Elena le hizo fue
desconcertante; pero el pintor tenía la cara dura,
no se dio por
enterado y tan bien se las arregló con su charla gr
aciosa, insinuante,
que al cabo logró hacerla sonreír. No tardó en toma
r parte en la
conversación y mostrarse como siempre locuaz, travi
esa y un poco
aturdida. A los pocos días volvieron a encontrarse
y Elena mostró desde
luego que había olvidado su atroz insolencia. Gusta
vo, arrepentido de
ella, se presentaba respetuoso, amable, cordial, hu
yendo de toda
galantería. Pero esto sólo era en la apariencia; su
propósito firme y
oculto era bloquear la plaza con todas las reglas d
el arte, hacer su
corte con juicio y cautela. Tanta empleó que cuando
las damas se
despedían para montar en coche y trasladarse a casa
se abstenía de
estrechar su mano y sólo se la daba a Tristán. Con
éste y otros rasgos
de delicadeza logró presto volver a la gracia y a l
a confianza de la
gentil señora de Reynoso.

Llegó por fin el día señalado, uno de los últimos d
e julio que amaneció
como los antecedentes claro, sofocante, abrasador.
La familia de
Escudero había ido la noche anterior a dormir en ca
sa de Reynoso.
Tristán se trasladó por la mañana acompañado de Gus
tavo Núñez y el
paisano Barragán.

Gran parte de la colonia veraniega y mucha también
del vecindario quiso
presenciar la ceremonia nupcial. Con este motivo ro

daron los coches y
hubo no poca confusión a las puertas del templo, qu
e estaba adornado
suntuosamente para el acto. La novia se presentó pá
lida y sonriente con
su traje blanco y su corona de azahar, debajo de la
cual saltaban
juguetones los rizos de sus cabellos negros. Hubo m
ucha admiración para
ella, pero también quedó algo para Tristán, cuya fi
gura elegante
despertó en los corazones femeninos una ola de inco
ndicional aprobación.
¡Hermosa pareja! ¡Gentil pareja! Bendijo la unión u
n personaje
eclesiástico de Madrid auditor del Tribunal de la R
ota; hubo misa,
órgano y orquesta.

Terminada la ceremonia y la misa Tristán se acercó
a su amigo Núñez en
la misma iglesia y le dijo:

--¿Sabes, Gustavo, que esa epístola de San Pablo qu
e nos acaban de leer
me parece un poco grosera?

Núñez soltó una carcajada discreta y exclamó ponién
dole la mano sobre el
hombro:

--Pero hombre, ¿hasta con San Pablo te has de meter
? ¡Eres delicioso,
Tristán!

Los novios regresaron con los padrinos en un coche.
La comitiva se fue
acomodando en otros, y a Núñez y Barragán les tocó
venir juntos en una
berlina. No era empresa llana y de gusto meterse so
lo en un coche con
hombre de tan endiablado rostro como el paisano. Al

guno había en la comitiva que hubiera preferido viajar con un lobo. Pero Núñez no sentía aprensión alguna: al contrario, había simpatizado mucho con él y le estudiaba atentamente, lo mismo en lo físico que en lo moral. Pero ahora hablaron poco en los comienzos. Barragán estaba preocupado y él también, aunque por muy diferente causa. La del primero era divina: la del segundo demasiado humana.

En efecto, el paisano Barragán se sintió acometido en el templo por un tropel de ideas metafísicas. Desde niño, en que se fuera a América, no había entrado en una iglesia más que el día en que se casó con la viuda, hacía ya bastantes años. En aquella sazón los afanes matrimoniales no permitieron el paso a los pensamientos ultramundanos que ahora soplaban lúgubrementemente por su cerebro vacío. Sumergido toda su vida en el golfo de los intereses materiales, trabajando, comerciando, lucrándose y no tratando más que con hombres que hacían lo mismo, no se le presentó nunca a la imaginación la idea de Dios, del alma y de la otra vida. Ahora, viejo ya, sereno, desocupado, se filtraron de rondón cuando menos podía esperarse en su espíritu financiero. Las luces, las vestiduras de los sacerdotes y sobre todo el órgano tuvieron de ello la culpa.

Al cabo de unos minutos de silencio dijo el paisano con voz sorda:

--Estaba pensando en la iglesia, señor Núñez, estab

a pensando en que
este asunto de la religión es cosa curiosa.

--¿Le parece a usted?--respondió Núñez completamente distraído.

--Mucho. Sería interesante saber si después de esta vida hay otra, como dicen... Pero, en realidad, debo confesarle a usted que aquellos vestidos dorados de los curas, aquel doblarse y levantarse, aquellas vueltas en redondo y aquel ir y venir de una punta a otra del altar estará muy bien, pero no me parece serio.

--Pues yo no lo encuentro nada risueño--afirmó el pintor con el mismo ensimismamiento.

--Pero vamos a ver, señor Núñez, ¿piensa usted que haya infierno?

--Realmente no he podido hasta ahora formar clara idea de él, porque si los condenados cuecen allí a fuego lento, como aseguran, no comprendo cómo al poco tiempo no se convierten en papilla y si se asan no se transforman en carbón... Pero, en cuanto al cielo, lo concibo admirablemente. Es un sitio encantado, con buenos restaurantes, donde se almuerza siempre con ostras y champagne y donde los ángeles camareros no le presentan a uno la cuenta ni quieren recibir propina.

El paisano sonrió, pero poniéndose pronto serio exclamó como si se hablase a sí mismo:

--Si Dios no existe, ¿quién hizo el mundo?

--Acaso se haya hecho por sí mismo como el anís escarchado--replicó

Núñez asomando la cabeza por la ventanilla para ver si divisaba el coche que conducía a Elena.

Hubo algunos minutos de silencio durante los cuales el cerebro de Barragán daba terribles vueltas en el piélago de lo insondable. Al cabo murmuró sordamente:

--De todos modos es curioso, ¡muy curioso! Yo daría cinco mil duros por saber si hay Dios o no hay Dios.

--Por mucho menos dinero se lo dirían a usted en Alemania, donde hay personas dedicadas a averiguar esas cosas. Y hasta me figuro que si llevase una carta del embajador le harían a usted una rebaja de un veinticinco por ciento.

El carruaje se detuvo al fin delante del hotel cerca de otros que habían descargado. Elena estaba asomada ya a uno de los balcones presenciando la llegada de la comitiva.

--¿Con quién ha venido usted, Núñez?--le preguntó desde arriba.

--¡No sea usted indiscreta, Elena, no me obligue usted a ruborizarme!

--Bueno, si usted no me lo dice pronto lo averiguaré--replicó ella un poco intrigada.

--No hay secreto ninguno, Elenita: ha venido conmigo--dijo--Barragán.

Elena sacudió la cabeza riendo a carcajadas.

En el amplio comedor se habían colocado dos mesas a las cuales se sentaron más de cincuenta invitados. A los postres se desbordó un río de champagne y otro río aún más caudaloso de brindis en prosa y verso. Los desdichados novios quedaron por más de una hora sumergidos entre ellos. No faltó al cabo una mano caritativa que los sacó de aquel abismo. Los comensales se levantaron y se distribuyeron por los salones.

Reynoso se acercó a su cuñado, le pasó un brazo por la cintura y le llevó al hueco de un balcón.

--Dentro de un rato--le dijo--, cuando yo te haga señas, podéis bajar. El coche estará a la puerta enganchado. Montáis en él y os vais sin que nadie se entere... Y ahora, Tristán--añadió poniéndole una mano sobre el hombro--, sólo me resta que decirte una cosa. Te entrego a mi hermana, mejor dicho, te entrego a una hija adorada, pues eso ha sido para mí siempre la que hoy es tu esposa. Mi cariño y mi vigilancia han protegido sin descansar jamás su inocencia. No llevas una dama elegante, distinguida, espiritual para brillar en los salones, pero sí una esposa noble y tierna que te acompañará fielmente en la carrera de la vida, que compartirá tus penas y tus alegrías. La elevación de tu espíritu suplirá

lo que haya de limitado en el suyo. Y si alguna vez te impacienta esta limitación, si una sombra de malestar se interpone entre vosotros, considera que es una pobre huérfana que ya no tiene a nadie más que a ti en el mundo: ten compasión de ella, sé generoso como un padre y Dios te lo pagará.

Tristán se sintió enternecido por aquellas palabras y dijo con efusión:

--Responderé a esa confianza con todo el amor de que es susceptible mi corazón. Velaré sobre Clara como si fuese un tesoro que me fuese encomendado, un tesoro de inocencia, de ternura y de nobleza que estoy muy lejos de merecer.

--Gracias, Tristán, gracias--repuso don Germán a su vez conmovido y apretándole la mano fuertemente--. Ya somos hermanos, y puesto que el parentesco ha borrado la diferencia de edad llamémosnos de tú en adelante.

--Como tú quieras--dijo Tristán devolviéndole con creces su apretón--. No olvidaré jamás tu generoso proceder y que te debo la felicidad.

Se separaron. Aquella breve escena dejó en el corazón de Tristán una alegría suave, íntima que se advertía en su mirada. Mas era el sino de este joven que jamás pudiera perdurar en él la calma. En cuanto se mezcló a los invitados advirtió un grupo de señoritas que rodeaban al

marquesito del Lago y con él parecían divertirse. Este muchacho, de excelente natural, dócil, modesto y respetuoso siempre, tenía el defecto de beber más de lo conveniente en todos los banquetes y festejos a que asistía. Se le había metido sin duda en la cabeza que era de rigor en tales casos. Y en cuanto tenía en el cuerpo algún vino de más perdía aquél su natural reservado y se transformaba en un charlatán insufrible. Unas cuantas jóvenes se complacían en burlarse de él haciéndole soltar un chorro de simplezas.

En cuanto el marquesito divisó a Tristán desde el centro del grupo en que se hallaba apartó a las damas bruscamente y se vino hacia él diciendo en voz alta:

--¡Aquí llega el novio! ¡Aquí está el hombre feliz. ...! Déjeme usted darle un abrazo (y le abrazó en efecto)... Me parece, amigo Aldama, que en este momento no le abrazo a usted solamente sino al matrimonio completo.

Aquella salida hizo reír a las damas. A Tristán le causó malísimo efecto.

--Usted es un sabio, amigo Aldama, y si yo hubiera adivinado que estudiando bien el latín y las matemáticas llegaría a casarme con una mujer tan guapa como la suya no hubiera sido tan zángano, me hubiera aplicado más.

--Aún está usted a tiempo--manifestó Tristán.

--¿Para casarme con su mujer?

Las damas rieron a carcajadas.

--¡Hombre, no!--replicó Tristán haciendo esfuerzos por reír también--.

Eso ya no puede ser mientras yo esté vivo, pero aplicándose, y aun sin aplicarse, hallará usted una mujer más guapa.

--Usted me permitirá que le diga una cosa, amigo Aldama... ¿Verdad que me lo permitirá...? Pues bien, su novia es muy guapa, es guapísima..., yo no he encontrado nunca otra más guapa. ¿He dicho algo? ¿Eh, eh? ¿He dicho algo...?

El marquesito con la faz congestionada y los ojos un poco extraviados hacía guiños maliciosos y metía su cara por la de Tristán.

--Usted me permitirá que le diga otra cosa, ¿verdad que me lo permitirá...? Sí, sí, me lo permite usted... Pues bien, amigo Aldama, usted es muy sabio, tiene mucho talento, pero ¿qué falta le hace a ella el talento? ¿No le parece a usted?

--Yo no tengo talento, es usted demasiado amable--profirió Tristán visiblemente molesto ya.

--Sí, sí; lo tiene usted..., pero don Tristán, es usted demasiado tristón para ella... Esa niña merecía un marido más alegre..., así como yo, por ejemplo...

Tristán se puso pálido repentinamente. Las señoras, aunque no podían adivinar todo el efecto que tales palabras debían producir en el novio, comprendieron que aquel chico se estaba volviendo a saz insolente. Se apresuraron, pues, a cortar la conversación llevándolo consigo a otra parte. Tristán los miró alejarse inmóvil con la frente fruncida y los ojos cargados de cólera.

Mientras tanto Clara, vestida con un sencillo traje de viaje, hacía ya para él los últimos preparativos. Una de las doncellas se acercó a ella y le dijo:

--Ahí abajo está el tío Leandro con los pastores y los guardas que piden por favor que les permitan despedirse de la señorita.

--¡Ya lo creo que iré!--respondió Clara apresurándose a bajar a la gran cocina del sótano.

Allí estaban en efecto los pastores y dos guardas jurados con sus sombrerotes de fieltro en la mano. El tío Leandro, el hombre más grave y sentencioso de toda la comarca, estaba al frente de ellos y habló de esta manera:

--Perdone nuestra ama a estos probes que la hayan incomodado. Hacíasenos muy cuesta arriba no verla antes que se nos fuese para siempre a los Madriles y más entavía no decirle nuestros sentires. La señorita se va y

nos deja... Pues hati cuenta que pa nosotros cayó l
a noche encima y que
no amanece más. ¿Verdad, amigos...? Vosotros bien s
abéis que cuando allá
por detrás de los chaparros y las matas sonaban los
tiros que disparaba
la señorita, cuando oíamos su voz llamando a los pe
rros, al que más y al
que menos de nosotros le bailaba el corazón dentro
del pecho como si
quisiera salir a su encuentro. Y cuando la veíamos
aparecer entre los
árboles más galana y más fresca que una azucena de
mayo, no hubo nunca
un lucero en el cielo que nos pareciese más hermoso
. No la veremos ya
con su carabina maja corriendo por el monte y por l
as eras, pero dende
aquí en adelante las piedras que ella haya pisao, l
as fuentes en que
haya bebió, las sombras en que hacía alto para desc
ansar serán para
nosotros sagradas como si allí hubiese puesto sus p
ies benditos la misma
Virgen del Carmen.

Clara escucha ruborizada estas nobles palabras y mu
rmura:

--Gracias, gracias, tío Leandro... Gracias todos. J
amás les olvidaré y
espero que pronto nos hemos de ver.

Y volviéndose a un criado añadió:

--Ve al comedor y bájame champagne y cigarros. Quie
ro que ustedes beban
una copa y fumen un cigarro a mi salud y a la de mi
marido.

Estas últimas palabras las pronunció con un acento
de orgullo y ternura

a la vez que mostraban bien clara la alegría que rebosaba de su inocente corazón.

Vino el champagne y los cigarros, se destapó una botella y luego otra, y la misma desposada lo escanció y lo sirvió a sus servidores. El tío Leandro, con una copa del vino chispeante en la mano, tomó de nuevo la palabra.

--No se hizo este regalo, nuestra ama, para la boca de los probes. Ni sabemos gustarlo, ni sabemos estimarlo. Pero ya no nos moriremos sin probar cómo sabe el vino de los ricos. Y cuando alguna vez oigamos esos tiros tan alegres que suenan en el café y dentro de las casas, podremos decir: «Gracias a nuestra ama hemos sentido también dentro del cuerpo esa descarga.» Bendita sea la mano que sabe dar cosas tan buenas y que no arrepara a quién las da. Amigos, bebamos a la salud de nuestra señorita; pidamos a Dios que el esposo nuestro amo la haga tan feliz como merece, que si lo hace, tan estimado será entre nosotros como el arcángel San Rafael.

Estas graves palabras determinaron una explosión en la cocina, donde se habían congregado también criados y criadas y mozos de labranza. Con las mejillas encendidas y los ojos brillantes de entusiasmo todos la colman de bendiciones, todos piden al cielo dicha interminable para la caritativa señorita. Las mujeres más atrevidas se abalanzan a ella y le

besan las manos, los hombres agitan sus sombreros y de sus gargantas salen hurras y vivas que estremecen gozosamente el recinto.

Clara, conmovida hasta saltársele las lágrimas, de todos se despide, sube por la escalerilla y todavía desde lo alto les envía con su hermosa mano un beso de despedida.

Sin embargo, arriba ya estaban buscándola su hermano y Tristán. El coche enganchado esperaba a la puerta. Don Germán les dice al oído algunas palabras y les ordena que cada uno por su lado se dirijan a la puerta sin llamar la atención de los convidados. Así lo hacen, pero cuando ya han subido al carruaje, alguien les hace traición; los invitados se enteran, se lanzan a los balcones y les hacen una delirante ovación.

El coche era un faetón tirado por seis mulas rojas que habían sido adquiridas por don Germán en diversas ferias de España. No poco trabajo y dinero le había costado juntarlas tan iguales. Pero ahora este soberbio tiro causaba la admiración de los transeúntes, cuando enjaezado a la calesera con madroños verdes entraba por las calles de Madrid. Los novios habían resuelto ir en coche para evitarse la curiosidad de la gente en la estación: además, la hora de los trenes no les pareció conveniente.

Las seis mulas de tostado lomo corrían arrastrando a la pareja feliz

hacia su nido. Los gritos de júbilo de los invitados y la rapidez de la marcha los embriagó por unos instantes: permanecían mudos sin saber qué decirse. Pero Tristán volvió los ojos hacia su esposa y le clavó una larga mirada de amor apasionado y tierno. Ella bajó la suya. El joven le tomó una de sus manos, la llevó a los labios y en voz queda comenzó a cantarle al oído el himno del amor acompañado de los chasquidos del látigo y del tintineo de los cascabeles. Era Tristán elocuente, poseía una imaginación viva. Clara con los ojos cerrados y una leve sonrisa divina esparcida por su rostro no se hartaba de oírle.

Cuando llegaron a Madrid anochecía. Las calles reboaban de gente: las luces de los faroles comenzaban a encenderse y despedían una claridad blanca azulada al chocar con la del crepúsculo. La gran ciudad abrasada por el calor del día se preparaba con gozo a refrescarse. La muchedumbre discurría por las aceras. Ya no se veían aquellos rostros rojos y fruncidos que pasan rápidos en el centro del día buscando sombra. Ahora se dilataban gozosos, sonrientes, con templando los escaparates bajo la luz blanca y fantástica de los arcos voltaicos. El coche de los novios hacía volverse a todos y le seguían con la vista curiosos y admirados hasta que se perdía a lo lejos.

A los balcones de su piso de la calle del Arenal estaban ya asomados

desde hacía más de dos horas los criados, la cocinera, las dos doncellas y el criado. En cuanto divisaron el coche se apresuraron a bajar al portal y los recibieron humildes, agasajadores.

Tristán y Clara, tímidos y embarazados, recorrieron las habitaciones de la casa, pequeñas comparadas con las del suntuoso hotel que acababan de dejar, pero amuebladas con refinado gusto y coquetería. Clara lo hallaría todo precioso aunque fuese mucho peor. Pero la cocinera ardía en deseos de mostrarles hasta dónde llegaban los primores de su arte. Antes que se hubiesen reposado convenientemente fueron invitados a comer y los jóvenes aceptaron no como señores de la casa, sino como huéspedes, dejándose dirigir por los criados. La comida fue alégrisima. Tristán esperaba que el criado volviese la espalda llevándose los platos para robar algunos besos a su mujercita. Cuando terminaron y hubieron tomado el café con algún espacio, Tristán propuso salir a tomar el fresco y dar una vuelta por casa de sus tíos y ver a los niños, pues aquéllos con Araceli no vendrían del Sotillo hasta la mañana siguiente. La primera doncella se opuso: los señoritos habían madrugado; luego el viaje no tenía más remedio que haberles fatigado; debían acostarse temprano. ¿Qué iban a hacer sino someterse? Pero en aquel instante sonó el timbre de la puerta. Un joven que traía un bulto debajo del brazo quería verles. Era García, el peludo García, que dejando su bulto sobre una silla corrió a

abrazar a Tristán y a dar la mano a Clara. No pudo conseguir aquél que fuese a su boda y no insistió mucho en la invitación por delicadeza, comprendiendo que el motivo de rehusar era el no poseer traje adecuado. No había podido venir antes porque tenía una lección en aquella misma hora y tuvo luego que ir a casa por aquel encarguito. El encarguito, que se apresuró a destapar, era nada menos que un barómetro con caja de madera barnizada, que ofrecía a su amigo como regalo de boda. Lo había comprado en un bazar, le había costado seis duros y había estado dos meses privándose de café para ello. Tristán no pudo reprimir una sonrisa de lástima y le preguntó que por qué se había molestado. Pero Clara con la intuición de las esposas amantes que adivinan a primera vista cuáles son los amigos verdaderos y los falsos de sus maridos encontró el regalo precioso y no se hartaba de alabarlo. Mostrose con García amable y cordial, de tal modo que el pobre opositor a cátedras al poco rato hubiera andado de cabeza por ella.

Arrimaron las butacas al balcón abierto y fumaron un cigarro. García, que estaba haciendo oposiciones a una cátedra de Retórica en Pontevedra, les enteró del curso de ellas a conciencia, con toda exactitud. No le quedó en el cuerpo un solo pormenor. «--Alvarez, que es muy largo, muy sutil me dice:--¿Cree el señor García que Cervantes escribió con pureza el idioma castellano?--Yo que le vi venir en seguida le respondo:

Distingamos: ¿Qué entiende el señor Alvarez por escribir con pureza un idioma? ¿Es acaso aceptar en absoluto como un esclavo todos sus giros y locuciones? Pues en ese caso Cervantes no fue un escritor castizo de su tiempo porque pululan en su obra inmortal los italianismos...»

Y el pobre chico sin dar paz a la lengua les encajaba las objeciones de sus contrarios y sus respuestas victoriosas y el efecto que ellas habían producido en el tribunal. Valera se había rascado la cabeza con señales de alegría y Cañete le había dirigido una sonrisa de aprobación.

Del aspecto teórico pasó después al práctico y narró con prolijidad todas las intrigas, todas las arterías de que se valían sus contrarios para arrancarle la cátedra. Particularmente Alvarez, el infecto Alvarez no reparaba en valerse de los medios más reprobados, más odiosos. A un miembro del tribunal carlista muy exaltado le había dicho que era republicano y que no oía misa los domingos. A Cañete le fue con la embajada de que se reía de sus críticas en el café. En fin una serie de canalladas que levantan el estómago.

Y en efecto, García al narrarlas se ponía pálido y parecía estar atacado de náuseas. Tristán le escuchaba distraído, pensando en sus cosas; Clara con toda atención, aprobando con el gesto, dejando escapar frases de conmiseración y sacudiendo la cabeza indignada contra sus enemigos,

sobre todo contra Alvarez, el infecto Alvarez. Últimamente García ya no hablaba más que para ella y no se dirigía a Tristán. Entre aquellos dos seres buenos se había establecido una corriente de tierna simpatía.

Pero la noche avanzaba. Tristán empezó a dar muestras de impaciencia, bostezando, levantándose y poniéndose de bruces sobre el balcón. García entendió al fin y se dispuso a marcharse. Tomó el sombrero, volvió a abrazar efusivamente a Tristán, apretó con el mismo cariño la mano de Clara y salió. Tristán le acompañó hasta la puerta. Al llegar a ella García le dijo misteriosamente:

--Espero que marchará bien, ¿sabes? Pero si se descompone no tienes más que avisarme, que yo lo llevaré para que lo arreglen.

--Bien, hombre, gracias--respondió Tristán sin poder reprimir una sonrisa.

Luego, cuando tornó al comedor, entró diciendo:

--¡Pero qué pesadísimo es este pobre García!

--¿Por qué?--preguntó Clara--. Yo le encuentro un chico muy bueno.

--Bueno sí; pero no tiene las piernas ligeras.

Estuvieron algunos momentos aún asomados al balcón. Al cabo se retiraron a su dormitorio. Habían sonado las doce. Tristán estaba jovial, cariñoso, prodigando a su esposa mil respetuosas atenciones.

enciones. Pero de pronto, mirando un primoroso vaso de agua que había sobre la mesa de noche, se quedó serio. Aquel servicio de cristal era regalo de la marquesa viuda del Lago. Una arruga se dibujó en su frente pálida que fue poco a poco haciéndose más honda. Al volver los ojos hacia él Clara quedó sorprendida.

--¿Qué tienes?--le preguntó con afectuoso interés.

--Nada--respondió secamente.

Transcurrieron algunos instantes de silencio. Tristán habló al fin con voz sorda:

--Un destino fatal parece descender de lo alto para interponerse constantemente entre la felicidad y yo. Su mano fría me sacude con rudeza para despertarme de todo sueño dichoso, de toda dulce ilusión. Ese vaso me recuerda que hace pocas horas también se hallaba mi espíritu nadando en una atmósfera de paz y de dicha como hace un instante, y que una voz para mi antipática, odiosa, la voz del marquesito...

--¡Todavía el marquesito!--interrumpió Clara vivamente.

--Sí, todavía. Y si él no hubiera sido, la fatalidad se encargaría de buscar otro instrumento animado o inanimado para recordarme que este mundo es dolor, siempre dolor... Unos ojos que me miran agresivos, impudentes, una faz congestionada por el alcohol, u

na lengua estropajosa
que me suelta algunas insolencias rayanas en la injuria. Y eso he tenido
que sufrirlo en el momento mismo en que todas las potencias del cielo y
de la tierra parecían haberse reunido para hacerme dichoso.

--Pero si ese niño estaba ebrio como dices, ¿qué podrían importarte sus tonterías?

--En la embriaguez como en los sueños manifestamos lo que somos, lo que guarda el fondo de nuestra alma y que no confesamos a los demás ni a nosotros mismos. Ese niño está enamorado de ti y a mí me odia; es lógico. Ignoro si ha dado algún paso para obtener tu amor y desbaratar nuestra unión, aunque lo presumo. Pero eso no es lo principal. Lo capital en este asunto, lo verdaderamente importante para mí es el saber si tú has alentado directa o indirectamente ese amor.

--¿Acaso no te lo he repetido infinitas veces? Esto y persuadida de que ese amor del marquesito no existe más que en tu imaginación: nadie lo ha echado de ver en la casa más que tú. Pero aunque así fuese, ni yo he escuchado de su boca jamás sino frases insignificantes, ni le he tratado más que como un amigo.

Tristán guardó silencio. Se había sentado sobre el borde de la cama y con la mirada fija en el suelo permaneció algunos minutos inmóvil, abstraído. Clara le contemplaba con expresión ansio

sa que por momentos
se iba haciendo más dolorida.

--¡Es raro! ¡es raro!--murmuró al cabo como si se hablase a sí mismo.

--¿El qué es raro, Tristán?--profirió ella con voz angustiada que parecía haber pasado entre sollozos.

--Es raro que no habiéndole dado tú ningún aliento haya osado ese chico soltar palabras tan atrevidas.

--¿Es que dudas de lo que acabo de decirte? Esas dudas cuando éramos novios tenían poco valor, no engendraban más que riñas pasajeras que según me aseguraban eran la salsa de las relaciones amorosas, aunque yo jamás quise creerlo. Pero ahora no somos libres y la sombra de cualquier sospecha que se interponga entre nosotros puede ocasionar nuestra desgracia. Considéralo, Tristán, medita que ya no puedes hablarme de ciertas cosas sin ofenderme gravemente.

--Quisiera creerte, Clara. Tú no sabes lo que me hace sufrir la duda de que no seas toda mía en cuerpo y alma, de que permanezca escondida en el fondo de tu corazón una pequeña inclinación, una leve simpatía germen de amor hacia otro hombre. ¡Pero no puedo! La duda se me ofrece siempre como un fantasma delante de los ojos. No puedo apartarla de mi presencia. Me agarra cuando menos lo pienso y se introduce dentro de mí, se filtra en mis venas como un veneno sutil y me inflama...

Clara le miró fijamente con ojos donde además de la
tristeza se pintaba
la cólera y murmuró sacudiendo la cabeza:

--¡Está bien! ¡está bien!

--¿Qué quieres decir?--profirió él mirándola a su vez a la cara--. ¿Te
está pesando de haberte casado conmigo, verdad...?
¡Sí, sí... no lo
niegues...! Lo estoy leyendo en tus ojos.

--No, no me pesa el haberme casado contigo, pero sí
el que me des a
entender que no puedo hacerte feliz.

Hubo algunos instantes de silencio. Al cabo Tristán
comenzó a decir
lentamente mirando al suelo:

--Una tarde estábamos tu hermano y yo hablando en su despacho. Tú te
fuiste al balcón y apoyaste tus codos en el antepecho. Poco después
entró ese chico y apenas nos hubo saludado fue a reunirse contigo. Y
comenzasteis a hablar en voz baja y a reiros mientras yo tenía la vista
clavada sobre vosotros. Y como si mis ojos os penetrasen por la espalda
uno y otro volvisteis la cabeza para mirarme y un poco de rubor subió a
tus mejillas. ¿Por qué te ruborizabas?

--Tristán, ¿qué estás diciendo?--gritó ella con voz desesperada.

--Otra noche--prosiguió el joven sin hacer caso de aquel grito
doloroso--estábamos en el teatro de la Comedia en un palco contiguo al

de proscenio. Yo charlaba contigo y nunca había estado más alegre y más enamorado que aquella noche. Frente a nosotros había un espejo. Cuando una vez se me ocurre levantar los ojos hacia él, veo allí pintada la imagen del marquesito, que detrás de nosotros, en otro palco, te estaba contemplando a su sabor. Tú lo habías visto y no me decías nada...

--¡Tristán!--tornó a exclamar la joven con acento a un más desesperado.

Y llevándose las manos al rostro profirió estallando en sollozos:

--¿Dios mío, qué me está pasando? ¡Esto no es verdad, esto es una horrible pesadilla!

Tristán la miró un instante confuso y arrepentido. Pero alzándose bruscamente comenzó a pasear con agitación por la estancia mientras decía gesticulando nerviosamente:

--¿Y yo qué culpa tengo...? Quisiera, aun a costa de mi sangre, arrancarme de la imaginación estas escenas, pero ellas no quieren huir. Si por algunos momentos se eclipsan es para aparecer nuevamente más vivas, más crueles.

Clara se había dejado caer sobre la almohada y sollozaba con el rostro metido en ella. Él también se sentó al cabo y acometido de una tristeza profunda, infinita, contagiado por las lágrimas de su esposa, comenzó igualmente a llorar. Pronto se alzó otra vez; volvi

ó a su paseo agitado,
volvió a su monólogo amargo y exaltado; pero de nuevo vino a sentarse al
lado de su esposa abatido y sollozante.

Las primeras claridades de la aurora les sorprendieron todavía llorando
sentados sobre el borde de la cama.

XI

EL ESTRENO DE UNA OBRA DE CARÁCTER

Algunos días después salieron de Madrid. Viajaron por Suiza y por
Alemania; en el mes de octubre visitaron a Inglaterra. A Madrid
regresaron bien entrado ya noviembre. El viaje ejerció influencia
saludable en el temperamento de Tristán, serenando sus ideas y
amortiguando sus celos. Mostrose en el transcurso de aquellos meses con
su joven esposa lo que era realmente, galante, sensible, extremadamente
afectuoso. Hasta pudo pagarle en Suiza aquel auxilio solícito que le
prestara cuando cayó del caballo. También la intrépida Clara resbaló en
una de sus excursiones alpestres, desapareciendo de la vista de Tristán,
quien se lanzó por la escarpada pendiente en su auxilio y rodó por ella
sin lograr prestárselo. Felizmente ambos quedaron detenidos en una mata
de arbustos y se salvaron de una muerte cierta. Clara fue quien primero
se alzó. Rojos de emoción, con lágrimas en los ojos

se abrazaron
estrechamente y se besaron en medio de la soledad d
e aquellas montañas
que una vez al menos se mostraron piadosas. Clara e
ra dichosa. Sin
embargo, el recuerdo fatal de su primera noche de n
ovia le asaltaba
alguna vez estremeciéndola; fue una visión siniestr
a que la persiguió
toda la vida.

Cuando llegaron a Madrid, sus hermanos aún no se ha
bían instalado en el
nuevo hotel de la Castellana: los últimos retoques
habían llevado más
tiempo de lo que pensaban. Fuéronse a pasar unos dí
as con ellos al
Escorial para dar satisfacción al cariño fraternal
de Clara y algo
también a su afición a la caza. Era el tiempo propi
cio: días claros y
frescos: la gentil cazadora los empleaba corriendo
por el monte a tiros
con las perdices y conejos.

--Corre, corre, hija mía--le decía don Germán viénd
ola llegar sudorosa y
jadeante a casa--. Aprovechate de que el _pobrecito
_ aún pesa poco.

Clara sonreía ruborizada. Su estado interesante ya
era conocido en la
casa y empezaba a ser visible para los de fuera.

Tristán también corría los montes, si no con la car
abina al hombro, al
menos con un libro en la mano. Placíase en tenderse
en el fondo de las
cañadas a la sombra de los sauces y pasar allí larg
as horas saboreando a
ratos las páginas de algún escritor admirado, a rat
os escuchando los

gorjeos de los pájaros, el manso ruido del viento en los árboles y el rumor cristalino de las aguas corrientes. Se hallaba en un período de gran actividad intelectual: la placidez y amenidad del sitio, la paz del hogar, la tranquilidad de sus nervios invitábanle al trabajo. Hasta tuvo la dicha de no tropezar a su vuelta con el marquesito del Lago que inconscientemente tan malos ratos le había hecho pasar: la marquesa viuda había decidido al fin trasladar su residencia a sus posesiones de Extremadura huyendo de los escándalos de su hija y de los peligros que amenazaban a su hijo. Muchos y vastos proyectos de libros y dramas germinaban en la mente del joven autor de Engaños y Desengaños. Escribía poco, sin embargo, aunque meditaba mucho. Alguna vez se acordaba de su drama entregado al teatro Español hacía más de un año y entonces se ponía de mal humor. Estévanez, el famoso dramaturgo, el que empuñaba a la sazón el cetro del teatro, lo había tomado bajo su protección, le había prometido hacerlo representar, pero hasta la hora presente ninguna noticia tenía del éxito de sus gestiones. Era demasiado orgulloso nuestro joven para pedir estas noticias ni menos convertirse en pretendiente. Don Germán le había hablado más de una vez del asunto desde que llegaron, pero no daba su brazo a torcer y esquivaba la conversación por temor de que se le fuera la lengua.

Al fin se le fue cierto día estando de sobremesa. H

abían comido con
ellos Cirilo y Visita y el farmacéutico Vilches con
su esposa, primos de
Elena. Visita inocentemente le preguntó cuándo se r
epresentaba su drama.
Tristán secamente respondió:

--Nunca.

Estupefacción en todos los comensales. Viendo el ef
ecto que había
causado añadió al cabo de un momento:

--Nunca mientras Estévanez ejerza en el Español el
supremo mangoneo, sea
el cancerbero que la Empresa tiene a la puerta.

--¿Pero no fue Estévanez quien lo ha presentado y e
l que prometió
hacerlo poner en escena?--preguntó el primo Vilches
.

--Precisamente por eso--replicó con displicente lac
onismo.

Hubo unos instantes de silencio. Tristán comenzó a
hablar en voz baja y
afectando mucha calma. En realidad, había padecido
una equivocación
lamentable depositando su confianza en Estévanez, p
orque éste jamás
había dejado pasar ninguna obra apreciable. No quer
ía decir que la suya
lo fuese, mas si algún amigo se lo había dado a ent
ender o si él mismo
había encontrado en ella algo que le hiciera dudar
de su fracaso, tenía
por seguro que estorbaría su representación. Todos
se asombraron de tal
ruindad y la deploraron: algunos le propusieron que
retirase su
manuscrito del Español y lo llevase a otro teatro.

Sólo don Germán se atrevió a protestar aunque tímidamente de aquel juicio precipitado.

--Tú estás mejor enterado que yo de las miserias de la vida literaria, Tristán, pero se me hace muy duro pensar que una persona que se halla en el pináculo de la gloria y que espontáneamente te ha brindado protección te traicione tan pronto y con tal vileza.

--Pues las cosas duras son las que se deben pensar en este mundo--respondió Tristán alzando los hombros con desdén.

No se habló más del asunto. Al cabo de un rato se levantaron de la mesa y fueron al parque. Algunas horas después, hallándose reunidos en el gran cenador de vuelta del paseo, llegó un criado con un telegrama para Reynoso. Leyólo éste y una sonrisa mitad maliciosa, mitad placentera, se esparció por su rostro.

--Toma, Tristán; el contenido es para ti--dijo alargando el papel a su cuñado.

El telegrama decía textualmente:

«Ignoro si Aldama regresó de su viaje. Hágale saber que ensayos de su drama comenzarán semana próxima.--_Estévanez._»

Las mejillas de Tristán se tiñeron levemente de rojo. Don Germán soltó una carcajada. Los demás, cuando se enteraron del asunto, también rieron. Elena se aprovechó lindamente para embromar

a su concuñado y
ponerle de veras amoscado.

Comenzaron en efecto los ensayos del drama o más bien en alta comedia según el tecnicismo teatral. Tristán se trasladó a Madrid con su esposa y comenzó a asistir a ellos. No los dirigió porque la Empresa tenía contratado para ello un viejo académico irascible que llamaba a los autores badulaques cuando osaban hacer sobre la representación de su obra la más tímida advertencia. ¿Qué sabían los autores del _arte_? ¿Qué sabían los cómicos del _arte_? ¿Qué sabía el público ni los periodistas del _arte_? Del _arte_ nadie sabía nada más que él: pronunciaba la palabra ahuecando la voz y paseando su mirada fulgurante por los circunstantes como si temiese cualquier profanación y estuviese apercebido a reprimirla de un modo sangriento.

El amigo García gozó el privilegio de asistir a estos ensayos y hacer sobre ellos profundas y sabias disquisiciones, aunque siempre confidenciales, esto es, cuando se ponía al habla con Tristán. De otra suerte, sentía por el anciano académico un medroso respeto. Desde que comenzaron los ensayos todas las facultades psíquicas de García se concentraron en este magno acontecimiento. No vivió ni respiró más que para la obra de Tristán. Hasta puede decirse que no se alimentó siquiera. Su madre se hallaba profundamente contristada viéndole engullir los garbanzos del cocido como un perro de

caza y renunciar
generosamente a los cuatro higos pasos que indefect
iblemente le ponía
para postre.

--¡Pero, hijo, no masticas!

--¿Cómo he de masticar, mamá, si a la una y media c
omienza el ensayo de
la _obra_?

García pronunciaba esta palabra con el mismo alient
o sonoro y la unción
con que el director del Español decía _el arte_. Y
al teatro se iba y
vagaba como una sombra espectral del escenario a la
s butacas y desde
aquí a las galerías meditando el efecto que harían
tales versos oídos
desde lo alto y desde lo bajo, cómo resultarían los
apóstrofes y los
aportes. Pero hay que decir que aquellos malditos c
ómicos le llenaban de
indignación y excitaban su bilis de un modo alarman
te. No tomaban en
serio el ensayo de la _obra_. El primer actor decla
maba con las manos en
los bolsillos y dando paseos de un cabo a otro del
escenario. La primera
dama se estaba arrellanada en una butaca y no cesab
a de chupar bombones.
El barba no se desembozaba de su capa bajo el espec
ioso pretexto de que
se hallaba acatarrado, y el galán joven se pasaba l
a mayor parte del
tiempo diciendo recaditos al oído a la dama joven,
riendo después de lo
que había dicho y volviendo a reír de lo que la jov
en le respondía. Era
cosa para hacer perder la paciencia a un santo. Por
fortuna estos
excesos se fueron corrigiendo según avanzaron los e

nsayos; el primer actor sacó al fin las manos de los bolsillos; la primera dama cesó de engullir bombones y se alzó de la butaca; el barba deshizo el embozo de la capa. Sólo el galán joven persistió cínicamente en hablar al oído a la dama joven y en provocar su risa y en reír él mismo de haberla provocado. Este galán joven era un ser perfectamente ligero y superficial, indigno de desempeñar un papel en la obra_. No sabía pronunciar, ni distinguía los sonidos, ni separaba las palabras, ni sostenía los finales. Además su tono era siempre familiar cuando en algunos casos precisaba emplear el sostenido, por ejemplo en la bella hipotiposis del segundo acto, cuando narraba un interesante incidente de caza. No sabía accionar. Sus movimientos eran desproporcionados. No mantenía el cuerpo recto, ni las rodillas derechas, ni el pie izquierdo un poco trecho delante del otro, ni los hombros quietos, ni los brazos algo separados del cuerpo. Además (y esto era lo más grave) cuando bajaba el brazo, en vez de dejar caer primero la mano y que las demás partes siguiesen por su orden, en vez de presentar los dedos doblados con suavidad y conservar entre ellos la gradación natural, extendía siempre el brazo precipitadamente y con rigidez y mantenía los dedos de la mano tiesos y abiertos. Naturalmente estas y otras infamias iban nutriendo en el corazón de García un odio feroz. Al principio este odio se exteriorizó por una serie de fruncimientos de ce

jas, de sonrisas
sarcásticas y de bufidos desdeñosos en cuanto aquel
impostor entraba en
parlamento. Después comenzó García a hacer círculos
en tomo de él como
un ave de presa alrededor de su víctima y a expresa
r en voz bien
perceptible su descontento, haciendo ademán de diri
gir la palabra a
Tristán. Por último en uno de los últimos días le a
bordó resueltamente y
con sonrisa contraída y voz alterada le dijo:

--Me parece, señor mío, que está usted equivocado r
especto al modo de
representar esta obra. La está usted representando
como si fuese una
obra de _enredo_ y esta es una obra de _carácter_.

El galán joven le miró estupefacto. Aquel ser menud
o, velloso, de
ojillos vivos y hundidos, con su sombrero grasiento
y su capa raída
había excitado ya la curiosidad de los actores. Le
contempló unos
instantes en silencio, y después sin dignarse respo
nder le volvió la
espalda. Pero no dejó de comunicar al momento el la
nce con la dama
joven. García pudo cerciorarse de ello por la risa
y la algazara que
armaron y por las miradas insolentes y burlonas con
que desde entonces
le regalaron.

Llegó por fin el día del estreno. Desde veinticuatr
o horas antes el
estado de agitación de García superaba a todo lo im
aginable. Atacado de
una especie de epilepsia ambulatoria corría de su c
asa a la de Tristán,
de aquí al teatro, después al colegio _Platónico_ a

prevenir al
mayordomo, al inspector y a uno de los pasantes, hom-
bres de toda su
confianza, que estuviesen preparados para _todo_, e
n seguida al
Greco-Latino a hacer lo mismo, más tarde a buscar
al marido de su
lavandera para entregarle una entrada de paraíso, l-
uego al café de
Madrid para ver a Fariñas, su camarero favorito, qu-
ien le había
prometido tres o cuatro hombres de buenas manos cal-
losas que sonaban
como tablas, luego a visitar a un dependiente de la
Dalia Azul que había
conocido una tarde de merienda en los Viveros. Entr-
e todos estos amigos
y conocidos había repartido treinta o cuarenta entr-
adas de galería y
paraíso que Tristán le había entregado para el caso
. Pero García no se
había limitado a repartirlas, sino que como un gene-
ral experto recorría
a menudo las líneas, daba instrucciones, infundía a-
lientos y exaltaba la
imaginación de aquellos honrados alabarderos, hacié-
ndoles pensar que del
choque adecuado de sus manos una contra otra depend-
ía el porvenir de la
literatura española.

Pero he aquí que cuando venía rendido y jadeante de
una de estas
revistas se le acerca en la Carrera de San Jerónimo
un amigo y le dice
al oído:

--García, te prevengo que la obra de tu amigo será
estrepitosamente
silbada. Yo sé de una casa de la calle de Toledo do-
nde se han reunido
esta tarde hasta veinticuatro reventadores y esa ha

sido la consigna.
Además, en la calle de la Escalinata creo que ha habido ayer otra reunión por el estilo.

Oír esto García y perder la razón fue todo uno. Y en su locura furiosa comenzó a desbarrar de un modo lamentable. Lo mejor que se le ocurrió para contrarrestar la obra tenebrosa de aquella vil canalla fue ir a visitar al inspector de policía del distrito y prevenirle de tales focos de conspiración. El inspector escuchó su denuncia con indiferencia y sólo respondió con un «bien, bien; ya veremos: no hay que preocuparse de eso» que dejó descorazonado a nuestro profesor.

--Es que, señor inspector, si esa canalla se obstina en armar bronca no respondo de lo que pueda suceder en el teatro.

--Pierda usted cuidado; yo respondo de ellos... y de usted también--replicó el inspector con sorna.

Media hora antes de abrirse el teatro la noche del estreno ya estaba García rondándolo provisto de un enorme garrote.

--¡Vaya un código que lleva usted, amigo!--le dijo un revendedor de los que estaban a la puerta.

--Todo puede hacer falta--murmuró García con feroz expresión.

Poco a poco fueron llegando los del zaguante, los leales, el mayordomo y el pasante del colegio Platónico, dos alumnos espigados del

Greco-Latino y el lavandero, la guardia negra del camarero Fariñas, etc., etc., todos provistos asimismo de iguales razones contundentes que su digno jefe.

Tristán no quiso ir al teatro a primera hora: se reservaba conocer el éxito del primer acto para salir de casa. Clara le acompañaba, resuelta a no participar de las emociones del estreno. Si la obra tenía buen éxito ya la vería al día siguiente. En cambio Elena y la condesa de Peñarrubia, que eran ya íntimas amigas, se acomodaron en dos butacas a primera hora. Aquélla no quiso asistir desde un palco por no hacerse demasiado visible, cosa hartamente enojosa, si la obra no lograba buen éxito. Reynoso se quedó también con Tristán en casa, dispuesto a trasladarse al teatro en cuanto se viese el cariz que presentaba el asunto.

El primer acto produjo agradable efecto en el público, aunque no se le tributaron aplausos muy ruidosos. Apenas se bajó el telón García corrió como un cohete a participar a su amigo la fausta nueva. Este la recibió con aparente frialdad, aunque vivamente satisfecho en el fondo. García se volvió inmediatamente al teatro, acompañado solamente de don Germán, pues Tristán, haciéndose un poco el displicente, manifestó que no iría hasta que se supiese el éxito del segundo, clave de la obra.

El éxito del segundo fue brillante. El público complacido, tanto por la

feliz disposición de las escenas como por aquella e
spléndida
versificación donde se advertía al discípulo predil
ecto del gran Rojas,
llamó al autor repetidas veces. García desde el par
aíso también le
llamaba con voz estentórea a sabiendas de que no po
día presentarse.
Esta vez no quiso salir del teatro: era imposible a
bandonar la batalla.
Envió un emisario a su amigo con estas palabras tra
zadas con lápiz:
«Éxito indescriptible. Ven inmediatamente.» Una vez
cumplido su deber,
se creyó en el caso de recorrer el teatro de arriba
abajo para felicitar
a sus valerosas huestes y recibir de ellas la misma
enhorabuena. La faz
de García brillaba pura y radiante como una aurora
de primavera. Cuando
subía al paraíso, cuando entraba en las galerías, c
uando bajaba al
vestíbulo creía sentir todas las miradas posarse so
bre él, creía
escuchar a su paso rumores lisonjeros: «Ese es Garc
ía, el amigo íntimo
del autor, ¡son como hermanos!» Y el glorioso oposi
tor a cátedras se
balanceaba lleno de importancia aunque haciendo esf
uerzos por aparecer
modesto y sereno en medio del triunfo.

Pero he aquí que al entrar una de las veces en el v
estíbulo escucha
voces acaloradas de dos personas que disputaban con
sobrada viveza. Eran
dos caballeros, uno de edad madura, el otro joven.
En torno de ellos
había un grupo numeroso que escuchaba la discusión.
Versaba ésta sobre
los méritos de la obra. El viejo la atacaba: el jov
en la defendía.

García sintió el estremecimiento del soldado que va a entrar en fuego.

El caballero maduro no comprendía por qué se aplaudía aquella obra.

Ningún efecto teatral que tuviese novedad, ningún carácter con verdadero relieve; nada más que versos sonoros, es decir, hojearasca.

García creyó escuchar una voz misteriosa en sus oídos que le gritaba:

«¡Arráncale la vida! ¡Bebe toda su sangre!» Se abrió paso al través de la muralla de carne que le separaba de aquel ser abyecto y encarándose con él le dijo temblando de cólera:

--Sólo por un desconocimiento absoluto de los principios que informan el arte dramático se puede hacer una crítica tan ligera, tan superficial y tan injusta como la que usted está haciendo de la obra que se representa.

El caballero, poseído de viva indignación ante aquel grosero exabrupto le miró de los pies a la cabeza en silencio y al cabo dijo dando a su voz una increíble inflexión de desprecio:

--¿Y usted quién es?

--Yo soy quien soy--respondió García plagiando al Supremo Hacedor--. Por supuesto--añadió con énfasis--el autor de la obra se halla a demasiada altura para que puedan alcanzarle las críticas de los pasillos y las habladurías de los ignorantes.

El caballero refractario se puso pálido y mirando a

García fijamente a los ojos le preguntó:

--¿Es usted el autor de la obra?

--No, señor, soy su amigo.

--Pues lo mismo usted que el autor son dos solemnísimos mamarrachos.

García soltó el garrote, cuya arma no podía jugar en aquella ocasión a causa de la estrechez del recinto, y se arrojó al cuello del crítico no diremos como un tigre, pero sí como el animal que más se le parece. Gran confusión en el vestíbulo. Intervinieron los circunstantes, intervino después un agente de orden público, pero no fue posible que García soltara su presa y salió colgando de ella a la calle empujados por el agente y otros guardias que acudieron a secundarle. Poco después era conducido ignominiosamente a la Prevención. En vano suplicó que se le dejase en el teatro hasta el final de la representación prometiendo constituirse inmediatamente preso. Los guardias fueron insensibles. García hubo de pasar por el trance fiero de no ver el estreno de la _obra_.

Mientras tanto Reynoso y Elena, Escudero, doña Eugenia y Araceli, todos los parientes en suma del afortunado autor recibían alegrísimas enhorabuenas de los amigos y conocidos. Elena había tenido en el entreacto la visita de algunos, entre ellos de Gustavo Núñez, quien sólo

permaneció a su lado algunos instantes grave y ceremonioso. Se despidió para ir al escenario a ver a Tristán y si no estaba para ir a buscarle a su casa. Mientras Elena hablaba con uno de sus amigos acercóse por detrás a saludar a su compañera la condesa un caballero de mediana edad y elegante porte, se estuvo un rato departiendo con ella y se despidió al cabo amable, sonriente, reteniendo algún tiempo en su mano la de Marcela.

--¿Quién es ese caballero?--le preguntó Elena.

--No te lo he presentado porque estabas muy distraída... Es el conde de Peñarrubia.

--¿Tu marido?--exclamó Elena dando un salto en la butaca.

--Él mismo... ¿Te sorprende?--añadió sonriendo--. Siempre se ha manifestado muy fino conmigo. En cualquier parte adonde voy, sea al teatro o a las carreras, nunca deja de hacerme su visita y de enviarme flores o bombones. Es un perfecto caballero aunque no tiene pizca de vergüenza.

Elena se hallaba aturdida. Hacía lo posible por encontrar aquello natural, pero en sus ojos se pintaba tal sorpresa que la condesa reía a carcajadas.

--Y si nos encontramos en cualquier reunión o baile me hace su mijita de corte y baila conmigo un rigodón... Esto no impide

que nos aborrezcamos
cordialmente, ¿sabes? Pero la corrección ante todo,
hija... ¿Lo
ves?--añadió volviendo la cabeza--. El consabido ra
mito.

En efecto, la florista se estaba abriendo paso por
la fila posterior de
butacas para entregar un ramo de flores a cada una.

Escudero rebosaba de contento y su digna esposa igu
almente. Pero Araceli
se mostraba en absoluto indiferente al triunfo de s
u primo. Su corazón
virginal no latía ya sino con los recuerdos feudale
s, y Gonzalito Ruiz
Díaz era el encargado de refrescárselos. Allí lo te
nía a su lado en
todos los entreactos. No podía bajar la vista a sus
gemelos ornados de
una corona ducal sin sentirse agitada por un estrem
ecimiento de placer,
de anhelo y de veneración al mismo tiempo. Acaso el
feudalismo se
hallara mejor representado si Gonzalito estuviese m
ás provisto de
carnes, pero Araceli no parecía echarlas de menos y
se decía a sí misma
con razón que en esta época sólo los plebeyos engor
dan. La interesante
joven tenía, sin embargo, una espina en el corazón.
El duque del
Real-Saludo no la quería por nuera. Era un caballer
o tan almidonado y
tan tieso que a serlo de igual modo el noble fundad
or de su estirpe
fuera imposible que hiciese al rey aquel saludo que
le valió el ducado.
Naturalmente mientras este señor no se ablandase un
poco con la humedad
no había que pensar en boda, porque Gonzalito tenía

más miedo a su padre
que al mar embravecido. La hija de Escudero sufría
mucho con esta
repulsa, pero la encontraba justificada y aun por e
lla profesaba hacia
el duque un respeto sin límites. La duquesa, en cam
bio, se le había
mostrado propicia. La saludaba desde su coche en el
Retiro con extrema
amabilidad, la convidó a su palco del Real dos o tr
es veces y le envió
un precioso regalo el día de su cumpleaños. No era
extraño, pues, que
tuviese esperanzas de que a la postre lograrse reduc
ir a su marido.
Gonzalito procuraba alimentárselas, pero en el fond
o dudaba mucho de
ello, porque su claro papá era más tozudo que un ca
ballero de la Tabla
Redonda.

Vencida la indiferencia del público, o por mejor de
cir enardecido ya por
el aplauso, el tercer acto fue un gran triunfo para
el autor. Llamadas a
escena, palmoteo ruidoso, bravos y otras señales de
complacencia.
Tristán, rojo de emoción, avanzaba por la escena en
tre los actores
recibiendo los aplausos y haciendo profundas cortes
ías... Después en el
saloncillo una nube de amigos que brotan siempre al
calor de los
aplausos como se cuenta que nacen los sapos con la
lluvia de verano. El
autor se sintió abrazado y tuteado por una porción
de sujetos con
quienes jamás en la vida había cambiado un saludo.
El gran dramaturgo
Estévez recibía casi tantos plácemes como Tristán
por haber
descubierto a aquel muchacho y ponerle en el camino

de la celebridad.
Realmente el viejo se sentía contento y se mostraba
orgulloso de haberle
adivinado.

Cuando ya se había sosegado un poco el entusiasmo y
Aldama departía
entre un círculo de amigos distribuidos por los div
anes, apareció en el
saloncillo la figura prolongada del ilustre Pareja,
el sabio ateneísta,
con su levitón flotante y el deslucido sombrero de
copa en el cogote.
Avanzó majestuosamente hasta el autor y estrechando
su mano con fuerza
exclamó:

--¡Bravo, joven, bravo! Le doy a usted mi cordial e
nhorabuena. Ha
demostrado usted mucho talento. Creo que no es posi
ble hacer más sin la
ayuda de la cultura científica que entre ustedes lo
s literatos (me
perdonará usted que se lo diga) es por lo general b
ien deficiente.

A Tristán no le supo bien aquella enhorabuena, pero
la aceptó
disimulando.

Pareja se volvió hacia los circunstantes sonriente,
benévolo, dichoso de
sentirse tan sabio.

--No es posible hacer más, lo repito. Mi amigo Alda
ma es uno de los
literatos que pudiéramos llamar simplistas; pero en
la estrecha esfera
en que se mueve, pocos, poquísimos le aventajarán.
Yo apetezco, sin
embargo, un arte más alto. ¿No es verdad, señores,
que es una tristeza

el observar cuán pobre es la cultura de nuestras escuelas en elementos científicos? Los literatos ignorantes, los que juzgan que basta escribir una novela agradable o un drama interesante sin preocuparse de los grandes intereses sociales y de los problemas científicos, son los que aún dominan. De ahí procede ese arte frívolo, inconsistente, sin enjundia que durante tantos siglos nos ha inmovilizado y con el cual es preciso acabar. Un arte en el cual el concepto no tiene valor ¿qué significa? Una obra literaria sin análisis científico ¿qué es? Hace falta una nueva dirección. Si mis ocupaciones me lo permiten, señores, no será difícil que me entretenga algún día en escribir una novela y un drama. Y entonces les diré a los literatos: «Ahí tenéis la nueva fórmula; ahí tenéis la fórmula de la novela y del drama modernos. Recogedla si queréis: sacad de ella el partido que os fuere posible. Yo os la dejo y me retiro a mis queridos trabajos científicos sin intentar por más tiempo invadir vuestros dominios.»

Este discurso, pronunciado de un solo aliento, produjo efecto gratísimo en la reunión a juzgar por la disposición a la alegría que se manifestó inmediatamente en todos los rostros. Uno de aquellos jóvenes se levantó del asiento y estrechó la mano del sabio con veneración diciéndole:

--Señor Pareja, me haría usted el más desgraciado de los hombres si no influyese para que me reservaran una butaca el día

del estreno de su
drama.

Otro le fue acompañando hasta la puerta haciéndole presente que pensaba dedicarse a la poesía lírica y consultándole al propio tiempo si debía comenzar por el estudio de la Biología o el de la Patología interna.

Cuando ya había terminado el sainete y se disponía el autor a retirarse con sus amigos, el inspector de policía vino a decirle que había hecho detener por sospechoso a un hombre de mal aspecto que se hallaba en el paraíso y que decía conocerle.

--¿Mal aspecto?--preguntó Tristán.

--Malísimo.

--¿Unas barbas muy largas? ¿Cara de asesino?

--Sí, señor, sí--se apresuró a decir el inspector.

--Suéltlenlo ustedes: es un santo.

El funcionario quedó estupefacto, y aunque nunca quiso convenir en la santidad del paisano Barragán (pues no era otro el detenido) al fin se decidió a soltarlo.

En aquel instante entraba en el saloncillo Reynoso con García. Este, para no turbar a su amigo Aldama, había escrito desde la delegación una esquelita a aquél haciéndole saber lo que le ocurría. Don Germán se apresuró a ir allá y afianzarle. Llegaba el buen García feliz,

resplandeciente. En cuanto divisó a Tristán se precipitó hacia él y cayó en sus brazos llorando de alegría:

--¡Hemos triunfado! Ya sé que has salido siete veces a escena... Si yo hubiera estado en el teatro me dejo cortar las manos si no sales catorce.

--¿Pero es de veras que has estado preso?

--Ya lo creo, por haber querido explicar el argumento a un tío que no comprendía por qué gustaba tu obra. Me parece que a estas horas ya lo ha visto claro.

Tristán le abrazó riendo.

Una porción de amigos de última hora acompañaron al autor hasta su casa en unión de Reynoso y de García. Este hubiera querido organizar una procesión nocturna con hachas de viento como las que solía improvisar la empresa en los triunfos de Estévanez, pero el percance de la detención había hecho abortar su idea.

Tristán durmió mal aquella noche. La embriaguez de la gloria como la del vino enciende la sangre y agita los nervios. Por la mañana se hizo traer los periódicos y se regaló con su lectura. En general se mostraban no sólo benévolos, sino lisonjeros con la producción del poeta novel. A Tristán no le parecía, sin embargo, bastante todo aquello: recordaba las revistas dedicadas a los estrenos de Estévanez, las comparaba con las de

su obra y éstas se le antojaban bien frías. Pero al tomar en manos _El Universal_ y leer la revista del famoso crítico _Leporello_ la ira le hizo empalidecer. Era un artículo desdeñoso, irónico, todo él traspirando amargura y malevolencia. Un furor ciego le acometió. Borráronse de repente de su imaginación los aplausos de la noche anterior, los elogios del resto de la prensa; borráronse también todas las prosperidades que disfrutaba en este mundo, y en un instante se juzgó el hombre más desgraciado de la tierra. Cuando don Germán y su amigo Gustavo Núñez entraron en su cuarto por la mañana le hallaron paseando de un lado a otro con el periódico en la mano y rechinando los dientes.

--¡Claro, esto ya me lo presumía yo! ¿Cómo es posible que Estévanez viera con buenos ojos mi triunfo? ¡Y abrazándome ayer el hipócrita! ¡el canalla!

--Pero ¿qué tiene que ver Estévanez con ese artículo de _El Universal_?--preguntó con asombro Reynoso.

--Pero, ¿no sabes, inocente--profirió Tristán sonriendo sarcásticamente--, que _Leporello_ está casado con una parienta de Estévanez y que no ve más que por sus ojos ni piensa a más que por su cerebro?

A don Germán no le pareció aquello una prueba irrefutable de que el gran

dramaturgo fuese el inspirador del artículo, pero no quiso llevarle la contraria abiertamente observando el estado de agitación en que se hallaba.

--Pero en ese caso ¿por qué ha tomado tal interés por tu obra y por qué la ha hecho representar?

--¿Sabes por qué?--respondió Tristán apretándole la mano y con una expresión de infinita perspicacia--. Porque estaba persuadido de que mi obra haría fiasco. Así lo creían los cómicos todos y éstos no se atreven a respirar si Estévanéz no se lo permite.

Reynoso guardó silencio.

Gustavo Núñez se sentó en una butaca, encendió un cigarro y cruzando las piernas dijo con su habitual displicencia:

--Cuando era niño mi madre acostumbraba a leerme el Año cristiano antes de dormirme. Pues bien, recuerdo la historia de un santo que por espacio de muchos años se hizo pasar por idiota, su amigo con admirable paciencia para ganar el cielo toda clase de burlas y de escarnios tanto de los hombres como de los niños. Después de haber vivido un poco encuentro igualmente admirable el procedimiento para ganar la tierra. Si quieres, amigo, lograr algún resultado en las letras es menester que comiences por fingirte tonto y que lleves el convencimiento a todos de que lo eres. La empresa no es fácil porque los literatos son suspicaces

y bien despiertos, y no se les engaña de buenas a primeras. Toda clase de obstáculos se te enredarán en las piernas y no podrás dar un paso. Pero si persistes y logras convencerles y te ponen el marchamo de medianía incurable, entonces verás cuán desembarazado caminas; las selvas enmarañadas se abrirán para dejarte paso, las montañas se abatirán, los ríos quedarán en seco y entre nubes de incienso proseguirás tu marcha gloriosa arrullado por los ¡h osanna! de la crítica.

Tristán, sin hacer caso de estas palabras, siguió paseando agitado y colérico. Don Germán sonrió y replicó suavemente:

--Todo eso, amigo Núñez, me parece más gracioso que exacto. Jamás ha existido unanimidad de pareceres en este mundo. Mucho menos puede haberla en las obras literarias en que se trata de lo feo y lo bonito. Pero eso no impide que aquí como en todas partes prevalezca al cabo lo que debe prevalecer y perezca lo que debe perecer. Yo he vivido siempre bien alejado del mundo de las artes y las letras, pero tengo el presentimiento de que en la literatura los enemigos contribuyen más a formar las reputaciones que los amigos. Unas veces con un silencio injustificado y receloso, otras con un ataque intempestivo como el que ahora ha experimentado Tristán, señalan al público el sitio donde está lo bueno. En las aldeas de Francia he visto que para descubrir las

trufas sueltan los cerdos al campo. En el sitio donde las hay se detienen y comienzan a hozar estos animales. Entonces acuden a

separarlos, se cava la tierra y se recoge el fruto.

Así los envidiosos delatan el paraje donde existen las trufas literarias; allí acude el

público, los separa y se las come. Perdóne usted lo feo de la

comparación en gracia de su exactitud...

Núñez no quiso conceder la exactitud del símil y se desbordó

inmediatamente en un torrente de paradojas e ingeniosidades, todas bien

amargas y resquemantes. Don Germán le respondió con su habitual

sencillez y se entabló una discusión prolongada. Tristán se puso en

seguida de la parte del pintor y le superó si no en gracia en amargura y

exaltación. Al fin Reynoso la cortó jocosamente advirtiéndole que les

esperaba el almuerzo. Núñez se despidió.

Durante el almuerzo Tristán se mostró tan taciturno que Clara,

sorprendida y dolorosamente impresionada, no apartaba de él los ojos.

Reynoso y Elena se dirigían miradas furtivas, sonriendo unas veces,

otras sacudiendo la cabeza con señales de enfado. Particularmente Elena

se iba poniendo nerviosa con el silencio descortés y embarazoso de su

cuñado. En poco estuvo que no le interpelase bruscamente y sólo

atendiendo a las señas de su marido logró contenerse. Pero no pudo menos

de murmurar una de las veces:

--¡Parece mentira que un hombre tan majadero haya escrito una obra tan bonita!

Tristán alzó la cabeza y preguntó distraído:

--¿Qué decías?

--Que está admirable esta salsa.

Don Germán sonrió y Tristán bajó de nuevo la cabeza persistiendo en su silencio desconsiderado.

En cuanto terminó el almuerzo se encerró en su despacho. Allí vino a llamar no mucho tiempo después García, que traía igualmente un número de El Universal en la mano. En cuanto entró apretó la mano de Tristán fuertemente y dejó escapar estas fatídicas palabras:

--¡Hay que aplastar a la víbora!

Tristán se estremeció. García se dejó caer en una butaca y paseando sus ojos relampagueantes por la estancia como si espera se descubrir oculto en algún rincón al odioso reptil se echó mano al bolsillo interior del chaquetero, sacó un manojito de cuartillas, dejó caer hacia atrás la capa y se puso a leer con voz hueca. Era una respuesta aplastante, en efecto, a la crítica de Leporello nutrida de sana doctrina retórica y adornada con todos los recursos que proporciona al discurso la ortografía española; signos de admiración, interrogantes, puntos suspensivos, paréntesis, etc., etc. Tristán, muy caviloso, apenas

s le escuchaba.

«¡Pero váyase a _Leporello_ con las diferencias entre el estilo adornado y el vehemente y patético! ¿Qué sabe el crítico zorrocloco de humanidades? De éstas no sabe más que lo que a la suya se refiere, y como ésta no ve mucho más allá de sus narices... de ahí que... ¡tente pluma! ¿Cómo es posible que un hombre de tan corta vista logre entender que el fin moral de la tragedia es purgar nuestras pasiones por medio de la compasión y del terror, mientras que el de la comedia es corregir nuestros vicios por medio del ridículo? Pero no hablemos de ridículo, no mentemos la soga en casa del ahorcado. Si el escritor insigne a quien _Leporello_ moteja...»

--¡Por Dios, García!--exclamó Tristán avergonzado.

--¡Déjame! Yo sé lo que escribo--exclamó García con la misma voz vibrante, campanuda, con que leía su artículo.

«Si el escritor insigne a quien...»

--¡Pero García, eso es demasiado! ¿No comprendes?..
.

El retórico extendió su mano para atajarle y sin hacerle caso volvió a repetir con más énfasis:

«Si el escritor insigne a quien _Leporello_ moteja pudiera descender a responderle; si la pluma brillante que ha trazado los prodigiosos versos de _Magdalena_ pudiera mancharse una sola vez, etc.

»

García, trémulo y gritando como un energúmeno, concluyó al cabo la lectura del artículo. Una mirada feliz, triunfante brilló en sus ojillos negros, debajo de sus pobladas pestañas, como una luz interna dentro de un bosque. Envolvió las cuartillas lentamente, las metió en el bolsillo y acercando la boca al oído de Tristán y haciendo una serie prodigiosa de muecas pronunció estas palabras memorables:

--Este artículo saldrá en el correo de esta noche, y pasado mañana o a todo más el sábado se publicará en _El Clamor_ de Alicante. El sábado, pues, ya podrás caminar por la calle con la cabeza bien levantada.

XII

LA NOVENA SINFONÍA

En un billetito perfumado, muy perfumado, y las armas de la noble casa de Peñarrubia estampadas en lacre de color rosa, invitaba la condesa a comer a su entrañable amiga Elena.

«Cherie: Ya que tu señor marido te ha dejado hoy por aquellos bichos tan feos que guarda en el _Sotillo_, ven a alegrar unos instantes esta humilde casita comiendo conmigo esta noche. A las ocho. Tú puedes venir cuando se te antoje que para eso eres el ama. Adieu

, ma petite poupée
de biscuit. Muchos besos, muchos, muchos...

MARCELA.»

El matrimonio Reynoso se hallaba instalado desde el 1.º de enero en su magnífico hotel de la Castellana. Corrían los últimos días de febrero. Don Germán, que había aceptado con semblante risueño por no disgustar a Elena el traslado de domicilio, se aburría mortalmente en la corte. Sólo la ópera y algunos conciertos le indemnizaban de aquellas horribles horas de paseo con los coches en fila viendo cruzar a su lado una ristra de rostros contraídos y de cuellos almidonados. Luego otra vez a verlos en el teatro, en las soirées, después de haberlos visto por la mañana en la acera de la calle de Alcalá y por la tarde en algún _five o'clock_, en la exposición de pinturas, en las carreras, en dondequiera que repicasen. Cualquiera diría, pensaba Reynoso, al observarlos tan presurosos, tan sedientos de verse a todas horas, que estos señores se aman entrañablemente. Y, sin embargo, el día que uno de ellos se presenta con un nuevo tren tirado por un tronco de raza sería asesinado gozosamente por sus más íntimos amigos.

Casi todas las semanas se escapaba el indiano algunas horas o un día entero a su finca. Hasta entonces no había dormido nunca allá, pero como necesitase hacer una larga excursión al monte, determinó quedarse aquella noche y regresar al día siguiente.

A las ocho en punto se detenía la berlina de Elena delante de una casa de la calle de Serrano donde vivía la de Peñarrubia . Ocupaba esta dama un modesto entresuelo sin lujo ni ostentación; la escalera estrecha, los muebles pocos y sencillos, la servidumbre reducida a una cocinera y una doncella. El único lujo que se autorizaba era un exceso de luz y de perfumes. Los vecinos de los otros cuartos al subir la escalera y cruzar por delante de su puerta advertían por el montante una viva, esplendorosa iluminación y sentían en la nariz un penetrante aroma de violeta. No necesitaban más para penetrarse de la clara estirpe de la inquilina.

Cuando Elena llegó no estaba Marcela y aún se pasó un buen rato sin que apareciese. Al cabo hizo su entrada en compañía de Narciso Luna, de Gustavo Núñez y de otra dama que llamaba Enriqueta. Venían de una _matinée_ en casa de la de Somorrostro, donde decía que se habían encontrado casualmente. Marcela había invitado a comer a Gustavo. Todo parecía muy claro. Sin embargo, Elena sintió un leve estremecimiento olfateando la trampa. Aquella dama a quien no conocía se llamaba Enriqueta Atienza, hermana del marqués de Raigoso, de treinta y ocho a cuarenta años de edad, casada con un banquero, rubia y separada de su marido.

Pasaron inmediatamente al comedor. El criado de Nar

ciso Luna servía la comida. Este vivía en un cuartito de la calle de Recoletos, haciendo sus comidas en el Club. Un criado arreglaba su habitación, limpiaba su ropa y le ayudaba a vestirse. Muchas veces se vestía en el mismo Club, haciéndose traer el frac y la camisa. La de Peñarriba utilizaba al muchacho para sus recados y aun para servir la mesa cuando tenía invitados.

--No; ahí no, Elena... Siéntate aquí.

Y después que la tuvo acomodada la condesa sentó a su lado a Gustavo Núñez.

Elena no pudo menos de sentir un poco de malestar mezclado de miedo. Esta mala impresión se disipó al cabo en el curso de la comida. La alegre conversación y el vino hicieron efecto en su cerebro volátil. Todos la colmaban de atenciones y de mimos. Elena que era propensa a ellos, como una niña de pocos años, pronto se halló en su centro dejando pasar al través de sus ojos y su boca aquella infantil, inagotable alegría que formaba su principal encanto.

Antes que hubiesen terminado de comer llegó el vizconde de las Llanas, el cual, por ciertos signos indubitables, pronto hizo comprender a Elena que era el amante de Enriqueta Atienza. Un noble de traza innoble, joven aún pero bien estropeado; el pelo lacio, las mejillas hundidas, la nariz amoratada, la voz aguardentosa, los ojos levemente

torcidos y aviesos. A

Elena le produjo malísimo efecto aquel aristócrata que tenía todo el aspecto de un caballero de industria. Además hablaba con un cinismo repugnante bien lejano del culto e ingenioso de Núñez.

La conversación era animada aunque reducida casi toda a la narración y comentario de las intrigas amorosas que se anudaban y se desanudaban en el círculo de sus conocimientos. Pepita Z*** había entrado al fin en relaciones con el marqués de G***. ¡Cuánto tiempo le había estado despreciando! Como que esperaba que el duque de A*** se rindiese a sus encantos. Convencida al fin de que el duque no se hallaba dispuesto a morder aquella manzana pasada, cayó arrepentida en los brazos del marqués. Blanquita H*** estaba pasando las grandes ducas por Manolo L*** y éste sin hacerle caso.

--¿Y por qué no la quiere Manolo?--preguntó Núñez--. Blanquita es una preciosa criatura.

--Porque está enamorado de su mujer según dicen--respondió Enriqueta Atienza.

--¡Qué mal gusto!--exclamó la condesa--. Gorda como una barrica de aceite y bizca por añadidura... ¿Pero Manolo no se había casado con ella por el dinero?

--Todo el mundo pensaba eso y él mismo no se ocultaba para decirlo.

Ahora al cabo de seis años resulta que se pone loco perdido por ella y tiene unos celos atroces de Marquina.

--¡Válgate Dios! ¡Después de tanto tiempo como llevan de relaciones! Me parece que Marquina entró en amores con ella antes de ser ministro, ¿verdad?

--Ya lo creo; ni soñaba con serlo. Pues a pesar de eso Manolo está furioso, persigue a su mujer y la vigila. El día me nos pensado va a dar un escándalo provocando a Marquina.

--Muy mal hecho--profirió la condesa.

--Muy mal hecho--repitió Gustavo Núñez.

--Muy mal hecho--corroboraron el vizconde de las Llanas y Narciso Luna.

--Unos amores tan largos es cosa que debe respetarse--manifestó Enriqueta con profunda convicción.

Los demás expresaron también su aprobación poniéndose muy serios. Parecía que aquel adulterio era cosa sagrada e intangible.

A los postres llegó Rosita León, una mujercilla que sólo tenía de joven la figura grácil, elegante y vivaracha. El rostro bastante ajado y con pronunciadas ojeras. Rubia también y separada de su marido.

--Es una observación que vengo haciendo desde largo tiempo--dijo Gustavo Núñez echándose atrás en la silla y limpiándose la

boca para beber--.

Todas las señoras que no están de acuerdo con sus maridos se pintan el pelo de rubio. Parece así como la primera señal ostensible de su independencia, una declaración enérgica y valerosa de que están hartas del yugo matrimonial y que no se hallan dispuestas a soportarlo por más tiempo.

--Eso no es exacto--repuso la condesa un poco picada--. Aquí tiene usted a Elena que es rubia y sin embargo se halla bien conforme con su marido.

Núñez no dio su brazo a torcer y replicó inclinándose correctamente:

--Cuando se tiene un marido tan amable y tan simpático como Elena, no sorprende esa conformidad.

El vizconde de las Llanas y Enriqueta levantaron hacia él los ojos con curiosidad no exenta de malicia.

--Eso de la conformidad--manifestó Rosita León aceptando una copa de champagne que le tendía la condesa--es cosa complicada. Se puede estar de acuerdo desde ciertos puntos de vista y sin embargo no estarlo desde otros.

El vizconde soltó una estrepitosa carcajada.

--¿Y cuál es el punto de vista desde donde su marido no es aceptable, se puede saber?--preguntó groseramente.

--¿Se puede saber cuándo dejará usted de ser un sin vergüenza?--Luego añadió bajando la voz:--Yo estimo mucho, muchísimo a mi marido, pero... francamente no le quiero, ¿por qué no he de decirlo?

--Él en cambio la quiere a usted muchísimo, pero no la estima--dijo sonriendo Núñez.

--¿Por dónde le ha venido a usted esa noticia?--replicó la de León vivamente y con señales de cólera. Era sino del pintor despertarla fácilmente; pero como hombre bien educado y cauto sabía restañar prontamente las heridas.

--Por lo que a mí me sucede. Yo cuando quiero mucho a una mujer desearía estrujarla.

Rosa no pudo menos de reír.

--Está visto, Marcela, que te complaces en recibir en tu casa a los hombres más desvergonzados de Madrid.

Mas el pintor tenía la atención puesta en otro punto y temía que aquel libre chisporroteo ahuyentase la caza que perseguía. Poniéndose serio y con ademanes de hombre sensato y convencido principió a decir lentamente:

--En este asunto de la fidelidad conyugal pienso que casi todos nos equivocamos. Así que vemos a una mujer casada corriendo una aventura, lo primero que decimos es: «Esa mujer no está conforme

con su marido», si
es que no aseguramos: «Esa mujer aborrece a su mari
do». Si meditásemos
con calma y observásemos con cuidado comprenderíamo
s que es injusta la
sospecha. Estoy absolutamente persuadido de que la
mayoría de las
mujeres que faltan a sus maridos no lo hacen porque
dejen de hallarse
conformes con ellos ni menos porque los aborrezcan.
..

--¿Entonces por qué les faltan?--preguntó Narciso L
una riendo.

--Por la tendencia invencible que todos los seres s
entimos hacia la
variedad, a lo menos como seres corporales. Sería m
uy bello que fuésemos
espíritus puros. Entonces acaso existiera en los ma
rimonios fidelidad,
aunque lo dudo, porque la inclinación al cambio res
ide igualmente en el
fondo de nuestra naturaleza espiritual. Pero ¿cómo
ni por qué
contrarrestar los impulsos vitales con que la natur
aleza nos advierte
que por encima de nuestros mezquinos intereses está
n los suyos, que esas
convenciones que llamamos sagradas son cosas para e
lla absolutamente
despreciables? Toda mujer percibe instintivamente q
ue la promiscuidad no
es un crimen natural como el robo o el asesinato, s
ino artificial
inventado por el egoísmo de los hombres. Si no falt
a a su marido será
porque teme a las consecuencias, no porque le aterr
e el pecado.

--¡Choque usted, Núñez: eso mismo he pensado yo sie
mpre!--exclamó

Enriqueta Atienza alargando su copa que Gustavo se apresuró a tocar con la suya.

--Una mujer puede amar mucho a su marido--prosiguió el pintor--, pero llega un momento en que sin darse ella misma cuenta, por un impulso vivo pero fugaz de su naturaleza se entrega a otro hombre. ¿Quién no tiene en el mundo caprichos? ¿Quién no siente estos impulsos inconscientes de su naturaleza? ¿Qué tiene que partir con ellos nuestra alma ni nuestras verdaderas y profundas afecciones? El mundo injusto y cruel como siempre condena a aquella pobre mujer, la persigue y la mal dice.

--Sin embargo--apuntó la condesa que presumía de dialéctica sutil--, la responsabilidad que el mundo exige a la mujer no se funda precisamente en la conciencia o inconsciencia de su capricho, sino en las consecuencias que consigo arrastra. Hay maridos tranquilos, que tienen la piel dura... que no son muy aprensivos...

--Vamos, maridos sin vergüenza--exclamó Rosa León.

Los comensales rieron y la condesa también.

--A esta clase de maridos no se les hace ningún daño. Pero hay otros susceptibles, de una sensibilidad exquisita y a éstos una falta que en sí misma tiene tan poco valor puede herirles de muerte.

--Si les hiere de muerte es porque padecen una aberración--replicó el

pintor--. No son espíritus sanos, bien equilibrados . Pero en fin, no se trata de eso. A la mujer corresponde evitar disgustos a su marido por medio de una gran prudencia, del más profundo secreto. Basta con eso, porque repito y sostengo que no hay tal crimen. Si lo hubiese sería igual para los dos cónyuges, y bien saben ustedes que las faltas del marido, cuando no son excesivamente escandalosas, ni atentan al matrimonio ni extinguen por lo general el amor de la esposa.

Elena escuchaba con intensa atención. Las palabras del pintor le sorprendían y aunque no les diese completo asentimiento, no pudo menos de hallarlas razonables.

Núñez con astucia cambió en seguida la conversación . Las señoras dieron permiso para encender los cigarros y, con asombro de Elena, la condesa aceptó un cigarrito de tabaco turco que Narciso le ofreció.

--¿Y dónde anda ahora Menelao, amigo Gustavo?--preguntó con sonrisa insolente el vizconde de las Llanas.

Núñez se turbó levemente y echó una rápida mirada de reojo a Elena. Luego se puso serio y murmuró de mal humor:

--No lo sé.

--¿Viaja lejos de Esparta?

El pintor visiblemente molesto se contentó con alzar los hombros,

dirigiendo en seguida la palabra a la condesa. El vizconde hizo un guiño a Narciso Luna y dejó escapar una risita maligna.

Se levantaron de la mesa. El café se les sirvió en el gabinete de la condesa. Esta se fue a la sala antes de terminar, abrió el piano y comenzó a teclear suavemente: luego llamó a Elena, la hizo sentar a su lado en un diván y comenzó a charlar perdiéndose en un mar de graciosas y menudas confidencias que aún alegraron más a Elena con estarlo ya mucho a causa del champagne. Cuando se hallaban más distraídas vino a interrumpirlas Gustavo Núñez.

--¡Usted siempre tan importuno!--exclamó la condesa.

--¡Perdón! Me daba el corazón que se estaban ustedes contando secretos... y los secretos de las señoras me fascinan. Dios no ha hecho ni puede hacer otra cosa más interesante. Me retiro--añadió dando un paso hacia la puerta--, pero conste que lo hago con todo el dolor de mi alma.

--Acérquese usted, granuja, arrime usted una silla y venga usted a pedir perdón a Elena de haberla escandalizado hace un momento.

Elena nada había hablado a la condesa de las opiniones de Núñez.

--Siento mucho que no le parezcan bien y si hubiera sabido su disconformidad me guardaría de emitirlas.

--Debiera usted suponerlo, malvado, porque Elena adora a su marido.

--Volvemos a lo mismo, condesa. Las mujeres que adoran a sus maridos me encantan. Y si cometen alguna falta (de lo cual nadie está libre en el mundo) yo las perdono de buen grado porque tienen corazón.

Elena soltó una carcajada.

--Sabe usted decir las cosas de un modo, Núñez, que cualquiera pensaría que habla usted en serio.

--¿Tan absurdas encuentra usted mis ideas?

Efectivamente Elena las hallaba completamente disparatadas y así lo manifestó sin rodeos. Se inició una discusión viva pero amical entre el pintor y la dama. La condesa les dejó enfrascados en ella y fue a reunirse con sus amigos en el gabinete. Núñez se mostró paradójico y chispeante como siempre, pero más delicado, más insinuante que nunca.

Elena no pudo menos de reír muchas veces admirando su gracia y habilidad. Gustavo tuvo espacio y ocasión para decir todo, todo lo que bullía en su mente desde hacía algunos meses sin que la dama encontrase motivo para enojarse. El tiempo transcurría, la charla fue haciéndose cada vez más íntima. Elena, un poco aturdida, se iba dejando arrastrar a las confidencias. Como se veía aplaudida y mimada por aquel hombre, le mostraba su interior inocente, pero voluble y capri

choso. Núñez
comprendió que el vicio no arraigaría jamás en su temperamento infantil
pero podía caer por la ligereza increíble de su espíritu.

Al cabo se alzó sofocada del diván. Cuando entró en el gabinete debía de tener el rostro encendido. Todos la miraron con insistencia y creyó notar en sus ojos cierta curiosidad burlona. Vio que a hurtadillas el vizconde de las Llanas apretaba la mano del pintor como si le diese la enhorabuena. Bruscamente se despidió.

--¡Tan pronto!--exclamó la condesa.

En vano la suplicaron que se quedara otro ratito. Resueltamente se iba. Se sentía sofocada, con un deseo irresistible de salir de aquella casa. Bajó la escalera precipitadamente, montó en el coche y se dejó caer en un rincón. Pero allí su agitación fue en aumento, tenía toda la sangre acumulada en las mejillas; latían sus sienes, temblaban sus manos, sonaban en sus oídos aquellos requiebros delicados en la superficie, en el fondo desvergonzados. Lentamente se despojó del guante de la mano izquierda que acababa de ponerse. En aquella mano habían estampado un beso hacía un instante y ella, en vez de castigar la insolencia, se había limitado a levantarse del asiento roja como una amapola. ¿Cómo había perdido la fuerza para rebelarse? Esta idea dolorosa trazaba una arruga profunda en su frente. Su imaginación volaba, volaba hacia el

Escorial. ¡Qué feliz había sido allí siempre! ¿Por qué había tomado tanto empeño en venir a Madrid? Esta ciudad empezaba a causarle miedo. Jamás en su vida se había hallado tan humillada y tan inquieta. Cuando llegaron a la puerta del hotel y el lacayo vino a abrir la portezuela, sin hacer movimiento alguno para salir le preguntó:

--¿El tiro de mulas está aquí o en el Sotillo?

--Está aquí, señora.

--Quitad éste y enganchadlo.

--Está bien, señora--replicó el lacayo sorprendido.

Y como permaneciese de pie con la portezuela abierta esperando que la señora bajase, ésta le dijo con alguna impaciencia:

--Cierra, yo no salgo del coche.

La sorpresa del lacayo fue mucho mayor. Habló en voz baja con el cochero, bajó éste del pescante, tomó otra vez la orden de la señora y se dispuso a cumplimentarla. Un buen cuarto de hora se tardó en cambiar los tiros de la berlina, porque el de mulas no estaba enjaezado. El cochero propuso cambiar el coche por una carretela de camino, pero Elena se negó a ello. Era poco más de las once.

--Al Sotillo--dijo con firmeza al lacayo cuando todo estuvo a punto. Ni éste ni el cochero sintieron esta vez sorpresa porq

ue ya se lo habían
tragado--. ¡Vivo! ¡vivo!--Apenas salieron por la pu
erta de San Vicente
emprendieron el galope. La noche era oscura; el ci
elo estaba
aborrascado; grandes nubes negras, informes, monstr
uosas corrían por él
dejando por intervalos descubierto algún rincón de
azul oscuro. La
tierra se extendía negra, amenazadora como el cielo
. En poco más de tres
horas alcanzaron el Sotillo, que dormía el sueño pr
ofundo y tranquilo
del labriego. Ladraron los perros furiosos, pero al
oír la voz del
cochero se amansaron repentinamente. Elena subió a
las habitaciones de
su marido. Este al sentir el ruido del coche y los
ladridos de los
perros se había vestido apresuradamente. Cuando la
vio aparecer quedó
estupefacto. ¿Qué ocurría? ¿Cómo a tales horas...?

--Nada--replicó ella turbada--. He sentido mucho mi
edo y no pude
resistir.

Don Germán tuvo una sonrisa cariñosa para aquel cap
richo infantil. Ya
estaba acostumbrado a ellos.

--¡Vendrás muerta de frío, hija mía!--dijo acariciá
ndole el rostro,
palpando su espalda.

--No, he venido muy bien abrigada.

Reynoso mandó encender las chimeneas del dormitorio
y del saloncito
contiguo que ya estaban apagadas; luego despidió a
los criados y se
encerró con su esposa.

--¿Pero qué es eso? ¿qué es eso?--dijo paternalmente tomándole una mano y arrastrándola suavemente hacia un diván. Elena le echó los brazos al cuello y rompió a llorar. Don Germán asustado, confuso la instó para que se explicase. ¿Qué había pasado? ¿Había tenido algún disgusto con los criados? ¿Le habían dado algún susto? Elena callaba, llorando cada vez con más sentimiento. Al cabo profirió entre sollozos:

--No sé lo que tengo... nada me ha pasado... pero he sentido miedo de pronto... ¡un miedo tan horrible...! Pensé que no te volvería a ver más...

Reynoso sonrió aplicando sobre sus mejillas algunos besos prolongados.

--Es que estás nerviosa, hija mía.

--Sí, muy nerviosa.

--Voy a llamar para que te traigan una taza de tila con azahar.

Elena se opuso resueltamente. Se encontraba bien; no necesitaba otra cosa que tranquilidad y sentirle cerca de sí. Y se estrechaba contra él y le apretaba la mano y de vez en cuando la llevaba a sus labios.

Reynoso a su vez la apretaba tiernamente contra su pecho y le acariciaba la cabeza rozando con los labios sus cabellos dorados.

Al cabo de un largo silencio, Elena levantó sus ojos

s mojados de lágrimas
y sonriente y confusa balbució con mimo:

--¡Si me hicieses un favor, Germán!

--¡Cuanto tú quieras, alma mía!

--Es que acaso te moleste...

--Si me molesta, mejor: así tendrá algún mérito.

--Quisiera que tocases la novena sinfonía de Beethoven, esa obra que tanto me gusta... Yo pienso que me tranquilizaría más que la tila y el azahar.

--¡Pero eso no es molestia, hija mía! Es un placer--replicó riendo el caballero.

Y abrazándola de nuevo y estampando un beso en su frente se alzó del asiento, se acercó al piano y lo abrió.

Elena comenzó a escuchar con tal inmovilidad y silencio que parecía la estatua simbólica de la atención. Aquel ser pueril, de natural tan ligero y aturdido hallaba repentinamente en el fondo de su alma una seriedad increíble. Las frases graves, solemnes de la inmortal sinfonía le revelaban el acuerdo misterioso de las cosas entre sí y el de su propio corazón con el universo. Su espíritu se bañaba en lo infinito y percibía como uno de los más escogidos de la tierra la eterna, profunda armonía que reside en el centro de la vida inmortal. No lloraba: sus grandes ojos abiertos parecían absorber oleadas de

luz. De vez en cuando
los cerraba con un gesto aprobador. ¡Así es; así es
el mundo; así es la
vida! Reynoso que había advertido vagamente el efec
to que aquella obra
producía siempre en su esposa la tocaba ahora con s
ingular maestría, con
un sentimiento arrobado y una unción que hasta ento
nces jamás había
sentido.

Cuando terminó y se alzó del asiento, Elena vino ha
cia él, se colgó de
su cuello y dejó caer la cabeza sobre su pecho sin
decir palabra. Así
estuvieron unos instantes. Suavemente Reynoso la co
ndujo al diván y la
sentó sobre sus rodillas. ¿Y ahora estaba contenta?
Sí, sí, Elena estaba
muy contenta; todo se le había pasado. Y volviendo
repentinamente a su
acostumbrada alegría comenzó a charlar con animada
volubilidad. ¡Qué
susto le había dado! ¿verdad? ¡Vaya una cara chisto
sa que había puesto
cuando la vio aparecer! ¡Ni que fuera la estatua de
l Comendador! Él se
defendía; se había asustado, es cierto, pero inmedi
atamente había
sentido una extraordinaria alegría.

--¡Mentira! Tú te dijiste: «Vaya unas horas oportun
as que tiene mi
mujercita para visitarme.» Y echaste de menos en se
guida tu hermoso
sueño interrumpido.

--¡Qué idea! Al contrario; por ver estos ojos divin
os, por acariciar
estos cabellos de oro, por besar estas manos de nie
ve y de rosa velaría
yo toda la vida.

--No seas embustero. Confiesa que dormías a pierna suelta y muy a gusto lejos de tu pobrecita Elena.

--Que dormía, sí, lo confieso; pero niego que durmiera a gusto. Mientras el sueño no me rindió tu imagen no se apartó de mi pensamiento.

Elena alegre con estas palabras como un pajarito en el árbol aparentaba no creerle, le tiraba del bigote, le daba suaves bofetadas en las mejillas, le tapaba la boca, «el frasco de las mentiras» como ella decía. Pero él, aunque enajenado por aquella lluvia de caricias, concluyó por mostrarse inquieto. Tal vez su ruidosa alegría dependiera del mal estado de sus nervios, fuese una continuación de la crisis. Así que con timidez le insinuó la idea de acostarse. Elena protestó inmediatamente. Se hallaba admirablemente: no sentía ningún sueño.

--Pero, hija mía, es imposible que después del sacudimiento nervioso que has tenido, después del viaje tan molesto en carruaje, no te sientas fatigada. ¿No sería mejor que fueses a la cama?

Hizo nuevas protestas de que no estaba fatigada, de que no tenía sueño. Quien lo tenía era él, el grandísimo cazurro, que con el achaque de que ella se reposase sentía unas ganas atroces de meterse otra vez entre sábanas y roncar como un gañán. Don Germán reía asegurando que sólo temía por la salud de ella.

--¡Pero cuántas mentiras me has dicho hoy, Virgen del Carmen! ¿No te remuerde la conciencia de engañar de ese modo a una infeliz mujer?

Y de nuevo volvió a su charla voluble, incoherente, hablando del adorno de la casa, que era su tema favorito, saltando por intervalos al teatro, a las tertulias que había asistido, a las amigas, para volver de nuevo a la casa, a sus eternos proyectos de reforma, echar abajo el tabique del comedor, levantar en el jardín sobre columnas una _serre_ que comunicase con él, cambiar la decoración del despacho de su marido que era muy vulgar por un mobiliario estilo americano que había visto en la calle de Alcalá. Porque Elena se metía a reformar hasta las habitaciones particulares de su marido y éste la dejaba hacer, feliz de verla tan divertida.

Poco a poco, no obstante, aquel chorro de palabras se fue haciendo menos copioso. Su marido se lo hizo notar. ¿Tendría sueño por ventura? Elena se mostró indignadísima ante aquella superchería y para castigarla le dio unos cuantos pellizcos y le tiró del bigote con refinada crueldad. Pero entonces, ¿por qué comenzaba a apoyar la cabeza en su pecho? ¿Por qué no se mantenía derecha?

--Porque hablo mejor así, antipático. ¿No comprendes que tengo la boca más cerca de tu oído?

Sin embargo cada vez hablaba menos. Últimamente se quejó de que su marido no decía nada. ¿Por qué no hablaba? ¿Todo lo había de decir ella? Reynoso por complacerla se puso a contarle lo que había hecho durante el día, su excursión a la sierra. Elena escuchaba cediendo cada vez más al letargo que la invadía. Su marido sonrió. Ella advirtió su sonrisa.

--¿De qué te ríes socarrón? ¿Te figuras que tengo sueño?

No, no tenía sueño: y para demostrarlo abría desmesuradamente sus hermosos ojos negros.--¡Habla, habla que te escucho!

Don Germán siguió hablando maquinalmente, sin preocuparse de lo que decía. Al cabo aquellos ojos brillantes quedaron inmóviles unos instantes y de pronto se cerraron. Elena se durmió como un niño en los brazos de su marido.

XIII

VIDA LITERARIA

El estreno feliz de su drama fue una verdadera desgracia para Tristán. Los reparos que algunos críticos pusieron a la obra, particularmente los del famoso Leporello, le hirieron como graves injurias. Además, esperando fundadamente que permaneciese mucho tiempo

o en el cartel, la empresa, atendidas ciertas circunstancias de renovación de abono, la retiró después de la quince representación. Fue un golpe mortal para su amor propio. Desde luego sospechó que la mano de Estévanez, del traidor Estévanez había intervenido en este asunto. Así que vio que comenzaban los ensayos de un drama de éste ya no le cupo duda alguna. Un odio frenético prendió en su corazón. Para desahogarlo un poco comenzó a asistir a las tertulias literarias de los cafés y cervecerías, con predilección a una que se reunía por las noches en un rincón del café de Fornos. Allí, sobre aquellas dos mesas de mármol pegadas, se hacía diariamente la disección en vivo de los escritores de más nota. Naturalmente Estévanez, en su calidad de astro de primera magnitud, era quien más a menudo ofrecía sus carnes palpitantes al estudio de aquellos jóvenes anatómicos. Tristán gozaba voluptuosidades desconocidas metiendo en ellas el bisturí de su lengua. Sus aptitudes quirúrgicas se desenvolvieron prodigiosamente con el ejercicio. Él, que había sido hasta entonces hombre de estudio, en pocos meses se hizo un maldiciente de café. Pasaba aquí horas y horas no sólo sin preocuparse de sus libros sino, lo que era peor, sin preocuparse mucho de su joven esposa. Esta, que cada vez se encontraba más pesada a causa de su embarazo, salía poco de casa. La acompañaban Elena y Visita; recibía también las frecuentes visitas de doña Eugenia y Araceli, pero

su señor marido no
hacía mucho polvo en casa.

El caso es que Tristán, pasando la vida en el café y en los saloncillos de los teatros, juzgaba de buena fe por una increíble aberración de su espíritu que llevaba la existencia más adecuada para un literato. Ocupado incesantemente en triturar las obras de los demás, aguzaba, es cierto, su sentido crítico, pero se le iba embotando la inspiración creadora. Así que cuando se ponía delante de la mesa de trabajo le costaba insuperable emborronar algunas cuartillas. Y cuando al día siguiente las leía parecíanle tan desabridas que solía dar casi siempre con ellas en el cesto de los papeles rotos. Hervía no obstante su cerebro en proyectos, sentía cada día más vivo el deseo de la gloria, pero cada día se hallaba también más incapaz de cualquier esfuerzo tenaz y serio para conquistarla. Por otra parte, una vez alcanzada preveía los sinsabores que consigo arrastra, sentíase débil para sufrir las objeciones de la crítica como ya lo había experimentado, comprendía que en cuanto se levantase un poco tendría contra sí a todos sus camaradas de café y de saloncillo y se sentía intimidado. Veíase yacente y desnudo sobre aquellas dos mesas pegadas del café de Fornos. ¡Cuán torvas brillaban las cuchillas y los bisturíes! Ya los creía sentir en sus entrañas. Y de hecho estaba bien seguro de que la amistad con los jóvenes anatómicos no aplacaría, sino que exacerbar

ía su fiereza.

Indudablemente era más dulce buscar las articulaciones de los otros. Ya no frecuentaba tanto a Gustavo Núñez porque a éste le agradaban más los apartes con las damas que las reuniones con los hombres aunque fuesen literatos. Sin embargo, alguna vez paseaban o comían juntos. El pintor no había dejado de visitar la casa de los recién casados aunque estaba seguro de que no era santo de la devoción de la señora. Y en estas conversaciones solía embromar lindamente a Tristán con sus nuevos amigos reprochándole el tiempo que perdía. Tristán se defendía alegando que el trato con la gente de la misma profesión era de absoluta necesidad para sostenerse y confortarse.

--No lo pienses, querido Páramo, no lo pienses. La unión hace la fuerza en todas partes menos en el arte. En el arte el aislamiento es el que hace la fuerza.

Nuestro joven se daba alguna vez cuenta de ésta y otras verdades que Núñez le soltaba a quema ropa. En ciertos momentos veía lo estéril de aquellas críticas y lo triste de estar acechando y comentando el trabajo de los otros descuidando el suyo. Por otra parte, tanto en el café como en los saloncillos de los teatros, había tenido ya más de un rozamiento, alguna disputa agria que no había terminado en el campo del honor por milagro. Acaso no fuera milagro, sino el temor que inspiraba la misma violencia de Tristán y su extraordinaria habilidad

en la pistola, ya
conocida de algunos. Pero por más que despreciase e
n el fondo del alma
aquellas resquemantes tertulias y se propusiera más
de una vez huirlas,
no le era posible. Después de almorzar, los pies le
arrastraban quieras
que no al café de Fornos y después de comer hacia e
l saloncillo del
Español o de la Comedia. Para ello a menudo necesit
aba despertar a su
joven esposa, que después de las comidas gozaba en
sentarse sobre sus
rodillas y quedar un momento traspuesta con la cabe
za apoyada en su
hombro. Crueldad estúpida de la cual no se daba bie
n cuenta. La pobre
Clara sentía el corazón apretado cuando su marido p
or ir a gozar la
compañía de sus amigos la obligaba a levantarse de
aquel asiento donde
el amor la clavaba. ¡Si supiera que aquellos amigos
por quienes la
abandonaba le aborrecían cordialmente como se aborr
ecían entre sí y
estaban siempre aparejados para inferirle todo el m
al que pudieran!

Una de las pocas, casi la única admiración que ya l
e quedaba a Tristán
en literatura era la de Rojas, su maestro y protect
or. No asistía con
puntualidad a sus tertulias nocturnas de los vierne
s, pero iba de vez en
cuando. Y cuando tropezaba en la calle al célebre p
oeta, nunca dejaba
de departir con él algunos instantes y solía acompa
ñarle hasta el paraje
adonde se dirigía. Además se complacía en defenderl
e en todas partes y a
boca llena le apellidaba el primer poeta español de
su siglo. Un día fue

invitado para la velada que en honor suyo debía celebrarse al día siguiente en el salón paraninfo de la Universidad. Como admirador, como discípulo y amigo íntimo, ocupó un puesto en primera fila, «entre los alabarderos» como él mismo decía riendo a su maestro. Leyó éste con su reconocida maestría, admirada en toda España, lo mejor de su repertorio, _La oda a Gravina_, _La barca a pique_, _La cita_, _El cóndor_ y sobre todo las _leyendas_, las incomparables _leyendas_. El público electrizado no se hartaba de aplaudir y pedir más. Mas he aquí que a Tristán le acomete repentinamente un grande, un inmenso tedio. Toda aquella poesía ¿qué era en el fondo? Palabritas sonoras enlazadas unas a otras para halagar el oído. ¿Qué pensamiento, qué emoción se agitaba debajo de esa brillante cascada? Ciertamente que las descripciones eran felices, ¿pero el don de la poesía consiste solamente en describir los objetos exteriores? El espíritu humano no se alimenta de descripciones, sino de ideas y sentimientos. Todo le pareció pueril, primitivo en aquella poesía. En una época de duda, de tristezas de engaños como la nuestra se le debe exigir al poeta que remueva nuestra alma con las ideas más caras y tentadoras, que eche alguna vez la sonda en los grandes misterios que a todos nos fascinan...

Acometióle tedio y tristeza. Miraba a aquel homecillo ya caduco con sus largas melenas grises que había pasado cincuenta años describiendo

los ojos de las odaliscas y el galope de los caballos, los rugidos de la mar, el vuelo de las mariposas. ¿Y _esto_ es un gran poeta?--se preguntaba con un bufido desdeñoso. En un punto pasó de la admiración al desprecio. Le pareció que caía la venda de sus ojos y se rió de sí mismo que por mucho tiempo había adorado a aquel idolillo de marfil. Cuando instado por el público Rojas se puso de nuevo a leer _La danza de las ondinas_ no pudo resistir más; se alzó del asiento y salió a la calle.

Aburrido y encolerizado bajó hasta la Puerta del Sol y entró en un café a tomar chocolate. Poco después entró Gustavo Núñez con otros amigos, pero los dejó unos instantes y vino a sentarse a su mesa. Bajo la impresión del cambio brusco de ideas, cuando se habían cruzado algunas palabras indiferentes, Tristán desahogó con el pintor aquel nuevo desprecio que sentía. Pocas cosas en este mundo le quedaban ya por despreciar. Núñez hacía tiempo que las despreciaba todas. Escuchole sorprendido y risueño. En sus ojos verdosos chispeaba una alegría burlona observando con qué furor Tristán acometía toda la obra literaria de Rojas. En verdad que no le dejó hueso sano. Como si se hallase bajo el resquemor de un agravio personal se mostró tan excesivo en sus críticas, tan descompuesto y exasperado que produjo un efecto cómico. Núñez soltó la carcajada.

--¡Anda con él, hijo! ¡Chúpale la sangre! ¡Arrástra

le por las melenas!

Tristán se sintió un poco avergonzado.

--No te imagines que éstos son solamente desahogos de café. Antes de muchos días pienso publicar un estudio sobre Rojas y se sabrá lo que ahora pienso de su poesía anodina.

--No harás bien--dijo fríamente Núñez.

--¿Por qué?

--Porque siendo hasta ahora su amigo y admirador se supondrá, como es natural, que habéis reñido.

--No diré una palabra en desdoro de su persona; al contrario, le trataré con el mayor miramiento. ¡Pero en cuanto a su obra. ...!

--Eso es peor, porque entonces se achacará tu ataque a los celos del oficio.

Tristán levantó la cabeza con orgullo.

--Jamás he sentido la envidia.

Núñez alzó los hombros con indiferencia, se quedó unos instantes silencioso y pensativo, y al cabo poniéndose en pie para irse repuso en voz baja:

--¡La envidia...! La envidia, querido Tristán, es un sentimiento tan constante en el corazón del hombre que aun los juicios más exactos, más imparciales acerca de nuestros contemporáneos cuando

o no les son
absolutamente favorables se atribuyen a envidia.

Le dio la mano y se despidió.

No hizo caso de la juiciosa advertencia. Pocos días después aparecía en El Independiente el primer artículo de la serie de tres que dedicaba al estudio de la obra poética de Rojas. Aunque hizo lo posible por moderarse y de buena fe pensó haberlo logrado, el estudio resultó un ataque violento que dejó estupefacto al mundo literario. Como lo había previsto Núñez, levantó polvareda y produjo indignación. Aun los mismos enemigos de Rojas censuraron con acritud la conducta de Tristán. Al cabo se trataba de un anciano cubierto de laureles. Nadie menos que él, su protegido y discípulo, tenía derecho a escribir semejantes artículos. Tales censuras que llegaron pronto a sus oídos y que no tardó tampoco en ver estampadas en la prensa le mortificaron enormemente, le pusieron de un humor endiablado.

No necesitaba de este pequeño tropiezo para vivir malhumorado. La vida para él era un continuo tropiezo. Donde los demás veían el camino raso y cómodo, él encontraba una carrera de obstáculos. El descuido de un criado, la informalidad de un amigo, la pérdida de cualquier objeto, una visita pesada, el frío, la lluvia, el sol, todo servía para obscurecerle y era pretexto para un torrente de amargas reflexiones sobre el universo, la vida, el destino del hombre, etc., que

dejaban atónita a Clara. Esta padecía bastante del humor tétrico de su marido. Sin embargo, el misterio adorable que en su ser se efectuaba y el fausto acontecimiento que esperaba con impaciencia manteníanla en un estado de embelesamiento y de éxtasis del cual no era fácil sacarla.

Un disgusto producido por el temperamento receloso y suspicaz de su marido vino no obstante a arrancarla de él y desazonarla por algunas horas. Había encargado Tristán a un agente privado llamado Samper la venta de ciertos efectos y la compra de otros. Este agente había sido en otro tiempo dependiente de su tío y entonces había hecho amistad con él. Era hombre afectuoso, trabajador y exacto en el cumplimiento de sus deberes. Por esto y por la buena amistad que con él mantenía solía encargarle de sus pequeños negocios, cobro de intereses, permutas de efectos, etc., con preferencia a otros demás posición y categoría. El asunto de que ahora se trataba era de alguna entidad, ventilándose una cantidad de treinta mil pesetas aproximadamente. Por la mañana le había entregado Tristán los títulos con el objeto de negociarlos en la Bolsa por la tarde, y quedaron en verse aquella misma noche en el café a primera hora para que le diese cuenta de la operación. Tristán acudió puntual, pero Samper no pareció por allí. Aguardole media hora, una hora, hora y media. Nada. Entonces acometióle de pronto la sospecha de

que se hubiese fugado con el dinero. Apenas nacida esta sospecha se fue enseñoreando rápidamente de su espíritu. Samper no era rico y treinta mil pesetas pudieran haberle seducido. Aguardó toda vía algún tiempo y al cabo se lanzó a la calle dirigiéndose a paso largo hacia la casa de huéspedes en que aquél habitaba. En efecto, Samper había salido aquella misma noche de Madrid para Santander. Había llegado turbado a casa diciendo que tenía a su padre muriendo, metió apresuradamente alguna ropa en la maleta y había partido. Tristán quedó sofofado de indignación. Comprendió que todo aquello no era más que una comedia. Sin pérdida de tiempo se dirigió al Gobierno civil, habló con el secretario que era su amigo y logró que se pusieran telegramas para que se le detuviese en el camino.

Al día siguiente supo que se le había detenido en Palencia y que regresaba aquella noche conducido por la guardia civil. Pero antes que llegase recibió el paquete de los nuevos títulos comprados que le enviaba un banquero amigo de Samper a quien éste los había dejado con tal objeto. Tristán quedó estupefacto y aterrado de su precipitación. No se atrevió a ir a la estación a esperarle, pero envió a García para que le diese toda clase de excusas y escribió al mismo tiempo al secretario del Gobierno haciéndole saber lo que había pasado y lamentándose mucho de ello. García llegó de la estación pálido y tembloroso. La escena que

allí se había desarrollado fue violenta en extremo.
Samper, más
desesperado aún por el retraso del viaje que por la
vergüenza sufrida,
se había desbordado en palabras de indignación. Los
presentes
compartíanla con él y censuraban acremente a Tristán,
a quien García no
osaba apenas defender. El desgraciado agente, sin ir
a su casa, tomó
otra vez el tren.

Pocos días después un hombre enlutado se presentó en
n casa de Tristán.
Era Samper. Había salido aquél y el agente iba a re
tirarse cuando vio en
el corredor la figura de Clara que se asomaba para
ver quién era la
visita.

--Sólo venía, señora--le gritó desde la puerta--, a
dar las gracias a su
marido por el buen concepto que le merezco...

--Ha sido una equivocación según creo--respondió Clara
toda turbada.

--Yo también me he equivocado, señora, porque pensé
que los sabios como
su marido serían los hombres más prudentes y los más
delicados.

--Perdone usted... Él ha tenido un disgusto bien grande...

--Siento muchísimo habérselo proporcionado--replicó
Samper con sonrisa
sarcástica--. No deje usted de decírselo de mi parte
y de darle las
gracias igualmente por haber impedido que abrazase
por última vez a mi
padre y le cerrase los ojos...

Aquí la voz se le anudó en la garganta al pobre hombre y rompió a sollozar. Clara, llorando también, acudió a consolarle y después que partió se sintió indispuesta.

XIV

UN DESCUBRIMIENTO DEL PAISANO BARRAGÁN

Elena había logrado tener sus martes. Desde las cuatro recibía en su lindo _boudoir_ a los amigos y amigas de más intimidad. Se charlaba, se reía, se tomaba te, se comían bastantes emparedados y se decían no pocas tonterías. Hecho lo cual entre siete y ocho de la tarde marchaba dignamente la elegante sociedad a prepararse con recogimiento para los emparedados y las tonterías de los miércoles de otra no menos amable señora. La institución de estos martes, por venerable que fuese, no había encontrado eco simpático en el corazón de Reynoso. No se opuso a su erección porque jamás contrariaba los gustos de su esposa, pero se reservaba el derecho de no contribuir a su esplendor. Pocas veces se le veía en aquel círculo, y cuando se dejaba ver sólo era por cortos momentos. Formábanlo, en su mayoría, las familias de la colonia veraniega del Escorial que Elena había tenido ocasión de tratar, pero también acudían otros elegantísimos miembros de la

alta sociedad
madrileña que no reparaban en sacrificar para ello
algunas horas de su
precioso tiempo.

Aquel día rebosaba de distinción y de elegancia el
gabinete y el
saloncito contiguo de la bella esposa de Reynoso. U
na duquesa, tres
condesas, una marquesa y dos vizcondesas; además la
s de Domínguez y las
de Mínguez, emparentadas con lo más elevado e inacc
esible de la
aristocracia española. Araceli estaba en sus gloria
s. Empezaba a
perdonar a Elena su obscura estirpe en gracia de lo
s muchos títulos que
ya acudían a sus mantes. Además allí celebraba larg
as e interesantes
conferencias con el primogénito del duque del Real-
Saludo y Elena
protegía sus amores y la duquesa los toleraba. La r
azón de esto último
consistía en que sus principios impedían a la duque
sa el estar de
acuerdo con su marido en ningún asunto de este mund
o. Erigido en sistema
tan saludable precepto, es preciso confesar que des
de su juventud fue un
modelo de consecuencia. El duque por su parte lo fu
e igualmente toda la
vida de noble terquedad. El matrimonio de Araceli n
o adelantaba pues un
paso, pero sus amores iban a galope. Por la mañana
en el balcón, por la
tarde en la Castellana o el Retiro, por la noche en
el teatro o en los
saraos los enamorados no se perdían apenas de vista
y aun puede decirse
de oído. Pero donde más se placían por la libertad
y confianza que
gozaban era en casa de Reynoso.

Hablaba pues animadamente Araceli con Gonzalito en un rincón; hablaba en otro con no menor animación el chico de Domínguez con una de las chicas de Mínguez; y distribuidas por la estancia en butaquitas y sillas volantes charlaban las señoras con zumbido de cigarras a la hora de la siesta. Clara, por instinto, se había acercado a otra joven señora también encinta y comunicaba con ella sabias y profundas observaciones acerca del arte de fajar los infantes. Elena, la condesa de Peñarrubia y otra señora se decían ardorosamente los últimos secretos de la moda. Tristán bostezaba con la mayor elegancia hojeando un álbum de retratos. Pero había allí una mamá, la señora de Goyeneche, cuya hija alta, huesuda, era una notabilidad en el piano. Como es natural se la instó, se la suplicó con vehemencia para que hiciese feliz por algunos cortos instantes a la reunión. La joven se resistía con palabras humildes como todas las notabilidades: «¡Oh, felices! ¡Si yo no hago más que cencerrear un poquito...! Tendrán ustedes que taparse los oídos.» Y otras frases por el estilo acompañadas de un poquito de rubor que impresionaba gratamente a los tertulios y les obligaba a redoblar sus esfuerzos. No obstante, la mamá ni aun en broma podía oír que su hija cencerreaba y decía en voz baja que Mr. Lamotte, su profesor, había declarado más de una vez que jamás había tenido una discípula tan aprovechada.

Al fin se logró que la niña se acercase haciendo contorsiones hasta el piano.

--¿Qué toco, mamá?--preguntó dulcemente encarándose con la autora de sus días.

--Toca _Les premieres feuilles du printemps_--respondió la mamá con una pronunciación que hubiera hecho dar un salto a cualquier parisién.

--No sé si me acordaré... ¡Hace tanto tiempo que no toco esa pieza!

¡Mentira! Aquella misma mañana la había tocado dos veces con el profesor. La mamá guardó el secreto.

Se puso al cabo a teclear. Los tertulios escucharon dos o tres minutos con atención: luego cada cual anudó la conversación interrumpida con su vecino. De tal suerte que a los cinco minutos nadie escuchaba a la notable joven más que su entusiasta mamá. Esta, con los ojos fijos en el suelo, las mejillas encendidas, el espíritu recogido, estaba pendiente de los dedos de su niña como si entre ellos se estuviese ventilando la salvación del género humano. De vez en cuando Elena suspendía la conversación un instante y exclamaba en voz alta:

--¡Qué hermoso! ¡Qué delicadeza de ejecución! ¡Es una preciosidad!

Los demás volvían también la cabeza y murmuraban: «--¡Precioso!

¡precioso!»

Inmediatamente todos anudaban su cuchicheo interesante, empezando por la señora de la casa: «--El sombrero malva, el vestido malva, la sombrilla malva, el forro del coche malva...»

La pianista animada por los elogios ponía el alma y la vida en la interpretación de _Les premieres feuilles du printemps_. Pero las nuevas hojitas primaverales brotaban en medio de una espantosa soledad. Sólo la señora de Goyeneche apreciaba sus matices delicados y su frescura virginal.

La pieza terminó. Transcurrieron unos momentos sin que la reunión distraída se diese cuenta de ello. En cuanto se comprendió estallaron los bravos; todo el mundo felicitaba con elogios hiperbólicos a la artista que confusa y ruborizada se agitaba en contorsiones humildes, mientras su mamá embargada por la emoción estaba a punto de romper a llorar.

Algunos minutos después, abrumada quizá por el peso de su gloria y sintiendo generosamente el deseo de compartirla, la pianista preguntó por qué el señor Aldama no leía alguna de sus hermosas poesías que tanto renombre le habían dado. Como se trataba de un hermano de los amos de la casa los demás también lo preguntaron. Tristán, que no era aficionado a esta clase de lecturas domésticas, rehusó bruscamente la invitación. Sin

embargo, la condesa de Peñarrubia con un gesto melo
dramático le pidió
permiso para recitar ella misma una de sus mejores
composiciones, _El
golpe de viento_, que sabía de memoria. Tristán se
lo otorgó con
galantería. La condesa obtuvo un triunfo ruidosísim
o. Hubo necesidad de
repetir. Entonces el poeta animado por el tufillo d
e gloria que le
entraba por la nariz se aventuró a sacar de la cart
era una poesía que
había terminado el día anterior, aunque adivinase q
ue no era muy a
propósito para ser leída en una reunión mundana.

En efecto, la poesía se titulaba _Mi cadáver_. Era
una visión fúnebre de
lo que sería su cuerpo después de la muerte. El poe
ta describía
prolijamente todas las fases de su descomposición c
adavérica con verdad
y relieve admirables. ¿Cómo estarán mis ojos?--se p
reguntaba. Sus ojos
quedarían opacos, vidriosos y poco a poco se irían
poblando de gusanos
que concluirían presto con ellos dejando negras, va
cías las órbitas.
¿Cómo quedaría su cabeza? La masa de sus cabellos s
e iría desprendiendo
de ella cayendo al cabo en el fondo del ataúd como
un montón de
barreduras, la piel se huiría dejando al descubiert
o blanca como la
porcelana la tapa del cerebro. ¿Cómo quedarían sus
manos? ¡Ah! sus
pobres dedos, aquellos dedos que tantas veces había
n acariciado las
sortijas de tus cabellos de ébano, que oprimieron l
as rosas de tus
mejillas y humildes y temblorosos buscaban los tuyo
s en la obscuridad,

servirían durante algunos días de festín a una legión de gusanos y serían pronto objeto de horror aun para ti misma, hermosa, si los vieses...

La tertulia de Elena quedó estupefacta y aterrada. La composición estaba escrita con talento y esto mismo la hacía aún más aterradora. Muchos se despidieron inmediatamente; otros quedaron haciendo comentarios en voz baja, poco halagüeños para el poeta. Elena, cuyo miedo infantil a la muerte era proverbial en la familia, se sintió indispuesta a los pocos momentos. Fue necesario que le diesen algunas cucharadas de azahar y le hicieran oler el frasco de sales. Al cabo con gesto de indignación dijo a su cuñada:

--Me alegro, hija, de no hallarme en tu caso, porque si lo estuviera abortaría seguramente.

Cuál sería el asombro y el susto que recibió cuando a las dos de la madrugada vinieron a decirle que Clara estaba con los dolores de parto. Vistiose apresuradamente diciendo para sus adentros: «¡Estaba previsto! ¡Cómo no había de suceder esto después de haber escuchado aquella poesía de los gusanos!»

Reynoso y ella se trasladaron lo más pronto que les fue posible a la calle del Arenal, pero ya llegaron tarde. Clara acababa de dar a luz un hermoso niño. Elena apenas podía creerlo; tan persuadida estaba de que

su cuñada tendría un aborto. Inmediatamente se apoderó del infante, y después de arreglado convenientemente se lo llevó a su padre que arrellanado en una butaca del despacho estaba comiendo melancólicamente unas rajadas de jamón en dulce. La emoción le había producido hambre.

--¡Aquí está el botón de rosa...! ¡Aquí está el tesoro...! ¡Este es el rey Salomón! ¡Este es el emperador de la China!

Detrás de Elena venían doña Eugenia y Visita, a quienes se había enviado aviso, y algunas criadas. Tristán tomó a su hijo en las manos y clavándole una larga mirada de infinita compasión exclamó:

--¡Desdichada criatura condenada a la vida! El Destino me ha elegido a mí como instrumento para dártela. Si así no fuese te pediría perdón por ello. ¡Qué preferible sería para ti que permanecieras eternamente en los limbos de la nada! Dentro de pocos días abrirás los ojos, el telón se alzaré y la escena del mundo quedará al descubierto. Sorprendido y ansioso esperarás con impaciencia las bellas, las dulces, las alegres aventuras como yo las he esperado, como las espera todo el mundo. Pronto sabrás a tu costa que en este planeta alumbrado por el sol no hay más que dolor, trabajo, pesares y miseria.

--¡Quita allá, majadero!--exclamó Elena furiosa arrancándole el niño--.
¡Vaya un modo gracioso que tienes de saludar a tu hijo! ¡No hacía falta

ya sino que le leyese la _Oda de los gusanos_ de esta tarde!

Los demás mostraron también en su rostro el mal efecto que les causaba aquel exabrupto.

--Tienes razón, Elena--repuso el joven engullendo un pedazo de jamón y aplicando a sus labios la copa de Jerez--. Hay cosas que deben reservarse. Al enamorado no se le puede decir que la novia es fea aunque lo sea. Después de todo tampoco hace falta. La miseria de este mundo es tan visible que ni aun el que voluntariamente cierra los ojos deja de percibirla, porque si no la ve la siente.

--Y si hubiera muchos antipáticos como tú este mundo sería sin duda más desgraciado--replicó Elena saliendo bruscamente de la estancia con el niño.

Contra lo que podía presumirse, supuesto el recibimiento que le había hecho, Tristán se mostró desde el principio como padre atento y vigilante hasta caer en lo ridículo. Así que su hijo tuvo a bien presentarse en este mundo de horror y tristeza, se creyó en el deber de hacérselo más llevadero. El medio más adecuado para ello pensó que sería comprar los libros recientes que trataban de la higiene y educación de los niños. Día y noche se entregó a su lectura con verdadero furor. En pocos días adquirió una suma increíble de conocimientos que puso en conmoción a todos los criados de la casa. El modo d

e lactarlo, el modo de vestirlo, el modo de bañarlo, todos los agentes internos y externos a los cuales pudiera estar expuesto el infante cayeron inmediatamente bajo la crítica inflexible de su enorme sabiduría. Clara, que como buena y robusta madre criaba a su hijo, estaba sorprendida, pero acataba los fallos de su marido porque los creía fundados en las prescripciones de los sabios. Lo peor del caso era que ¡cosa rara! éstos no solían estar conformes en sus métodos. Un libro afirmaba que a los niños no se les debe poner más que vestidos holgados; otro decía que esto es expuestísimo a las desviaciones de la columna vertebral. Un sabio aconsejaba que desde los primeros meses se les calzara con zapatos de suela; otro tronaba contra esta horrible costumbre y vaticinaba resultados tristísimos si se les aprisionaba los pies. El uno preconizaba el uso del agua fría en los baños; el otro se revolvía contra este procedimiento y afirmaba con datos estadísticos que el agua fría aumentaba la mortalidad un treinta y cuatro por ciento, mientras el uso del agua caliente la rebajaba hasta un veintitrés.

El resultado de esto era que nadie sabía a qué atenerse en la casa y todo el mundo andaba de cabeza. Se le estaba bañando unos días en agua fría; de pronto venía la orden de que se usase el agua caliente. Se le estaba fajando con una docena de vueltas; cuando menos podía pensarse

quedaba proscrita la faja. Mamaba el infante cada dos horas; pues bien, un día cambiaba radicalmente el sistema y se le dejaba mamar en cuanto llorase. Todo a merced del último libro o revista que cayese en las manos del amo de la casa.

Todavía no era esto lo que causaba más desazón en la familia. Tristán leyó un artículo en que se descubrían los abusos infames que las criadas cometían algunas veces con los niños más tiernos, unas veces atormentándoles, otras acariciándoles demasiado. Inmediatamente se puso a sospechar de cuantos tomaban al niño en las manos, a ejercer una vigilancia incesante sobre la servidumbre. En cuanto una muchacha cogía el niño, ya estaba su papá con los ojos clavados en ella; la seguía a todas partes, le prohibía tocarle si no fuese por encima de la ropa. Procuraba también ocultarse y hacerles pensar que estaban solas, espiándolas por el quicio de las puertas o presentándose de golpe cuando menos lo esperaban. Al principio las domésticas no podían comprender qué significaban aquellos desusados pasos y lo tomaban como una de sus muchas extravagancias; pero así que lo supieron se mostraron tan ofendidas que resolvieron marcharse. Sólo por los ruegos de Clara, a quien adoraban, consintieron en quedarse.

Hacía ya dos meses que había nacido el niño y corrían los últimos días del mes de junio. Una noche, antes de ponerse a comer, cuando aún estaba

Tristán en su despacho, entró una doncella a anunciarle que preguntaba por él aquel caballero que los señoritos llamaban paisano...

--¡Ah! sí, Barragán... Pase usted, Barragán, pase usted--añadió en voz alta y dando algunos pasos hacia la puerta.

--No; si no ha entrado aún, señorito--respondió la criada confusa.

--¿Cómo que no ha entrado? ¿Le ha dejado usted en la escalera?

Efectivamente le había dejado en la escalera y con la puerta cerrada. Cuantas seguridades se habían dado a la servidumbre de que Barragán era una buena persona y no un malhechor fueron insuficientes a disipar sus celos. En el fondo las criadas estaban convencidas de que un día u otro aquel sujeto jugaría una mala partida a sus señoritos.

--Pásele inmediatamente y no vuelva usted a hacer eso.

Un instante después aparecía en el despacho el rostro espantable del paisano Barragán. Lo primero que hizo antes de saludar fue cerrar cuidadosamente la puerta. Luego, dirigiendo miradas torvas en derredor y entregándose a una serie de muecas a cual más odiosas y espeluznantes, avanzó cautelosamente hacia Tristán y le puso una mano sobre el hombro. A pesar de la absoluta convicción que éste tenía de su honradez no pudo menos de retroceder un paso, dando señales de susto

.

--Usted me perdonará, Tristanito, que le moleste un momento. Tengo que hablarle de algunas cosillas serias.

Barragán era el hombre de los diminutivos.

--Estoy a sus órdenes, amigo Barragán--respondió Tristán completamente asegurado...--Pero siéntese usted.

Barragán se sentó y a su lado Tristán. Aquél volvió a pasear una mirada salvaje por la estancia y sonriendo ferozmente preguntó con la mayor finura:

--¿Cómo está usted, Tristanito? Bien, ¿eh? ¿Y Clarita? ¿y el niño? Me alegro, me alegro muchísimo.

Una vez enterado de la salud de todos pensó Tristán que el paisano pasaría a explicarle el asunto serio que allí le traía. Pero no fue así. Lo único que hizo fue mirarle durante largo rato fijamente como si tratase de inquirir si efectivamente se hallaba bien de salud o es que le ocultaba alguna secreta dolencia.

--¿Conque bien, Tristanito? ¿bien de verdad, eh?

Tristán un poco impaciente le aseguró que nada le dolía. Pero disipadas estas dudas parece que renacieron más vivas las referentes a la salud de Clara. Hubo necesidad de asegurarle igualmente que la joven madre jamás se había sentido más vigorosa. ¿Y el niño? ¿Cómo se guía el pobrecito?

Inmediatamente el paisano se puso a disertar sobre el tiempo y a hacer comparaciones geográficas entre España y Guatemala, y dando un salto después llegó hasta Méjico y habló de los gauchos y de las vacas salvajes y de las diligencias donde los viajeros iban pertrechados de todas armas y de los asaltos de los bandidos, etc. En fin, después de un largo rato de vagar por aquellos lejanos países se levantó de la silla y se dispuso a marcharse. No quería estorbar; sin duda irían a comer... Tristán asombrado también se levantó del asiento y le acompañó hasta la puerta del despacho, pero una vez allí no pudo menos de decirle:

--¿Se ha olvidado usted de que tenía que hablarme de cierto asunto?

Barragán se puso un poco pálido, y como si le hubiesen aplicado en los riñones una fuerte corriente eléctrica, agitado y convulso comenzó a dar vueltas por la estancia mientras Tristán le contemplaba presa de la mayor estupefacción. Al cabo parándose delante de él le dijo:

--Siéntese usted, Tristanito, siéntese usted... Voy a hablarle... pero me permitirá que no me siente... No puedo; me encuentro alterado, completamente alterado.

--¿Quiere usted una taza de tila?--preguntó Tristán sonriendo interiormente de ofrecer tila a aquel monstruo.

--No, señor, muchas gracias; sólo le pido que me pe

rmita estar de pie y
dar algunos paseos...

--Pasee usted cuanto quiera, amigo Barragán--repuso
Tristán mirándole
con curiosidad.

Pero con gran sorpresa suya en vez de hacer uso de
esta facultad el
paisano se dejó caer como un plomo sobre el diván,
sacó el pañuelo y se
lo llevó a la frente empapada de sudor.

--¡Es tan triste! ¡Es tan triste!--murmuró con abatimiento.

--Ha tenido usted algún disgusto, ¿verdad? ¡Oh! la
vida es una cadena
que no se compone de otros eslabones--dijo Tristán
con filosófica
conmiseración que ocultaba una positiva indiferencia.

--Sí; un disgusto bien grande... Pero aún siento más el que va usted a tener.

Tristán dio un salto en la butaca a pesar de su metafísica resignación.

--¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué es ello? ¿Qué disgusto voy a tener?

--¡Es una desgracia, es una verdadera desgracia!--murmuró con más abatimiento aún Barragán.

--¿Qué desgracia es esa? ¿Qué ha pasado?--profirió el joven en el colmo de la impaciencia.

Barragán, que parecía más inclinado a las vagas lam

entaciones que a las
confidencias, repitió cada vez con acento más desol
ado:

--¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!

--Pero vamos a ver... ¡hable usted!--profirió el jo
ven exasperado
sacudiéndole por el hombro.

--¡Cálmese usted, Tristanito! Le aconsejo a usted q
ue tenga calma en
estas circunstancias.

No hay consejo menos calmante que el de la calma. T
ristán, ya fuera de
sí, comenzó a patear con furor, soltando al mismo t
iempo una serie de
interjecciones bien enérgicas.

--¿Quiere usted hablar o no? ¡Maldita sea mi suerte
!

--Allá voy... Ya sabe usted, Tristanito, que a mí n
o me gusta pasearme
por las calles y que muchos días monto a caballo y
me salgo por las
afueras.

--Sí, sí, ya lo sé. ¡Adelante!

--Y que suelo comer donde me pilla... a lo mejor en
cualquier taberna...
Creo que con eso no ofendo a nadie y que usted no m
e despreciará,
¿verdad, señor Aldama?

--Ni más ni menos. ¡Adelante!

--Pues había ido esta tarde hasta Vallecas y a la v
uelta entré en una
taberna del camino, y como tenía hambre, mandé que

me frieran unos
huevitos y me guisasen un pisto. Es admirable cómo
guisa los pistos la
tía Bibiana del Puente de Vallecas. No deje usted d
e probarlo si algún
día llega hasta allá...

--¡Lo probaré...! ¡Adelante!

--Pues como le digo, estaba comiendo, no en la tabe
rna precisamente,
sino en una piececita contigua donde suelen servir
a los parroquianos
que quieren estar solos. Esta habitación tiene una
ventanilla al camino,
y por ella vi que se detenía un coche de punto fren
te a la taberna y que
bajaba de él ese pintor amiguito de usted...

--¿Núñez?

--Sí, señor. Entró en la taberna y le vi que pedía
un vaso de agua para
una señora que quedaba en el coche. La chica de la
tía Bibiana quiso
salir para servírselo, pero no lo consintió y él mi
smo fue a llevárselo.
Yo había notado al través de los visillos que la se
ñora procuraba
ocultarse retirándose hacia el fondo del carruaje y
esto despertó un
poquito mi curiosidad. Así que con disimulo alcé un
sí es no es el
visillo, apliqué el ojo, y cuando la señora se incl
inó para tomar el
vaso de agua quedé asustado viendo que era Elenita.

--¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? ¿Mi cuñada Elena
?

--La misma, Tristanito, la misma.

--¡No puede ser!

--Le digo que la he visto tan bien como le estoy viendo a usted ahora.

--¿Y no pudo usted haberse equivocado? ¿Que fuese una mujer parecida?

--Le repito que estoy bien seguro de ello. Ya se hará usted cargo del disgustillo que habré tenido. Con decirle que no pude probar otro bocado está dicho todo. Allí se quedó el pisto de la tía Bibiana sin que lo tocase. Yo quiero a Germán como si fuese mi hermano y le digo a usted en conciencia, Tristanito, que hubiera preferido perder cuatro mil pesetas a saber lo que he sabido. Me vine a casa y no pude parar en ella. Hace dos horas que ando dando vueltas por las calles y tantas cosas he pensado que tengo la cabeza como un volcán...

No había más que mirarle para cerciorarse de la verdad. Sus ojos sanguinolentos semejaban lava encendida: la boca un negro, espantoso cráter.

Tristán quedó unos momentos pensativo y luego poniéndole una mano sobre el hombro le preguntó:

--¿Ha dicho usted una palabra de esto a alguien?

--La primera persona con quien hablo desde el suceso es usted.

--Pues bien, le invito, le exijo por el interés de toda la familia que

guarde usted absoluto silencio sobre lo que ha visto... o cree haber visto.

--Lo guardaré, Tristanito, lo guardaré.

--Ya pensaremos lo que se ha de hacer. Pero entre tanto, le repito, ¡silencio, mucho silencio!

Luego se puso a dar paseos por la estancia sin decir palabra, como si Barragán no estuviese allí. Este comprendió que estorbaba y se despidió, anunciando otra vez, más que con palabras por medio de signos desesperados, que si había hombre en el mundo que semejase un sepulcro ese hombre era él, el paisano Barragán.

Cuando quedó solo Tristán siguió paseando absorto en profunda meditación. Y pensando, pensando, resultó que a los pocos minutos adquirió el convencimiento de que Barragán había visto visiones. No tenía nada de extraño. Como era hombre tan poco acostumbrado a vivir entre damas ni aun entre personas civilizadas, bastaba cualquier semejanza de rostro o de toilette para que el infeliz se confundiese. Ni en el carácter de Elena ni menos en el de Núñez entraba semejante ruindad. Además, caso de que fuesen amantes no era verosímil que cometiesen la imprudencia de exhibirse paseando en coche por las cercanías de Madrid. ¡El pobre Barragán...!

Y bien tranquilo, con la sonrisa en los labios se dirigió al comedor,

donde ya le esperaba Clara. No pudo resistir a la tentación y dio cuenta a ésta de la conversación que acababa de tener con el paisano en tono de broma y haciendo comentarios humorísticos como quien está bien seguro de lo disparatado del asunto. Clara se puso pálida, luego roja como una brasa, y renunció a comer por el momento dando señales de profundo abatimiento. Tristán se manifestó sorprendido de aquella emoción y se esforzó en calmarla adoptando cada vez un continente más tranquilo. Llovieron sobre la atribulada joven multitud de reflexiones, unas serias, otras jocosas. ¿No sabía que Barragán era un hombre primitivo y selvático para quien todas las señoras eran una misma señora como para los niños su papá todos los caballeros que encuentran en la calle? Esto en cuanto a la explicación material del suceso. En cuanto a la moral no había motivo alguno para dudar de la fidelidad de Elena, cuyo carácter inocente y afectuoso ella podía conocer mejor que nadie. Y por parte de Núñez bien podía estar segura de que era incapaz de faltar a las leyes de la caballería. Gustavo tenía un temperamento burlón, le gustaba pasar por escéptico y original, pero en el fondo era el honor y la rectitud personificados.

Clara levantó hacia él una mirada donde se leía el asombro. Y realmente era asombroso que aquel hombre que de todo el mundo recelaba sólo en Núñez tenía completa confianza.

Por lo demás él era ya hermano de Germán y le interesaba tanto su honor como a ella misma. Era ofenderle el suponer que si aquella especie de Barragán tuviera asomo de fundamento no le ofendería a gravemente y no se arrojaría inmediatamente a poner remedio. Esta última observación impresionó un poco a Clara, si no la tranquilizó por completo.

Tristán se levantó de la mesa, encendió un cigarro puro, jugó un momento con el niño y salió a la calle en la misma actitud que todas las noches. Sin embargo, en el fondo de su alma aunque no quisiera confesarlo había una leve preocupación, algo que le escocía. Este escozor fue el que le obligó a encaminar sus pasos al Ateneo en vez del café de Fornos. Un célebre crítico de arte estaba dando en aquel centro unas conferencias acerca del pintor Velázquez. Le tocaba la segunda aquella noche, y aunque él no había asistido a la primera porque desde hacía algún tiempo le interesaban más los donaires y murmuraciones del café que las disquisiciones estéticas, sabía perfectamente que Núñez no dejaría de estar allí y a todo trance quería verle. En efecto, a los pocos pasos que dio por el espacioso corredor donde se amontonaban los socios en espera del aviso de la conferencia vio a su amigo en el centro de un grupo de artistas, sorprendiéndoles y haciéndoles reír como siempre con sus paradojas. Tristán se dirigió a este grupo, terció en la conversación y en cuanto le fue posible se arregló

para sacar a Gustavo
de allí y llevarle hacia un rincón donde había dos
mecedoras. Ambos se
sentaron uno frente a otro. Hablaron unos instantes
de asuntos
indiferentes. De pronto Tristán afectando una risita
a irónica:

--¿A que no sabes, Gustavo, dónde te han visto hoy?

--Seguramente en ningún sitio donde no haya estado--
repuso el pintor con
su habitual displicencia.

--¿Has estado en una taberna del Puente de Vallecas
?--replicó Tristán
sin abandonar la sonrisa, pero mirándole con atención
intensa a la cara.

Ni un pliegue de ésta se descompuso, ni el más ligero
cambio en su
color, ni una ráfaga de sorpresa por los ojos. Sólo
en las manos hubo un
leve temblor que no llegó a percibir Tristán.

--¿Has estado tú?

-No; Barragán es el que ha estado y pretende haberte
visto nada menos
que servir un vaso de agua a mi cuñada Elena que ha
bías dejado en el
coche.

Nada, ni un imperceptible signo de confusión o de sorpresa.
La más
completa, la más absoluta tranquilidad. Hubo una pausa.
Núñez dio un
prolongado chupetón al cigarro, sacudió la ceniza con
el dedo meñique.

--¿Barragán ha visto o ha olido a tu cuñada?--preguntó

ntó al cabo con
afectada indiferencia.

--Dice haberla visto cuando se inclinó para tomar e
l vaso--replicó
Tristán sin perderle de vista.

--¡Oh! entonces no hay cuidado. El sentido infalibl
e en los hombres como
Barragán es el olfato... Al menos eso dicen todos l
os viajeros y
naturalistas.

--Desde luego he pensado que ha sido una equivocaci
ón muy explicable en
quien no ha frecuentado toda su vida más sociedad q
ue la de los
gauchos...

Después de estas palabras Tristán pensó que su amig
o iba a manifestar de
una vez si había estado o no en la taberna y en cas
o afirmativo dar una
explicación. Pero no fue así. Núñez adoptó un conti
nente más glacial aún
que de costumbre y empezó a columpiarse suavemente
chupando el cigarro
por intervalos y mirando al techo. Aunque no creyes
e ni más ni menos en
la aventura, a Tristán le irritó un poco tanta disp
licencia. Fingiendo,
sin embargo, alegre desembarazo le dijo al cabo pon
iéndole una mano
sobre la rodilla:

--Vamos a ver, ¿quién era la incógnita, Gustavo?

--¿Qué te importa?

--¿Una duquesa?

--Lo es a ratos solamente--repuso el pintor sin pod

er reprimir la risa.

--¡No necesito más! ¡La Trini!--exclamó Tristán riendo también; luego añadió bajando la voz--: Efectivamente... rubia con ojos negros... no es extraña la equivocación.

--¡No digas sandeces, Tristán! Si tu cuñada te oyes e te arrancaría los ojos. ¡Confundir una madonna de Rafael, una estatua de Praxíteles con esa moza de cántaro! Y a propósito, ¿te pega mucho Clara?

--¡Todavía no!--exclamó el poeta riendo.

--Efectivamente aún no te he visto con la cara hinchada... ¡Pero no te descuides!

Todavía charlaron unos momentos embromándose mutuamente cuando se oyó el grito del conserje--: Conferencia del señor Jiménez... Conferencia del señor Jiménez.

--Vamos a oír a Jiménez--dijo Núñez alzándose de la mecedora.

Sin embargo, Tristán todavía sentía un vago malestar en su espíritu. Al tiempo de avanzar hacia la cátedra cogidos del brazo dijo a su amigo, mitad en serio mitad en broma:

--Conste, querido, que la equivocación de ese bruto me ha dejado completamente frío. Te he considerado siempre como una buena persona y tengo absoluta confianza en tu fidelidad.

--Haces mal--repuso Núñez gravemente--. Yo soy un hombre lleno de virtudes como todo el mundo sabe, pero el día en que tu cuñada me haga una seña estoy dispuesto a arrojarlas todas por la ventana.

Tristán rió de buen grado y las últimas sombras de duda se disiparon.

Cuando terminó la conferencia y salieron a los corredores el pintor se juntó a sus amigos dejando a Tristán sin ceremonia.

Este vagó todavía un rato de grupo en grupo escuchando comentarios. Tenía ganas de irse, pero había visto en un corro cerca de la puerta a su antiguo maestro y ex amigo Rojas. Desde la publicación de los artículos había evitado cuidadosamente el tropezar con él y por no pasar cerca se estuvo quieto.

En el amplio corredor iluminado resonaban cada vez más altas las voces de los socios. Había risas, violentas discusiones, ensayos vergonzantes de discursos. En un grupo se discutía el panteísmo, en otro la necesidad de rebajar el presupuesto de marina; más allá se narraba una aventura escandalosa, mientras cerca comentaban unos señores la última encíclica de Su Santidad.

--¡Curioso! ¡curioso! ¡curioso-sí-si-mo!

En el centro de un grupo tronaba y relampagueaba el ilustre Pareja.

--Porque yo en mis modestísimos estudios he aprendido... Reconozco en usted, amigo Valleumbroso, la psicosis epileptoides

del genio...

--Muchas gracias--decía el mosquito lírico ruborizándose--. Me favorece usted demasiado...

--Nada, nada: es justicia seca. Esa inestabilidad en sus estudios, esa originalidad excesiva en el absurdo, ese agotamiento de que usted se queja a menudo son los estigmas reconocidos del genio...

--Muchas gracias, muchas gracias--balbuceaba el mosquito.

--Pero el señor Valleumbroso no padece convulsiones, y según me han dicho, los genios...--apuntó tímidamente uno de los admiradores que rodeaban a Pareja.

Este sonrió de un modo tan suficiente que tal sonrisa bastaría por sí sola para reducir a ceniza cualquier argumento por poderoso que fuese. Hay que imaginar cómo quedaría cuando el ilustre Pareja manifestó agitando su brazo derecho y haciendo imprimir a las faldas de su levita un principio de movimiento rotativo:

--Porque la forma clínica aplicable al señor Valleumbroso no es la de los caracteres bien conocidos de convulsibilidad, pérdida de conciencia, etc. Pero, amigo Rodríguez, hay otra--¡hay otra!--. Esta forma, más o menos larvada, más o menos esfumada, escapa a la investigación de los espíritus superficiales, pero no a los temperamentos reflexivos.

¿Estamos, amigo Rodríguez? ¿Estamos?

El pobre Rodríguez se encogió, se encogió hasta que dar convertido en un trapo.

--Hay en Valleumbroso--prosiguió el sabio con voz resonante--una preocupación de la personalidad propia, que es uno de los caracteres típicos de la forma clínica genial. ¿No es verdad, amigo Valleumbroso?--añadió poniéndole con protección una mano sobre el hombro--¿no es verdad que vive usted excesivamente preocupado de sí mismo?

El autor de los Pétalos al aire comenzó a tragar saliva como si algo le estorbaba en la garganta. Era duro afirmar su vanidad; pero como de no hacerlo se le escapaba uno de los caracteres típicos del genio concluyó por estar conforme con que jamás pensaba en otra cosa más que en sí mismo. Y ruborizándose aún más de lo que estaba añadió en voz baja dirigiéndose a Rodríguez:

--Cuando niño me ha dicho mi mamá que he padecido convulsiones.

--¡Lo ven ustedes!--exclamó Pareja en alta voz.

Y henchido de entusiasmo dio una vuelta en redondo y su levita flotó como las alas de una mariposa.

--Sería acaso por la alferecía--murmuró el recalcitrante Rodríguez.

--¡Qué alferecía, señor mío, ni qué calabazas!--gritó el ilustre Pareja--. Eso no es más que un efecto de la ley binomial, según la cual ningún fenómeno se produce aislado. Esas convulsiones infantiles eran la voz de la naturaleza que anunciaba ya la aparición de un genio. Yo tengo la seguridad de que cuando Valleumbroso compone sus poesías el acceso creador se manifiesta siempre en él instantáneo, inconsciente y con intermitencias. ¿Verdad, amigo Valleumbroso? ¿verdad que padece usted intermitencias?

--¡Oh, muchísimas!

--No era posible otra cosa. La ciencia sólo consiste en descubrir las leyes eternas de la naturaleza. Cesaron las convulsiones, pero vino como compensación fatal, como equivalente psíquico la creación genial. O lo que es igual, Valleumbroso ya no es un convulsivo, pero sigue siendo un epiléptico en el momento que siente el estro creador. Si usted me lo permitiese, querido Valleumbroso, yo quisiera una vez estar a su lado en el instante de componer para hacer sobre usted algunas experiencias científicas.

--Cuando usted guste--replicó el mosquito, rojo de placer.

--Tengo la seguridad de encontrar la insensibilidad dolorífica en mayor o menor grado y la irregularidad del pulso engendrada por el impulso convulsivo de las arterias...

Tristán que se había parado un instante a escuchar, sintió un estremecimiento de ira. Y rechinando los dientes murmuró: ¡Imbéciles!

Se alejó de aquel interesante grupo dispuesto a salir a la calle aunque tuviese que pasar por delante de Rojas. Felizmente éste ya no estaba allí. Salió, pues, confiado del corredor, pero al pasar por el vestíbulo salía el anciano poeta del guardarropa donde acababa de ponerse el abrigo. Se encontraron de frente. Tristán tuvo un instante de vacilación. Al cabo bajó los ojos y trató de ganar la puerta sin saludar. Rojas no le dejó:

--Buenas noches, Aldama. ¿Por qué no quiere usted saludarme? ¿Teme usted los reproches de su víctima?

--¡Mi víctima!--exclamó el joven visiblemente confuso--. ¡Oh no, don Luis! ¡Yo no hago víctimas de tal categoría!

--Déjeme sorprenderme, amigo mío, al saber que conservo aún alguna categoría. Yo pensaba que después de sus artículos ya no quedaban del poeta Rojas ni los huesos, que estaba no sólo enterado, sino putrefacto.

La sonrisa con que el anciano vate acompañó estas palabras hirió a Tristán como un latigazo.

--Carezco del poder de enterrar a nadie porque no soy

sepulturero--repuso en tono algo desabrido--. Me he limitado siempre a expresar con toda franqueza mi opinión sin cuidarme de saber a quién exaltó o a quién deprimió esa opinión, ya que no versa jamás sobre asuntos que atañen a la honra.

--¿Está usted seguro de que siempre ha expresado con franqueza su opinión?

--El dudarlo es una ofensa.

--¿También cuando afirmaba usted que yo era el primer poeta español no sólo de los tiempos modernos, sino también de los antiguos?

--Entonces lo creía.

--Usted lo creía: yo no. En cambio yo pensaba que era posible ganar el corazón de un joven dedicándole un cariño apasionado, alentando y protegiendo sus esperanzas; creía que el afecto desinteresado de los viejos debía engendrar el respeto y consideración de los jóvenes. Eso no lo creía usted.

--La cualidad que más he estimado siempre en los hombres y por tanto en mí mismo es la sinceridad. Si usted imagina que pudiera enajenar tesoro de tal valía a cambio de favores literarios, vive usted en un error. Me considero no sólo con el derecho, sino también con el deber de decir claramente lo que siento acerca del arte y de los artistas.

Rojas sonrió, guardó silencio unos instantes y al cabo dijo:

--A un general se le confía la dirección de una campaña. Este general combina su plan estratégico y el enemigo le derrota. Una casa de comercio entrega poderes a un empleado para la gerencia de sus negocios y la casa experimenta graves pérdidas. El general y el gerente son hombres muy sinceros, no hay que dudarlo, pero ni la nación ni la sociedad depositarán ya en ellos jamás su confianza. ¿No teme usted, amigo Aldama, que el público haga con usted lo mismo?

--Eso no es cuenta de usted, don Luis, ni debe preocuparle--replicó Tristán con mal disimulada irritación--. Si el público no acepta mis juicios, yo sufriré las consecuencias de su desvío.

--Está usted bien pagado, hijo mío, de sus juicios.

--Cada uno lo está de sus propias obras por poco que valgan.

--Las hay que lo merecen y las hay también que merecen ser despreciadas por su mismo autor.

--Comprendo, don Luis, que usted se halle bien ufano de las suyas, pero ¿por qué no quiere usted dejar a los demás la ilusión de que no escriben cosas despreciables?

--He sido el primero en apreciar y elogiar las suya

s, pero no puedo
hacer el mismo caso de una obra realmente literaria
escrita con la
frescura de una imaginación juvenil que de un ataque
e injustificado y
violento inspirado por la musa del tedio y fraguado
por la de la
hipocondría.

--¿Ese juicio tan severo no estará inspirado ahora
por la del despecho?

El anciano vate le miró fijamente a los ojos durante
unos momentos;
luego alzando los hombros replicó suavemente:

--Me encuentro en una edad, señor Aldama, en que las
rosas y los
laureles que la benevolencia del público acumuló sobre
mis sienes
quieren escaparse de ellas temiendo la obscuridad de
la tumba. El
barquero fatal me hace ya señas: las potencias celestes
me invitan a
desprenderme de todo humano cuidado. He llegado al
fin de mi carrera y
puede usted creerme que los aplausos de los hombres
no me embriagan,
porque apetezco ya los de los ángeles. Si aquéllos
me alegrasen podría
morir tranquilo, porque no está en el poder de usted
ni en el de ningún
crítico el arrebatármelos. El pueblo olvida fácilmente
a los ricos, a
los guerreros, a los hombres de Estado, pero recuerda
siempre con amor
al artista que una vez le proporcionó algunos instantes
de alegría
espiritual. Aunque todos los críticos de España se
arman hoy para
arrancarme de la cabeza la corona y de los hombros
la púrpura, mañana al

salir a la calle las miradas de los hombres me saludarían como a un rey.
Perdóneme usted este rasgo de orgullo póstumo. Hoy ya no lo siento, y porque no lo siento puedo decirle, amigo Aldama, que por encima de la gloria literaria, por encima de toda gloria humana, hay algo que los hombres deben respetar, y cuando no lo respetan dejan de ser hombres.
Quede usted con Dios.

XV

EL PAISANO BARRAGÁN COMERCIA CON LOS ESPÍRITUS Y LUEGO CON LOS CUERPOS

¿Hay Dios o no hay Dios? Si lo hay ¿dónde está? Si no lo hay ¿quién hizo este mundo? ¿Morimos para siempre o resucitamos después en otra vida? ¿Por qué nacemos? ¿por qué morimos? ¿Qué es el cielo? ¿qué es el infierno? Tales eran las graves cuestiones metafísicas que se agitaban incesantemente en el cerebro tenebroso del paisano Barragán. La misa nupcial de Clara y Tristán habíalas despertado y desde entonces nuestro indiano ni había podido darles solución (¡cosa rara!), ni había logrado sosegar. Se puede decir que apenas vivía ya para otra cosa que para pensar en ellas, salvo el cortar puntualmente el cupón de sus títulos y comer algún guisado en el Puente de Vallecas o en los Cuatro Caminos.
Doña Mónica, la patrona que le tenía alojado por la

módica cantidad de
tres pesetas cincuenta céntimos diarios en un cuart
o de la calle de las
Hileras, le aconsejaba prudentemente «que no hicies
e caso y comiese»,
pero él no podía seguir este consejo prosaico al me
nos en su primera
parte. En lo que a la nutrición se refería acaso lo
siguiera más
decididamente si doña Mónica al cabo de sus años hu
biera adquirido la
costumbre de poner los garbanzos más blandos.

--Es terrible, es terrible pensar--decía Barragán e
ngulléndolos con la
dificultad que debe suponerse--, es terrible pensar
, doña Mónica, que
cuando nos muramos quede tanto de nosotros como de
las mulas del
tranvía, aunque sea mala comparación.

--Y si usted se entristece ¿por qué piensa en ello?
Lo mejor es pensar
siempre en cosas alegres, en los teatros, en los to
ros, en las sesiones
del Congreso... ¡Ay!, yo me muero por las sesiones
del Congreso. Es cosa
que enamora ver a aquellos señores que hablan tan b
ien y sin
equivocarse. Unas veces se enfadan y echan fuego po
r los ojos como si
les hubiesen quitado la cartera, otras lo toman a b
roma y hacen
desternillarse de risa a todo el mundo. Sobre todo
cuando se llevan la
mano al corazón y mueven la cabeza a un lado y a ot
ro y les tiembla la
voz, le digo a usted señor de Barragán que es cosa
de comérselos. En
vida de mi difunto no perdía una sesión, porque era
primo hermano del
portero mayor; pero ahora ya ve usted... las cosas

han cambiado, y los
parientes gracias que le saluden a uno en la calle.
Vaya usted, vaya
usted, señor de Barragán, porque le digo a usted qu
e si allí no se cura
la ictericia en ninguna parte se la curará usted.

--Señora, yo no padezco de ictericia ni me duele na
da--repuso gravemente
Barragán--. Lo único que tengo es que quisiera sabe
r... vamos, quisiera
saber si hay algo o no hay nada...

--Para usted hay bastante. ¿No es usted un hombre r
ico? ¿Pues para qué
quiere lo que tiene? Coma, beba, triunfe y ríase de
la muerte.

El semblante de Barragán se obscureció. Cualquiera a
lusión a su dinero le
crispaba como si temiese que inmediatamente le pidi
esen algo.

--¿Por dónde sabe usted que yo soy rico?

La fealdad de su rostro era tal cuando formuló esta
pregunta, que doña
Mónica no pudo menos de apartar los ojos con horror
. Sin embargo, sabía
a qué atenerse sobre su carácter y le apreciaba tan
to que tenía
confianza bastante para no barrerle el cuarto hasta
las cuatro de la
tarde y llevarle el chocolate quemado dos o tres ve
ces por semana.
¡Buena diferencia con Freire el huésped de la sala!
Este que era un
hombrecillo, flaco, rasurado, de aspecto tímido e i
nofensivo, empleado
en el Tribunal de Cuentas, guardaba bajo capa de co
rdero un corazón de
lobo. Jamás se vio un nombre más exigente para las

patatas fritas y el
chocolate. Doña Mónica temblaba en su presencia como la hoja de un
árbol. Como ocupaba la mejor habitación de la casa
y pagaba cinco
pesetas, se creía con derecho a mantenerse constantemente en una actitud
rígida. No sólo doña Mónica y la doméstica, sino también los otros
huéspedes sentían el peso de su autoridad inflexible. ¿Será aventurado
el suponer que Freire en el fondo del alma despreciaba a sus compañeros?
Por el momento no tenía otro que Barragán, porque don Matías, el
capellán castrense que ocupaba el gabinete, se había marchado con el
regimiento a Valladolid. Sobre Barragán, pues, solamente caían los
desdenes y vejámenes del empleado del Tribunal de Cuentas. En la mesa le
llevaba la contraria constantemente. No podía nuestro indiano emitir un
concepto cualquiera, por sensato que fuese, sin que Freire dejase
escapar una risita maligna o se llevase el dedo a la frente como si
quisiera indicar que el paisano Barragán carecía de sustancia gris en la
masa encefálica. Le hablaba siempre en tono protector o despreciativo,
apenas contestaba a su saludo cuando le daba los buenos días por la
mañana y se reía en presencia de doña Mónica y la criada de sus luengas
barbas. Aquí estaba el toque probablemente de su furiosa antipatía. Las
barbas de Barragán crispaban al tirano y más de una vez había amenazado
con ir a cortárselas por la noche mientras durmiese. Además tenía la fea
costumbre de servirse primero siempre y servirse lo

mejor. No pocas veces le quedó sólo al paisano la salsa y algunas patatas del escaso guisado de carne que doña Mónica les ofrecía. Barragán era hombre sobrio y no se enfadaba demasiado por estas impertinencias. Solía vengarse de ellas en el queso, con hartó sentimiento de aquella señora.

Pero cuanto más comedido se mostraba el indiano, tanto más insolente se iba haciendo el empleado del Tribunal de Cuentas. Sobre todo desde que Barragán se autorizó de sobremesa el dudar de la capacidad financiera de Juan Bautista Trúpita que había sido el protector del empleado en su juventud la rabia de éste ya no tuvo límites. Y cierto día en uno de sus accesos coléricos motivado porque Barragán se había atrevido a leer El Imparcial antes que la criada se lo llevase a él planteó repentinamente la cuestión de confianza.

--Está visto, doña Mónica, está visto: Barragán y yo no podemos vivir bajo un mismo techo. Uno de los dos tiene que salir de esta casa. Elija usted.

Doña Mónica, sorprendida y confusa, no supo qué responder.

--Vamos, decídase usted, señora. ¡O uno u otro!

La patrona vaciló unos instantes, dirigió una mirada compasiva a Barragán que inmóvil, con el tenedor suspendido sobre el plato miraba estupefacto al empleado, y profirió con trabajo:

--Pues bien, señor de Freire, si he de decirle la verdad... prefiero que se quede el señor de Barragán.

Lo mismo éste que doña Mónica esperaban una terrible explosión de cólera. Nada de eso acaeció. Freire, con la mayor alegría pintada en el rostro, miró unos instantes al indiano en silencio y luego echándose hacia atrás en la silla exclamó:

--¿Qué le ha hecho usted, amigo Barragán, qué le ha hecho usted a doña Mónica para que así le quiera?

Naturalmente, la digna señora sintiose herida por esta pregunta grosera y así lo hizo entender inmediatamente dirigiendo a Freire las miradas más furiosas y despreciativas de su repertorio. En cuanto a Barragán parecía no comprender nada de todo aquello. Desde entonces la alegría de Freire fue en aumento cada vez que se sentaba a la mesa con Barragán. En cuanto aparecía por allí doña Mónica se ponía a hacer guiños a aquél con tan poco disimulo, acompañándolos de una tosecilla tan falsa y burlona, que la buena señora enrojecía de indignación, y tanto llegó a irritarse que, aun perdiendo las cinco pesetas cada día, pensó en arrojar a aquel insolente de su casa.

Los pensamientos de Barragán eran más altos, como y a sabemos. Estas minucias domésticas no lograban detener el torrente de sus meditaciones ultramundanas. En el recinto doméstico no daba cuen

ta de ellas a nadie,
porque doña Mónica no parecía interesarse, y en cuanto a Freire, una vez
que le comunicó tímidamente algunas de sus lucubraciones filosóficas
hizo indigna chacota de ellas y le preguntó si pensaba solicitar la
cátedra de metafísica de la Universidad Central que estaba vacante. Pero
en cuanto ponía el pie en la calle se placía extremadamente en
comunicarlas y consultarlas con cuantas personas se le acercasen. No
sólo con sus amigos, sino también con sus conocimientos eventuales, con
los comerciantes a quienes compraba algo, con los acomodadores de los
teatros, con el camarero que le servía en el café, en todas partes
dejaba escapar el flujo de sus dudas crueles, esperando siempre que
alguno le pusiese en camino de descifrar el terrible misterio. Había un
zapatero en la calle de Carretas atormentado también de la necesidad
metafísica con quien echaba largos párrafos. Este honrado industrial
había leído la Biblia y el tratado de la Razón de don Pedro Mata, un
tomo de la historia de España de Lafuente y varios folletos de Buckner,
¿Qué somos? ¿Adónde vamos? etc. Era hombre ingenioso, afluente,
profundo. Barragán le admiraba. Sin embargo, la mayor parte de las veces
no lograba penetrar el recóndito sentido de sus razonamientos, quizá
porque como neófito no estaba al tanto del tecnicismo filosófico usado
en las escuelas.

Por esta razón su confidente más asiduo no era el z

apatero, sino un guarda del Retiro. Este le instruía como un maestro de la escuela peripatética paseando bajo las amplias avenidas de olmos. Era un espíritu prudente, metódico, fértil en recursos para explicar el origen y el fin de las cosas, y procedía casi siempre en sus disquisiciones por medio de símiles que extraía del reino vegetal y alguna rara vez también del animal. Sentíase inclinado a creer en la metempsicosis y era capaz de fumarse en media hora una cajetilla de treinta y cinco si Barragán se la hubiera dado, que no se la daba. Sin embargo, cada lección podía costarle bien de tres a cuatro cigarrillos.

Por fin Barragán cayó en el espiritismo. El camarero del café le descubrió que su amo era poseedor de una mesa giratoria por medio de la cual consultaba con los espíritus cuanto quería. Bastó esto para que el paisano ardiese en deseos de conferenciar con el cafetero y asistir a alguna de aquellas sesiones maravillosas. Realizóse este deseo y desde entonces quedó absolutamente convencido de que había resuelto el gran problema de la vida futura. Buscó en el barrio de Chamberí un carpintero que por poco precio le fabricó otra mesa giratoria semejante a la del cafetero, y así que la tuvo en su poder ya no dejó en paz a ninguno de sus amigos difuntos. Generalmente era en las altas horas de la noche cuando éstos se veían obligados a venir a conferenciar con él; pero también durante el día solía molestarles, como si n

o tuvieran en el otro mundo otra ocupación más perentoria.

Después de tomar café y pasear un rato entre calles buscando fresco, se restituyó cierta noche el paisano a su casa resuelto a tener una conferencia importante con Fernández, un sargento que se había muerto en sus brazos hacía algunos años en Méjico. Deseaba enterarse de algunos detalles referentes a la familia que allí había dejado, y nadie mejor que él podía dárselos sí, como era de suponer, vagaba su espíritu aún por aquella república...

--Fernández... ¡Fernández...! ¿Estás aquí?

La mesa giró y señaló las dos letras de la palabra _sí_.

Una vez enterado de que el sargento se había decidido a atravesar el Atlántico, Barragán procedió con toda solemnidad a hacerle una multitud de preguntas referentes a su esposa: «¿Estaba buena? ¿Podía vivir con lo que le había dejado? ¿Cómo iban sus negocios? ¿Explotaba la finca por su cuenta o la había arrendado? ¿Le guardaba rencor por haber roto el yugo matrimonial?»

Fernández respondía a estas preguntas con muchas vacilaciones, con incongruencia también. Barragán necesitaba formular las repetidas veces, instarle con vehemencia, amenazarle, forzar de mil maneras la interpretación de las palabras que la aguja iba componiendo. Al fin la

palabra salía bien o mal construida y Barragán podía adivinar que los negocios no marchaban bien, que su esposa estaba muy triste pero que no le guardaba rencor.

Era de ver al paisano en aquel momento agitado, con vulso, hablando muy quedo pero con singular vehemencia en la expresión, unas veces imperativa, otras suave, acariciadora, otras terrible y amenazante. Algunas gotas de sudor le rodaban por la frente; sus luengas barbas negras y ásperas barrían como una escoba la mesa cuando bajaba hacia ella la cabeza para invitar dulcemente a Fernández a que se explicase mejor; sus ojos encarnizados rodaban por las órbitas con inquietud y ansiedad.

Al fin se decidió a preguntar:

--¿Y mis hijastros?

--Muerte--dijo la mesa.

Barragán dio un salto en la silla y preguntó otra vez con voz temblorosa y la garganta seca:

--¿Han muerto?

--Sí--respondió la aguja.

--¿Los dos?

--Sí.

Ya sabemos que Barragán a pesar de sus ojos, de sus narices y sus

barbas, todo ello excepcional y temeroso, guardaba dentro del pecho un corazón excelentísimo. Sin embargo no pudo evitar a l saber la desaparición de sus enemigos que corriese por su cuerpo un estremecimiento placentero.

--¿De qué han muerto?--preguntó con el rostro inflamado y acercándolo hasta casi besar a la mesa.

--Hinchazón--respondió la aguja.

--Se le hinchó algo, ¿verdad?--insistió Barragán cada vez más dulce y más insinuante con Fernández--. ¿Sería el vientre quizá?

--El vientre--dijo Fernández.

--¿Y el otro?

--Caída--señaló la aguja.

--Caída de caballo, ¿verdad?

--Si.

--¡Ya lo creo que sería!--exclamó levantando la cabeza con expresión triunfal--. Federiquito era un temerario que montaba a los caballos salvajes en pelo. ¡Cuántas veces le he dicho a su madre que a ese chico le mataría un caballo!

Arrepentido de su inevitable alegría, el paisano sacudió la cabeza a guisa de oración fúnebre, se echó hacia atrás en la silla, sacó la petaca y se dispuso a fumar un cigarro a la memoria

de aquellos
malogrados jóvenes.

Fumándolo estaba y envolviéndose en nubes de humo y
en otras aún más
espesas de cavilaciones trascendentales cuando llam
aron suavemente con
los nudillos y se oyó la voz de doña Mónica:

--¿Está usted visible, señor de Barragán?

Este se apresuró a encerrar la mesa giratoria en el
armario.

--Adelante, doña Mónica.

Apareció la buena señora.

--Pues aquí preguntan por usted unos caballeros.

--¿Qué caballeros?--replicó vivamente Barragán, aco
metido de
inexplicable inquietud.

--No se alborote, padre, somos nosotros--pronunció
una voz juvenil y
melosa con dejo americano.

Al oír esta voz fue precisamente cuando se alborotó
el paisano. Dio un
salto como si le hubieran pinchado y avanzó dos pas
os hacia la puerta
con los brazos extendidos como si fuera a cerrarla
violentamente. Pero
ya los visitantes se habían colado dentro pasando p
or delante de doña
Mónica.

--Buenas noches, padre... ¿Cómo sigue, padre?--dijo
uno tomándole la
mano con ademán respetuoso. El otro vino a hacer lo
mismo.

Eran dos jovenzuelos exiguos y morenos, de cabellos negros ensortijados que gastaban un cuello de camisa tan descotado que casi se les veía el pecho. Ambos sonreían haciendo muecas y contorsiones como monos amaestrados. Barragán se había puesto muy pálido y les miraba con ojos de extravío sin responder a sus repetidas salutations. Doña Mónica estupefacta les miraba a unos y a otros olfateando un misterio y no se decidía a salir de la habitación. Al cabo, como los dos extranjeros se volviesen hacia ella mostrando sorpresa de verla aún allí, no tuvo más remedio que abandonar el gabinete. Pero, ¿cómo abandonar el agujero de la cerradura? ¿Qué era aquello? ¿Por qué estos jóvenes le llamaban padre? Barragán jamás le había dicho que tuviera hijos. ¿Sería por desgracia un sacerdote renegado que se hubiera dejado crecer las barbas? El ademán de uno de los chicos le pareció a la buena señora que era de besarle la mano. De esto a darlo por hecho no tardó tres segundos. Por otra parte la manía de hablar siempre de cosas del otro mundo, ¿no era también indicio de su profesión? ¿Tendría gracia que hubiera alojado en su casa a un cura apóstata! ¿Qué diría don Matías el capellán castrense? ¿Qué diría Freire?

Los chicos volvieron a enterarse con creciente interés de la salud de Barragán.

--¿Cómo se encuentra, padre? No ha habido novedad,

ya lo vemos. Está
gordo, señor; está usted muy lúcido... Pero siéntese
e, padre, siéntese...
No queremos que se moleste.

Barragán se dejó caer en la silla que ocupaba y los
dos leopardos
(porque eran ellos como ya se habrá supuesto) se acomodaron en otras
frente a él sin perderle de vista.

--¿No ves qué gordo y qué florido está el padre?--dijo Federiquito
dirigiéndose a su hermano.

--Está brillante como un espejo. Parece que le han
dado barniz de
muñequilla--respondió Fabricianito (que así se llamaba el otro).

--Yo creo que el sol de América le echaba a perder
el cutis.

--Los mosquitos le hacían más daño todavía.

Barragán permanecía silencioso con el fiero semblante
contraído,
mostrando bien lo poco grata que le era aquella visita. Los chicos no
parecían advertirlo y siguieron piropeándole todavía
a tirándose uno al
otro la pelota en el tono más suave y meloso que puede imaginarse.

--Bien se conoce que se da buena vida el padre, ¿no te parece,
Fabriciano?

--¿Y cómo no, compadre? Yo haría lo mismo si tuviese tanta plata como él
en el bolsillo.

Al oír esto Barragán se encrespó como si le hubiese
n hecho una ofensa
mortal.

--Yo no tengo ni plata ni oro, ¿estamos? Y si es qu
e habéis hecho un
viaje tan largo para enteraros de ello pudisteis ha
berlo excusado.

--¿Se habrá gastado ya el padre toda la plata que h
a traído de allá,
Fabriciano?

--No lo pienses, compadre. ¡Si era un montón tan al
to que tocaba en el
techo! Estoy seguro de que no le ha desmochado toda
vía el pico.

--¿Qué queréis decir con eso? ¿Que yo he traído alg
o de allá que no
fuera mío?--preguntó Barragán con dignidad.

--Las cuentas estaban muy embrolladas, padre, y sin
quererlo se ha
podido traer lo que no le pertenecía. ¿Verdad, Fabr
iciano, que sólo
venimos a deshacer ese enredo?

--¡Y que lo digas! Ten confianza en que el padre no
nos dejará marchar
sin llenarnos bien los bolsillos.

--Si vosotros no lo sabéis, vuestra madre sabe que
todo lo que había en
la casa me pertenecía. Cuando me casé con ella la f
inca en que vivís
estaba hipotecada. Yo la he desempeñado con mi dine
ro y al marcharme se
la he dejado sin reclamar un centavo. Ya os he hech
o, pues, bastante
regalo.

--Pero oye, Fabriciano, ¿la finca no ha producido nada en los diez años que el padre la ha explotado?

--¿Que si ha producido, compadre? ¡Una mina de oro! ¡El oro en pepitas, niño! Lo menos le han quedado al padre después de mantener la casa cincuenta mil pesos.

--¿Pero es tanto, Fabriciano? Entonces veinticinco mil pesos son de la madre.

--¡Y que lo digas, amigo! No vayas a figurarte que nos dará menos el padre.

--¡Que yo os voy a dar veinticinco mil pesos!--exclamó Barragán trémulo--. Ya quisiera tener para mí esa cantidad. ¿Sabéis lo que os digo? Que me dejéis en paz y os vayáis por donde habéis venido, porque aquí no estamos en Méjico.

--No se ponga tan bravo, señor--respondió con calma amenazadora Federiquito--. Afloje el bolsillo un poco y ya verá qué pronto embarcamos.

--Os he dicho que estáis equivocados. No sólo no me he llevado nada de vuestra madre, sino que la he dejado los quince mil pesos de la hipoteca. Si habéis venido con intención de correr algunas huelgas a mi costa, podéis esperar sentados, porque no veréis un cuarto.

--¿Es de veras eso, señor?

--¡Y tan de veras!

--Ya lo oyes, Fabriciano. El padre no quiere entregar lo que es nuestro.
¿Qué debemos hacer nosotros?

--Pues sacarle las tripas al aire a ese pendejo--respondió Fabricianito
con la misma calma y acento meloso que si ordenara servirle una
limonada.

--Toma el fierrito, niño.

Fabricianito no se hizo esperar y echó mano al cuchillo. Federiquito
hizo otro tanto. Barragán, dando un salto, gritó: «
¡Socorro!» y se
abalanzó a la puerta; pero viendo que sus enemigos le cerraban el paso
retrocedió velozmente, se dejó caer sobre la puerta
vidriera de la
alcoba, que se abrió con rotura de algunos cristales, y pudo ganar la de
escape que comunicaba con el corredor.

--¡Socorro, que me asesinan!

Los dos leopardos, viendo que su presa se les escapaba, en vez de
seguirle hicieron irrupción por la puerta del gabinete para cortar la
retirada, pero allí tropezaron con doña Mónica que había estado
escuchando y que ya gritaba desesperadamente también:

--¡Socorro! ¡Asesinos!

Gracias a este encuentro, que les hizo vacilar algunos instantes,

Barragán pudo abrir la puerta de la escalera y precipitarse por ella.
Sus hijastros le siguieron al instante con los cuchillos abiertos y gritándole:

--¡Suelta la plata, ladrón!

Pero una vez en la calle el paisano les llevaba gran ventaja porque conocía ya bien las de Madrid y pudo muy presto ocultarse a su vista, mientras ellos no tardaron en ser detenidos por los guardias de orden público.

Barragán después de esquivarse llegó a la calle del Arenal y corrió derecho a la casa de Tristán, subió en cuatro saltos la escalera y apretó el timbre de la puerta hasta que vinieron a abrirle. Aquel repique prolongado y angustioso a las once de la noche sobresaltó a Tristán que vivía siempre bajo el temor de una desgracia inmediata. Salió precipitadamente del comedor donde se hallaba con Clara y su niño. Al ver a Barragán su faz se obscureció y dirigiéndose a él con paso un poco teatral y apretándole la muñeca le dijo al oído en voz baja pero con vehemencia trágica:

--¡Los he visto ya!

--¿Los ha visto usted?--preguntó Barragán abriendo los ojos hasta querer salirse de las órbitas.

--¡Sí, hoy mismo he visto a los traidores!

--Vengo huyendo de ellos. No faltó nada para que me asesinasen.

Tocó la vez a Tristán de abrir los ojos desmesuradamente.

--¡Asesinarle a usted! ¿Pero cómo...? ¿Qué está usted ahí diciendo?

--Sí, en mi misma casa abrieron los cuchillos para mí... Si no escapo a tiempo allí me degüellan sin remisión.

--¿Pero está usted loco, amigo Barragán? ¿De quién habla usted?

--¡De esos granujas! De mis hijastros.

--Yo me refería a Gustavo Núñez y a mi cuñada Elena
--replicó Tristán
friamente.

XVI

¡CORAZÓN, ARRIBA!

Elena se mostraba reacia aquel verano para ir al Escorial. Con el pretexto de esperar la terminación de unos muebles que había encargado para su salón iba retrasando días y días el traslado definitivo, por más que solía pasar allá uno que otro. Reynoso ya no podía más. Su amor y su prudencia le retenían de tomar la iniciativa, pero empezaba a mostrar en su semblante la impaciencia que le dominaba. Elena lo comprendió y le

propuso que se fuese antes que ella, aguardándola a
llí los pocos días
que faltaban ya para que el ebanista y el tapicero
dejasen terminada la
reforma del salón. Aceptó gustoso contando que sola
mente una semana
tardaría su esposa en juntarse con él. Transcurrió
la semana, corrían ya
los últimos días del mes de julio y Elena no daba a
viso de su partida.
Pensaba ya don Germán en volverse a Madrid y renunci
ar a sus placeres
campestres cuando recibió un telegrama urgente de T
ristán concebido en
los siguientes términos: «Vente en el primer tren.
Urge mucho tu
presencia aquí.»

Justamente acababa de almorzar; eran las doce y med
ia y el primer tren
para Madrid salía a la una. Mandó enganchar a toda
prisa y se trasladó a
la estación. El telegrama le había trastornado. No
sabía lo que pensar,
pero sentía una zozobra inmensa. Lo primero que le
había venido al
pensamiento era que Elena estuviese enferma, le hub
iese ocurrido
cualquier accidente. Sin embargo, no parecía natura
l que le avisasen en
aquella forma enigmática. Luego pensó en Clara, en
el niño. Tampoco
imaginaba que era forma adecuada de darle la notici
a. Al fin, presa de
la mayor congoja, llegó a Madrid. Cuando puso el pi
e en el andén y vio a
Tristán acompañado de Escudero y de Barragán le dio
un salto terrible el
corazón. Se dirigió corriendo hacia ellos.

--¿Qué pasa? ¿Elena está enferma...? ¿Clara?

--Las dos están buenas--respondió Tristán gravemente--. Vamos a tomar el coche y allí te hablaremos del asunto que me ha obligado a telegrafarte.

Estas palabras causaron un frío singular en el corazón de Reynoso. Vagamente adivinó una desgracia mayor que la enfermedad, mayor que la muerte misma, y quedó paralizado sin osar decir otra palabra. Siguió dócilmente a sus amigos, cuyas caras largas, contristadas, eran aún más inquietantes que las palabras de Tristán. Fuera de la estación les esperaba el landau de Escudero.

--A la Moncloa--dijo Tristán al lacayo.

La mayor estupefacción se pintó en los ojos de Reynoso, pero guardó silencio. Prontamente el coche dejó las cercanías de la estación del Norte y se internó en el largo y umbroso paseo de la Moncloa, que se hallaba en aquella hora completamente solitario. Tristán, con los ojos bajos y voz levemente enronquecida, principió al cabo a hablar.

--He vacilado mucho, muchísimo, antes de darte el susto que te he dado y hacerte pasar por una prueba bien triste... Hubiera querido, aun a costa del sacrificio más grande, ahorrártela. Conozco tu corazón confiado, noble, afectuoso y sé perfectamente la herida profunda que ha de abrir en él un desengaño... Pero... yo no puedo olvidar que eres mi hermano, que mi mujer lleva tu nombre y que tengo el sagrado

deber de velar por
que este nombre no sea arrastrado por el suelo... Y
o no quiero--añadió
exaltándose--que este nombre, que ha de llevar tamb
ién mi hijo, sirva de
burla y escarnio a la gente. Antes que eso suceda e
stoy resuelto a hacer
justicia por mi propia mano...

Reynoso horriblemente pálido le contemplaba atónito
, sin pestañear.

--Antes de dar este paso he consultado con tus amig
os más fieles, con
los que te quieren como un hermano y ellos han vist
o como yo que era de
todo punto necesario esta operación dolorosa. Ten v
alor, pues...
Prepárate a saber que se ha hecho befa de tus senti
mientos más íntimos,
que se ha olvidado infamemente tu nobleza y tu gene
rosidad, que se ha
pisoteado tu corazón y tu nombre... Elena...

Un grito áspero y extraño, mezcla de rugido y de la
mento, salió de la
garganta de Reynoso.

--¡La prueba! ¡la prueba!

Tristán, Escudero, Barragán quedaron aterrados vien
do la palidez
cadavérica de aquel hombre, su mirada centellante d
e fiera acorralada.

--¡La prueba! ¡la prueba!--repitió apretando el bra
zo de su cuñado.

--Dentro de pocos momentos la tendrás.

Reynoso paseó una mirada anhelante por el rostro de
sus amigos, y viendo

que los dos bajaban la cabeza confirmando las palabras de Tristán, se llevó ambas manos crispadas a los cabellos mesándolos con furor. Fue un acceso de loca desesperación. Gritos, sollozos, interjecciones, movimientos convulsivos. Sus amigos turbados y confusos hacían vanos esfuerzos por calmarle. No duró mucho tiempo, sin embargo, aquel ataque. Dejó al cabo caer la cabeza contra el rincón, se tapó con una mano los ojos y extendiendo la otra hacia Tristán dijo con voz débil:

--Habla. Quiero saberlo todo.

--Todo está dicho ya--repuso Tristán visiblemente afectado--. ¿Para qué necesitas más palabras? Ahora mismo te llevaremos a un sitio donde puedes quedar bien persuadido... ¡Manuel!--añadió sacando la cabeza por la ventanilla--da la vuelta y llévanos a la calle de Atocha. Para delante de la iglesia de San Sebastián. ¡Vivo!

Obedeció el cochero, entraron en la ciudad y llegaron al punto designado en pocos minutos. Se apearon allí y dieron orden de que el carruaje les esperase. Dejaron la calle de Atocha y se internaron por una de sus travesías laterales. Tristán marchaba delante con Escudero, detrás Barragán con Reynoso. Este no había despegado los labios, pero pocos momentos después de caminar los acercó al oído del paisano.

--¿Quién es?

--Núñez--murmuró Barragán apretando al mismo tiempo con afectuosa ternura la mano de su amigo.

Tristán y Escudero se detuvieron delante de una taberna, abrieron la puerta e invitaron a los otros a entrar con ellos. Reynoso se dejaba conducir dócilmente. Tristán, que parecía haber estado ya allí algunas veces, hizo ademán de sentarse a una mesa próxima a l escaparate. Tenía éste doble cierre de cristales y a su través se veía perfectamente la calle que era estrecha. Enfrente había una casa de reciente construcción que hacía contraste con las del resto de la calle, casi todas viejas.

--¡Ahí dentro están!--dijo en voz baja apuntando hacia ella.

Reynoso levantó los ojos y volvió a bajarlos rápidamente. Barragán pidió unos vasos de vino. El chico de la taberna los sirvió prontamente mirando al mismo tiempo con temor y curiosidad las barbas insólitas y el rostro espantable del paisano. Nadie más que él llevó a los labios el vaso. Aguardaron allí largo rato. Reynoso con los ojos en la mesa y la mano en la mejilla permanecía en una actitud de indiferencia desesperada. Barragán, Escudero y Tristán hablaban en voz baja espiados por la tabernera y el chico que mostraban en su rostro inquietud. Aquella conferencia misteriosa de cuatro señores en su tienda y sobre todo la traza de bandido que uno tenía les intrigaba. Quizá se les

pasara por la mente que estaban fraguando un crimen
.

Al cabo de una hora, lo menos, Tristán, que no cesa
ba de echar ojeadas
impacientes a la casa de enfrente, exclamó:

--¡Ya salen!

Reynoso levantó la cabeza y su faz se puso lívida v
iendo salir del
portal a su esposa en compañía de Núñez. Dieron uno
s cuantos pasos
precipitadamente por la calle y se metieron en un c
oche de punto que un
poco más allá les esperaba. El rostro de Elena en a
quel instante parecía
turbado y pálido, y sus ojos miraban con espanto a
todos lados. Esta fue
la impresión que les produjo. Reynoso quiso levanta
rse de la silla al
verla, pero cayó de golpe otra vez en ella y metió
la cabeza entre las
manos. Tristán se llevó la suya al bolsillo y dejan
do asomar la culata
de un revólver profirió con reconcentrada ira:

--¡Mátalos! ¡Mata a esos traidores!

Reynoso no se movió. Se oyó el ruido del coche que
se alejaba. Nadie
habló una palabra en algunos minutos. Al fin Escude
ro puso una mano
sobre el hombro de aquél y dijo con voz conmovida:

--¡Germán! ¡amigo mío! ¡valor!

Y por el rostro de aquel hombre, que no parecía sen
sible más que a los
cheques y talones, rodaban dos gruesas lágrimas. Re
ynoso se alzó y
tambaleándose como un beodo salió de la taberna seg

uido de sus amigos.

Cuando estuvieron en la calle se volvió hacia su cuñado y apretándole la mano dijo:

--¡Tienes razón, Tristán, la vida es un asco!

Guardaron todos silencio y caminaron hacia el sitio en que habían dejado el coche. Don Germán manifestó su resolución de volverse al Escorial.

Todos ellos se brindaron a acompañarle, particularmente Tristán, pero

opuso una enérgica negativa a sus instancias. Tampoco aceptó el coche de

Escudero que hablaba de añadir otros dos caballos a los que llevaban.

Nada, sólo pedía que le dejaran en la estación. Salía un tren a las

siete y sólo faltaba una hora. Acataron su voluntad aunque de mala gana.

--Os suplico que os volváis a vuestras casas y me dejéis ya--les dijo

cuando hubieron llegado. Y llamando aparte a Tristán:--Cuida mucho de

Clara. Conozco su corazón y sé que este golpe puede hacerle mucho daño.

Os espero dentro de cuatro o cinco días. Hasta entonces dejadme solo.

Tristán le miró con asombro.

--Pero ¿qué piensas hacer?

--Nada.

--¿No quieres castigar a ese miserable?

--No.

--Entonces voy yo a provocarle.

--Nada. No hagas nada, Tristán. En este mundo todo es nada, ¡nada, nada!

Y diciéndoles adiós con la mano y haciéndoles al mismo tiempo seña de que no le siguiesen, se metió en la estación uniéndose a la multitud que en aquella hora la llenaba.

--¡Nada! ¡nada! ¡nada!--murmuraba reclinado en el fondo de un coche mientras la locomotora le arrastraba velozmente a través de los campos adustos, melancólicos que cercan a Madrid. El humo se esparcía delante del paisaje ocultándolo por momentos. El sol moría a lo lejos entre resplandores carmesíes. Una dulce serenidad se desprendía del cielo pálido. Reynoso dejó el rincón y puso su rostro enardecido al golpe violento de la brisa que se iba haciendo más fresca según se aproximaban a la sierra. Con los ojos atónitos sentía más que veía el raudo cruzar de los objetos por delante. Todo huía, todo se escapaba causándole una extraña impresión de desquiciamiento universal. El mundo se deshacía, se evaporaba, rodaba vertiginosamente a los abismos de la nada.

--¡Todo es nada! ¡nada! ¡nada!--repetía sin cesar con voz ronca.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Escorial, salió del coche sin darse cuenta de ello y emprendió como un autómatas el camino del Sotillo. Estaba anocheciendo. En el cielo brillante e inmóvil centelleaban

algunas estrellas. A su espalda la mole de la sierra se ocultaba entre cendales de un violeta profundo. Delante el inmenso horizonte de los campos parecía cerrarse fundiéndose todo en un tenue vapor gris.

Alcanzó su casa y penetró en ella sin ruido, casi furtivamente como si fuera un intruso. Uno de los criados se asombró de verle al cruzar un pasillo y se excusó de no haber prevenido a los demás. Don Germán ordenó que todos permaneciesen tranquilos. Se encerró en su despacho, sacó legajos y papeles y estuvo trabajando largo rato. Llamaron a su puerta humildemente y una doméstica preguntó si el señor bajaba a cenar. Respondió que le subiesen a la habitación contigua, caldo y algunos fiambres y siguió trabajando. Al cabo se alzó del sillón y pasó al saloncito contiguo donde ya le habían preparado la mesa. Ordenó en seguida que todos se acostasen y volvió a su trabajo que aún duró mucho tiempo. Cuando terminó eran las altas horas de la noche. Descansó unos instantes y escribió una carta de pocas palabras que depositó sobre la mesa en sitio visible. Luego sacó de uno de los cajones un revólver, lo examinó con detenimiento, lo cargó con nuevas cápsulas, lo colocó sobre la mesa y echó de nuevo la llave al cajón. Abrió la puerta del salón, abrió la de la habitación contigua, que era el dormitorio matrimonial, encendió un cigarro y se puso a pasear a lo largo de la habitación con aparente calma.

Allá en el fondo entre las camas de los esposos pendía un crucifijo. En uno de los paseos los ojos de don Germán tropezaron con él. Quedó inmóvil, clavado al suelo, los ojos fijos en aquella imagen sangrienta. ¿Cuánto tiempo estuvo así? ¿Una hora? ¿Un minuto? Jamás pudo él mismo saberlo. Al fin dejó escapar un suspiro, se tapó el rostro con las manos y cayó de rodillas sollozando.

Cuando se puso en pie había recobrado el sosiego, todo el sosiego del alma. Su resolución estaba tomada. Se dirigió con paso firme a su despacho, guardó de nuevo el revólver y se puso a escribir algunas cartas. Una larga para Tristán, otra para Cirilo. La última para su mujer.

«Elena: Perdona que por última vez me dirija a ti. Es de absoluta necesidad para tu futura existencia. Cuando recibas ésta me hallaré lejos y jamás volveré a importunarte con mi presencia. Te dejo toda mi fortuna: sólo me llevo lo necesario para vivir. Gasta todas las rentas que te entregará Cirilo. Es el último favor que te pido y también que disculpes mi ausencia. Puedes decir que estoy en América, donde tenía comprometidos algunos intereses. Nada más. Que Dios te proteja y que a mí no me abandone.»

Cerró la carta y lo mismo que las otras la guardó en el bolsillo para enviarlas al correo en la oportuna ocasión. Hizo de

spués pedazos la que
había dirigido al juez y sacó otro cigarro y de nue
vo se puso a pasear,
esta vez no con calma aparente sino bien verdadera.
Por fin abrió el
balcón y salió a una pequeña terraza, recostándose
de bruces sobre el
antepecho de mármol. La noche era caliente y poblada
de estrellas. El
paisaje severo, erizado, dormía bajo su dosel alarg
ando la sombra
inmensa de sus collados. Reynoso abría los ojos sin
ver, tendía los
oídos sin oír, no viendo ni oyendo más que los lati
dos de su corazón
desgarrado. Este corazón latía y hablaba. ¿Qué impo
rta todo? ¿Qué vale
cuanto existe en el mundo? Riqueza y miseria, grand
ezas y humillaciones,
desgracia o ventura todo cambia, todo se hunde al f
in en los abismos de
la noche eterna... ¿También se hundirá el amor? ¿Na
da quedará de esta
emoción incomprensible que parece transformarnos po
r momentos,
arrebataarnos de la tierra a otras esferas más altas
? Don Germán
contempló el cielo, largo rato, escrutando con avid
ez sus abismos
azulados, sus millones de luminarias maravillosas.
Al fin los bajó de
nuevo murmurando: «¡No; el amor no se hundirá porqu
e el amor es Dios!»
Paseó después su mirada por el campo. Allá, hacia e
l oriente, en los
confines del horizonte un tenue reflejo del firmame
nto señalaba el sitio
donde se asentaba Madrid. Apartó los ojos con horro
r. Del cielo viene el
rayo que nos abate, del mar viene la ola que nos tr
aga, del campo la
dentellada de la fiera o la puñalada del bandido. ;

Pero de allí...! ¡ah,
de allí viene el daño que no puede explicarse, la a
gonía sin muerte, el
dolor increíble!

Permaneció algún tiempo perdido enteramente en una
meditación profunda.
Era un torrente de pensamientos graves, de sensacio
nes confusas que
atravesaba su cerebro y su corazón. Apenas guardaba
la conciencia de que
fuesen suyos. Una ola de olvido le envolvía poco a
poco; una voz bien
alta subía invitándole a mirar hacia arriba y a des
preciar lo de abajo.
Después haciendo un esfuerzo alzó sus codos de la b
aranda, contempló
todavía con distracción el horizonte obscuro, sacó
del bolsillo su
llavero, del llavero un lápiz y escribió tres palab
ras sobre el mármol.
Entró en sus habitaciones, se dirigió a su armario
y tomando de allí la
ropa y los objetos más indispensables los empaquetó
en una maleta.
Cuando la tuvo hecha bajó cautelosamente hasta la p
uerta del jardín y
salió de casa. Atravesó el parque, atravesó el bosq
ue y en pocos minutos
se encontró a campo raso. Empezó por los sendero
s el camino de
Zarzalejo para montar allí en el primer tren que le
alejase de Madrid.
Cuando hubo caminado algún tiempo se detuvo y volvi
ó los ojos hacia su
casa. Allí quedaba, silencioso, tranquilo, el que h
abía sido su paraíso
en la tierra. Jamás, jamás volvería a entrar en él.
¡Cuánta felicidad
deshecha en un instante! Tomó la maleta que había d
ejado caer al suelo y
empezó de nuevo la carrera. Los sollozos le romp

ían el pecho, las
lágrimas le cegaban. Así marchaba aquel hombre al t
ravés de la noche
desierta en busca de Dios.

XVII

LA BODA DE ARACELI

Araceli, la niña espiritual y aristocrática de los
señores de Escudero,
tocaba a la meta de sus ambiciones heráldicas. Iba
a ser duquesa. Poco
después de la catástrofe sobrevenida a don Germán y
de su viaje
misterioso, se le ocurrió al duque del Real Saludo
el morirse de una
apoplejía fulminante. Cuando recibió la noticia Ara
celi sintió que las
piernas le flaqueaban; todo su cuerpecito distingui
do se estremeció con
un escalofrío de ansiedad y de gozo. Supo disimular
, sin embargo, puso
la cara larga, se vistió de negro y dio el pésame a
la familia y la
acompañó muchos ratos en aquellos días de tristeza.
Había que verla en
tales momentos, entrar y salir en las habitaciones,
recibir recados,
pronunciar órdenes y darse aire de pariente. Sus es
peranzas no quedaron
fallidas. La duquesa viuda no pensó que un sepulcro
abierto la eximía de
permanecer fiel a sus principios de contradicción d
oméstica, y otorgó el
consentimiento a su hijo, realizando así contra el
duque un acto de
oposición de ultratumba. Se dejó transcurrir por re

speto un plazo de
seis meses. Comenzaron al fin los preparativos de la
boda. Sin embargo,
hubo en ciertos instantes temor de que ésta zozobra
se al tratarse la
cuestión de intereses. La duquesa sólo ponía a dispo-
sición de su hijo
una renta de treinta mil pesetas, que era lo que le
correspondía por
herencia de su padre. Escudero, hombre exactísimo,
metódico, ordenado,
manifestó que en ese caso él daría a su hija otro tan-
to. Pero estas
cantidades no bastaban para que el joven matrimonio
viviese con arreglo
a su rango. Se trabajó con empeño para que el suegro
aumentase la renta;
hubo en la casa reyertas, desmayos, lágrimas en abu-
ndancia. Don Ramón
consintió al fin en doblar la cantidad, pero a condi-
ción de que tal
excedente se dedujese en su día de los gananciales
atribuidos a su
esposa en el caso de que falleciese antes que él.

Corrían ya los días precedentes de la boda. Se habían
cambiado los
regalos y Araceli había recibido de la sociedad ele-
gante y de la que no
lo era un bazar completo de bisutería. Los periódicos
publicaron largas
columnas con la lista de los objetos como si se tra-
tase de una
liquidación. «Señores de L***: neceser de viaje en
piel de Rusia
guarnecido de plata.--Señor de C***: juego de tocad-
or en cristal de
Bohemia.--Marqueses de H***: bandeja de plata repuj-
ada.--Duquesa de
N***: cajita de oro esmaltada, etc., etc.» Araceli
exhibía estos
chirimbolos a las visitas con singular complacencia

. Sólo faltaba sobre ellos un cartoncito con el precio para que semejase por completo un almacén de saldos. Pero lo que mostraba con mayor d eleite la hija de los señores de Escudero era su equipo, un soberbio _tro usseau_ confeccionado en París, donde sobre cada pieza se ostentaba una corona ducal, pequeña o grande, bordada en blanco o en color. Había coronas hasta sobre los paños de la cocina.

Algunas amigas íntimas se reunían la víspera del día señalado para el enlace en el gabinete de la prometida. Se la felicitaba, se la acariciaba, se la besaba, se le decían mil ternezas . Había sinceridad en unas, había falsedad en otras, que en el mundo el bien y el mal no se encuentran jamás solos. Aquella juventud se entregaba a la alegría y retozaba acordándose de los tiempos en que hacían lo mismo en el jardín de las Ursulinas.

--No te darás tono de señora casada con nosotras, ¿verdad, Araceli?

--¿Ni de duquesa tampoco?

--¡Oh, madame la duchesse!

Y una de las amiguitas se inclinaba delante de la novia con reverencia cómica que despertaba las carcajadas de las otras. Araceli, lisonjeada, sonreía con benevolencia.

--¿No tardarás en tomar la almohada?

--¡Quién piensa en eso todavía!--respondió Araceli que había pensado ya infinitas veces.

--Es una ceremonia imponente, muy imponente--manifestó con gravedad y poniendo los ojos en blanco una jovencita rubia que seguía las huellas de Araceli--. Cuando la tomó mi prima la marquesa de la Suave-Conquista vino antes a ensayarse con mamá, que ha sido camarista de la reina Isabel. Hay que esperar en un salón; vendrá a buscarte la madrina y otras damas, se te anunciará y al entrar harás tres reverencias... una así... otra así... y por último otra así.

La jovencita rubia, puesta en pie y en medio del corro, hacía las genuflexiones con tal unción, delicadeza y primor, que parecía que en su vida había hecho otra cosa. Sin embargo, Araceli irguió su cabecita con altanera indiferencia.

--Ya sé, ya sé todo eso, querida.

--¡A ver, que la tome aquí ahora mismo ante nosotras!--exclamó la amiguita de humor jocoso que la había saludado en francés--. ¡Yo soy la reina! Dejad que me siente ahí en lo más alto. Margarita, echa ese cojín en el suelo. Esa es la almohada. Carmen, tú serás la madrina. A ti, Beatriz, te nombro mi camarista mayor. No reírse, que éstas son cosas serias, ¿verdad Mimí? (dirigiéndose a la jovencita rubia). Vamos, llevadme a esa chica fuera. La llamaré cuando me dé la _real_ gana.

Vosotras aquí en semicírculo haciéndome la corte...

La traviesa niña empujando a unas, arrastrando a otras, cambiando sillas y cerrando puertas improvisó presto un salón de corte. Se representó la escena con no poca algazara. Araceli vino del gabinete de su mamá donde la tuvieron recluida largo rato, hizo sus reverencias casi tan bien como la rubita Mimí (prueba de que ya las había ensayado a solas) y se sentó sobre el cojín haciendo tantos remilgos que la reina incomodada le tiró otro a la cabeza.

--Pero, duquesa, ¿cómo tiene usted valor de presentarse sin diadema?--exclamó S. M. en el colmo de la estupefacción.

--¡Ah! ¡La diadema, es verdad!--exclamaron a su vez todas las damas de la corte.

--Póngase usted la diadema inmediatamente--prorrumpió con energía la augusta persona.

Araceli se disculpó diciendo que estaba guardada en la caja de hierro de su papá, pero no le valieron excusas. Fue necesario que bajase al escritorio de Escudero y que éste sacase de la caja la preciada joya regalo del novio. Enteradas por este paso algunas criadas de la ceremonia que iba a realizarse, no dejaron de acudir para ver si percibían algo espiando por las cerraduras y los quicios de las puertas.

El acto se efectuó de nuevo con mucha mayor solemnidad a causa de la diadema y también del ensayo previo que se había hecho. Terminado, S. M. se dignó felicitar con las palabras más amables a la gentil duquesa del Real Saludo, y dio su mano a besar y una bofetada en la mejilla a todas sus damas.

Araceli durmió muy poco aquella noche. En cuanto se levantó comenzó a hacer sus preparativos de tocado, aunque la ceremonia nupcial no había de celebrarse hasta la tarde en su propia casa. Se hizo venir para que la peinase a Mr. Gaston, famoso peluquero de la corte, y acudieron a adornarla dos oficialas de Mme. Verlet, la gran modista. No se perdonó gasto alguno para que la ceremonia se celebrase con inusitada pompa y suntuosidad. Escudero puso a disposición de su esposa y de su hija una cantidad respetable, la cargó en sus libros y no volvió a ocuparse del asunto. Pero he aquí que su esposa, no poco confusa porque le conocía bien, vino a anunciarle que faltaban mil doscientas pesetas para pagar las flores de la quinta del Pilar, y su hija Araceli, menos confusa pero también un poco asustada, le manifestó que aún restaba por abonar al joyero una pequeña cantidad. Escudero montó en cólera, una cólera ciega. «¡Cómo! ¿Qué formalidad era aquélla? ¿No sabían que ya estaba agotado el presupuesto de los gastos de boda, que no se podía andar en los libros, que él era un hombre de negocios, un hombre de orden?» Doña Eugenia

viéndole tan irritado determinó pagar con sus ahorros aquella suma y dejar en paz los libros de su esposo. Doña Eugenia era una mujer económica, pero había adquirido un vicio considerable, el del papel. Cada día más enemiga de los microbios y resuelta a darles guerra crudísima mientras le quedase un soplo de vida, desde hacía algún tiempo ni daba la mano a nadie sino enguantada ni tocaba objeto alguno si no era interponiendo entre los bacilos y sus dedos un papel. Lo compraba por resmas en un almacén de la calle de las Infantass. El dueño de este almacén solía decir burlando que la señora de Escudero le consumía tanto como una imprenta.

Otro de los asuntos que dio origen a algunos disturbios domésticos que hubieran degenerado en graves conflagraciones si uno de los bandos no hubiese operado una prudente retirada, fue el de las invitaciones. Escudero, que a causa del citado desequilibrio en el presupuesto de boda se hallaba en un estado alarmante de disgusto y de profunda decepción, exigió que se invitase a la ceremonia a sus amigos y compañeros de tresillo en el Círculo Mercantil, Buceta, Trompeta y Rubau. Esta monstruosa exigencia llevó la desolación al espíritu refinado de su hija. En vano doña Eugenia agotaba para convencerla toda clase de razonamientos y representaciones. Araceli, en el colmo de la desesperación, torciéndose las manos, exclamaba:

--¡Pero mamá de mi alma! ¿qué dirá la duquesa de Colmenar de la Oreja, qué dirá el marqués de Cabezón de la Sal al verse junto a un hombre que se llama Trompeta?

Todavía el hado adverso reservaba una prueba más cruel al temperamento primo y elevado de la prometida. Escudero, enardecido con su victoria, después de haber impuesto a Buceta y a Trompeta, llevó su audacia hasta proponer a Barragán. El paisano se había hecho su amigo íntimo, le había confiado la gestión de sus intereses y por último había tenido el rasgo feliz de ofrecer a la novia no un regalo como cualquier hombre vulgar, sino un billete de quinientas pesetas para que ella comprase el objeto que más le gustase. Este procedimiento generoso y práctico a la vez le había elevado considerablemente en el concepto de Escudero. La consternación más profunda se pintó en el semblante de su hija al tener conocimiento de la fatal decisión. No valieron súplicas ni lágrimas ni se logró nada con la intervención oficiosa de algunos amigos diputados para ello. Don Ramón permaneció inflexible. O Barragán era invitado o él mismo dejaría de asistir a la ceremonia. Se tragó, pues, a Barragán, ¡un trago bien amargo! Araceli, pateando de cólera en su gabinete, se prometía tomar en lo futuro una digna venganza. En cuanto estuviese casada ¡ni uno solo de aquellos hombres ordinarios pondría los pies en la casa ducal! Por su parte Escudero, temiendo haber llevado demasiado

lejos sus exigencias, suplicó a Barragán en términos sentidos «que si era posible se recortase un poco las barbas». Cedió éste, bien convencido sin embargo en su interior de que no se lograría con ello borrar la odiosa traza de bandido con que, implacable, la naturaleza le había dotado. Pero como hombre dócil y de buena pasta, no sólo cedió a recortarse un si es no es la barba, sino que se vistió una flamante levita, se puso botas de charol, pantalón bombacho, sombrero de copa y en la corbata un alfiler con una enorme esmeralda falsa. ¡Estaba horrible! ¡patibulario! Los invitados al pasar junto a él no podían menos de sentir un escalofrío. Uno de los amigos del novio le llamó Rebolledo, aludiendo al bandido de la zarzuela _Los diamantes de la corona_, y la palabra hizo fortuna entre la juventud maleante.

La ceremonia debía de celebrarse a las cinco de la tarde. Los novios partirían en el sud-express poco después. A las tres, la multitud de los convidados invadía los fastuosos salones de la casa de Escudero, en la calle de Alcalá. Tristán estaba allí. Era uno de los testigos designados por la novia. Andaba solo, huyendo de juntarse a nadie según su costumbre. El sensible lance acaecido a su cuñado y en el cual había él tomado parte no había contribuido a mejorar su genio difícil y sombrío. El matrimonio de su prima, a la cual nunca había profesado mucha estima, le inspiraba un poco de risa, un poco de lástima y

otro poco de
desprecio. ¡Casarse, por ser duquesa, con un espectro!

Efectivamente Gonzalito Ruiz Díaz lo era. Al principio de sus relaciones con la niña de Escudero pareció animarse un tanto su naturaleza, pero a medida que transcurría el tiempo se fue debilitando nuevamente hasta inspirar miedo. Se decía en la familia que la oposición tenaz de su padre era la causa de tal decaimiento. Sin embargo, después del fallecimiento del duque nada mejoró de aspecto. Entonces se achacó a los amores. En cuanto satisficiese, uniéndose a Araceli, los vivos anhelos de su corazón engordaría hasta ponerse como una bola. Esta era la profecía que había encontrado más eco en la familia de Escudero y de todos sus allegados.

Cuando se presentó en el salón ataviado con el uniforme de maestrante de Granada, su faz lívida, el círculo azulado que rodeaba sus ojos, la fatiga que se leía en todos sus rasgos no pudo menos de sorprender a los circunstantes que empezaron a hablarse al oído. «Es el uniforme--decían algunos--lo que le da ese aspecto de muerto desenterrado.» «¡Qué uniforme! Es la emoción. ¡Ha sido siempre un chico tan sensible!» El pobre Gonzalito se sentía en efecto bien fatigado, bien conmovido, bien amarrado dentro de su vistoso uniforme. Todos los amigos se apresuraron a rodearle vertiendo en su oído palabras de felicitación. Unos lo

tomaban por lo serio, le hablaban de su preclaro nombre que pronto iba a encontrar quien lo perpetuase, otros echaban el santo sacramento a broma.--«¡Ánimo, Gonzalo! Para sostenerte en este trance fiero aquí tienes a los amigos. ¡No tiembles a la vista del patíbulo!» Y señalaban al altarcito erigido allá en el fondo del salón contigo y que se veía por la puerta entreabierta.

Al fin llegó monseñor Isbert que debía bendecir la unión de los jóvenes. Era un prelado doméstico de S. S., hombre de mundo, jovial, diplomático, tolerante. Por estas razones gozaba de gran crédito en la alta sociedad madrileña y había casado ya un número considerable de sus miembros. Señoras y caballeros le rodearon al instante y gozaron de su conversación culta y jocosa. Cuando se hubo cansado monseñor sacó el reloj.

--Ya se acercan las cinco--manifestó dirigiéndose con graciosa sonrisa a Araceli--. Perdóne usted, señorita, que le recuerde el dulce y solemne momento que se aproxima en que cumpliendo los mandatos divinos entregará usted su libertad al elegido de su corazón.

Araceli bajó los ojos ruborizada.

--¿Dónde está el novio?--preguntó después monseñor con su voz clara y pastosa de orador.

--Eso es, ¿dónde está el novio?--preguntaron algunos dirigiendo miradas

en torno.

--¿Dónde está Gonzalo? ¿donde está Gonzalo?--repitieron otros.

Al fin se le halló en un gabinete solitario sentado , con la cabeza entre las manos.

--¿Qué es eso?--se apresuraron a preguntarle su madre, su novia y las personas que se le acercaron corriendo--. ¿Qué te pasa? ¿Te sientes indispuesto?

--Sí, me siento mal.

Y al levantar la cabeza dejó ver un rostro tan pálido que su madre dio un paso atrás, aterrada.

--Sí, me siento mal, ¡muy mal!

Apenas había pronunciado estas palabras una ola de sangre se escapó de su boca. Gritaron las mujeres, se conmovieron los hombres, acudieron los criados. Todos están tan asustados que no saben más que gritar:

--¡Un médico...! ¡una jofaina...! ¡un vaso de agua!

El vómito fue terrible. Pensaron que se quedaba en él. Cuando cesó le transportaron a una cama en las habitaciones que había ocupado Tristán de soltero. El doctor Ustariz, que se hallaba como invitado entre los presentes, le prodigó sus cuidados. Sin embargo, pocos minutos después le repitió el vómito. El doctor se apresuró a hacer

salir del cuarto a
todo el mundo, haciendo seña a monseñor Isbert para
que se acercase. El
sacerdote le dio la absolución de sus pecados sin o
írlos, porque el
pobre Gonzalito no volvió a pronunciar otra palabra
.

XVIII

LA FLECHA DEL DESTERRADO

La masa de follaje del Sotillo se teñía de amarillo
. Con una ojeada
perezosa y distraída Elena abrazaba el bosque y el
vasto horizonte,
fijándola con insistencia en sus confines azulados.
Aquel noviembre
venía seco, pero frío ya. El aire era transparente,
la sierra tomaba un
color de violeta oscuro, la llanura se teñía de gr
is; por el ambiente
corrían las frías claridades, el aliento fresco que
denunciaba la
proximidad del invierno.

--No hace más que cuatro días que la señorita ha ll
egado y ya parece
otra--dijo la doncella que se hallaba a sus pies ar
rodillada cambiándole
el calzado.

--Sí, el Escorial me ha probado siempre bien--repus
o la señora sin
apartar su mirada distraída del horizonte.

--¿Por qué no viene más a menudo?--se atrevió a pre
guntar la mimada

doncellita.

Elena no contestó.

Al cabo de un rato apartó los ojos del paisaje y los volvió al armario de espejo que tenía delante. Se miró prolongadamente en la luna y murmuró como si hablase consigo misma:

--¡De todos modos me encuentro bien cambiada, bien decaída, bien fea!

--¿Cómo fea?

La doncellita protestó con todas sus fuerzas de aquella monstruosa aserción. Jamás había estado tan hermosa la señorita.

--Parece mentira--prosiguió ésta--que una fiebre ciliar gástrica me haya arruinado tanto.

--Quince días en el campo y se pondrá la señorita tan gorda que habrá que enviar todos los trajes a la modista.

--¡Más, más...! Me convendría tal vez pasar todo el invierno aquí.

La doncellita se puso seria. ¡El invierno! ¡Alegre humor echaría su novio el encargado de la tienda de ultramarinos de la calle de Olózaga si tardase más de quince días en volver a Madrid! Así que trató por todos los medios que estaban a su alcance (que no eran muchos) de disuadir a la señorita. Esta parecía no escucharla. Sus ojos volvieron a perderse al través del balcón abierto en las lejanías

as del horizonte
inmenso. En vano tocó los recursos que en otras oca
siones habían surtido
efecto para distraerla, los vestidos, los sombreros
, las reformas de la
casa, los coches. Elena permanecía absorta, ensimis
mada, sin dignarse
siquiera volver la cabeza. Viendo sus esfuerzos def
raudados, la
doncellita adoptó el acuerdo de salirse de la estan
cia sin hacer ruido.

El Sotillo le causaba ahora una impresión extraña,
mezcla de dolor y de
alegría, de agitación y de sosiego. Desde el día fa
tal, hacía ya más de
un año, en que su esposo huyera para siempre, no ha
bía puesto los pies
allí. Pero desde hacía ya tiempo soñaba con él. Su
espíritu se volvía
hacia aquel paraje ansiando la frescura de sus árbo
les, el rumor de sus
aguas, la paz de su ambiente. ¡La paz, la paz! Esto
era lo que
necesitaba su cuerpo gastado, su corazón deshecho.
La carta de su marido
le había producido el efecto de un rayo. Cayó de br
uces sobre el suelo
privada de conocimiento. Cuando la alzaron y la tra
nsportaron a la cama
se le declaró una violenta fiebre que la tuvo postr
ada muchos días y
amenazó su vida. Durante su enfermedad ni Clara ni
Tristán ni Visita
parecieron por su casa. Sólo Marcela Peñarrubia la
veló como una hermana
cariñosa. Cuando entró en convalecencia supo por el
la que Tristán había
provocado secretamente a Núñez y que éste había reh
usado el duelo
alegando que no era él quien tenía derecho a exigir
le una reparación.

Entonces Tristán le había abofeteado. No otra cosa buscaba el pintor para tener la elección de armas, pues aunque no era cobarde, ninguna gracia le hacía servir de blanco a la certera puntería de su amigo. Se batieron a espada y Tristán salió herido ligeramente en el brazo derecho. Después se vio rodeada por aquellas amigas de última hora, Marcela Peñarrubia, Enriqueta Atienza, Rosita León y sus respectivos amantes que la asistían y la mimaban con asiduidad conmovedora.

Pero en cuanto pudo salir a la calle fue a casa de Visita resuelta a enterarse adónde había ido su marido y correr a pedirle perdón. En ver a Clara y Tristán no soñaba siquiera. La recibió Ciri lo con ceremoniosa cortesía hablándole de dinero, presentándole cuentas y libros, anunciándole que al día siguiente le enviaría los intereses vencidos de las acciones del Banco. Visita no se presentó. Se hallaba un poco indispuesta, al decir de su esposo. Salió de aquella casa con el corazón tan apretado que en cuanto montó en el coche estalló en sollozos. No se había atrevido siquiera a pronunciar el nombre de su marido. Cuando llegó a su casa escribió una larga carta a Tristán. Este no le contestó. Entonces la pobre mujer, rechazada y despreciada por todos los deudos y amigos de Reynoso, aislada y avergonzada se dejó marchar por la suave pendiente que delante se le ofrecía. Recibió por fin a Núñez, que diariamente le enviaba billetes inflamados; intimó

con las amigas que se
desvivían por distraerla y entró a formar parte de
aquella sociedad
divertida y galante. Fue una rebelión, una necesida
d de su naturaleza,
que de otro modo hubiera sucumbido.

Y para más aturdirse, para olvidar la pena que le r
oía el alma fue más
allá de lo que la prudencia aconsejaría a una mujer
en su caso. Lanzose
a una vida de placeres ruidosos; teatros, paseos, p
artidas de tresillo,
tiendas, modistas, cenas a última hora con sus flam
antes amigas y
adláteres. Estas no la dejaban ni de noche ni de
día. Gustavo Núñez la
mantenía en perpetua risa con sus bromas picantes y
excéntricas. El
lindo hotel de la Castellana se convirtió en centro
bullicioso de
placer. Elena se entregaba a él más que con pasión
con verdadera rabia.
No quería quedarse sola un instante, y para evitarl
o intentaba nuevos
pretextos y correrías, derrochaba a manos llenas la
s rentas cuantiosas
que Cirilo le entregaba cada trimestre. Naturalment
e, no había mujer más
mimada, más agasajada de sus amigos. Todo el mundo
estaba pendiente de
su sonrisa, de sus gestos, de su apetito y no se es
catimaban los medios
de divertirla y aun aturdirla.

Así transcurrió un año. Al cabo, aquella vida, más
que agitada, febril,
agotó sus nervios. Acometiole un decaimiento físico
y moral que en vano
trataron de combatir los que a la continua la rodea
ban. El primero que
sintió los efectos de este desmayo fue Núñez. Hasta

entonces Elena había sido con él, si no extremadamente afectuosa, a lo menos complaciente, risueña, generosa, una querida agradable en suma y que le realzaba en la sociedad que frecuentaban. A última hora empezó a mostrarse fría, exigente, caprichosa y sobre todo a sentir una extraña melancolía que la tenía horas enteras taciturna, sin poder arrancarle ni una sonrisa ni una palabra. Elena empezó a meditar. Aquella cabecita ligera, evaporada, principió a darse cuenta vagamente del carácter de la gente que la rodeaba, sobre todo del carácter de su amante. Este había principiado por mostrar con ella un desinterés desdeñoso, susceptible, que aun haciéndola sufrir un poco no dejaba de lisonjearla en el fondo. Hasta tal punto parecía celoso el pintor de su dignidad que no podía hacerle el más corto obsequio sin que al día siguiente se viera regalada con otro de más precio. Sin embargo, con el tiempo fue cambiando este modo de ser, se dejó mimar y regalar sin protesta, comía casi a diario en casa de ella y aceptó por fin que Elena abonase los gastos de un viaje que hicieron por Francia y Alemania. Duró cerca de dos meses, se gastó por largo, y la galantería de Núñez sufrió en el curso de él bastante menoscabo. La vida íntima, marital, descubrió a los ojos de Elena los puntos negros de aquel temperamento tan jovial y simpático en sociedad. Dominante unas veces hasta la brutalidad, otras incisivo y cruel y casi siempre egoísta, hacía recordar a Elena la paciente

dulzura de su
marido, aquella galantería nunca desmentida, aquella
protección paternal
que tanto calor daba a su corazón. Elena no era mujer
de pasiones
ardientes; poseía un temperamento infantil; la gran
necesidad de su vida
era la de ser mimada. Defraudada en este impulso de
su naturaleza y no
sabiendo fingir, pronto empezó a mostrar a Núñez un
claro desvío. Cuando
habían llegado de Alemania, a fines de octubre, estaba
harta ya de aquel
hombre.

Si no rompió con él abiertamente fue por miedo no tanto
hacia él como
hacia la camarilla que le rodeaba. Sentíale apoyado
por todas sus amigas
y creía la inocente de buena fe que si le despedía
éstas se despedirían
también y volvería a quedarse sola. ¡Buena gana tenían
de hacerlo!
Aquellas amiguitas la utilizaban lindamente. Comían
bien en su casa,
asistían al teatro en su palco, iban a paseo en sus
coches y además de
vez en cuando le tomaban algún dinero prestado. La
condesa de Peñarrubia
se lo había pedido dos veces, una seis mil pesetas
y otra diez mil para
un negocio seguro según decía. De todos modos Elena
no volvió a ver su
dinero. Últimamente al regresar de Alemania Marcela
vino a proponerle
que comprase acciones de una mina de plata que su amigo
común el
vizconde de las Llanas poseía en Albacete. Se trataba
solamente de un
desembolso de veinte mil pesetas que antes de un año
se convertirían en
cuarenta mil. Elena no las tenía en aquel momento,

pero no las hubiera
entregado aunque las tuviese. Había entrado ya la d
esconfianza en su
espíritu. Esta desconfianza se hizo más viva cuando
observó el mal humor
que mostró Núñez al conocer su negativa. No pudo me
nos de sospechar,
viendo su gesto de contrariedad, que Marcela y él e
staban en
connivencia. Tal sospecha, que el recuerdo de otros
incidentes
autorizaba, convirtió su desvío en desprecio. Pocos
días después se vio
precisada a guardar cama; la fatiga del viaje y las
comidas de hotel
habían estropeado su estómago. Mientras estuvo enfe
rma meditó mucho: la
fiebre exaltaba su imaginación, exacerbaba su aburr
imiento, hacía
crecer los agravios que creía haber recibido de su
amante. Cuando se
levantó del lecho estaba decidida a romper sus rela
ciones con él. Se
hallaba harta de aquel sinapismo. Se quedaría sola,
trasladaría su
residencia al extranjero, entraría en un convento,
tomaría otro amante,
¡todo, todo menos continuar unida a aquel pomito de
ácido nítrico! Sin
decirle una palabra ni avisar tampoco a ninguna de
sus amigas, en cuanto
se sintió con fuerzas para ello se trasladó un día
al Sotillo. Desde
aquí había escrito a Núñez una carta anunciándole q
ue estaba resuelta a
cortar el lazo amoroso que los unía. No queriendo d
ecirle el motivo real
que a ello le impulsaba y no siendo extremadamente
hábil en el género
epistolar, se perdía en una serie lamentable de fra
ses sin sentido,
reticencias y exclamaciones inútiles. Cuando leyó l

a carta antes de
enviarla comprendió que no estaba bien, que todo aque-
llo era ridículo.
Sin embargo no quiso escribir otra. Alzó los hombros
con desdén y
exclamó sonriendo maliciosamente:--«¡Bien está! Que
lo tome como
quiera.»

En el Sotillo sintió los únicos momentos de sosiego
que había disfrutado
desde hacía quince meses. Una dulce melancolía pene-
traba en su alma al
contacto de aquellos sitios donde tan feliz había si-
do. Le parecía que
su dicha no había muerto, que aún estaba allí guardada
esperándola.
Vagamente soñaba con ver surgir del parque la gran
figura atlética de su
marido y escuchar su risa sonora. No era posible, no,
que todo aquello
hubiera muerto para siempre. Recorría la casa, se t-
endía sobre el sillón
de lectura de su marido, escrutaba el parque, daba
de comer a las
palomas y esperaba. Una esperanza irracional pero no
por eso menos
poderosa se había apoderado de su alma en aquellos
cuatro días; sentía
la impresión del que se halla soñando una siniestra
pesadilla y guarda
la conciencia de que lo es y no tardará en despertar.
No había subido al
pueblo, nadie había venido a visitarla ni aun sus m-
ismos parientes,
acaso porque no supieran que estaba allí. Sin embar-
go, aquella
excitación placentera que acude siempre en toda con-
valecencia como una
resurrección de la vida comenzaba a ceder. El cuervo
o de la soledad y el
desconsuelo comenzaba a batir ya las alas negras so-

bre su frente.

Aquella pequeña y tersa frente de estatua griega sentía su sombra y se obscurecía.

Elena dejó escapar un suspiro, apartó sus ojos extáticos del horizonte y se alzó del asiento. Miró el reloj de la chimenea: eran las once. Tomó el quitasol y bajó al parque. Hasta entonces no había salido de él, satisfecha de recorrerlo en todos sentidos, de tocar sus flores, de acariciar sus árboles y sentarse largas horas en el gran cenador leyendo una novela. Ahora le había entrado curiosidad de verlo todo, un deseo vivo de espaciarse por el campo imitando a su cuñada Clara. De buena gana hubiera tomado una carabina como ella. Entró en el bosque y lo atravesó con pie ligero: la sombra espesa aún de su follaje la sofocaba. Cuando los árboles se enrarecieron dejando paso a los rayos del sol se detuvo un instante y respiró a plenos pulmones con la sonrisa en los ojos. Y ya más libre y tranquila siguió caminando lentamente entre las encinas y chaparros hasta tocar en los bordes de la laguna. Una lancha estaba amarrada a la orilla: saltó sobre ella con alegría y no habiendo remos se balanceó un rato gozando la grata impresión de hallarse a flote. ¡Lástima de remos! Si los tuviera se habría lanzado al medio segura de no haber olvidado aún su manejo. Con pesar volvió a saltar a tierra. Un poco más allá vio la columnata del vetusto cenador derruido, atravesó el puente brincando sobre los agujeros que

habían dejado las
piedras desprendidas y se sentó entre la maleza de
los espinos y acacias
que lo envolvían. Se acordó del último banquete que
allí se había
celebrado. ¡Qué feliz, qué inocente era entonces! ¡
Cuán poco podía
presumir lo que le aguardaba! La frente arrugada, l
os ojos serios,
volvió a pasar el puente y marchó por el monte a pa
so más vivo. Los
árboles se hicieron cada vez más raros y más bajos,
la maleza obstruía
los senderos. En algunos sitios libres crecían el t
omillo y el romero.
Acometida de un fuerte enternecimiento al recuerdo
de su marido arrancó
algunos puñados y se los llevó a la nariz con los o
jos mojados de
lágrimas. Pero allá más lejos una columnita de humo
blanco se elevaba
hacia el cielo. Sin darse cuenta marchó hacia ella,
pero cerca ya se
detuvo vacilante. En torno de una hoguera donde ard
ían hojas y ramas
secas se hallaban de pie y fumando algunos pastores
y mozos de labranza.
Quiso volverse acometida de una vergüenza inexplica
ble, pero ya la
habían divisado y el tío Leandro venía hacia ella c
on el sombrerete en
la mano.

--Buenos días tenga nuestra ama, ¡buenos días! Ning
ún pájaro hay aquí
más alegre cuando sale el sol que nosotros lo estam
os viéndola por sus
posesiones, mi señora.

--Gracias, gracias. Todos están buenos, ¿verdad?--p
rofirió Elena con
extraña timidez y deseos de volverse.

--La salud es la riqueza del pobre. Viene el agua, viene la escarcha, calienta el sol hasta quemarnos, pero todo eso no nos quita de dormir a pierna suelta y comer lo que hay con apetito.

--Pues lo demás vale bien poco--murmuró Elena con un suspiro.

--Ya teníamos viento de que había llegado la señora y que había estado un poco enferma...

--Sí, sí... he estado enferma, pero ya estoy bien--respondió con un poco de impaciencia.

Los pastores y los mozos se habían ido acercando lentamente, todos con sus sombreros en la mano, avergonzados y confusos con una estúpida sonrisa estereotipada en el rostro. Elena estaba más confusa que ellos.

--¿Y los rebaños han crecido?--preguntó haciendo un esfuerzo por recobrar su aplomo.

No, los rebaños no habían crecido. El ganado lanar estaba de baja. Una enfermedad maligna había entrado por las ovejas y se había llevado muchas. En cambio las vacas tenían unos terneros muy lucidos. El pastor de las vacas trató de llevar a la señora para que los viese, pero ésta manifestó que no tenía tiempo: por la tarde o al día siguiente los vería.

--¿A que no sabéis por qué viene la señora en este

tiempo?--preguntó con increíble finura y sonriendo con una boca que le llegaba de oreja a oreja el zagalón Felipe.

Nadie respondió. El tío Leandro dirigió hacia él los ojos con inquietud.

--Pues a recoger la bellota--profirió rotundamente después de haberse gozado en tenerlos unos instantes suspensos.

--¡Celipe, Celipe, no seas burro!--exclamó el tío Leandro con acento severo.

--¡Anda!--replicó Felipe encrespándose--. ¡Pues poco que se recreaba el amo el día de San Eugenio viéndonos cargar con los costales llenos y emborrachándonos dimpués! Bien seguro que allá por las Américas no se reirá tanto ese día como aquí se reía.

Las mejillas de Elena enrojecieron al oír mentar a su marido. El tío Leandro, que algo sabía a qué atenerse sobre el viaje de don Germán, clavó una mirada iracunda sobre el bárbaro zagal y se le vieron intenciones claras de arrojarse sobre aquel «piazó animal».

De esta confusión vino a sacar a Elena una voz que sonó a su espalda.

--Estoy convencido de que hubiera podido ser un gran explorador de tierras vírgenes. He llegado hasta aquí perfectamente sin planos y sin brújula.

La sangre de Elena se agolpó a su corazón dejando las mejillas pálidas.

--¿Verdad que ni Marco Polo ni Magallanes lo hubieran hecho mejor que yo?--dijo Núñez avanzando hacia ella con la mano extendida. Su rostro pálido de barba partida sonreía con la acostumbrada expresión irónica. Elena no pudo reprimir un gesto de disgusto, pero recobrándose súbito le tendió la mano con un esbozo de sonrisa.

--¡Ya, ya! Hay que darle a usted una condecoración por su audacia.

--La fortuna nos ayuda siempre a los audaces--replicó el pintor recogiendo la intención que parecía desprenderse de las palabras de Elena. Y echando una mirada en torno:--¡Pero ésta es una escena de la antigüedad griega! Penélope sale de su palacio, recorre sus dominios en la rocosa Itaca, encuentra a Eumeo y sus zagales celosos guardadores de sus manadas de puercos, y de parte con ellos.

--Escena que usted ha venido a interrumpir con su figura y sus aires modernistas--dijo Elena sonriendo, pero con voz ligeramente cambiada.

--La hospitalidad es la única virtud que resplandece en los poemas griegos. Soy un pobre viajero que cansado y hambriento viene pidiendo una tarima donde descansar y pan para satisfacer su apetito.

--Vamos en busca de la tarima--manifestó Elena secamente y echando a

andar con una resolución que sorprendió a Núñez. Este, antes de seguirla, se volvió hacia los pastores:

--¡Salud, amigos! Seguid cuidando fielmente de los puercos de vuestro señor.

--Aquí no ha habido puercos, caballero, hasta el día de hoy--respondió el tío Leandro gravemente.

Núñez le clavó una mirada insolente y escrutadora. El viejo pastor la sostuvo sin pestañear. El pintor se emparejó con la dama exclamando con risita irónica:

--¡Parece que Eumeo sigue aborreciendo como antes a los pretendientes!

Elena no dijo nada y siguió caminando con paso vivo hacia la casa. Una cólera sorda rugía dentro de su pecho y tenía miedo de dejarla estallar donde pudieran verla. Es decir que aquel hombre no sólo no había hecho caso de la resuelta despedida que le daba en su carta, sino que llevaba su osadía hasta presentarse en el Sotillo. ¡En el Sotillo, donde después de la marcha de su marido no había puesto ella misma los pies por temor de cometer una profanación! Elena tenía un corazón tierno, inocente, pero un carácter impetuosísimo que los mimos de su marido y de la gente que la rodeaba desde hacía algunos años no habían atenuado. Estaba acostumbrada a que sus caprichos fuesen ley. Mientras el pintor se mostró sumiso y cariñoso obtuvo de ella cuanto quis

o; mas así que por la
confianza dejó su actitud rendida y mostró su verda
dero carácter frío y
egoísta, instantáneamente nació en ella una violent
a rebelión. Núñez se
había equivocado de medio a medio con ella. Pensó d
ominarla a fuerza de
sarcasmos y lo que éstos produjeron fue un incendio
de ira muy difícil
de apagar.

--Penélope era la más amable de las mujeres, al dec
ir de Homero, y sabía
encontrar para todos una palabra cortés y una sonri
sa graciosa. ¿Es que
con el tiempo se ha convertido en una viejecita hur
aña y gruñona?

Elena guardó silencio. Núñez siguió bromeando unos
instantes; pero
viendo que no lograba arrancarle una palabra, despe
chado, concluyó por
imitarla y dejarse conducir hasta la casa. Al llega
r a ella Elena subió
a sus habitaciones. Núñez la siguió.

--¿No has recibido mi carta?--le preguntó rudamente
así que puso el pie
en su saloncito.

--Las malas noticias llegan siempre--respondió Núñe
z.

--Entonces, ¿qué vienes a hacer aquí?

--A buscar una explicación. Tu cartita tiene más cl
ara la letra que el
espíritu. No te ofenderás si te digo que nunca será
s la émula de madama
de Sevigné.

--¡Ah! ¿No la has entendido? Pues entonces hay que

convenir en que
estaba demasiado bien dorada la píldora. No necesitabas tanto.

--Será porque yo no entienda tanto de píldoras como tú.

Elena se puso roja. Aquella alusión a su nacimiento la hirió en lo más vivo. Hizo un esfuerzo para reprimirse y dijo con calma:

--Nuestras relaciones, Gustavo, no pueden ni deben continuar. El lazo que nos une, como tú comprenderás, nada tiene de sagrado y poco importa romperle un día u otro si al cabo se ha de romper. Tú has sentido un capricho: yo también. Solamente que a nosotras las mujeres estos caprichos nos salen siempre más caros. Me parece que es bastante. Despidámonos como buenos amigos.

--¿Es que ya no te gusto?--preguntó el pintor cínicamente clavándole sus ojos verdosos chispeantes de malicia.

Elena le miró fijamente sin turbarse y alzando los hombros profirió con displicencia:

--Tienes demasiado talento para mí.

Núñez guardó silencio unos instantes, sacó un cigarro, lo encendió y arrellanándose con toda comodidad en una butaca dijo:

--Siempre he sospechado que el talento me había de perder. Es realmente un exceso, lo comprendo, pero bien sabe Dios que no

pocas veces me he
prosternado diciéndole: «Señor, no hay que exagerar
. ¿Por qué me has
dotado de tantas facultades y has dejado desmantela
dos a muchos
ministros, profesores y académicos a quienes hacen
más falta que a mí?»
No seas injusta, Elena. Compadécete de mí. ¿Piensas
que es una ganga el
tener talento en España?

Elena no estaba para bromas. Escuchó con indiferencia lo que su amante
le decía y sin responderle abrió el balcón y salió
a la terraza. Núñez
la siguió. Ambos se reclinaron sobre el antepecho y
guardaron silencio
unos momentos. Entonces Núñez, a quien su táctica habitual no valía, se
puso serio, habló de su amor, de los felices instantes que juntos habían
pasado en sus viajes, le hizo ver que aquella fatiga moral que parecía
sentir era engendrada por la fatiga física. En cuanto se repusiera del
todo volvería a ella la alegría, que era su estado natural, el tesoro de
más valía con que la naturaleza la había dotado. Un poco de debilidad,
un pequeño desequilibrio nervioso nos hace ver el mundo como un pozo;
pero descansamos, nos fortalecemos y el mundo vuelve a ser el mismo, un
venero de goces para quien posee hermosura, dinero y un carácter jovial
y feliz como ella...

Era ya tarde. El alma de Elena, conmovida, llena de melancolía por la
influencia de aquellos sitios, donde se había deslizado su infancia,
donde había gozado después unos años de felicidad i

nefable, no podía
responder al llamamiento brutal de la pasión. La ironía, la malignidad,
el ingenio de su amante, que al principio la habían
cautivado, ahora le
causaban aversión y hasta desprecio. Sin abrir la boca hacía signos
negativos con la cabeza, mirando fijamente al horizonte azulado. En
vano Núñez derrochó su ingenio para convencerla, en
vano apeló después
a las súplicas ardientes, a los dictados cariñosos.
Nada, nada, el mismo
inflexible signo negativo respondía constantemente
a sus argumentos y a
sus quejas.

Al bajar los ojos una de las veces Elena creyó ver
algunas palabras
escritas sobre el mármol del antepecho. Bajó un poco más la cabeza y las
leyó. Súbitamente acudió la sangre a su rostro, poniéndose roja como una
brasa; inmediatamente pálida. Se irguió con extraño ímpetu y mirando al
pintor con ojos extraviados le dijo:

--Tenga usted la bondad de salir por un momento. Me siento mal.

Núñez la miró sorprendido: su actitud y sobre todo aquel tratamiento
ceremonioso que nunca había usado si no es en público desde que se
hallaban en relaciones le dejaron estupefacto. Y como no se moviera,
Elena exclamó con impaciencia:

--¡Me siento mal! ¡me siento mal...! Haga usted el favor...

Señaló imperiosamente a la puerta.

--¿Qué te ocurre? ¿Quieres que llame? ¿Quieres que vaya a avisar al médico?

--¡Salga usted... salga usted!

Núñez obedeció al fin. Sin consideración alguna en cuanto traspasó la puerta, Elena dio vuelta a la llave. Luego vino en dos saltos al antepecho y volvió a leer las tres palabras que su marido había escrito con lápiz la noche aciaga en que se apartó de aquellos lugares para siempre. Estas palabras decían: «_Acuérdate de mí_.» Elena cayó de rodillas.

--¡Sí, sí, Germán de mi alma, esposo mío, me acuerdo de ti, y me acordaré mientras me quede un soplo de vida! ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué es lo que he hecho?

Y la infeliz apretaba sus labios contra el frío mármol y regaba la inscripción con sus lágrimas.

XIX

FIEROS DESENGAÑOS DE TRISTÁN

Tristán se había ido después de almorzar al café según costumbre. Clara en el comedor jugaba con su niño y éste con el perro. El niño había envejecido terriblemente desde la última vez que tu

vimos el gusto de verle, que fue, si la memoria no nos es infiel, en el día feliz de su nacimiento. Podría tener ya unos diez y seis meses, mal contados. El perro era mucho más provecho. Aquel Fidel, feroz corredor de conejos y de ánades, hacía ya largo tiempo que estaba jubilado. Su ama al casarse le había traído del Sotillo concediéndole un honroso descanso, al cual ya tenía derecho por sus dilatados servicios. La vida regalona y sedentaria le hizo echar un poco de tripa como esos militares a quienes el ministro premia concediéndoles una plaza en el ministerio o en el Consejo Supremo y al cabo de dos años no pueden meterse el uniforme, porque les estallan las costuras y les saltan los botones. Si le hablaban de las perdices y los conejos hacía un mohín de disgusto y movía el rabo con impaciencia como si tratase de pasar a otro asunto. Las perdices y los ánades eran para él cuentos del tiempo viejo, calaveradas de la juventud; que le dejasen de romanticismos y le hablasen de las buenas siestas al pie de la chimenea y de los buenos platos de cocido con desperdicios.

Pues a pesar de la diferencia de edad Fidel y Paquito (que éste era el nombre del infante) parecían amigos íntimos y se llevaban bastante bien. La experiencia del uno hacía contrapeso a la natural irreflexión y fogosidad del otro. Algo debía de sufrir con ello el veterano sabueso. Cuando Paquito se ponía guasón lo era de todas veras

s: le tiraba
bárbaramente de las orejas, le tapaba el hocico y hasta llegaba en
ocasiones ¡oh sutil refinamiento de crueldad! a meterle los dedos por
los ojos. Pero Fidel sabía zafarse de estas vejaciones y cuando advertía
que su camarada mostraba tendencias a ponerse _pelm a_ se largaba pian
piano moviendo el rabo hacía la cocina dejándole en la más espantosa
soledad. En cambio se aproximaba demasiado cuando Paquito tenía entre
manos y boca algún pedacito de pastel o una galleta. Entonces, si el
amiguito se hacía el remolón y no se apresuraba a compartir con él la
golosina, arrimaba el hocico y, no se la arrancaba violentamente, que
esto no cuadraba a su educación ni a su carácter diplomático, pero con
sutileza increíble se insinuaba, se insinuaba; principiaba por lamer
tímidamente el pastel y concluía por abrir con extrema delicadeza la
mano del niño y engullírselo. Hecho lo cual, siempre prudente y
previsor, se eclipsaba. Paquito, viéndose estafado, ponía el grito en el
cielo.--«¿Quién ha sido, rico? ¿Quién te ha llevado el
pastelito?--exclamaba su niñera.--¿Ha sido el Fidel? Vamos a pegarle con
el látigo.» ¡Dónde estaba ya el Fidel! En un buen rato no se le veía por
ninguna parte.

Clara jugaba con su niño teniéndole en brazos, mientras éste sujetaba
con sus tiernas manecitas las orejas del Fidel. Era en los grandes
placeres de la gentil hermana de Reynoso, casi pued

e decirse los únicos.

Desde el grave disgusto que aquél había sufrido y su marcha repentina, apenas había vuelto al teatro por temor de encontrarse con Elena; no asistía a ninguna tertulia, ni había tomado en manos la escopeta para cazar. El verano lo habían pasado en Santander. Además, a pesar de las instancias de Tristán, que no veía ya la necesidad, persistía en amamantar a su hijo y se empeñaba en hacerlo hasta que cumpliera los veinte meses. Esto la sujetaba mucho a la casa, pero nada le costaba. Sentía tal voluptuosidad penetrante teniendo a su hijo colgado a sus pechos, mirándola con ojos graves, acariciándole la cara con su manecita mientras saciaba ávidamente el apetito, que no cambiaría aquellos momentos por todos los goces de la tierra. ¿Por ventura se refugiaría la joven esposa en el amor maternal con tanto ímpetu para consolarse de algunas decepciones conyugales? No es fácil decirlo. Seguía tan enamorada de su marido como el primer día de casada; pero Tristán no había respondido a sus anhelos de dicha y amor. No es que se mostrase con ella despegado; al contrario, ordinariamente más que marido era un amante fogoso y rendido, pero las desigualdades y suspicacias de su genio la hacían sufrir bastante. No había instante seguro con él. En medio de una expansión placentera, cuando fluían de la boca de ambos alegres carcajadas, de pronto aparecía una arruga en su frente, quedaba repentinamente grave, luego sombrío y comenzaba a p

ensar y hablar de las
desgracias que en pos de tales alegrías le podía aportar el Destino. ¡Si
se muriese aquel niño! ¡Si Clara se quedase ciega como Visita! ¡Si él se
arruinase y quedasen en la miseria sujetos a pedir limosna! ¡Si
cualquiera de los dos enfermase y se viese obligado a permanecer en la
cama paralítico como tal o cual persona de su conocimiento! La vida
nunca trae consigo más que sorpresas desagradables. La vida es
esencialmente inestabilidad y dolor. ¿Cómo es posible pensar en la
alegría y la paz aquí donde nada permanece, donde todo está sujeto a un
cambio irresistible? Y se lanzaba inmediatamente al análisis y a la
exposición de los dolores del mundo dejando a la pobre Clara con el
corazón apretado y ganas de llorar. La pobre mujer estaba harta ya de
las verdades santas del budhismo, de la verdad santa sobre el dolor. «El
nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la
muerte es dolor, la unión con lo que no se ama es dolor, la separación
de lo que se ama es dolor», etc.

«Pero Tristán--le decía ella cuando ya no podía más-- el temor de las
desgracias multiplica nuestro sufrimiento. Yo creo que ese temor nos
hace padecer aún más que la misma desgracia cuando llega. En la vida hay
muchos disgustos, es cierto, pero entre unos y otros Dios nos concede
algún respiro y si lo aprovechásemos para ser felices, para vivir
alegres, acaso las calamidades nos hallaran más fue

rtes y pudiéramos
soportarlas mejor y sabríamos cuando llega la ocasi
ón mostrarnos
valerosos como mi hermano, que no ha sido ante su d
esgracia ni un
cobarde ni una fiera.»

Clara estaba orgullosa de su hermano. Este orgullo
inspiraba celos a
Tristán, que se sentía humillado. Aunque tenía la c
onsideración de no
contradecir estas expansiones del cariño fraternal
guardaba, cuando
estallaban, un silencio desdeñoso, y este silencio
hería a su vez a
Clara.

Se hallaba, pues, ésta jugando con su niño como se
ha dicho cuando
apareció el criado anunciándole que había a la puer
ta un caballero que
deseaba visitar a los señores.

--¿No le has dicho que el señorito ha salido?

--Sí señora, pero me ha dicho que estando la señora
es igual.

--¿No te ha dado su tarjeta?

--No señora.

Clara vaciló un instante, pero al cabo dijo alzando
los hombros:

--Está bien; pásalo al salón.

Y entregando su hijo a la niñera fuese a ver quién
era el visitante.
Cuando puso el pie en el salón una ola de rubor sub
ió a sus mejillas. En
medio de él, grande, colosal, más colosal aún que a

ntes, se hallaba el
marquesito del Lago. Este se puso también fuertemen
te colorado al verla.
Se saludaron afectuosamente, pero ambos extremadame
nte embarazados.
Clara pensaba en los celos tan infundados, tan puer
iles que Tristán
sentía de aquel chico. El marquesito no podía menos
de recordar la
escena del día de la boda, cuando un poco ebrio hab
ía soltado algunas
palabras inconvenientes delante de un corro de señ
oras. Sin embargo, no
tardaron en recobrar su aplomo. Nanín era el mismo
niño grande, un poco
más grande, un poco más moreno. Su mamá le había te
nido cerrado aquellos
dos años en una finca enorme, solitaria, de la prov
incia de Badajoz, sin
salir más que una que otra vez a la capital en tiem
po de ferias o
cuando algún negocio lo requería. Pero al fin le ha
bía dejado venir a
Madrid para asistir al matrimonio de un primo herma
no suyo y aquí estaba
desde hacía cuatro días.

--No se habrá usted aburrido mucho, sin embargo, po
rque me han dicho que
por allí hay caza abundante.

¡Oh, Dios mío! ¿Caza? Cuanta se quería y de todas c
lases, mayor y menor.
Inmediatamente el marquesito, puesto ya en el dispa
radero, se lanzó a
una serie interminable de descripciones cinegéticas
, de aventuras
maravillosas, de lucha espantable con los jabalíes.
En todo cazador por
honrado que sea dormita siempre un embustero. Cuand
o despierta cuesta
trabajo dormirle. Clara lo sabía, pero así y todo s

e hallaba arrobada
escuchándole. La boca se le hacía agua viendo desfil
lar por delante de su
vista aquellas legiones de perdices, aquellos ejérc
itos innumerables de
conejos, aquellos venados corredores y jabalíes fer
oces. ¡Ay! ella no
había tenido el gusto de tirar a un jabalí. ¡Cuánto
apetecía encontrarse
frente a uno!

--¿Sí? Pues no tiene usted más que venirse a pasar
unos días con
nosotros y yo le haré matar una docena de ellos. ¡P
oco gusto que le
daría a mamá verles a ustedes por allá!

--¿Pero, Nanín, no sabe usted que tengo un niño y q
ue le estoy
criando?--exclamó ella riendo.

--¿Y eso qué importa? Se lleva al niño y la servidu
mbre que ustedes
necesiten. Tenemos casa para alojar dos familias nu
merosas... ¿Y dónde
está ese niño? Quiero verle--añadió con su franquez
a y aturdimiento
habituales.

Clara hizo traer a su hijo. El marquesito le alzó e
ntre sus manos de
gigante y le zarandeó un rato con no poca alegría d
el infante, que
soltaba carcajadas y se agarraba a sus orejas con i
gual confianza que a
las de Fidel. Entre aquellos dos niños el uno grand
e y el otro chico
nació súbitamente una tierna simpatía. Cuando la ni
ñera quiso tomarle de
nuevo en brazos Paquito se resistió fuertemente, pe
rsistiendo en
agarrarse al cuello del marqués, que entusiasmado c

on tal preferencia
no cesaba de acariciarle y divertirle con todo el r
epertorio de sus
payasadas.

--Este niño tiene que ser un gran cazador. ¡Mire us
ted qué manos, Clara!
Verá usted... es capaz de alzar una silla en peso.

Y le hacía coger con sus manecitas una silla y le a
lzaba con ella sin
que el chico la soltase.

--¿No lo decía yo? Bastaba ver estas muñecas. ¡Tan
fuerte como su mamá!
En cuanto pueda coger una escopeta me lo llevo a la
dehesa. Ya verá
usted qué buena cuenta da de las perdices.

--¡No, no, me lo va usted a fatigar demasiado!--res
pondió riendo la
mamá, entusiasmada por la perspectiva de ver a su h
ijo hecho un hombre y
en traje de cazador.

--¡Qué se ha de cansar! Le montaremos a caballo. Ad
emás allí no se
necesita andar mucho para hallar las perdices. Desd
e el balcón de mi
cuarto las veo muchas mañanas.

--¡Oh, qué gusto! ¡Qué bien estaría yo allí!

--Si viviera usted allí, mientras el niño echaba un
sueñecito podía
disparar media docena de tiros y traerse en el morr
al otras tantas
perdices.

El marquesito seguía fantaseando, pero esto le hacía
a gozar. Clara
también hallaba deleite en aquellas exageraciones c

onvenidas ya entre
cazadores. Así se estuvo un largo rato de visita, a
lternando las
narraciones cinegéticas con los juegos de Paquito q
ue a cada instante
hallaba más de su gusto el nuevo camarada que le ha
bía salido. Al cabo
se despidió con no poco pesar del chiquillo, a quie
n dejó llorando.
Clara también había pasado un rato agradable. Hacía
ya tiempo que nadie
le hablaba de caza y sintió renacer dentro de sí aq
uella antigua afición
que la dominaba. Pero cuando el criado cerró la pue
rta, cuando oyó al
marquesito gritar aún desde la escalera: «Muchos re
cuerdos a Tristán:
dígame usted que ya le veré uno de estos días», ent
onces nació
repentinamente en su alma una inquietud. ¿Cómo toma
ría su marido aquella
visita? Dados sus celos rabiosos por aquel chico qu
e tantos disgustos
le habían costado, no podía menos de producirle un
efecto desagradable.
Entonces le pesó fuertemente de haberlo recibido. P
asó toda la tarde
preocupada. A medida que el tiempo transcurría y se
acercaba la hora en
que Tristán solía regresar a casa su inquietud fue
en aumento. No era
una mujer nerviosa y fantástica, pero conocía ya ba
stante bien y a sus
expensas el temperamento de su marido, para quien l
os granos de arena
eran montañas y los céfiros violentos huracanes. Re
cordaba con terror su
triste noche de novios y temblaba ante la idea de q
ue se repitiesen
aquellas escenas de desesperación y de lágrimas. Fe
lizmente, hacía ya
tiempo que Tristán no se mostraba celoso sino por f

ugaces intervalos. Si en la calle, en los tranvías o en los teatros la miraba demasiado algún hombre solía disgustarse y aun enfurecerse, pero todo aquello pasaba pronto con la ocasión que lo producía. Su vida retirada, el poco o ningún trato que últimamente tenían y sobre todo el carácter de Clara serio, tranquilo, sin asomo de coquetería habían concluido por infundirle sosiego sobre este asunto. Además, otros celos eran los que desde hacía tiempo embargaban su espíritu, los celos del oficio. Cada día se sumergía más y más en esa llamada vida literaria que consiste en maldecir de sus compañeros y vivir constantemente preocupado de lo que hacen. Las rivalidades, las intrigas, las minucias y ruindades de esta vida mantenían su espíritu en un estado de tensión dolorosa y en sus quebrantos y decepciones hallaba siempre la confirmación de sus teorías filosóficas.--«¡Oh, la vida!»--exclamaba cuando algún crítico no encontraba bonitos sus versos.--«¡Oh, la vida!»--cuando veía aplaudir la obra (estúpida por supuesto) de uno de sus amigos.

Cuando llegó a casa venía de un humor extremadamente sombrío. Clara, que iba a comunicarle la visita que había tenido, se sintió tan cohibida, tan paralizada al ver su rostro contraído que no se atrevió a hacerlo.

--¿Qué te pasa? ¿qué es lo que tienes?

Tristán se encogió de hombros sin responder, dio unos cuantos paseos por

la estancia y al cabo como si hablara consigo mismo
, más que
dirigiéndose a su mujer:

--Nada, que jamás, ¡jamás! puede uno convencerse de
todas veras de que
los desengaños y sinsabores particulares de cada un
o no son una
excepción, y que la tristeza es la ley general de l
a vida.

Luego siguió paseando sin pararse a hacer una caric
ia a su hijo.

Efectivamente, Tristán había sufrido aquella tarde
uno de los mayores
desengaños de su vida, y eso que ésta, a lo que él
decía, no había sido
otra cosa que una serie interminable de ellos. Su f
raternal, su abnegado
amigo García era un traidor como todos los demás. L
o había averiguado
del modo siguiente: Iba paseando por una de las ave
nidas solitarias del
Retiro cuando acertó a ver delante de sí y por la e
spalda dos figuras
que le parecieron conocidas. Se acercó un poco más
y se cercioró de que
una de ellas era la del gran dramaturgo y su enemig
o mortal Estévanez.
¿Por qué era su enemigo mortal Estévanez? Tristán l
o demostraba por
medio de una serie de razonamientos que no a todos
convencían. Sin
embargo, él cada día parecía más persuadido y cada
día le dedicaba mayor
odio. Es más, suponía que después de haber inspirad
o el artículo de
Leporello en _El Universal_ que tanto le había he
rido, después de
haber influido para que retirasen prematuramente su
drama del cartel,

todavía se empleaba villanamente en perseguirle y desacreditarle. No había insinuación en los artículos literarios de los periódicos que pudiera perjudicarle en que no viese la mano de Estévez, no llegaba a sus oídos ninguna frase mortificante de la cual no le atribuyese la paternidad.

Acercose un poco más y vio con sorpresa y horror que la persona que le acompañaba era ni más ni menos que su amigo García.

Sintió un frío extraño en el corazón, el frío que nos causan las grandes decepciones de la vida. Disimuladamente, ocultándose detrás de los setos y de los árboles los siguió largo rato. Observó que se hablaban con franqueza y animación, que García se mostraba con el célebre literato lleno de deferencia y que éste a su vez le pagaba otorgándole una confianza afectuosa. Acercose todavía por ver si podía escuchar algo de su conversación; percibió algunas palabras sueltas, pues hablaban en voz alta, y al cabo de unos instantes creyó oír distintamente la siguiente frase en boca de García: «El pobre Tristán, aunque se cree un gran poeta, no pasa de ser una medianía.» Esta frase jamás fue pronunciada por el buen García, ni era posible, pero Tristán la oyó claramente. Es un fenómeno de autosugestión que casi todos hemos podido comprobar alguna vez. Cuando nos hallamos temerosos o profundamente convencidos de que se ha de decir una cosa, llevamos mucho adelantado para oírla aunque

no se diga.

Una rabia insensata le mordió en las entrañas. De buena gana les hubiera tocado en la espalda para decirles: «¡Aquí estoy yo!» y estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo. Dio la vuelta con presteza y se puso a marchar agitadamente por los caminos más solitarios del parque, presa de una violenta cólera.

--¡Miserable...! ¡traidor...! ¡granuja...! ¡Después de lo que yo he hecho por él!

Iba murmurando por intervalos estas y otras frases por el estilo. Recordaba los favores que había hecho a García sin pensar, por supuesto, en los que éste le había hecho a él. Al cabo de algún tiempo de dar vueltas y más vueltas sin saber por dónde andaba, con el cerebro encendido y el cuerpo convulso, al atravesar por uno de los parajes más recónditos del parque oyó detrás de un seto la voz y la risa de persona conocida. Asomó la cabeza por encima del follaje y pudo ver a sus amigos Cirilo y Visita sentados en un banco. El paralítico leía por un libro; la ciega escuchaba y a menudo interrumpían la lectura para reír y comentar con admiración los pasajes que más les agradaban. Aquella simple y tranquila felicidad hirió a Tristán como una bofetada en tal momento. Los contempló con ojos cargados de desdén y de cólera y al fin se alejó murmurando:--«¡Qué par de imbéciles!»

--¿Pero qué te ha ocurrido?--volvió a preguntarle su mujer.

--Nada, hija mía, que hoy se me ha caído la venda de los ojos. El amiguito García, ese desdichado a quien sólo por compasión admitía en mi casa, me estaba arrancando esta tarde la piel de lo lindo con mi otro amigo Estévanez.

Hay que advertir que Tristán sentía particular predilección por esta metáfora de la venda y que solía emplearla con bastante frecuencia. En cuanto cualquier persona de su conocimiento no satisfacía todas sus pretensiones y hasta sus caprichos, era sabido, «le caía la venda de los ojos».

--No puede ser--respondió resueltamente Clara con el instinto seguro que tienen las mujeres para juzgar el carácter de los amigos de sus maridos.

--¿Cómo no ha de ser, si yo mismo le he oído?

Clara quedó un instante suspensa, pero volvió a decir con mayor resolución:

--No puede ser. García es absolutamente incapaz de cometer contigo una villanía.

--¡Qué sabes tú de lo que son capaces o incapaces los seres humanos!--replicó alzando los hombros con desdén--. Lo ha dicho con profunda sabiduría el maestro alemán, el maestro clarividente: sólo

cuando llegamos a cierta edad comprendemos en qué cueva de bandidos hemos caído.

--García no sólo te quiere entrañablemente, sino que te admira como a ningún otro hombre.

--De la admiración a la envidia no hay más que un paso. Yo he caído en el error de tratar con excesiva familiaridad a un hombre tan vulgar como García. Estas naturalezas se sublevan al aspecto de otra naturaleza opuesta. Disimularán su envidia durante algún tiempo, el tiempo que les convenga, pero en la primera ocasión favorable la mostrarán. Si se ha hecho amigo de Estévez, mi amistad le importa ya poco y se vengará del tiempo que ha perdido adulándome.

--¡Oh, qué atrocidad! Tristán, no pienses eso.

En vano con la elocuencia que le dictaba su recto corazón trató de disuadirle y desvanecer aquellas negras sospechas. Agarrado con irresistible presión como siempre a sus ideas, su marido no quiso escucharla, oponiendo a todas sus razones una actitud altiva y desdeñosa.

Comió poco y estuvo sombrío y silencioso mientras duró la cena. Cuando habían llegado a los postres sonó el timbre de la puerta. El criado fue a abrir y entró después sin decir nada.

--¿Quién llamaba?

--El señorito García--respondió con indiferencia--.
No quiso pasar: dijo
que se iba al despacho.

Tristán se alzó de la silla. Clara también se levantó y sujetándole con
mano trémula por una manga le dijo:

--No vayas allá, Tristán. Déjame ir a mí... Le diré
que estás
indispuesto, que te duele la cabeza y no puedes hablar con nadie.

--¡Suelta, suelta!--respondió él haciendo un movimiento brusco y
zafándose de su mano.

Y con paso vivo se dirigió al despacho, dejando a Clara acongojada.

García leía ya atentamente por un libro a la luz de la quinqué.

--¡Hola, amigo!--profirió Tristán con una voz tan extraña que García
levantó la cabeza sorprendido.

--¿Cómo estamos, amigo?--siguió con la misma inflexión de voz y
acercándose a la mesa.

--Bien, ¿y tú?--respondió García mirándole cada vez con mayor sorpresa.

--¿Yo...? ¡Divinamente!

Y se sentó frente a él y le clavó una larga mirada insistente y dura.

--Desde que hago una vida más higiénica--añadió--me encuentro
perfectamente. Ya no paso las tardes en el café, co

mo antes; ahora me
dedico a dar paseos entre los árboles, buscando atm
ósfera más pura. Hoy
he paseado por el Retiro... y ¡mira tú lo que son l
as cosas,
amigo!--prosiguió con acento irónico--, también deb
ajo de los árboles se
suelen encontrar cosas impuras.

García se puso levemente colorado. Tristán mirándol
e aún con mayor
fijeza continuó:

--Su verdura no sólo tiene la propiedad de descompo
ner el ácido
carbónico del aire, sino también de corromper los m
ás puros
sentimientos y de poner al descubierto el fondo de
los corazones. Es un
experimento que pienso comunicar a la Academia de C
iencias y que como
todos los grandes inventos se debe a la casualidad.
..

--¡Basta, Tristán! Si te has ofendido porque haya p
aseado con
Estévanez...

--¿Ofenderme...? No, querido, no; el espectáculo de
la miseria humana no
ofende; entristece solamente.

--Tristán, ¿qué estás diciendo? Repara que ahora me
ofendes tú. Yo no he
buscado la amistad de Estévanez. Él me ha hablado e
n el saloncillo del
Español, y sabiendo que estaba haciendo oposiciones
a una cátedra se
brindó espontáneamente a recomendarme a dos de los
miembros del
tribunal. ¿Querías que me mostrase ingrato con él?

--Yo no quiero nada--respondió con sequedad desdeñoso
sa Tristán.

--Además, ahora que le trato puedo decírtelo, estás
en un error
suponiendo que es tu enemigo: las pocas veces que he
hablado de ti
conmigo lo ha hecho en términos muy lisonjeros. Te
considera como el
joven más brillante de la nueva generación literaria
y se lamenta de que
sin motivo alguno hayas dejado de saludarle.

--¡Ah, sin motivo!--exclamó Aldama con acento sarcástico--. Los hombres
perversos nunca encuentran motivo para que se les odie. Y en el fondo
tienen razón. ¿Qué culpa tienen ellos de haber nacido perversos? A ti te
consta mejor que a nadie la serie de ruindades que
ese hombre ha hecho
conmigo.

--A mí sólo me consta porque tú me lo has dicho.

--¡Sí te consta, y si no lo confieras es porque eres un traidor como
él!--exclamó con furiosa exaltación.

--¡Tristán!--dijo García levantándose.

--¡Un traidor peor que él, porque él no me debe nada y tú sí!--gritó aún
con mayor exaltación agarrándose con manos crispadas a la mesa para
alzarse.

--Me estás insultando sin motivo y en tu propia casa--profirió el pobre
joven pálido ya como la cera.

--Un traidor es quien sin tener en cuenta la amistad

d fraternal que le
liga a otro hombre va a desacreditarle y a murmurar
de él con sus
enemigos.

--¡Eso es falso!

--No es falso, no, porque son testigos de ello mis
propios oídos.

--¡Pues mienten tus propios oídos!--exclamó con val
erosa indignación
García.

Tristán, muy pálido también, quedó unos instantes s
ilencioso y al cabo
dijo haciendo visibles esfuerzos para hablar con ca
lma:

--Es inútil que hablemos más. Todas las cosas tiene
n un término triste
en este mundo y la amistad es de las que primero se
marchitan. Yo he
cometido la locura de estrechar demasiado mis relac
iones contigo sin
tener en cuenta que todo lo que se aprieta demasiad
o acaba por romperse.
Ha llegado el momento en que la cuerda estalle, per
o conste que se ha
roto por tu lado, no por el mío. Alejémonos, García
, alejémonos para
siempre el uno del otro y comencemos en el mundo ot
ros ensayos que
tendrán idéntico resultado.

--Nada se ha roto por mi lado, Tristán. Esa es una
de tantas visiones
negras como has tenido en tu vida, sobre todo de po
co tiempo a esta
parte. Mi amistad por ti es tan firme, tan verdader
a, que nadie más que
tú en el mundo ha podido dudar de ella.

--La amistad verdadera entre los hombres es algo que pertenece a la fábula. Si yo lo hubiera tenido bien presente no tomaría el grave disgusto que me ha causado tu proceder. Debiera analizarla como un mineralogista examina una piedra; hubiera visto que aunque sincera en la apariencia descansaba sobre motivos secretamente egoístas, y viviendo así prevenido la traición me hubiera dejado tranquilo.

--¿Quién habla de traición? ¡Miente! ¡miente quien lo diga!--volvió a exclamar con la misma indignación García.

--Basta, repito. Mi resolución está tomada. Tú y yo hemos concluido para siempre.

Al pronunciar estas palabras dio unos pasos hacia la puerta mirando fijamente a su amigo. Este también le miró estupefacto haciéndose cargo por aquel ademán que le arrojaba de su casa. Hubo un instante en que ambos permanecieron inmóviles mirándose a los ojos. Al fin García se dirigió con paso precipitado a la puerta. Antes de traspasarla se volvió y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

--¡Que no te tome Dios en cuenta, Tristán, la injusticia que estás cometiendo!

CONSECUENCIAS DE UNOS CELOS

Tristán sólo entró en el comedor para despedirse de su mujer y besar a su hijo. Viéndole pálido y trémulo Clara no quiso darle la noticia de la visita, aquella visita que tanto le pesaba ya sobre el alma. Ella también se hallaba bien turbada por la escena que acababa de adivinar, más que de percibir. Su espíritu, siempre recto, se rebelaba contra el proceder brutal de su marido. Si le hubiera visto menos alterado se lo habría expresado con toda franqueza porque era una valerosa mujer y toda injusticia sublevaba su sangre. Aplazó, pues, también esta explicación para el día siguiente y procuró distraer como siempre sus inquietudes con las gracias de su hijo, mientras Tristán caminaba la vuelta acostumbrada del café. La tertulia literaria, cuando llegó, ardía ya en disputas y bromas. Pronto se dejó vencer por el influjo de aquella ruidosa alegría y se disiparon las sombras que obscurecían su frente. Olvidó su disgusto. Pero cuando más enfrascado se hallaba en la algazara apareció en la puerta la figura siniestra del paisano Barragán con su eterna zamarra negra, su enorme sombrero y sus barbas hasta el medio del pecho. Los ojos de todos los tertulios se volvieron con sorpresa hacia él y hubo un instante de silencio.

--¡Hola! ¿qué vendrá a hacer aquí este _pájaro_?--dijo uno.

--¡Soberbia figura para mi drama! Estoy por ir a preguntarle si se quiere contratar--dijo otro.

--¡A que no te acercas a él!

Mientras tanto Barragán avanzaba por el medio del café echando miradas sanguinarias a todos los rincones como si buscara alguno para arrojarse sobre él y degollarlo. Al fin divisó al desgraciado que buscaba. Era un sujeto de faz bermeja. En los labios sinuosos del paisano se dibujó una sonrisa feroz y se dirigió hacia el sitio que ocupaba. Pero al pasar cerca de la mesa de los literatos percibió a Tristán y exclamó sonriente y espantoso:

--¡Adiós, Tristianito! Hace ya una temporadita que no nos hemos visto. ¿Cómo va esa salud? Por Clarita y el chiquitín no le pregunto porque sé que están buenos. Nanín me lo ha dicho esta tarde.

--¿Qué Nanín?--preguntó Aldama por cuyos ojos pasó una nube.

--¿Qué Nanín ha de ser? El marquesito del Lago. Me ha dicho que los ha visto en su casa y que había sentido mucho no encontrarle a usted.

La impresión que Tristán sintió con estas palabras fue tan violenta, que un golpe en la cabeza no le hubiera dejado más aturdido y paralizado. Sólo pudo exclamar con forzada y estúpida sonrisa:--«¡Ah!»

--Bueno--siguió Barragán viendo que Tristán no decía más--. He venido a buscar a aquel amigo que me ha citado aquí y voy a hablar un rato con él. Es maestro cortador de _La Confianza_, esa gran sastrería de la calle Mayor; un hombre instruidísimo, Tristanito, un verdadero filósofo. Conoce la historia de España al dedillo. Le dice a usted todos los reyes godos de memoria sin faltar uno, ¡es que sin faltar uno, Tristanito, créalo usted! En Calatayud, que es su pueblo, ha publicado unos artículos contra el celibato eclesiástico que levantan roncha en el clero. Ahora está escribiendo un folleto contra Moisés, ¡una verdadera hermosura!

En aquel momento el sujeto en cuestión acercaba su nariz escarlata a una copa de cognac, haciendo concebir la sospecha de que su rencor contra el caudillo de los israelitas quizá naciese por no haber logrado entrar en la tierra de Canaan y disfrutar de sus famosos vinos.

Mientras duró esta breve conversación los amigos de Tristán se burlaban de lo lindo, aunque en voz baja, del paisano. «¡Guardias, socorro!»--exclamaba uno--. «Tome usted la cartera. ¡No me haga usted daño por Dios!»--decía otro llevando la mano al bolsillo--. «Pues habla en diminutivo con mucha dulzura.»--«Será un bandido generoso como Diego Corrientes.»--«Mirad qué pálido se ha quedado Aldama.»

En efecto, Tristán se había quedado tan descompuesto que apenas podía articular una palabra. Sin embargo, hizo un esfuerzo heroico sobre sí mismo y sonrió balbuciendo que aquel amigo de tan fea catadura era una persona honrada e inofensiva.--«¡Ya, ya, bien inofensivo te dé Dios!--Pues tú buen susto has llevado. Estás más yerto que Hamlet viendo el espectro de su padre.» Hizo cuanto le fue posible por mostrarse tranquilo; pero a los pocos instantes, con no poca sorpresa de los tertulios, se levantó bruscamente y sin despedirse se dirigió con paso rápido al sitio que ocupaba Barragán.

--Amigo Barragán--le dijo en el tono más indiferente que pudo--, ¿sabe usted en qué hotel para el marqués del Lago?

--No está en ningún hotel. Vive, según me ha dicho, en casa de su primo el marqués de Henares... Un hermano de éste creo que se casa ahora con la hija de Roda...

--Ya. ¿Y dónde vive el marqués de Henares?

--Eso sí que no puedo decirle, Tristanito. Mañana puede usted averiguarlo en el Congreso, porque es diputado.

Sin dirigir siquiera una mirada a la mesa donde se hallaban sus amigos salió apresuradamente del café. Una vez en la calle, quedó un instante inmóvil. La cabeza le ardía y el corazón le palpita ba fuertemente. Al cabo emprendió a paso largo el camino de su casa. Se acercó a la

portería donde los porteros formaban tertulia en torno de una mesa con algunos amigos. Llamó con los dedos en los cristales.

--Diga usted, Juan, ¿esta tarde ha venido algún caballero a verme?

El portero vaciló un momento sin acordarse, pero su mujer respondió en voz alta:

--Sí, hombre, ¿no te acuerdas de un señorito joven que preguntó por los señores de Aldama?

--¡Ah! sí, un señorito alto, grueso, de pelo rubio. Le dije que no estaba el señorito. Me contestó que era igual y subió...

--Bien; ése ya sé quién es porque ha entrado en casa--respondió para disimular--. ¿No ha venido ningún otro a preguntar por mí?

--Me parece que no señor.

Inmediatamente se trasladó a una librería de la Carrera de San Jerónimo que aún estaba abierta, pidió la Guía de Madrid y se enteró dónde vivía el marqués de Henares. Era en una calle del barrio de Argüelles. Tomó un coche en la Puerta del Sol y dio las señas. Pocos minutos después se bajaba delante del hotel que ocupaba el marqués. Preguntó al portero. El señor y la señora habían salido hacía ya una hora con su primo el marqués del Lago y una señorita.

--¿No sabe usted dónde han ido?

--No, señor..., pero aguarde usted un momento.

Tomó la bocina del tubo acústico y llamó.

--María Luisa, ¿sabes dónde han ido los señores esta noche?

El portero escuchó lo que le respondían y colgando la boquilla dijo:

--Los señores tenían tomado un palco en el teatro de Apolo. Allí deben de estar.

Tristán subió de nuevo al coche dando estas señas. Cuando cruzaba por la Puerta del Sol sonaban en el reloj del ministerio de la Gobernación las diez. Se apeó delante del teatro y despidió el coche, y usando de su privilegio de autor entró sin detenerse en la taquilla. Había comenzado ya el acto segundo. Se acercó a la puerta central de las butacas, la entreabrió y echó una rápida mirada a los palcos. En seguida le vio. Había dos señoras en primer término y él con otro caballero detrás de ellas. Se cercioró bien del número del palco y subió hasta colocarse detrás de la puertecita, y por un movimiento irreflexivo llamó con los nudillos de los dedos sobre ella. El mismo marqués se levantó para abrir. Su semblante se dilató con una franca y cordial sonrisa.

--¡Amigo Aldama, usted por aquí! Pase usted. ¡Cuántos deseos...!

Pero la frase expiró en sus labios. La sonrisa que contraía el rostro de Tristán era tan extraña y su rostro se hallaba tan descompuesto, que el marquesito quedó paralizado.

--¿Tendría usted la amabilidad de escucharme dos palabras?

--Con mucho gusto... ¿Pero no quiere usted pasar?

--No señor, gracias.

--¿Es tan urgente el asunto?

--Lo es.

Nanín quedó un instante suspenso.

--Bien, bien--dijo al cabo--. Será como usted guste. Y dirigiéndose a sus primos añadió:--Soy con vosotros al instante. Necesito hablar unas palabras con este amigo.

Salió y cerró la puerta del palco.

--Estoy a su disposición--dijo ya con semblante grave para acomodarse al de Tristán.

Este echó a andar hacia la escalera y Nanín le siguió al vestíbulo que se hallaba solitario. Sólo los encargados de recibir los billetes de entrada charlaban a la puerta.

--Acabo de saber que ha estado usted en mi casa.

--Efectivamente, esta tarde he tenido el gusto de ver a Clara...

--¿Y no hubiera usted hecho mejor en haberse privado de ese gusto?--dijo Tristán, a quien la frase del marqués calentó aún más la sangre.

Nanín le miró estupefacto.

--No comprendo...

--Quiero decir que visitar a las señoras jóvenes en ausencia de sus maridos no siempre es oportuno. Generalmente esta confianza se la autorizan los amigos de mucha intimidad... Y francamente, por ahora no puedo contarle a usted entre ellos.

El marquesito, cada vez más sorprendido, balbuceó:

--No pensé que eso tenía nada de particular... Con Clara y con su hermano siempre hemos mantenido relaciones muy íntimas.

--Pero conmigo muy superficiales... y yo soy ahora el amo de la casa y quien puede autorizar o desautorizar las visitas de mi mujer.

Nanín avergonzado y queriendo sacudir el embarazo que sentía replicó:

--¿Y para una tontería como ésta me hace usted salir del palco? ¡Hombre, no merecía la pena!

--Permítame usted que le diga--profirió Tristán con reconcentrada ira--que jamás he concedido ni pienso conceder a nadie el derecho de calificar de tonterías mis actos. Y si alguien es bastante atrevido para

tomarse esa libertad se expone a sufrir las consecuencias.

--Pero ¿qué motivo hay para enfadarse de ese modo?--
--exclamó el
marquesito--. Que a usted no le gusta que vaya a su casa, ni quiere ser mi amigo... Bueno; para eso no tenía usted necesidad de venir con esos humos a llamarme estando con señoras. Bastaba con haberme enviado una carta.

--Si a usted le parece que vengo con humos debe tener presente que donde sale humo es que hay fuego. Ni para enfadarme ni para desenfadarme le pido a usted permiso... Por lo demás, me acomoda mejor hacerle a usted esa advertencia de palabra. No quiero que usted ponga los pies en mi casa. ¿Se ha enterado usted?

El marquesito alzó los hombros con desdén.

--Lo mismo usted que su casa me tienen sin cuidado.

--Y a mí menos que mis palabras le desagraden--respondió Tristán dirigiéndole una mirada provocativa.

El marquesito le miró a su vez en silencio unos momentos y volviendo al cabo la espalda con un gesto desdeñoso murmuró:

--Razón tienen en decir que está usted loco.

--Más razón tienen en decir que es usted un imbécil.

Nanín se volvió rojo, exasperado, y avanzando hasta

acercar su cara a la
de Aldama exclamó con furor:

--¿Qué decía usted?

Tristán, sin retroceder poco ni mucho, respondió con igual fiereza:

--Lo que todo el mundo sabe: que es usted un imbécil.

El marquesito alzó la mano y Aldama rodó por el suelo. Los dependientes de la puerta y un caballero que cruzaba a la sazón y se había detenido al oír la disputa acudieron a levantarlo. Mientras esta operación se realizaba Nanín pálido y con los ojos extraviados parecía decidido a repetir la suerte. Tristán por su parte, una vez en pie, también quiso arrojarle sobre él. Ambas cosas fueron impedidas por los porteros y el caballero que les auxiliaba.

--¡Déjenme ustedes!--exclamaba Tristán--. ¿No ven ustedes que me ha abofeteado?

Nanín guardaba silencio. Al fin volvió de nuevo la espalda y con tranquilo paso se dirigió a la escalera para subir al palco. Tristán, sujeto por las manos de los dependientes, le gritó:

--¡Pronto tendrá usted noticias mías!

El marquesito siguió caminando con desdeñosa indiferencia.

Tristán corrió al café. Tenía la mejilla roja y un

poco inflamada.

Cuando se acercó a la tertulia de sus amigos, éstos le acogieron con las alegres chanzas de siempre, pero al verle tan descompuesto y al observar que se dirigía a un joven capitán, único militar de la reunión, y a otro amigo que tenía fama de tirador de armas y duelista, entendieron de lo que se trataba y se callaron con respeto. Tristán llevó a otra mesa a sus dos amigos y conferenció con ellos brevemente.

--Tengo, sin ninguna clase de duda, la elección de armas, porque he sido abofeteado delante de varias personas. Elegid la pistola en las condiciones más graves que podáis.

Los amigos se dirigieron al Teatro de Apolo. El marquésito, que ya había contado a su primo el de Henares la aventura y esperaba la visita, eligió por padrinos por indicación de éste a González de la Riva, un hombre político muy conocido que se hallaba a la sazón en el teatro, y a un joven teniente de artillería. Como el teatro no era sitio a propósito para ventilar aquel asunto, se dirigieron los cuatro al Círculo de la Peña y conferenciaron en un saloncito completamente solos. González de la Riva, acostumbrado a las transacciones de la política y a los cabildeos del salón de conferencias del Congreso, quiso desde luego arreglar pacíficamente el asunto y empleó para ello aquella facundia persuasiva que todo el mundo le reconocía. Sus frases aliñadas, todas sus habilidades parlamentarias se estrellaron contr

a la resuelta y
arrogante decisión de los padrinos de Aldama.

--No queremos acta, porque el acta que propusiéramos no la aceptaría
ningún hombre de honor, y no tenemos intención de ofender al marqués del
Lago.

Luego, al tratar de las armas, hubo también su poquito de discusión. Se reconocía el derecho de Aldama a elegir, pero los padrinos del marqués, sobre todo González de la Riva, expresaron su deseo de quitar gravedad al duelo. Con igual firmeza los de Aldama rechazaron este deseo e impusieron sus condiciones. Dos disparos simultáneos a treinta pasos: inmediatamente otros dos a veinte avanzando cinco cada uno. Cuando salían del saloncito después de haberlas convenido llegaba Narciso Luna, aquel joven-viejo o viejo-joven amante de la condesa de Peñarrubia. Había tenido noticia de lo que se trataba y venía desde el billar jadeante, trémulo, como si se tratase realmente del desafío de un hermano. Se dirigió con voz alterada a los padrinos diciéndoles que aquel lance no podía efectuarse, que era necesario arreglarlo y que él estaba dispuesto a hacer cuanto fuese necesario para ello dejando el honor de ambos a salvo. Los padrinos del marqués (con el cual ni su misma hermana la condesa de Peñarrubia se trataba y a) hicieron comprender cortésmente a aquel cuñado _sui generis_ que no debía mezclarse para nada en el asunto que les estaba con

fiado. Los de Aldama
ni siquiera se dignaron contestarle pasando fríos y
arrogantes por
delante de él. Cuando se hallaban ya a alguna dista
ncia uno de ellos
dejó escapar en voz bastante alta una frase sangrie
nta que Narciso Luna
no oyó o no quiso recoger.

Tristán les esperaba en el café impaciente. En cuan
to llegaron y le
dieron cuenta de las condiciones convenidas quedó r
epentinamente
tranquilo y satisfecho. Se puso a charlar y bromear
con sus amigos con
una alegría y serenidad que éstos admiraron. Poco d
espués se despidió no
sin haber convenido con sus testigos la hora y el s
itio en que debían
verse. Para evitar sospechas en las familias se con
certó el lance por la
tarde en una finca situada en Leganés. El marquesit
o debía salir del
Veloz-Club con sus amigos a las dos en punto y Tris
tán de la Peña a la
misma hora con los suyos. Cuando se vio en la calle
y solo, una arruga
profunda se marcó en su frente: desapareció súbitam
ente la alegría, un
poco forzada, que a última hora había mostrado. Un
problema negro,
pavoroso se alzó delante de él. Clara. ¿Por qué hab
ía recibido la visita
del marquesito? ¿Por qué se la había ocultado? Much
o menos que esto
necesitaba su espíritu caviloso para lanzarse a tod
as las sospechas, a
las hipótesis más graves. El corazón comenzó a palp
itarle fuertemente,
las sienes le latían como si su cabeza fuese a esta
llar: emprendió la
carrera hacia su casa. Cuando llegó, Clara aún esta

ba vestida
esperándole aunque era ya más tarde que de costumbr
e. Al ver la
descomposición de su rostro, al sentir sobre sí la
mirada fulgurante de
su marido comprendió que éste tenía conocimiento de
la visita del
marqués. La escena que se desarrolló fue violentísi
ma: gritos, lágrimas,
recriminaciones, protestas. Sin embargo, la verdad
vibraba tan elocuente
en la voz de la joven esposa, resplandecía en sus o
jos tan nobles, tan
sinceros que Tristán no pudo menos de rendirse en e
l fondo de su corazón
a la evidencia. La visita había sido inevitable por
que el criado no dijo
el nombre del marqués, se había hecho en presencia
de la niñera y sólo
por el temor de aumentar su desazón había aplazado
darle conocimiento
hasta verle más tranquilo. Tristán se rindió en el
fondo a estas
verdades, pero no en la apariencia. Cuando después
de un rato de
silencio Clara fue a darle un beso la rechazó y lev
antándose bruscamente
se fue a dormir a otro cuarto dejándola bañada en l
ágrimas.

Clara era inocente, así lo comprendió; mas por una
de esas misteriosas
depravaciones que experimenta el espíritu de los ho
mbres preocupados
por una idea fija, aferrados tenazmente a una abstr
acción, casi se
sentía molesto de que lo fuese. Quisiera poder grit
ar con furor «¡ah!
¡la vida!» y maldecir como siempre de la creación.
Sufrir, morir, tal es
el destino del hombre. Todo amor, aun el más tierno
, aun el más santo,

no es más que el instinto sexual disfrazado. El matrimonio es un lazo que la naturaleza nos tiende, etc.; todos los pensamientos en fin de que estaba atiborrado su cerebro y que buscaban el más mínimo pretexto para exhalar. Aquello de haber encontrado un ser tan noble, tan puro, tan exento de egoísmo como su esposa constituía para él una verdadera decepción. Pero ya que por este lado no podía refocilarse en sus ideas negras, desesperadas, halló manera adecuada de darle satisfacción pensando en el marquesito. No le cabía duda que aquel majadero insistía en pretender a su mujer, que la visita a solas había sido calculada, y aun llegaban sus sospechas a imaginar que había estado espiando su salida para entrar, sabiéndole ausente. Por esto, por la profunda antipatía que desde luego le inspiraba y sobre todo por la afrenta que de él acababa de recibir, su sangre hervía de odio y ansias de vengarse. Su habilidad suprema en el manejo de la pistola le ponía en condiciones de saciar este deseo, pero al mismo tiempo despertaba en su conciencia ciertos leves escrúpulos que procuraba sofocar por medio de reflexiones más o menos fundadas. «Nanín es un gran cazador--se decía--. Conoce admirablemente el manejo de la carabina. ¿Por qué no ha de tirar también la pistola?»

A la mañana siguiente hizo la vida de siempre. Después de desayunar en compañía de su esposa, estuvo leyendo o trabajando en su despacho. Con

aquella, aunque todavía serio, se mostró dulce y afectuoso. Clara, sorprendida, fue tan dichosa, que antes de encerrar se le besó con transporte y luego lloró de felicidad a solas. Las vagas sospechas de que Tristán pudiese provocar al marqués se disiparon. Almorzaron con tranquilidad, y después de haber pasado un rato jugando con el niño mientras fumaba un cigarro, tomó el sombrero y salió como de costumbre. Se hallaba perfectamente tranquilo. Sin embargo, cuando Clara, que salía siempre a despedirle, cerró la puerta, cuando bajó los primeros escalones, un pensamiento lúgubre atravesó su cerebro: «¡Si ese chico me matase!» Quedó un instante inmóvil y tuvo intenciones de volverse y besar a su hijo y a su esposa con más efusión de lo que lo había hecho. Pero se arrepintió inmediatamente comprendiendo el efecto que esto causaría a Clara. Se trasladó a pie hasta la Peña.

Ya le esperaban allí sus testigos. Con ellos iba un amigo médico. Subieron al carruaje al sonar las dos y cuando montaban vieron que arrancaba también del _Veloz_ otro carruaje donde debía de ir el marqués. Mientras duró el trayecto tanto él como sus amigos afectaron alegría. El médico, que era aragonés, les fue contando una serie de chascarrillos baturros y el capitán, nacido en Málaga, correspondió con buen golpe de _timos_ andaluces. Al llegar a la posición la gran puerta enrejada de hierro estaba abierta y un criado al pie de ella

esperándoles. Les dijo que los otros señores ya estaban dentro. Hechos los saludos de rúbrica los testigos conferenciaron brevemente. Luego uno después de otro hicieron entrar a sus apadrinados en la casa y escribir sobre una mesa de comedor una carta dirigida al juez, la consabida carta del suicida. Salieron de nuevo todos, caminaron largo trecho por la posesión hasta salir de ella y buscar un sitio retirado detrás de sus tapias. El dueño de la finca se había negado a que el duelo se realizase dentro aunque les facilitó todos los medios para que no tuviesen necesidad de hacerlo.

Se cargaron las pistolas, se eligió terreno, se midió, se sortearon los sitios. Por fin se le puso a cada uno una pistola en la mano. Mientras duraron todas estas operaciones Tristán estaba más que grave, ceñudo. El marquesito sonreía. Cuando le entregaron la pistola y le invitaron a ponerse en guardia todavía se dibujó una sonrisa en sus labios, pero aquella sonrisa expresaba una mezcla de sorpresa y confusión. En realidad Nanín se sentía sorprendido y avergonzado de hallarse en una situación que dado su carácter pacífico y bondadoso ni remotamente pudo prever.

--¡Prevenidos!--gritó uno de los testigos. Y dio tres palmadas...

Los dos tiros sonaron casi simultáneamente sin hacer blanco. Tristán no pudo reprimir un imperceptible gesto de sorpresa. Y

a contaba con que las
pistolas no estarían montadas al pelo, pero no sosp
echó que estuvieran
tan duras, y _dio gatillazo_ como dicen los tirador
es. Se cargaron
nuevamente, tomó cada uno la suya y el mismo testig
o gritó:

--¡Avanzar!

Pero antes de hacerlo González de la Riva se acercó
velozmente a la
línea de los combatientes y dijo con su voz recia d
e orador tribunicio:

--Señores: Sean cuales fueren los motivos que a est
e penoso trance han
conducido a los caballeros que tenemos la honra de
apadrinar ya no puede
ofrecer la menor duda que el honor de ambos ha qued
ado plenamente
satisfecho, limpio de toda mácula, puro y diáfano c
omo un día
esplendoroso de sol. El valor, la serenidad, la per
fecta hidalguía de
que han dado gallarda muestra lo atestiguan mejor q
ue pueden hacerlo mis
humildes palabras. Inútil y temerario y contrario a
todas las leyes de
humanidad sería que prosiguiesen dando iguales prue
bas. Nada añadiría ya
a su acabada caballerosidad, quitando mucho a su pr
udencia y a sus
sentimientos humanitarios. ¡Ah señores! el hombre n
o es una fiera de los
bosques a quien enardece en vez de calmar la sangre
de su enemigo y
lucha con él hasta destruirlo y no queda satisfech
a hasta que le
arranca sus entrañas palpitantes. El sol de la inte
ligencia resplandece
en nuestro cerebro, el rayo del amor penetra en nue

stro corazón. Somos
hombres, estamos sellados por la naturaleza como re
yes de la creación y
nuestros actos deben responder a esta sagrada rúbri
ca. ¿Queréis por una
triste y mentida susceptibilidad arrancaros de la c
abeza la corona
insignia de vuestra majestad, despojaros del manto
de púrpura que señala
vuestra grandeza? ¿Queréis que habiendo nacido homb
res envidiemos la
condición de las fieras? Lejos de mi ánimo el supon
erlo. Yo sé que
vuestro corazón es demasiado noble para albergar lo
s instintos
sanguinarios de la bestia feroz, yo sé que este mis
mo corazón os dice en
este mismo momento que habiéndoos portado como vali
entes es hora de
mostraros generosos... ¡Basta ya, señores! ¡basta y
a! Dad la
satisfacción a vuestros amigos de depositar en el s
uelo esas armas y
estrecharos la mano como lo que sois, como hombres
de honor, como claros
y perfectos caballeros.

Hablaba acompañándose con la acción desenvuelta y e
legante del orador
encanecido en las lides parlamentarias, ahuecando l
a voz y haciéndola
temblar por momentos lo mismo que cuando trataba de
hacer pasar un
proyecto de ley que la mayoría se obstinaba en rech
azar.

Cuando terminó, Tristán, que le escuchaba sin pesta
ñear, volvió la
cabeza con desdeñosa indiferencia y avanzó los cinc
o pasos que le habían
señalado. Nanín hizo lo mismo. El testigo volvió a
dar las palmadas

convenidas. Los dos tiros partieron. Entonces se vio al marquesito soltar la pistola, llevarse ambas manos al pecho, sonreír de un modo doloroso y dando media vuelta desplomarse de bruces sobre la tierra con un ruido sordo que heló la sangre de los circunstantes.

Los dos médicos se precipitaron a su socorro. Desgraciadamente se cercioraron en seguida de que estaba muerto. Con una intensa emoción pintada en los semblantes cambiáronse algunas palabras y Tristán, acompañado de sus amigos, entró apresuradamente en la finca y volvió a salir por la puerta enrejada, subiendo al coche que les aguardaba.

XXI

LA MALDICIÓN

Poco antes de la hora de comer Clara recibió una carta suya previniéndole que no le esperase, que comía con unos amigos y no volvería a casa hasta la hora de costumbre. No le sorprendió porque alguna vez lo había hecho, aunque muy rara. Pero sí quedó admirada de que hallándose aún en el comedor se presentase Escudero. Después de los saludos y de algunas palabras indiferentes, el tío de Tristán le manifestó, con emoción mal disimulada, que su sobrino había tenido un

lance de honor aquella tarde y que había herido a su adversario. Para evitarse molestias y para sustraerse a la curiosidad de sus amigos había resuelto dormir aquella noche en casa de sus tíos, adonde podía ir ella también si gustaba.

Clara quedó yerta y preguntó sabiendo ya de antemano la respuesta:

--¿Con quién fue el lance?

--Con el marqués del Lago.

Se puso pálida y permaneció un instante pensativa.

--No le ha herido, le ha matado, ¿verdad?

Don Ramón bajó la cabeza sin contestar.

Ambos quedaron silenciosos. Al cabo Clara, alzando la frente, dijo con resolución:

--Vamos allá. Voy a ponerme otra ropa y a prevenir a la niñera.

Lo que pasaba por el corazón de la joven esposa en aquel momento no es fácil definir. No se le ocultaba que el lance había sido provocado por Tristán a causa de sus ridículos celos, y aunque amaba ciegamente a su marido su conciencia no podía menos de sublevarse contra tal barbarie, contra una injusticia tan notoria. Aquel desenlace trágico la llenaba de confusión y de terror. ¿Qué hombre era éste que por una estúpida aprensión llegaba a dar muerte a un chico inocente? La entrevista con

Tristán en casa de Escudero se resintió de tal confusión de ideas, de este choque de sentimientos tan diversos. Hubo instantes de emoción intensa, de demostraciones de cariño frenético; pero los hubo también de visible y extraña frialdad. Tristán, turbado por las emociones de la tarde, aturdido por las consecuencias fatales que sus celos habían ocasionado, no pudo advertir la singularidad de la conducta de su esposa. Pasaron allí la noche. Clara no quiso acostarse y se estuvo hasta las primeras horas de la madrugada con su tía Eugenia, que dormía poco y vivía cada vez más miserable bajo un constante terror de todas las calamidades posibles e imaginables; unas veces de los grandes agentes físicos, el aire, el fuego, el agua, otras de los organismos microscópicos, bacilos, microbios, etc. Escudero había aconsejado a su sobrino que saliese unos días de Madrid. Aquel desafío seguramente iba a levantar mucho ruido, los periódicos hablarían, las autoridades acaso hicieran averiguaciones: nada más oportuno que mantenerse alejado hasta que la marejada se calmase. Por la mañana salieron, pues, los esposos en el gran familiar de su tío, acompañados solamente de la niñera y la cocinera, para una finca que aquél poseía en los límites de la provincia de Toledo. Allí permanecieron aproximadamente quince días. Durante este tiempo, la influencia del campo, la vida más íntima y sobre todo la necesidad de acallar el grito de su conciencia, hicieron a Tristán más

cariñoso y atento con su esposa. Apartado de la vida de café y de círculo y de las rivalidades de la vida literaria, el lazo del amor conyugal se estrechó. Clara por su parte hacía esfuerzos extraordinarios por apartar de su imaginación aquel desafío fatal. Alguna vez, sentada al lado de su marido al pie de una fuente o caminando emparejada con él por el monte, llevando ambos colgada del hombro la escopeta, se sintió feliz. Hubiera permanecido allí toda la vida.

Cuando volvieron a Madrid la casa se le cayó encima. Adiós ilusiones de paz y de amor, adiós aire puro, adiós gratas correrías, adiós sueño tranquilo. Otra vez a la soledad de su casa, a las tristes alternativas de un humor suspicaz y sombrío. En la tarde del mismo día en que regresaron se hallaban los esposos en el despacho de Tristán. Clara sentada en un diván tenía al niño en sus brazos mientras aquél a su lado se esforzaba en hacer reír al pequeñuelo retozando con él. El criado se presentó.

--Una señora pregunta por los señoritos.

--¿Quién es? ¿Ha dado su nombre?

--No, señor. Ha dicho que es de confianza y quiere darles una sorpresa.

Tristán quedó un momento vacilante. Clara se puso repentinamente seria como si un presentimiento triste atravesase su corazón.

--Bien; haz que pase.

El criado se retiró y a los pocos instantes apareció en la puerta la marquesa viuda del Lago. Clara sintió que toda la sangre de sus venas fluía al corazón. Tristán se alzó del asiento como movido por un resorte. La marquesa, alta, delgada, vestida con un manto negro hasta los pies, parecía un fantasma.

--¿No me esperaban ustedes, verdad?--dijo con voz enronquecida, extraña, que jamás le habían oído--. Sin embargo, yo les aguardaba a ustedes desde hace muchos días; les aguardaba con impaciencia. Los vecinos de la calle pueden dar testimonio de ello. Ellos me habrán visto pasear día y noche bajo el sol y bajo la lluvia sin perder de vista los balcones de esta casa que con ansia deseaba ver abiertos. Allí ha dormido, me decía mirando hacia acá, allí ha dormido tranquilo mucho tiempo, pero no dormiré más el asesino de mi hijo...

--¡Señora! ¿qué está usted diciendo?--profirió Tristán con ímpetu dando un paso adelante.

--¡No dormiré más, no!--prosiguió la marquesa sin hacer caso de la interrupción--. Yo me encargaré de envenenar su sueño, de tener abiertos sus ojos hasta que apunte la aurora. No quiero que para él haya ya aurora ni luz, quiero que se agite entre las sábanas como entre envolturas de llamas, que le persiga el fantasma del inocente que ha

sacrificado, que mil demonios le taladren sin cesar el corazón...

--¡Vea usted lo que dice!--gritó Tristán rojo de cólera--. Si hago llamar para que escuchen estas palabras dará usted cuenta de ellas ante la justicia.

--Llame usted a sus criados, llame usted a los vecinos, llame usted a todo el mundo para que se enteren de que ha provocado usted a un desgraciado joven para matarle no como hacen los caballeros, con riesgo igual de su vida, sino como los traidores y cobardes, buscando la ventaja para hurtar el cuerpo. Lo mismo usted que los amigos que le han apadrinado sabían que mi hijo marchaba como un cordero al sacrificio, porque su infernal habilidad en el arma que había elegido le daba sobre él una superioridad indudable.

--¿Quería usted que habiendo sido abofeteado le diese a elegir el arma que más le conviniese?--replicó Aldama con más humildad.

--Pero ¿quién ha ido a provocarlo? ¿Quién fue a sacarle de su palco para injuriarlo? ¿Quién es el que fríamente concierta las condiciones de un desafío en que sin remedio había de perecer un pobre joven, casi un niño? Únicamente el que no tiene ni nobleza, ni valor, ni sentimientos honrados en el corazón... ¡Ah, mi pobre hijo! ¡hijo de mis entrañas! ¡Cómo has caído en el lazo que te tendieron los traidores...! No estaba

aquí tu desgraciada madre para prevenirte, la madre
que te ha tenido
colgado de sus pechos, la que besaba los rizos dora-
dos de tu pelo al
acostarte y volvía a besarlos cuando te despertabas
. Ya no existes,
pobre hijo mío... Una bala traidora ha agujereado t
u pecho, y cuando
empezabas a vivir, cuando todo el mundo te sonreía
y tu madre vivía
pendiente de tu sonrisa, tú tan noble, tan hermoso,
tan valiente, ya no
eres más que ceniza... Dios que estás en los cielos
, ¿por qué me dejas
vivir sin mi Nanín...?

La voz de la marquesa sollozaba al pronunciar estas
palabras. Tristán,
presa de honda emoción, no supo más que balbucir:

--Señora, para mí ha sido también una desgracia irr-
eparable...

--¡Miente usted!--exclamó revolviéndose furiosa con
los ojos
llameantes--. Es usted incapaz de sentir lo que ha
hecho, porque en
usted no hay más que envidia y vanidad.

--En el estado en que usted se halla sus palabras n-
o tienen valor
ninguno. Créalo usted o no lo crea, su dolor de madr-
e conmueve hasta lo
profundo de mi alma, y daría con gusto en este mome-
nto mi vida por
devolverle la de su hijo...

--¡No me hable usted con dulzura! No quiero de uste-
d la compasión.
Prefiero el odio. Ya que odiaba usted a mi hijo, ód-
iame también a mí.
Mátame usted como le ha matado a él. Acaso fuera el

único bien que usted
puede hacer en este mundo... ¡Oh, mi Nanín! ¡oh, hi
jo de mi corazón...!
Venganza del cielo, ¿no caerás sobre la cabeza de s
u verdugo? Sí, sí...
caerá... Dios es justo. ¡Jamás vivirá tranquilo el
que ha matado a un
ángel...! ¡Maldición, maldición sobre él!

La marquesa avanzó un paso todavía. Sus ojos brilla
ban como ascuas
debajo de sus cabellos blancos; todo su cuerpo temb
laba de odio y de
cólera como el de una fatal euménida.

--¡Maldito sea usted y quien le ha engendrado! ¡Mal
dita sea la hora en
que ha nacido! ¡Permita Dios que su esposa vea siem
pre esas manos
teñidas de sangre! ¡Maldita sea ella también! ¡Mald
ita la leche que ese
niño está mamando...! ¡Malditos seáis todos, maldit
os, malditos,
malditos...!

Clara cayó sobre la alfombra con el niño entre los
brazos. Tristán
acudió a socorrerlos. Cuando volvió la cabeza, la m
arquesa había ya
desaparecido.

Al recobrar el conocimiento y después de haberle pr
odigado los cuidados
necesarios se hizo venir al médico. Este, teniendo
en cuenta el estado
de la madre y el tiempo que ya contaba el niño, ord
enó que se le
destetase. Se dispuso, pues, que durmiese en un cua
rto separado con la
niñera. Clara pasó el resto de la tarde llorando. T
ristán salió un
momento después de comer y quiso distraerse en el c

afé, pero no pudo
lograrlo. Se hallaba tan melancólico, tan abatido q
ue muy presto se
restituyó a su casa. Clara se disponía a acostarse,
pero no en la alcoba
del gabinete donde dormía el matrimonio, sino en ot
ra habitación
alejada. Al presentarse Tristán y mostrar en los oj
os su sorpresa le
dijo balbuciendo:

--Dispénsame, Tristán, me encuentro muy débil, me d
uele mucho la cabeza
y temo que me molesten allí los ruidos de la mañana
... Ya ves, está tan
próxima a la puerta... Aquí hay más silencio...

--Está bien--dijo Tristán fingiendo creer la discul
pa--. No te levantes
mañana. Yo encargaré a todos que no hagan ruido.

Hablaron unos momentos de cosas indiferentes, procu
rando ocultarse su
emoción y el abatimiento que los dominaba. Pero cua
ndo Tristán al
despedirse quiso darla un beso, Clara se echó hacia
atrás con un
movimiento de terror gritando: «¡No!»--Después se p
uso roja y bajó los
ojos. Tristán la miró largamente en silencio. Luego
girando sobre los
talones salió de la estancia. Por la mañana saliendo
de su despacho se
encontró en el corredor con ella. Estaba pálida. Se
acercó a él y cayó
en sus brazos. Tristán la estrechó contra su pecho.
Lloraron en silencio
largo rato. Ambos sentían que su felicidad estaba r
ota, que algo
sinistro se cernía sobre ellos y que no les dejaría
a hasta secar el amor
en su corazón.

Clara luchó denodadamente en los días sucesivos contra sus negros presentimientos, contra sus terrores, contra la sangrienta visión que las palabras de la marquesa habían dejado en su mente. Se mostró con su marido cariñosa y solícita hasta el exceso, procurando envolverle en una red de atenciones. Este cuidado alejaba de ella otros pensamientos, pero era demasiado exagerado para que no se advirtiese el esfuerzo. Tristán lo adivinaba y se sentía más herido en su orgullo que en su amor. Hubiera podido, hubiera debido dar explicaciones, rebatir la terrible acusación de la marquesa; los ojos de Clara se las demandaban con insistencia; pero la innata y fiera altivez de su naturaleza le cerraba los labios. Suponer que él era capaz de dejarse abofetear con el objeto de tener facultad para elegir armas era una injuria que su esposa no tenía derecho siquiera a imaginar. Este silencio fue fatal para ambos. Clara al cabo de algún tiempo sintió desfallecer su fe. Cuando un alma pura pierde la fe, la desesperación se apodera de ella. Amaba a su marido porque creía en él, porque creía tanto en la nobleza de su corazón como en su talento. Al filtrarse la duda en su mente todo lo vio negro, todo lo vio horrible y le acometieron deseos de huir o de morir. Se fatigó de aquellas calurosas expresiones de amor que no encontraban la debida correspondencia. Tristán cada día más frío, más serio, más encerrado en sí mismo, detenía sus caricias y conge

laba sus expansiones.
El malestar fue creciendo y el alejamiento de los esposos haciéndose más ostensible. Y ¡caso extraño! este alejamiento, provocado principalmente por su actitud, hirió a Tristán tan cruelmente que le volvió loco de ira. Era frío y altivo; comenzó a mostrarse grosero. Su carácter, inclinado al despotismo, se agrió todavía más, particularmente con los criados. Con Clara un cierto respeto, que aún no había perdido, le detuvo durante algún tiempo. Pero también llegó a perderlo. Por cualquier negligencia promovía en la casa un fuerte disturbio, se exasperaba, gritaba como un loco. Nadie le entendía, nadie le daba gusto. Habiendo sorprendido una sonrisa de inteligencia entre el criado y la doncella le bastó esto para imaginar que en la casa se conspiraba contra él, que todos estaban de acuerdo para vejarse y Clara la primera. Entonces comenzó para ésta una vida bien miserable. Tristán apenas le hablaba: algunas veces se sentaban a la mesa y se levantaban sin haber despegado los labios. Sólo se dirigía a ella alguna vez cuando necesitaba desahogar su mal humor para reprenderla ásperamente, para injuriarla también en ocasiones. La joven contestaba a estas violencias con lágrimas y sollozos. Llegó un momento, sin embargo, en que su corazón herido, deshecho, ya no pudo más. Se secaron las lágrimas repentinamente y un día en que su marido enloquecido se desbordaba en palabras ultrajantes le clavó una mirada larga, fría

a, despreciativa que le dejó paralizado. «Mi mujer me odia», se dijo estremecido. Y desde entonces aquella idea no se apartó de su mente. Se puso a observarla con ansiedad queriendo sorprender en sus ojos, en sus ademanes aquel odio que él mismo había trabajado por despertar. No era verdad, sin embargo. Clara no le odiaba, le despreciaba. Armada de este desdén como de una coraza que la naturaleza piadosa colocara en su corazón escuchaba los insultos de su marido sin pestañear y seguía ejecutando lo que tenía entre manos con la misma calma que si oyese el ruido de la mar.

Tristán comenzó a padecer del estómago. Sus digestiones se hicieron penosas, contribuyendo esto a exacerbar aún más su mal humor. No resignándose a pensar que fuese una enfermedad enviada por la naturaleza espontáneamente, se puso a imaginar que tenía la culpa la cocinera, que los alimentos eran de mala calidad, que se los servían unas veces crudos, otras salados o picantes, etc. Por reflejo, Clara tenía la culpa de todo. Se despidió a la cocinera; vino otra y pasó lo mismo. A veces se marchaba a comer al restaurant, y entonces llegaba triunfante a casa y decía en alta voz que aquel día se sentía admirablemente aunque no fuese verdad. Un día le preguntó a un amigo médico en el café:

--Dime, ¿es verdad que existen venenos lentos?

--Cualquier sustancia nociva es un veneno lento si

se administra a la
continua--le respondió.

Aquel día estuvo doblemente preocupado y caviloso. Desde entonces comenzó a observar con intensa atención los movimientos de su esposa, a reconocer a hurtadillas todos los cacharros que había en el aparador, a dirigir rápidas y penetrantes miradas a aquélla cada vez que gustaba los alimentos. Cierta noche, después de comer, no sintiéndose con ganas de salir, se acomodó en una butaca y pidió que le hicieran té. Al oír los pasos del criado que se lo traía, Clara que estaba bordando debajo de la lámpara, se alzó precipitadamente de la silla, reconoció la azucarera donde sospechaba que ya no quedaba azúcar, y viendo confirmada su presunción, corrió al encuentro del criado y le hizo volver a la cocina. Mandó sacar azúcar de la despensa, le echó los tres terrones que su marido necesitaba siempre, y ella misma vino a servirse. Mientras tanto Tristán, que había seguido la maniobra de su esposa con vivo recelo, esperaba anhelante acometido de una terrible inquietud que se revelaba en su respiración y en sus ojos. Tomó con mano temblorosa la taza que le presentaban, y después de vacilar un instante, se decidió a llevarla a los labios. Fuese aprensión o que en realidad el té estuviese mal hecho, lo cierto es que percibió un extraño y desagradable sabor. Dejó caer la taza al suelo, y sujetando a su esposa por la muñeca con fuerza le preguntó furiosamente:

--¿Qué has echado en este te?

--¿Cómo...? ¿Qué dices?--respondió Clara aterrada al ver los ojos de su marido, pero sin comprender todavía.

--¡Te pregunto qué es lo que me has echado en el te!--gritó con más furor sacudiéndole el brazo y soltándolo después con un movimiento de repulsa que la hizo tambalearse.

Clara comprendió al fin y llevándose las manos a los ojos exclamó con espanto:

--¡Dios mío, qué horror!

Después como si fuese acometida súbitamente por un raptó de locura se puso a gritar a la niñera:

--¡Juana! ¡Juana...! ¡El niño! ¿Dónde está el niño? ¡Traerme el niño...!

--¿Qué haces? ¿Qué quieres?--preguntó a su vez sorprendido Aldama.

--¡El niño! ¡El niño!--seguía gritando Clara sin hacer caso.

Corrió a su habitación, se echó un abrigo encima de los hombros y tomando al niño que le presentaba ya Juana se dirigió a la puerta de la calle. Tristán le interceptó el paso.

--¿Adónde vas?

--Adonde no te vea--replicó resueltamente la joven.

Entonces en el cerebro de Aldama brilló un rayo de luz; tuvo por un instante la visión clara de su injusticia, de su increíble necedad, y cayó de rodillas.

--¡Clara, perdón! ¡No te vayas!

--¡Aparta, aparta, miserable! Ya he sufrido bastante. ¡Mi corazón no puede más!

Y como Tristán tratase de retenerla, le dio con su brazo vigoroso un empujón que le hizo caer de espaldas.

Cuando se levantó, su esposa bajaban ya la escalera con el niño y Juana detrás de ella.

Se puso en pie. La vergüenza y la cólera ardían al mismo tiempo en su pecho. Escuchó unos instantes, hasta que el ruido de los pasos dejó de percibirse, y cerró la puerta, que había quedado abierta. Luego se dirigió al salón, encendió las luces y comenzó a pasearse de una esquina a otra con las manos en los bolsillos. Un frío cortante como una espada entraba en su corazón. Veíase solo, y con profundo estupor se daba cuenta de que todo había concluido para él. Se hallaba en la situación de un jugador que acaba de arriesgar su fortuna a una carta y la pierde. Al cabo de un rato llamaron con suavidad en la puerta de la estancia.

--¡Adelante!--dijo parándose.

Entró la doncella, cuya adoración por Clara era conocida.

--Señorito--manifestó con resolución--, habiéndose ido la señorita yo no puedo quedar en esta casa. Si tuviese la bondad de darme la cuenta...

--Ahora mismo--replicó Tristán cuya frente se frunció terriblemente.

Fue al despacho, le pagó y se vino de nuevo al salón. Pero a los pocos instantes se presentó el criado balbuciente, ruborizado. Él también quería irse, no porque estuviese descontento del señorito, pero era novio de la doncella... pensaba casarse en abril... Lucila se lo había exigido...

--Basta--dijo Aldama secamente.

Y sin pronunciar otra palabra fue al despacho y le entregó su cuenta. Sintió después el ruido que hacían al arrastrar sus baúles, oyó abrirse la puerta, oyó la voz de unos hombres que debían de ser los mozos de cuerda, y luego se cerró la puerta y todo quedó en silencio. Pero inmediatamente se presentó la cocinera. Era una mujer de más de cuarenta años y de tan fea catadura que inspiraba risa.

--Aunque hace poco tiempo que estoy en la casa ya cogí ley al señorito, porque es simpático y amable... y tiene ángel... ¡vamos porque sí, porque me gusta! Pero ya el señorito puede comprender que una joven sola en una casa con un caballero no parece bien... La g

ente es muy mala y se
agarra a cualquier cosa para hacer daño... Necesito
mirar por mi honra.

Tristán la contempló fijamente con curiosidad burlesca. Le dio por
completo la razón. Nada, nada, los jóvenes de distinto sexo no estaban
bien solos bajo un mismo techo. Le pagó y la pudorosa doméstica se
despidió hecha una jalea diciendo que al día siguiente vendría a buscar
el baúl.

Entonces Tristán quedó solo en la casa. Una tristeza inmensa, infinita,
pesaba sobre su alma. Sentía deseos de sollozar. Acaso esto hubiera
aliviado su corazón, pero el orgullo dominaba sus lágrimas, las obligaba
a volverse atrás cuando querían salir.

Largo rato paseó por la estancia sin detenerse, con el rostro pálido,
los ojos secos y febriles, la frente dolorosamente fruncida. A la puerta
oyó los leves aullidos del perro que quería entrar. Fue a abrirle. El
Fidel comenzó a recorrer el salón con la cola agitada, oliendo en todas
partes: luego salió como un torbellino, recorriendo los pasillos,
entrando en las habitaciones, buscando, olfateando. Entró de nuevo, miró
a Tristán, dejando escapar quejidos lastimeros, se fue a la puerta de la
calle, volvió y repitió varias veces esta maniobra. El pobre animal
buscaba a su ama.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de Aldama.

--¿Tú también quieres irte? ¡Anda, anda, marcha cuando quieras!

Se dirigió a la puerta y la abrió. El perro se precipitó raudo por la escalera. Tristán volvió al salón y entonces, sí, quedó enteramente solo.

XXII

HACIA OTRO MUNDO

Cuando Elena quedó sola, después que Núñez hubo marchado, se dirigió al salón donde se hallaba un magnífico retrato de su marido pintado por Pradilla.

--Lo hecho ya no tiene remedio, Germán... ¡Pero sabré pagar con la vida lo que he hecho!--dijo en voz alta hablando con la efigie como con un ser vivo.

Una resolución sombría, inquebrantable, animó sus ojos desde entonces. Después que le sirvieron el almuerzo, que apenas tocó, vistiose apresuradamente y dio orden de que engancharan la berlina y que la condujesen a la estación. Una vez allí despidió el coche y subió a pie por la carretera hasta el pueblo. Se fue dando rodeos para no ser vista hasta la farmacia de su primo, cuyas costumbres conocía. Después de

comer solía pasar éste un par de horas en el casino jugando al dominó. Sin embargo, cruzó rápidamente por delante de la botica para cerciorarse.

--Don Manuel, ¿no está?--preguntó al dependiente, un chico de quince a diez y seis años.

--No, señora; hasta las cuatro no suele venir.

Elena hizo un gesto de contrariedad y manifestó que no podía aguardar tanto tiempo. Necesitaba encargarle con urgencia una medicina que ya le había preparado otras veces. El chico insinuó que estaba en el casino, que subiría para que la muchacha fuese a avisarle. Elena se opuso. Como la distancia era corta, le suplicó que él mismo fuese y mientras tanto ella quedaría al cuidado de la botica. El muchacho, que no podía tener desconfianza viendo una señora elegantemente vestida, salió corriendo a evacuar el recado. Inmediatamente Elena, que había pasado los primeros años de su vida en aquella farmacia y la conocía tan bien como su primo, se dirigió con presteza a la trastienda, abrió la _cordialera_, buscó el tarro del _curare_ y sacando del pecho un frasquito que llevaba echó en él unos pedazos de este veneno. Después lo guardó de nuevo y se sentó a esperar tranquilamente a su primo. No tardó en llegar.

--¡Elena! Pero ¿eres tú?

El primo Vilches la saludó con efusión un poco emba

razada. La conducta de Elena había disgustado a toda la familia. Desde hacía ya tiempo el farmacéutico, que iba con frecuencia a Madrid, no había puesto los pies en su casa. Elena, también confusa, le explicó que había llegado hacía pocos días para reponerse de una ligera fiebre que había padecido y le suplicó que le preparase una poción calmante para dormir que en otro tiempo, cuando vivía en el Escorial, le había probado muy bien. Vilches se apresuró a complacerla. Mientras duró la confección charlaron. Vilches tenía niños y se habló de ellos y de otros asuntos, pero se abstuvo de preguntar por Reynoso y lo mismo de invitarla a subir a ver a su esposa. Esto último hirió profundamente a Elena, que al despedirse apenas se atrevió a decir: «Recuerdos a Rosa.»

Aquella misma tarde regresó a Madrid. Al día siguiente a la hora en que Cirilo salía de casa para la Bolsa se fue a la plaza de Oriente y dio orden al cochero de que se detuviese en las proximidades. Desde el coche estuvo vigilando hasta que vio asomar al paralítico apoyado en su bastón. El portero salió a llamar un coche de punto y le ayudó a subir a él. Elena bajó del suyo, entró en la casa y llamó en la puerta de Visita al tiempo que cruzaba por el pasillo una persona, la cual, así que sonó el timbre, tiró del pestillo y abrió. Elena se encontró frente a frente con su cuñada Clara. La estupefacción de ambas fue inmensa. Elena pensó que allí mismo iba a morir. Clara muy pálida y con

el entrecejo
fruncido le preguntó al cabo secamente:

--¿Qué deseaba usted?

Pero Elena sin responder clavó en ella una mirada de
angustia y de dolor
tan intensos que traspasó el corazón de su cuñada.
Dio ésta un paso
hacia ella y tomándola por la mano y cerrando después la puerta le dijo
gravemente:

--Ven conmigo.

Y así la llevó hasta la habitación que ocupaba y la
obligó a sentarse en
una butaca. Elena estaba más muerta que viva: hizo
algunos esfuerzos
para hablar, pero la voz no salía de su garganta. Clara,
que estaba en
pie frente a ella, le dijo observándolo:

--No hables todavía. Voy a mandar que te hagan una
taza de tila.

Elena se apoderó de una de sus manos y la besó. Clara
la retiró
velozmente.

--No necesito nada, Clara, no necesito más que verte
y que me mires con
un poco de compasión. Ya sé que no la merezco, pero
hay momentos en que
una gota de compasión puede detener a la muerte, puede
salvar un alma
del infierno... Yo te lo pido, Clara, yo te lo imploro
por la memoria de
tu madre.

Clara se acercó más a ella, volvió a entregarle su
mano, que Elena besó

repetidas veces con transporte, y le dijo con dulzura:

--Sosiégate y habla sin desconfianza. No temas que ninguna palabra ofensiva ni aun dura salga de mis labios. ¿A qué has venido hasta aquí?
¿Sabías que yo estaba?

--No; venía a suplicar a Visita que me dijese dónde se halla mi... dónde se halla tu hermano.

Clara guardó silencio y quedó unos instantes pensativa, mientras que su cuñada permanecía sentada con la cabeza inclinada al suelo y el pañuelo en los ojos.

--Ni Visita ni yo podemos decírtelo. Estamos obligadas, si no por juramento, al menos con promesa sagrada a guardar el secreto de su retiro. Ya comprenderás que el revelártelo sería hacerle traición, añadir un clavo más a su cruz.

--¡Lo comprendo, Clara, lo comprendo!--replicó la pobre mujer sollozando--¡pero si supieras...! ¡si supieras...! Demasiado entiendo que por la ley de Dios no merezco ser su esposa y por la de los hombres no debo serlo ya... Sólo quería llegar hasta él y decirle ¡perdóname, Germán! y morir a sus pies...

Clara la miró largamente con infinita tristeza y murmuró:

--¡Desgraciada Elena!

--¡Mucho más de lo que puedas figurarte! Mira mi semblante, Clara, mira mi cuerpo deshecho; acuérdate de aquella Elena que jugaba y corría contigo en el Sotillo cuya alegría decíais que era comunicativa, acuérdate de aquella mujercita mimosa de quien tanto os burlabais que os hacía rabiar y os hacía reír a un mismo tiempo. ¡Mírala ahora bien rota, bien hundida en el fango! Acuérdate también, Clara mía, de lo que la has querido. ¿Cómo es posible que me odies a mí que te quiero tanto, a mí que te miro y te he mirado siempre como un ángel bajado del cielo?

--Yo no te odio, Elena... pero amo a mi hermano como hermano y como padre.

--Tienes razón. Despreciadme, maldecidme. Hice traición al mejor de los hombres. No merezco pisar la tierra que vosotros pisáis... Adiós, Clara--añadió levantándose--. No tengo más que un medio de pagaros la ofensa que os he hecho... ¡Rogad a Dios por mí!

Y dio precipitadamente algunos pasos hacia la puerta. Clara corrió a ella y la detuvo por la mano.

--¿Adónde vas, criatura?

La arrastró de nuevo hasta la butaca y volvió a sentarla. Luego permaneció frente a ella inmóvil como una estatua, sumida en profunda meditación. Elena, sin levantar los ojos, sentía sin embargo su mirada, adivinaba los contrarios pensamientos que luchaban

en su mente y su
corazón latía dentro del pecho hasta dejarse oír.

--Está bien--dijo al cabo la hermana de Reynoso con
voz grave--. Mi
conciencia me dice que por encima de todas las cons
ideraciones y de
todas las promesas está la ley de la caridad. Yo no
puedo consentir que
realices lo que me has dejado adivinar. Sabrás dónde
está tu marido.

Elena dio un salto y se arrojó sobre ella estrechán
dola, estrujándola
mejor dicho contra su pecho como si quisiera asfixi
arla, cubriéndola al
mismo tiempo el rostro de sonoros besos. Luego se d
ejó caer de rodillas
e intentó besarle los pies, pero Clara la alzó entr
e sus brazos
vigorosos y la sentó a la fuerza de nuevo. Después
cogiendo una silla
vino a sentarse a su lado, y tomándole una mano le
dijo con voz que
temblaba ligeramente:

--No eres tú sola desgraciada, Elena. Yo también lo
soy.

--¿Tú?--exclamó aquélla alzando la cabeza y mirándo
la con estupor.

--Sí, hace dos días que me encuentro en esta casa p
orque me he visto
obligada a huir de mi marido.

Y le narró con sencillez y concisión su vida desdic
hada en los últimos
tiempos y el suceso increíble que había dado origen
a la separación.
Elena volvió a besarla con transporte y alzando los
ojos al cielo

exclamó:

--¡Oh, Dios! Los malos merecemos ser desgraciados,
pero los buenos ¿por
qué también lo son?

Ambas guardaron silencio.

--¿Le amas todavía?--preguntóle dulcemente al oído.

--No--respondió Clara secamente--. Ese hombre ha ido
arrancando una a
una las raíces que tenía en mi corazón. El último t
irón le ha separado
por completo.

--Entonces, huye.

--Sí, hoy mismo pienso marchar a reunirme con mi he
rmano. Mañana irás
tú. Yo prepararé su ánimo para recibirte.

Elena guardó silencio y una arruga dolorosa surcó s
u frentecita de
estatua.

--Perdona, Clara--dijo al fin tímidamente--. Si deb
iese mi perdón a tus
súplicas nunca podría creer en él y mi existencia s
ería un continuo
tormento.

--Tienes razón--respondió aquélla quedando un momen
to perpleja--. Marcha
tú esta tarde. Mañana saldré yo.

Después le dio cuenta del sitio donde se hallaba su
hermano. Don Germán
Reynoso habitaba en aquel momento una aldea de Guip
úzcoa llamada
Anzuola, próxima a Zumárraga. Saliendo aquella mism

a noche, por la mañana temprano llegaría a este punto y de allí podría trasladarse a Anzuola rápidamente. Era necesario preguntar por don Ricardo Vázquez, su segundo nombre de pila y su segundo apellido, pues así se hacía llamar desde que había salido de Madrid. Cuando hubieron convenido el asunto del viaje, Clara salió un instante a prevenir a Visita de lo que ocurría. No tardó en presentarse de nuevo con ésta. La ciega echó los brazos al cuello a Elena y la besó con la misma efusión que antes. Después, en las horas que siguieron hasta la de la partida, se mostró tan jovial, tan charlatana, que en más de una ocasión logró que la frente de Elena se desarrugase y una sonrisa contrajese sus labios. En fin, hasta les cantó los _couplets_ de los _Pajaritos fritos_ y tocó el _tango_ de las _Cacerolas_. Pero Elena no podía dominar un sentimiento de vergüenza que se leía claramente en sus ojos. Particularmente cuando se presentó Cirilo su confusión fue tan grande que Clara, advirtiéndola, se apresuró a sacarla de la estancia y llevarla a su gabinete y allí la dejó entretenida con el niño.

Se pasó recado al hotel de la Castellana para que enviase el coche con el equipaje y, después que hubieron comido, las tres mujeres se dirigieron a la estación. Al despedirse de Cirilo le dijo Elena:

--Hazme el favor de pagar a los criados y cerrar la casa.

--¿Cerrar la casa?--exclamó aquél.

--Sí--replicó Elena rompiendo a llorar--. Yo no volveré ya más, suceda lo que suceda.

Y se apresuró a montar en el coche. En el trayecto a la estación Visita la besaba cariñosamente y le decía al oído:

--¡Ánimo, Elena! El corazón me dice que volverás a ser feliz.

En el momento de partir el tren Clara se abrazó a ella.

--¡Que Dios te proteja! Hasta pasado mañana.

--¡Hasta nunca, quizá!--murmuró Elena sepultándose en su berlina.

Se detuvo en Zumárraga toda la mañana, pues el tren no partía para Anzuola hasta las tres de la tarde. Pasó aquellas horas en el abatimiento y la indecisión. Cuando llegó el momento, sin embargo, salió como un autómatas de la fonda y subió al tren que en pocos minutos la trasladó al fin de su viaje. La estación de Anzuola se halla bastante alta en la falda de la montaña. Para bajar al pueblo hay un hermoso camino, y Elena lo salvó con paso rápido. Es un lindo pueblecito situado en el fondo de un valle, rodeado por todas partes de verdes montañas y de árboles. Cuando llegó a las primeras casas, se encontraba tan fatigada que se detuvo un instante para reposar. La primera tienda que

vio abierta era un estanquillo. Entró resueltamente , y dirigiéndose a una mujer que cosía detrás del mostrador le preguntó:

--¿Conoce usted a don Ricardo Vázquez?

La mujer levantó la cabeza con sorpresa.

--¡Oh señora! Aquí todos conocen, sí, todos conocen bien a ese señor.

--¿Dónde vive?

La mujer se levantó de la silla, vino a la puerta y extendiendo el brazo:

--¿No ve usted aquella casa donde hay un establecimiento de comestibles, de donde sale aquel hombre ahora mismo? Pues allí es donde él está de huésped... Pero si usted quiere verle no tardará en pasar por aquí--añadió volviendo a su sitio--. Todas estas tardes va a ensayar a los niños a la iglesia para la fiesta de la Virgen.

--¡Ah!

--Sí; mi chico, que también canta, se ha ido ya hace un rato y estará jugando con los otros delante de la iglesia. Don Ricardo ha sido quien le enseñó la música como a todos los demás.

--¿Es maestro de música?

--¡Oh, no señora!--exclamó la estanquera con un poco de enfado--. Don Ricardo es un gran caballero. Si enseña la música a

los niños es por favor, por caridad como otras muchas caridades que hace. También ha formado aquí eso que llaman _orfeón_. El pueblo ha cambiado mucho desde que vino ese señor. Antes los hombres pasaban la noche en la taberna malgastando su jornal y hablando cosas feas. Ahora se van después de cenar al local de las Escuelas y allí se están cantando como unos benditos toda la noche. Cuando los ve cansados don Ricardo les da un cigarro, les entretiene un rato charlando y ya los tiene usted tan contentos. ¡Oh, señora, qué bien cantan ya! Parece que está uno en el cielo oyéndoles. Si usted se queda aquí, para el día de la Virgen los oirá porque han de cantar por la tarde en la plaza.

Elena dijo que sí que se quedaría, pero temiendo que se pasase por allí su marido y que la estanquera le llamase se despidió de ésta. Iba hacia la iglesia para ver el ensayo y hablar a don Ricardo cuando terminase. La buena mujer le indicó el camino que había de seguir.

Delante del templo jugaba un enjambre de niños y niñas con ruidosa algazara. Elena fue a sentarse algo más lejos en un banco de piedra, procurando que un árbol la ocultase. Antes de un cuarto de hora de espera vio llegar a su marido. El corazón le dio un terrible vuelco. Su estatura elevada, su cuerpo fornido y la boina que le cubría la cabeza le daban un aspecto completamente vasco. Elena obse

rvó con sorpresa que
no había envejecido poco ni mucho; ni una cana más;
la misma o mayor
frescura en la tez; igual marcha decidida y ligera.
¡Qué diferencia con
ella, tan flaca, tan estropeada! En cuanto los chicos
le divisaron
corrieron a rodearle como un bando de gorriones alborotadores. Don
Germán se sentó a descansar en uno de los bancos de
piedra, charlando,
riendo con ellos. Sus carcajadas llegaban alegres,
sonoras, como en otro
tiempo a los oídos de Elena, pero ahora sin saber por
qué ¡ay! le
partían el corazón. Una zagalita de trece a catorce
años de puro perfil
virginal y el moño de la cabeza apretado por un pañolito azul al estilo
del país se acercó a Reynoso y apoyó el brazo en su
hombro con
encantadora familiaridad. Elena sintió la mordedura
de los celos y le
clavó una mirada fulgurante capaz de reducirla a ceniza.

--Vamos, vamos, hijos, que ya se hace tarde--dijo el
caballero
levantándose y entrando en la iglesia.

Poco después los siguió Elena, pero ya no vio a nadie. Sólo oía sus
voces allá en el coro. Paseó una mirada de angustia
por el ámbito del
templo y, divisando en un altar una imagen de la Virgen, dio algunos
pasos y se prosternó delante de ella y oró con fervor.

--¿Estamos ya?--dijo Reynoso en voz alta.

Inmediatamente se dejó oír en el órgano el preludeo

de Bach que suele
servir de acompañamiento al _Ave María_ de Gounod.
Y el coro de niños
entonó este canto admirable de amor y de dolor, de
angustia y esperanza
al mismo tiempo.

--¡Suave, hijos míos! Dulcemente... ¡como un murmullo!--se oía decir a
Reynoso.

El oscuro recinto del templo se estremeció. Una ola de armonía celeste llenó instantáneamente todo su ámbito llegando hasta los más tenebrosos rincones. Elena se sintió enajenada. Se acordó de los días puros de su infancia, se acordó de aquellas oraciones fervorosas que dirigía a la Virgen antes de acostarse y volvió a murmurarlas con los labios trémulos. ¡Oh! ¿por qué no había muerto entonces? ¡Pero morir ahora, con el alma ennegrecida, después de haber engañado vilmente al ser que más la había querido en este mundo! ¡No, no, por Dios!

--¡Fuerte, fuerte, hijos míos! ¡Echad vuestra alma por la boca!

¡Morir ahora con la maldición de Dios y la de su marido! ¿Quién iría a poner una flor sobre su tumba? ¿Quién no miraría con horror la tumba de una pérfida mujer, de una suicida?

--¡María! ¡María!--clamaba el coro angélico haciendo vibrar el aire con aquel grito anhelante.

--¡Madre, madre, sálvame...! ¡Madre, escúchame!--sollozaba Elena con la

frente apoyada en el altar de la Virgen, mientras apretaba con mano crispada el pomo fatal que guardaba en el pecho.

El templo quedó otra vez en silencio. Cuando Elena volvió de su éxtasis observó que el pelotón de niños salía por la puerta rodeando como antes a su marido. También ella salió, pero no podía andar; los pies le pesaban como si fuesen de plomo. Dejose caer sobre uno de los bancos del pórtico y allí aguardó un rato. Estaba ya obscureciendo. Levantose al fin y con paso vacilante se dirigió por la única calle del pueblo hasta la casa que le habían designado. La tienda estaba iluminada por una menguada lámpara de petróleo. Una mujer de media edad, gruesa, de fisonomía simpática, vestida de negro y ataviada la cabeza con el característico pañuelo de seda, escribía en un libro viejo de comercio sobre el mostrador.

--¿Don Ricardo Vázquez?

La mujer alzó la frente y clavó en Elena una larga mirada escrutadora.

--Aquí vive, si señora--respondió con esa gravedad peculiar de la raza vasca.

--Desearía verle.

La mujer volvió a mirar con insistencia desconcertante a la viajera y después de una pausa dijo:

--Bueno... iré a prevenirle... ¿A quién debo anunci

ar?

--No anuncie usted a nadie: quiero darle una sorpresa.

Entonces el semblante de la tendera reflejó la sorpresa, la duda y la alegría al mismo tiempo.

--¿Sería usted por ventura, señorita, su hermana, la hermana de quien tantas veces nos habla?

Elena vaciló un instante, pero respondió al fin:

--Sí; yo soy.

--¡Oh señorita!--exclamó la buena mujer viniendo hacia ella con el rostro iluminado de placer--. ¡Cuánto se va a alegrar! No sabe usted lo que la quiere. Siempre la tiene en los labios y yo creo que la tiene a usted más guardada todavía en el corazón... Si es usted tan buenaza como él, todos daremos gracias a Dios de verla por aquí.

En el pueblo no hay nadie que no le quiera ya, porque es un caballero de lo mejor, llano, caritativo, amigo de los pobres... Al principio de venir, como no se le conocía, corrieron algunas voces sobre si era esto o lo otro... habladurías de gente necia, ¿sabe usted, señorita? Pero el señor vicario nos dijo que cuidado con hablar una palabra de este señor porque era un santo...

--¡Sí que lo es!--murmuró Elena con voz temblorosa.

--Se le puede tener por la mitad del dinero que a otro. Nunca se queja, a nadie causa molestia: a veces por no llamar él mismo viene abajo a buscar a la cocina lo que le hace falta. En fin, no se le siente en la casa y por lo mismo todos andamos de coronilla para servirle.

--Estará triste, ¿verdad...? Ha tenido algunas pérdidas de fortuna...

--¿Triste? En los diez meses que lleva en esta casa todavía no le hemos visto un día triste. Cuando no está arriba tocando el piano, está aquí jugando con los niños. No se conoce, no, señorita, que haya tenido pérdidas.

Elena sintió que flaqueaba su valor.

--Con permiso de usted voy a subir... ¿Dónde está la escalera?

La buena mujer la condujo hasta el primer peldaño de una escalerita estrecha y oscura. Subió casi a tientas por ella. Cuando ya estaba a la mitad llegaron a sus oídos los acordes solemnes, penetrantes, de la _novena sinfonía_. Se agarró con ambas manos a la barandilla para no caer. Al fin hizo un esfuerzo supremo y subió los últimos peldaños. Entró en una salita modestísimamente amueblada. El piano sonaba más allá en un gabinete cuya puerta estaba entreabierta. Atravesó la sala y miró por la rendija. Su marido tocaba vuelto de espaldas a la puerta. Elena permaneció inmóvil algunos instantes y sintiendo qu

e sus piernas
flaqueaban y que iba a caer, apretó convulsivamente
el frasco que
llevaba y se aventuró a decir:

--¡Germán!

Pero la voz no salió apenas de su garganta. Reynoso
no la oyó. Entonces
atacada de súbita energía abrió de par en par la pu
erta y volvió a decir
recientemente:

--¡Germán!

Reynoso dio un salto en su taburete y quedó en pie
frente a ella. Una
intensa palidez cubrió su rostro; pero inmediatamen
te brilló en él la
cordial, la amable sonrisa de siempre y dio algunos
pasos hacia ella
con las manos extendidas.

--¡Bien venida seas, Elena, bien venida, bien venid
a!

La esposa infiel dio un grito y desplomándose cayó
a sus pies sin
sentido. Aquel recibimiento inesperado la hirió com
o un rayo. Don Germán
se apresuró a levantarla, la colocó sobre un sofá y
con una toalla
mojada roció sus sienes. Luego le hizo oler un fras
co de esencia. Elena
tardó poco en abrir los ojos. Se apoderó de las man
os de su marido y
exclamó con voz apenas perceptible:

--¡Jamás, jamás le he querido...! ¡Jamás, jamás he
dejado de quererte a
ti...! Un capricho infame...

--¡Calla, Elena! En ti no caben los caprichos infames porque estás
amasada con la pasta de los ángeles... Sintieron que tu corazón era
inexpugnable y atacaron tu cerebro, que es más débil, pobre Elena...

--Gracias... bendito seas... ¡bendito seas por toda la eternidad...! ¿Me perdonas?

--Si no te hubiera perdonado, hace ya mucho tiempo que estaría muerto.
¿Cómo es posible vivir con un odio en el corazón?

--¡Ya no quiero, ya no pido más!--exclamó la infeliz mujer
incorporándose y secándose los ojos--. Déjame marchar. Ahora ya puedo
morir tranquila en cualquier rincón del mundo. Déjame marchar. Mi
presencia te deshonra.

Al decir esto se puso en pie, pero Reynoso la retuvo por una mano y la
obligó a sentarse.

--No, no marcharás. Una mano invisible y todopoderosa te ha traído de
nuevo a mis brazos. Acepto ese don como los acepto todos. Hoy era feliz;
mañana lo seré también porque ¡nadie, nadie en este mundo puede hacerme
ya desgraciado! Nunca te ha dejado mi corazón, Elena. Mi mente te ha
hecho vivir siempre conmigo tal como eres realmente en el fondo del
alma, como serías también en la apariencia si no te hubieran arrastrado
en un momento de desmayo las fuerzas infernales y misteriosas que aún
palpitan en los oscuros rincones de nuestra natura

leza... Escucha:

Allá, lejos, muy lejos, en el fondo de América, detrás de los Andes, conozco un valle tibio y risueño como un nido de amor. Un cielo siempre azul se extiende sobre él. El soplo de la brisa que llega del mar inclina la copa de los árboles y levanta un rumor más grato que ninguna música humana; los pájaros cantan; las flores exhalan de sus cálices perfumes embriagadores; el espíritu de Dios flota sobre el ambiente. En aquel valle la planta soberbia del hombre aún no ha dejado mucha huella. Allí correremos a refugiar nuestra dicha, lejos de este mundo que se llama cristiano y cubre de ignominia al que perdona. Allí viviremos el uno para el otro. Si no quieres ser mi esposa serás mi hija, serás mi hermana...

--¡Tu esposa hasta la muerte y más allá de la muerte!--exclamó Elena echándole los brazos al cuello anegada en llanto.

--Allí comenzaremos de nuevo la vida. Alzaremos una casita blanca con ventanas verdes. Vivirás rodeada de flores y yo de pájaros. Por la mañana te llevaré hasta la playa y revolverás sus arenas y recogerás preciosas conchas. Nos sentaremos sobre una roca y contemplaremos silenciosos aquellas olas azules que llegarán de lejos a mirarse en tus ojos y a besar tus pies. Al pie de una fuente clara tu cabeza reposará por las tardes sobre mi hombro, y el aire de la montaña, cargado de aromas, jugará otra vez con esos bucles de oro...

--¡Calla, calla....! Es demasiada felicidad. ¡Yo me ahogo!

--Aún quedan para ti días de sol en la vida, Elena mía. Para mí nunca ha dejado de lucir, porque lo llevo en el corazón. Huyamos, huyamos hacia la dicha.

--¡Sí, sí, huyamos!--exclamó Elena apretando sus labios con frenesí contra los de su esposo.

Pero repentinamente quedó inmóvil con los ojos extáticos.

--¿Y Clara que llega mañana?

--¿Clara?--preguntó Reynoso en el colmo de la sorpresa.

Entonces su esposa le dio cuenta de la desgracia que pesaba y de la firme resolución que había manifestado de alejarse para siempre de su marido. Reynoso nada sabía de sus disgustos domésticos, porque jamás le hablaba de ellos en sus cartas. Sólo tenía conocimiento de la muerte desastrosa del marquesito del Lago. Quedose pensativo y una lágrima silenciosa rodó por sus tostadas mejillas.

--¡Pobre Clara!--murmuró--. Merecía ser feliz. Un destino fatal encadenó su vida a la de ese desdichado, víctima de su temperamento, víctima también de su egoísmo y de su orgullo... Está bien--añadió al cabo serenándose--. Mañana llega Clara, pasado saldremos todos para el Havre

y dentro de tres días navegaremos en alta mar respirando el aire de la libertad y de la dicha. Dios, al devolverme una esposa y una hermana, me da también un niño a quien amar, un niño que será hijo de los tres y que endulzará nuestras horas con sus juegos y su risa. Aún pueden lucir para Clara también días de sol si sabe resignarse... la más alta sabiduría que podemos alcanzar los mortales sobre la tierra.

--Los tres te deberemos nuestra felicidad. Donde tú respiras, la atmósfera se llena de nobles y puros sentimientos. Eres, esposo mío, la imagen de Dios sobre la tierra, todo bondad, todo misericordia.

Guardaron ambos silencio y se miraron largamente a los ojos paladeando la dicha intensa de los primeros días de su matrimonio. Después de una pausa prolongada Elena sacó el frasco de veneno que llevaba en el pecho y sonriendo ruborizada:

--Mira--le dijo--. Si me hubieras arrojado de aquí, cuando salieses encontrarías detrás de esa puerta un cadáver.

--¡Eso nunca!--exclamó Reynoso apoderándose vivamente del pomo y arrojándolo al suelo--. ¿Me he suicidado yo cuando vi el cielo desplomarse sobre mí? El cielo se desplomó sobre mí, es cierto, pero yo me abracé a él y... ya lo ves, me he salvado.

FIN

* * *

OBRAS DE PALACIO VALDÉS

4 PESETAS TOMO

EL SEÑORITO OCTAVIO, un tomo.

MARTA Y MARÍA, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco, al ruso y al tcheque.

EL IDILIO DE UN ENFERMO, un tomo. Traducido al francés y al tcheque.

AGUAS FUERTES (novelas y cuadros, un tomo). Traducidas al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco y al tcheque. Edición española con notas y vocabulario en inglés.

JOSÉ, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al alemán, al holandés, al sueco, al tcheque y al portugués. Edición española con notas en inglés para el estudio del español en Inglaterra y E. U. A.

RIVERITA, un tomo. Traducida al francés.

MAXIMINA (segunda parte de Riverita), un tomo. Traducida al inglés.

EL CUARTO PODER, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al holandés.

LA HERMANA SAN SULPICIO, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al holandés, al ruso, al sueco y al italiano.

LA ESPUMA, un tomo. Traducida al inglés.

LA FE, un tomo. Traducida al francés, al inglés y al alemán.

EL MAESTRANTE, un tomo. Traducida al francés y al inglés.

EL ORIGEN DEL PENSAMIENTO, un tomo. Traducida al francés y al inglés.

LOS MAJOS DE CÁDIZ, un tomo. Traducida al francés y al holandés.

LA ALEGRÍA DEL CAPITÁN RIBOT, un tomo. Traducida al francés, al inglés, al sueco y al holandés. Edición española con notas y vocabulario en inglés.

LA ALDEA PERDIDA, un tomo.

TRISTÁN O EL PESIMISMO, un tomo. Traducida al inglés.

SEMBLANZAS LITERARIAS _(Los oradores del Ateneo, Los novelistas españoles, Nuevo viaje al Parnaso),_ un tomo.

PAPELES DEL DOCTOR ANGÉLICO, un tomo. Traducidos al alemán.

AÑOS DE JUVENTUD DEL DOCTOR ANGÉLICO, un tomo.

LA NOVELA DE UN NOVELISTA. Un tomo, 5 pesetas.

End of Project Gutenberg's Tristán o el pesimismo,
by Armando Palacio Valdés

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK TRISTÁN O EL PESIMISMO ***

***** This file should be named 26655-8.txt or 26655-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/6/6/5/26655/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project

Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you

charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you

do not charge anything for copies of this eBook, complying with the

rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose

such as creation of derivative works, reports, performances and

research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using a

nd return or destroy
all copies of Project Gutenberg-tm electronic works
in your possession.
If you paid a fee for obtaining a copy of or access
to a Project
Gutenberg-tm electronic work and you do not agree t
o be bound by the
terms of this agreement, you may obtain a refund fr
om the person or
entity to whom you paid the fee as set forth in par
agraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark
. It may only be
used on or associated in any way with an electronic
work by people who
agree to be bound by the terms of this agreement.
There are a few
things that you can do with most Project Gutenberg-
tm electronic works
even without complying with the full terms of this
agreement. See
paragraph 1.C below. There are a lot of things you
can do with Project
Gutenberg-tm electronic works if you follow the ter
ms of this agreement
and help preserve free future access to Project Gut
enberg-tm electronic
works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Founda
tion ("the Foundation"
or PGLAF), owns a compilation copyright in the coll
ection of Project
Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the indi
vidual works in the
collection are in the public domain in the United S
tates. If an
individual work is in the public domain in the Unit
ed States and you are
located in the United States, we do not claim a rig
ht to prevent you from

copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate

access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution

must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon

request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees

expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE P

POSSIBILITY OF SUCH
DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the

law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from

people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455
7 Melan Dr. S.
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered
throughout numerous locations. Its business office
is located at
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801
) 596-1887, email
business@pglaf.org. Email contact links and up to
date contact
information can be found at the Foundation's web site and official
page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide
spread public support and donations to carry out its mission of
increasing the number of public domain and licensed works that can be
freely distributed in machine readable form accessible by the widest
array of equipment including outdated equipment. Many small donations
(\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt
status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating
charities and charitable donations in all 50 states

of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the

Project Gutenberg-tm
concept of a library of electronic works that could
be freely shared
with anyone. For thirty years, he produced and dis-
tributed Project
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of vo-
lunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from
several printed
editions, all of which are confirmed as Public Doma-
in in the U.S.
unless a copyright notice is included. Thus, we do
not necessarily
keep eBooks in compliance with any particular paper
edition.

Most people start at our Web site which has the mai-
n PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gu-
tenberg-tm,
including how to make donations to the Project Gute-
nberg Literary
Archive Foundation, how to help produce our new eBo-
oks, and how to
subscribe to our email newsletter to hear about new
eBooks.